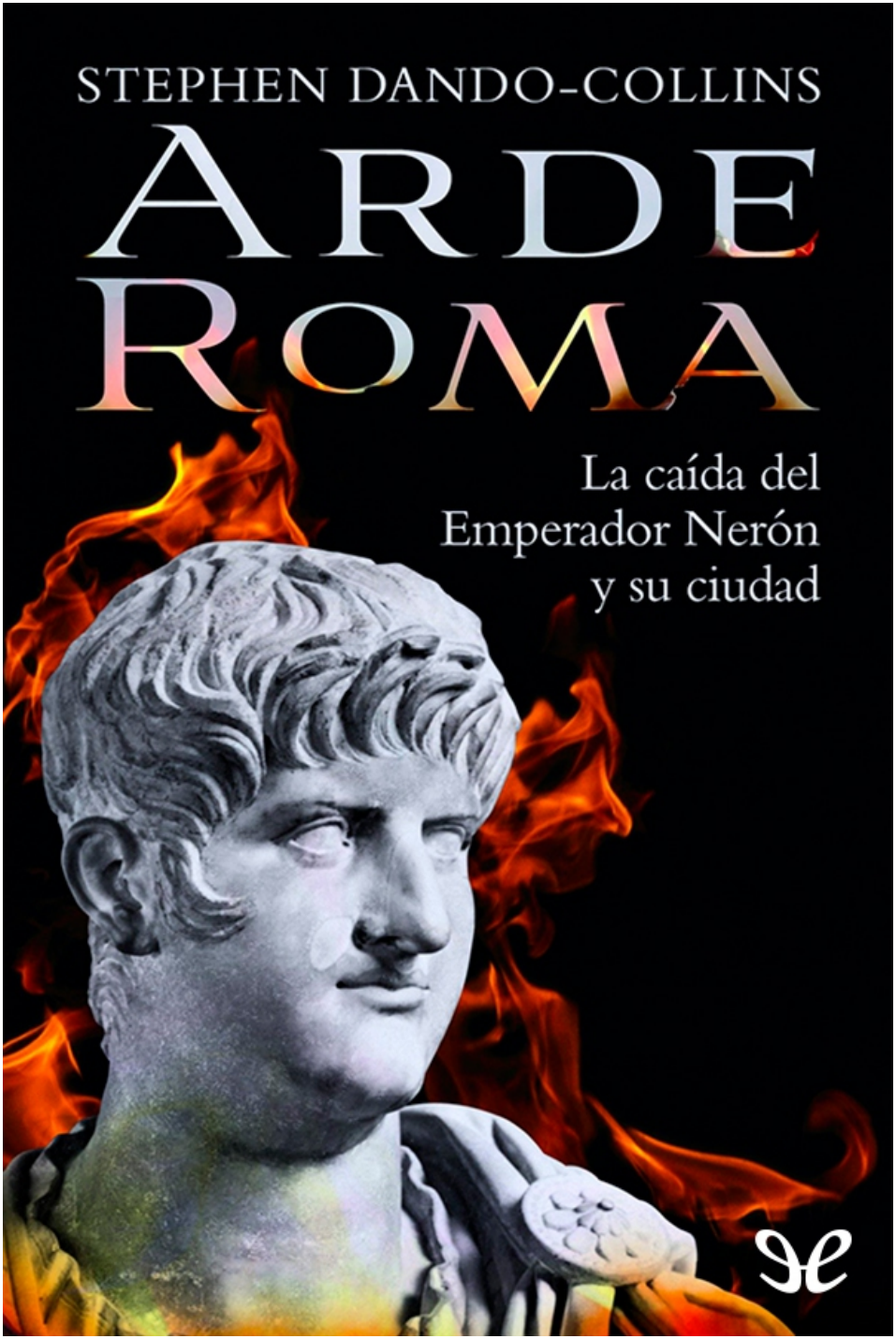
STEPHEN DANDO-COLLINS

ARDE ROMA

La caída del Emperador Nerón y su ciudad



El 19 de julio del año 64 d. C., mientras la ciudad de Roma se preparaba para la celebración de los Juegos, se desató un pequeño incendio en una tienda situada a espaldas del Circo Máximo. A lo largo de más de cinco días, el incendio arrasó parte importante de la capital del imperio, hecho que soliviantó a sus ciudadanos contra el emperador Nerón.

Con rigor y desde las evidencias y la documentación que de aquel importante acontecimiento histórico aún se conservan, gracias a historiadores como Suetonio o Tácito, Dando-Collins narra de forma brillante el minuto a minuto del incendio, así como el posterior y monumental trabajo de reconstrucción que se llevó a cabo y la retahíla de conspiraciones que se suscitaron para acabar con Nerón.

Una obra histórica de gran valor que se lee como una fascinante novela de héroes cotidianos e intrigas políticas.

epublibre

Stephen Dando-Collins

Arde Roma

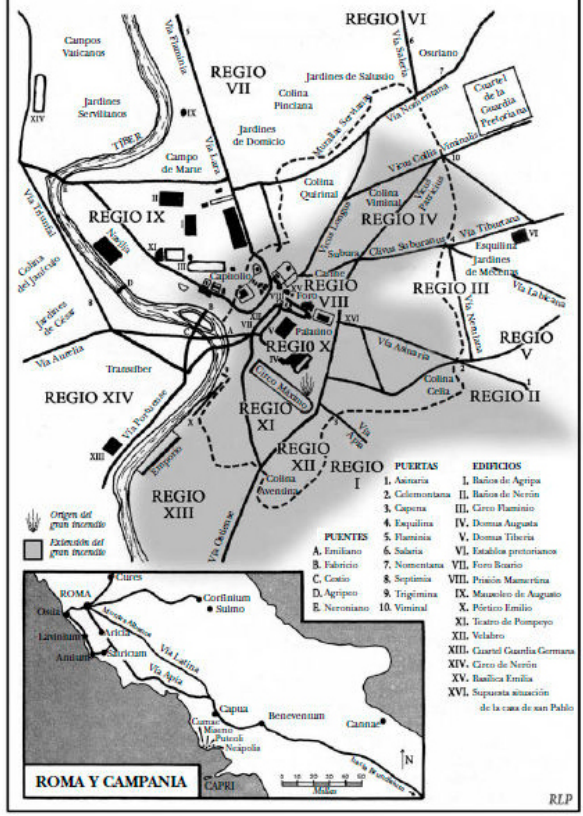
La caída del emperador Nerón y su ciudad

ePub r1.0
Castroponce 15.09.18

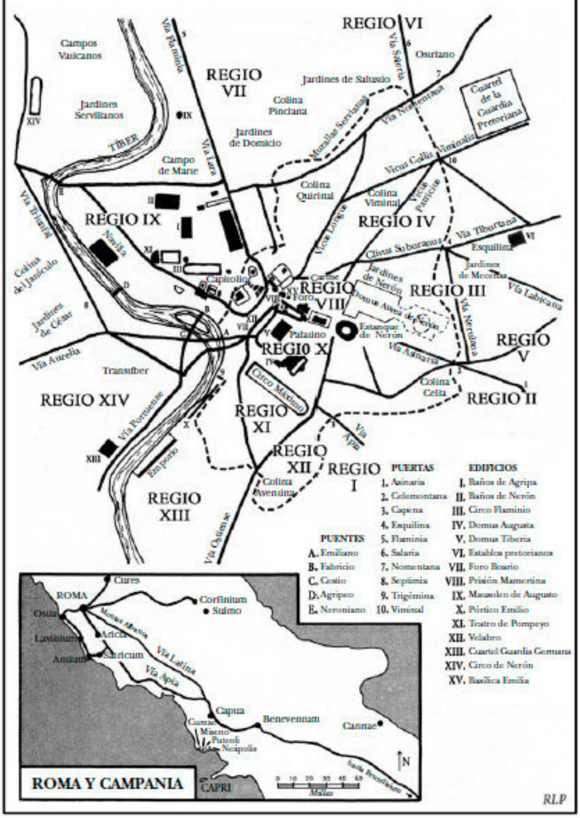
Título original: *The great fire of Rome*
Stephen Dando-Collins, 2010
Traducción: Ana Herrera Ferrer
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

ROMA EN LA ÉPOCA DEL GRAN INCENDIO, 64 d.C.



ROMA EN LA ÉPOCA DE LA MUERTE DE NERÓN, 68 d.C.



Nerón Claudio César Augusto Germánico,
37-68
d. C.
(Antiquarium del Palatino).

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento más sincero a Bob Pigeon, director ejecutivo de Da Capo Press, por encargarme este trabajo. Resultó que Bob y yo compartíamos la fascinación por el gran incendio de Roma desde hacía muchos años.

También extiendo mi agradecimiento a mi agente literario en Nueva York, Richard Curtis, por unirnos a Bob y a mí.

Y como siempre, consigno aquí mi gratitud a mi mujer, Louise. Ella ha sido el fuego que ha dado calor a mi vida durante los últimos veintiocho años.

INTRODUCCIÓN

El gran incendio de Roma es uno de los acontecimientos históricos mejor conocidos. Sin embargo, extrañamente, se han escrito pocos libros sobre el incendio y los acontecimientos que lo rodearon y que supusieron un gran punto de inflexión: el fin de la dinastía romana creada por Julio César.

¿Pensamos quizá que sabemos todo lo que se puede saber de esa gran catástrofe? Después de todo, ¿quién no ha oído hablar de la historia del emperador loco, Nerón, que prendió fuego a Roma y luego se puso a tocar el violín mientras ardía la ciudad a su alrededor, y que acabó echando la culpa a los cristianos del fuego y convirtiéndolos en antorchas humanas? Ah, pero ¿estaba loco Nerón, fue él quien inició el fuego, tocaba el violín[*], y quemó a un solo cristiano en realidad? ¿Es cierto acaso lo que se cree habitualmente del gran incendio?

En el siglo XX, muchos estudiosos e historiadores empezaron a valorar de nuevo la figura de Nerón como gobernante. ¿Se ha retratado mal a Nerón a lo largo de los siglos? Ciertamente, podemos descartar el incidente del violín de inmediato: es un mito. El violín fue un instrumento que no surgió en Europa hasta un milenio más tarde de Nerón. De modo que éste no pudo tocar el violín mientras ardía Roma. ¿Tocó entonces algún otro instrumento? ¿La lira por ejemplo? Sí, era un notable intérprete de la lira pequeña, parecida a un arpa, único instrumento de cuerda que usaban los romanos en los tiempos clásicos. Pero ¿tocó la lira precisamente el 19 de julio del año
64 d. C.
en Roma, o durante los días siguientes, mientras Roma ardía?

Si debemos creer a Tácito, uno de los historiadores romanos más fiables del siglo I d. C., que vivió el gran incendio de Roma cuando tenía nueve años, Nerón no tocó la lira en Roma mientras ardía la

ciudad. Pero sí que la tocó la noche que estalló el primer fuego: Tácito sitúa a Nerón en la ciudad de Antium, la Anzio moderna, en la costa oeste de Italia, tocando la lira. Esto, claro está, no descarta la posibilidad de que Nerón hubiese ordenado el incendio de Roma.

Nerón, según decía Tácito, tocó la lira en un concurso musical en Antium, lugar de nacimiento del emperador, la noche del 19 de julio. En cuanto le informaron del fuego volvió a la capital, donde dirigió industriosamente las operaciones contra incendios y la provisión de refugio y comida para la población. Fue otro historiador romano, Dión Casio, senador, antiguo cónsul, general y gobernador de varias provincias romanas, quien escribió que Nerón tocaba alegremente la lira en Roma mientras la ciudad ardía, y de él sobre todo nos ha llegado a nosotros la historia de que «tocaba mientras ardía la ciudad». Pero Dión Casio redactó su versión de los acontecimientos 165 años después del gran incendio. Y al escribir lo que escribió sobre Nerón y el incendio, está claro que Dión malinterpretó o citó mal a Tácito y a otro historiador del siglo I, Suetonio.

Esto es lo que dijo Dión en el siglo III sobre el inicio del gran incendio de Roma, echando la culpa de la conflagración directamente a Nerón: «Envió en secreto a unos hombres que fingieron estar borrachos u ocupados en algún otro tipo de maldades, e hizo que prendieran fuego a uno o dos o incluso varios edificios en distintas partes de la ciudad, para que la gente quedara desconcertada, incapaz de encontrar el origen del problema y también de ponerle fin»[1]. Esto que afirma Dión, que el fuego del 64 d. C.
fue iniciado deliberadamente en un cierto número de edificios en distintas partes de la ciudad, está en contradicción con la información de Tácito. La versión de Tácito, aceptada en general por los historiadores, dice que el gran incendio empezó en una sola ubicación, en el Circo Máximo. Pero sigamos a Dión un poco más.

También dijo, después de describir gráficamente cómo afectó el fuego al millón o más de residentes con que contaba la ciudad, causando grandes sufrimientos: «Mientras toda la población se encontraba en aquel estado mental, y muchos, enloquecidos por aquel desastre, se arrojaban a las propias llamas, Nerón se subió al tejado del Palatium [su palacio en la colina Palatina de Roma],

desde el cual se tenía la mejor vista general de gran parte de la conflagración, y vestido de tañedor de lira, cantó “La caída de Troya”, como la llamaba él, aunque a ojos de los espectadores fue “La caída de Roma”»[2].

Para empezar, todo el monte Palatino quedó destruido por el fuego, incluido el Palatium, como consignaría el propio Dión. Junto con todos los demás edificios de la colina Palatina, el palacio quedó consumido por la primera etapa del fuego. Aun asumiendo que Dión afirmase que Nerón se subió al tejado del Palatium a tocar la lira durante los primeros momentos del fuego, antes de que las llamas alcanzasen el palacio, ningún otro escritor romano sitúa a Nerón en el tejado de su palacio de Roma, tocando la lira, en ningún momento del gran incendio. Tácito afirma que Nerón sólo volvió a Roma cuando oyó decir que el fuego se estaba aproximando a su palacio.

Está claro que Dión tomó esta idea del biógrafo de Nerón, Suetonio, cuyos padres vivían en Roma en la época del gran incendio, efectivamente. El propio Suetonio nació unos cinco años más tarde. Suetonio hizo culpable a Nerón de aquella conflagración:

> Fingiendo estar disgustado con los grises edificios viejos y las calles de Roma estrechas y serpenteantes, él [Nerón] prendió fuego a la ciudad con todo descaro. Aunque una partida de ex cónsules interceptó a sus ayudantes, armados con estopa [la parte más áspera y rota del lino y el cáñamo] y antorchas encendidas, entrando en sus propiedades, no se atrevieron a interferir.

Suetonio sigue diciendo de Nerón:

> También codiciaba los lugares de diversos graneros, construidos de sólida piedra, junto a la Casa Dorada. Después de derribar sus muros con artefactos de asedio, incendió el interior. El terror duró seis días y siete noches, haciendo que mucha gente se refugiase en monumentos y tumbas. Los hombres de Nerón destruyeron no sólo un vasto número de casas de pisos, sino también mansiones que habían pertenecido a famosos generales, y todavía estaban decoradas con sus trofeos triunfales. También templos consagrados y dedicados a los reyes (de Roma), y otros durante las guerras Púnicas y Gálicas. De hecho, monumentos muy antiguos de interés histórico habían sobrevivido hasta aquel momento. Nerón vio la conflagración desde la Torre de Mecenas,

> embelesado por lo que llamaba «la belleza de las llamas», y luego se puso sus ropajes de trágico y cantó «El saqueo de Ilión», de principio a fin[3].

Aquí tenemos pues el relato de Suetonio, escrito varias décadas después del hecho, en el cual se describe a Nerón cantando mientras Roma ardía, pero no desde el tejado de su palacio. Dión Casio escribió su historia de Roma utilizando las obras de escritores anteriores y añadiendo sus propias opiniones, desviaciones y floreos, por ejemplo cambiando el nombre de la melodía que supuestamente tocaba Nerón, al parecer para dar más énfasis a su afirmación de que Nerón celebraba la destrucción de su capital. Y desde luego, el relato del fuego que hizo Suetonio se encontraba entre aquellos a los que tuvo acceso Dión, mucho después de que se escribiera.

Aunque Tácito no lo menciona, existe una gran probabilidad de que cuando Nerón llegase a Roma desde Antium, en realidad observara el fuego desde el mirador de la Torre de Mecenas, que permanecía en pie en la colina Esquilina, en los jardines imperiales de Mecenas. El fuego al final se detuvo a los pies de la Esquilina. Y quizá Nerón cantase una canción o dos durante aquella tensa semana del incendio. Pero ¿celebró el fuego, y lo inició él realmente, como aseguraba Suetonio, el único en decir tal cosa entre los escritores del siglo I o II, y como recogía mucho más tarde Dión?

Algunos de los «hechos» que da Suetonio y que aparecen en su libro *De vita Caesarium* o *Vida de los Césares* son palmariamente incorrectos, mientras que otros están mezclados y resultan confusos y algunos son inventados, sin más. Al parecer Suetonio empezó a escribir ese libro durante el reinado del emperador Adriano, cuando el historiador estaba a cargo de los registros imperiales que se recogían en el Tabulario, los archivos oficiales de Roma. Suetonio había completado las tres primeras partes de aquel libro sobre los Césares, que cubrían a Julio César, César Augusto y Tiberio, cuando cayó en desgracia con el emperador y perdió tanto su puesto como el acceso a los registros oficiales, después de comportarse con descortesía con la emperatriz Sabina.

Hasta aquel momento en su libro abundan las citas de cartas, diarios y memorias no publicadas de las figuras sobre las que escribía. A partir de aquel punto Suetonio tuvo que fiarse de otras

fuentes de información… sobre todo, cotilleos. Como consecuencia, en su biografía de Nerón a menudo encontramos afirmaciones como «algunos dicen», «según mis informantes», o «se dice», y Suetonio va relatando anécdotas sensacionales y difamatorias de Nerón, una tras otra. Para sus lectores, antiguos y modernos, las revelaciones de Suetonio sobre Nerón y sus temas imperiales contribuyen a hacer la lectura más picante, pero desde luego, la historia no necesariamente resulta más fiable.

Flavio Josefo, el rabino judío, general y escritor que se convirtió en favorito de los emperadores Flavios, Vespasiano, Tito y Domiciano, y que estaba en Roma en la época del gran incendio, diría, unos años más tarde: «Muchos han compuesto la historia de Nerón, y algunos de ellos se han apartado de la verdad de los hechos a causa de sus favores, habiendo recibido beneficios de él». Josefo aludía a algunos como Cluvio Rufo y Plinio el Viejo, que se sabe que escribieron sobre Nerón, aunque sus obras, a las cuales se refiere varias veces Tácito, han desaparecido. «Mientras otros», seguía Josefo, «por puro odio hacia él [Nerón] y la gran inquina que le profesaban, han despotricado de una manera tan descarada contra él a base de mentiras que merecen ser condenados con toda justicia»[4].

Uno de los autores que caía en esta última categoría de Josefo podría ser el historiador Fabio Rústico. Considerado por Tácito «el mejor de los escritores modernos», Fabio se había elevado a una «posición de honor» por su amistad con Séneca y el patronazgo que éste le prestó, y por lo tanto debió de contrariarle mucho el sangriento fin que tuvo Séneca, dándole motivos para odiar a Nerón y encontrarse entre los que «despotricaban descaradamente contra él» después de la muerte del emperador. Hasta Tácito tuvo que admitir que de todos sus contemporáneos, Fabio era el único autor que aseguraba que Nerón deseaba a su propia madre, Agripina la Joven. Todos los demás historiadores del momento, decía Tácito, afirmaban que fue Agripina quien intentó seducir a Nerón para recuperar el poder que tenía sobre él, y ésta era la verdad aceptada sobre el asunto[5].

El propio Josefo no tenía motivo alguno para amar a Nerón. Siguiendo las órdenes de Nerón y en nombre de Nerón, Vespasiano y su hijo Tito hicieron la guerra contra los judíos en Palestina, el

año
67 d. C.,
y destruyeron Jerusalén y el Templo. Sin embargo Josefo, que aseguraba que su único interés era la verdad, no hizo caso alguno a los que vilipendiaban falsamente a Nerón. Suetonio encajaba a la perfección en la categoría de «descarados mentirosos» que escribieron falsedades sobre Nerón. Es fácil sospechar cuáles son las invenciones de Suetonio, que parecen muy alejadas incluso del clima político y moral de aquella época, pero no resulta tan fácil probarlas.

«No me sorprenden aquellos que han escrito mentiras sobre Nerón», continuaba Josefo, «ya que en sus escritos no han preservado la verdad histórica referente a aquellos acontecimientos que tuvieron lugar en tiempos anteriores, aunque los protagonistas [de esas obras] no hubiesen podido incurrir de ningún modo en su odio, ya que esos escritores vivieron mucho después de sus tiempos». Josefo quizá muriera antes de que Suetonio publicase su *Vida de los Césares*, con sus sensacionales afirmaciones sobre las costumbres, estilo de vida y deslices de los antiguos Césares, así como de Nerón. Otros autores eran igualmente difamatorios. «En lo que concierne a esos autores que no tienen interés alguno por la verdad», seguía diciendo Josefo, «pueden escribir lo que quieran, porque eso es lo que se deleitan en hacer»[6].

La cuestión de la veracidad en las obras de los autores romanos nos lleva a la moderna y extendida creencia de que en un intento de encontrar cabezas de turco para el incendio, Nerón martirizó a los cristianos de Roma, una creencia que se ha encarnado en una leyenda cristiana. ¿Dónde se originó semejante creencia? En el *Nerón* de Suetonio encontramos la breve referencia en su descripción de la vida y carrera de Nerón: «Se infligieron también castigos a los cristianos, una secta que profesaba unas nuevas y malignas creencias religiosas»[7]. Esta única frase aparece fuera de contexto, sin referencia alguna al gran incendio y sin relación con él, y se puede considerar casi con toda seguridad una adición posterior y ficticia al texto original de Suetonio, añadida por un copista cristiano.

Sorprendentemente, Tácito, en sus *Anales*, asegura que Nerón castigó a los cristianos de Roma en concreto por el gran incendio,

aunque la obra se puede considerar bastante fiable en otros sentidos, en términos de hechos históricos. Tal y como se indica bajo el epígrafe de «Nerón» en ediciones recientes de la *Encyclopaedia Britannica*, muchos historiadores actuales creen que ese cuento de la persecución de los cristianos es apócrifo, y que fue insertado en los *Anales* de Tácito por parte de un copista cristiano, siglos después[8].

Ninguna de las copias de los grandes libros romanos como los *Anales* que existen hoy en día es original. Son copias muy posteriores, a menudo creadas siglos después de la primera edición, mediante el proceso laborioso de escritura a mano por el que pasaban todos los libros antes de la invención de la imprenta, cosa que hacía que la inserción de interpolaciones inventadas fuese muy sencilla y, a menos que un lector estuviese en posesión del texto original, indetectable. Esas copias de obras antiguas romanas se encontraron, a lo largo de los últimos siglos, en las bibliotecas de monasterios e instituciones cristianas (la tarea de escribir libros a mano se convirtió en competencia de los monjes, en la sociedad cristiana) y en las bibliotecas privadas de aristócratas que eran cristianos devotos.

Uno de los motivos para sospechar de la autenticidad de la referencia cristiana en Tácito, así como de la referencia en Suetonio, es que el término «cristiano» no hace ninguna otra aparición en la literatura romana del siglo I. Resulta muy revelador que ni san Pablo ni san Pedro, que según se cree murieron durante el reinado de Nerón, describieran a sus seguidores como cristianos en sus cartas evangélicas. Ni tampoco los Hechos de los Apóstoles, del Nuevo Testamento, que se cree que escribió san Lucas. Muchos seguidores tempranos de Jesucristo, que era judío, eran judíos también, como Pablo y Pedro. Para los romanos, esa religión basada en un nazareno no era nada más que un culto judío, y por lo tanto sus seguidores durante largo tiempo fueron etiquetados como judíos.

Dión Casio, que escribía en el siglo III, decía que en
95 d. C.,
el emperador Domiciano hizo arrestar a un cierto número de personas, incluyendo al propio primo del emperador, Flavio Clemente, y a la esposa de Clemente, Flavia Domitila, que también

era pariente del emperador, ya que era hija de la hermana de Domiciano. «Se les acusaba de ateísmo, una acusación por la que fueron condenados muchos otros que derivaron hacia las creencias judías», decía Dión[9]. Muchos estudiosos romanos posteriores pensaban que el término «creencias judías» era una referencia a la fe cristiana. Citaban el caso de otro importante romano arrestado al mismo tiempo (según Dión, acusado del mismo delito) y que, como Clemente, fue ejecutado. El hombre en cuestión era Manio Acilio Glabrio. Para demostrar la supuesta adhesión de Glabrio a la cristiandad, algunos estudiosos han asegurado que sus restos se encontraron en una catacumba cristiana en Roma. Los que critican esa suposición señalan que esa catacumba se empezó a usar varios siglos después de la muerte de Glabrio.

En ninguna parte de los textos de Dión se refiere a esas gentes como «cristianos», un término de uso común en tiempos de Dión, en el siglo III. En contra de la afirmación de que Glabrio era cristiano, y mártir cristiano además, se encuentra el hecho de que Suetonio, que tenía veintiséis años más o menos y vivía en Roma en el momento de la ejecución de Glabrio, no hace referencia a acusación alguna de ateísmo contra aquel hombre. En realidad, según Suetonio, Glabrio era uno de los tres antiguos cónsules ejecutados por Domiciano porque estaban «acusados de conspiración», no por ateísmo ni por desviarse hacia «creencias judías», como decía Dión más de un siglo después. Suetonio, sin embargo, afirma que Glabrio primero fue exiliado, y luego ejecutado en el exilio por conspiración[10]. Igual que sucedía en el reinado de Nerón, se solía exiliar primero a una persona por conspiración, y al final se le ejecutaba como consecuencia de la acusación original.

Menos importantes quizá son los pasajes de los *Anales* referidos a Poncio Pilatos como «procurador», un título que se concede siempre a Pilatos en la literatura cristiana. Pilatos en realidad ostentaba el cargo menor de prefecto de Judea, algo que Tácito, que tenía acceso a los registros oficiales del Tabulario romano, y los citaba con frecuencia en sus *Anales*, tendría que haber sabido.

Después de explicar que era una extendida y «siniestra creencia que la conflagración fue el resultado de una orden» del emperador, los *Anales* prosiguen:

> Por lo tanto, para librarse de las consecuencias, Nerón echó la culpa e infligió las torturas más exquisitas a una clase odiada por sus abominaciones, llamados cristianos por el populus. Christus, de quien venía aquel nombre, sufrió la pena máxima durante el reinado de Tiberio, a manos de uno de sus procuradores, Poncio Pilatos, y esa malévola superstición, controlada por el momento, rebrotó no sólo en Judea, la fuente del mal, sino incluso en Roma, donde todas las cosas espantosas y vergonzosas de todas las partes del mundo encuentran su centro y se vuelven populares.
>
> De modo que se arrestó en primer lugar a todos a los que se consideró culpable. Luego, siguiendo su información, se condenó también a una inmensa multitud, no tanto por el crimen de incendiar la ciudad como por odio a la humanidad. Se añadieron mofas de todo tipo a sus muertes. Cubiertos con pieles de animales, fueron desgarrados por perros y perecieron, o clavados a cruces, o condenados a las llamas, donde ardieron, para servir como iluminación nocturna, cuando la luz del día había expirado. Nerón ofreció sus jardines para el espectáculo, y dio un espectáculo en el circo, mezclándose con el pueblo vestido de auriga o de pie en un carro. E incluso entre los criminales que merecían castigo extremo y ejemplar surgió un sentimiento de compasión. Porque se les destruía no por el bien público, como se quería transmitir, sino para satisfacer la crueldad de un hombre[11].

Que fuese arrestada una «inmensa multitud» es otra causa que nos hace dudar de que toda esa gente fuese cristiana. Hasta la propia Iglesia católica reconoce que la comunidad cristiana en Roma en el año
64 d. C.
debió de ser muy reducida. El apóstol san Pablo, en sus cartas, solía consignar la lista de los diversos líderes cristianos de la ciudad donde estaba; en sus cartas de Roma de
60-62
d. C. no nombra a un solo cristiano local. En una carta que parece estar escrita en el año
66 d. C.,
mientras permanecía encarcelado en Roma por segunda vez, nombraba en concreto a tres varones y una mujer cristianos que vivían en Roma; por sus nombres, parece que ninguno de los cuatro era ciudadano, sino que probablemente se trataba de antiguos esclavos[12].

Que en realidad hubiese cristianos en Roma por aquel entonces

es algo que afirman los Hechos de los Apóstoles, que refieren que un pequeño grupo de cristianos salió de la ciudad para reunirse con Pablo en su última parada fuera de Roma, mientras se dirigía hacia la capital, en la primavera de
60 d. C.

[13] Pero que Tácito describiese a esa pequeña comunidad como una «clase» de Roma no suena nada creíble. La observación de que Nerón ejecutó a algunas de esas personas en cruces después del gran incendio no nos dice si eran cristianos o no, pero sí nos dice que no eran ciudadanos romanos. La crucifixión era el método habitual de ejecución para los no ciudadanos convictos de algún crimen en todo el Imperio romano, siglos antes y después de la crucifixión de Cristo. El uso de cruces para la ejecución de aquellos prisioneros no era una alusión deliberada a su cristiandad ni una burla de ella. No tenía nada que ver con la cristiandad.

¿Es una falsificación todo ese fragmento de los *Anales*, como creen algunos? ¿O bien la persona responsable de la interpolación se limitó a cambiar alguna palabra aquí y añadir una frase allá para distorsionar el original de Tácito, por motivos de propaganda religiosa? ¿Y si el texto original hubiese descrito a los arrestados y ejecutados por iniciar el fuego como seguidores de la diosa egipcia Isis, por ejemplo, en lugar de cristianos? En ese caso, lo único que tuvo que hacer el interpolador fue sustituir «egipcios», como eran conocidos los seguidores de Isis, por la palabra «cristianos».

La adoración de Isis estaba entre los cultos religiosos más populares seguidos por los no ciudadanos romanos del siglo I. Los primeros altares de Isis aparecieron en el monte Capitolino ya a principios del siglo I a. C. Destruidos por el Senado en 58 a. C., pronto fueron reemplazados por un templo a Isis, el Iseum, que fue arrasado por órdenes del Senado ocho años más tarde. El llamado Primer Triunvirato, Octavio, Antonio y Lépido, hizo erigir un nuevo templo para Isis y su consorte Serapis en 43 a. C. (el Iseum Campense) en el Campo de Marte, a las afueras del Roma hacia el norte. Finalmente, se construirían también en Roma otros grandes Isea o templos a Isis, uno en el monte Capitolino y otro en Regio III, y otros más pequeños en las colinas Celia, Aventina y Esquilina.

Isis, a quien se consideraba una diosa bondadosa que aceptaba a hombres y mujeres, ricos y pobres, y que prometía la vida eterna y

consuelo para las aflicciones terrenales de sus seguidores, pronto tuvo miles de seguidores entre todas las clases de Roma, pero sobre todo entre las inferiores. El culto de Isis implicaba ciertos misterios que los seguidores no podían revelar a los no creyentes. Incluso había bastantes similitudes entre el culto de Isis y la posterior fe cristiana, entre ellas la iniciación mediante el bautismo con agua, la creencia en la resurrección y la adoración de una madre y un hijo sagrados, Isis y Horus. Posteriores estatuas de la Virgen María alimentando a Jesucristo niño muestran un asombroso parecido con las antiguas estatuas de Isis alimentando a su hijo Horus, que muy bien pudieron inspirarlas.

Hacia 64 d. C. el culto de Isis llevaba un siglo disfrutando intermitentemente del favor de Roma. En 21 a. C. la mano derecha de Augusto, el eficiente Marco Agripa, prohibió que se practicaran los ritos del culto de Isis en el radio de una milla de Roma. En 18-19 d. C., durante los primeros años del reinado del siguiente emperador, Tiberio, cuatro mil «egipcios» y judíos, todos ellos libertos en edad militar (dieciocho a cuarenta y seis años) fueron reunidos en Roma y enviados a reprimir forajidos en la isla de Cerdeña.

Al resto de los egipcios y judíos de la capital, incluidos aquellos que tenían la ciudadanía romana, se les requirió que abandonasen su fe o partiesen de Italia en una fecha dada. Además, según relata Suetonio, Tiberio forzó «a todos los ciudadanos que abrazaban esas fes supersticiosas a que quemasen sus vestiduras religiosas y otros accesorios»[14]. Aquellos sacerdotes de Isis que no abandonasen su fe serían crucificados, siguiendo las órdenes de Tiberio. Según el autor Filo Judeus, un anciano judío del siglo I de Alejandría, esa persecución precristiana de los judíos la llevó a cabo el prefecto del pretorio de Tiberio, Sejano, que poseía, según las palabras de Filo, «odio y designios hostiles contra la nación judía»[15]. Mientras tanto, se decía que Tiberio en persona había arrojado una estatua de Isis al río Tíber.

Con el siguiente emperador, Cayo (conocido como Calígula), tanto los egipcios como los judíos volvieron a Roma, y se adoptó oficialmente a Isis en el panteón romano. Calígula incluso dedicó su nuevo palacio en el monte Palatino a la diosa, llamándolo Aula Isíaca o Sala de Isis. Pero su sucesor Claudio expulsó a todos los

seguidores de Isis de Roma por «crear disturbios», según Suetonio. Los judíos fueron expulsados por Claudio por separado de la ciudad por similares «disturbios»[16]. Con Nerón, no sólo se permitió el culto de Isis en Roma, sino que el emperador también añadió varias festividades isíacas al calendario oficial. Nerón pasaría por un periodo en el cual se obsesionaría con todo lo egipcio, y se ha sugerido que su interés por Isis pudo provenir de la influencia de Queremón, antiguo bibliotecario en el Sarapeum, el templo de Serapis, en Alejandría. Se dice que este estoico egipcio fue tutor de Nerón durante un breve tiempo cuando era niño.

También se ha dicho que una vez Nerón se convirtió en emperador, Apolonio de Tirana, cliente de Nerón que, guiado por los sacerdotes egipcios, aseguraba ser profesor del cielo y seguidor de Isis, influyó en las creencias de Nerón. Muchos eruditos piensan que Nerón, destrozado por la culpa tras el asesinato de su madre en 59 d. C.,
empezó a buscar una espiritualidad que le condujo, al menos durante un tiempo, a abrazar personalmente el culto de Isis, la diosa madre. Aunque su interés por Egipto y las costumbres egipcias no se había desvanecido en
64 d. C.,
parece ser que Nerón ya había abandonado a Isis en su inquieta búsqueda de alivio espiritual.

Algunas leyendas cristianas incluso sugieren que Nerón consultó al apóstol Pablo cuando el evangelista estaba en Roma, ya que Pablo había convertido al cristianismo a la amante liberta de Nerón, Acte, y a su copero oficial en el Palatium. A través de esos dos, según quiere la leyenda, el emperador consultó a Pablo. La creencia tradicional de que Acte era cristiana, o la perpetuación moderna de esa leyenda, procede de la novela de 1895 *Quo Vadis?* del autor polaco Henryk Sienkiewicz, ganador del premio Nobel, que hizo cristiano al personaje de Acte. Se supone que parte del atractivo del credo de Pablo para Nerón era la creencia en una madre santa y un nacimiento virginal, una creencia compartida por la cristiandad, el culto de Isis y otras religiones orientales, pero eso se contradice con el hecho de que la Virgen María nunca apareciera en las enseñanzas de Pablo.

Tácito deja bien claro que a pesar de cualquier acto de

benevolencia por parte de Nerón inmediatamente después del gran incendio, que según dice Tácito, le atrajo una gran popularidad a corto plazo entre el público, no pudo sobreponerse al rumor que corrió por toda la ciudad más rápido aún que las devoradoras llamas: él mismo había causado el desastre. Estaba en el carácter de Nerón —que tenía veintiséis años y llevaba toda su corta vida dominado por otros y agobiado por problemas de falta de confianza, y se veía acosado por una absurda campaña de rumores que le echaba la culpa del fuego a él— encontrar alguna cabeza de turco, para desplazar la culpa de sus propios hombros a los de otro.

El culto de Isis, que atrajo a Nerón en un principio, luego llegó a decepcionarle. Al final se burlaba del culto públicamente. Al echar la culpa del gran incendio a los seguidores de Isis, podía estar seguro de aprovecharse de un desagrado muy extendido por ese culto. A los demás romanos, sobre todo los de las clases superiores, no solían gustarles los seguidores de Isis. El poeta Juvenal, por ejemplo, los ridiculizaba. Su contemporáneo Plutarco, el historiador griego que sirvió como sacerdote en el Templo de Apolo de Delfos, consideraba detestable el culto de Isis. Suetonio, a principios del siglo II, describía este culto como «un orden bastante cuestionable»[17].

Uno de los motivos por los que la mayoría de los romanos criticaban aquel culto era su adoración de los animales, entre ellos el cocodrilo, el ibis y el mono de cola larga. A la propia Isis se la representaba con cuernos de toro sobresaliendo de la cabeza y su consorte masculino, Serapis, dios del inframundo, a menudo se representaba como un toro. El Navigium Isidis era un festival de Isis que tenía lugar el 5 de marzo, y que se había convertido en parte del calendario romano, como inauguración anual de la temporada de navegación del Mediterráneo mediante la bendición de las flotas. En la procesión oficial que abría las festividades tomaba parte un sacerdote que llevaba la cabeza de perro de Anubis, el dios egipcio de la muerte. Esos dioses animales eran aberrantes para los romanos, acostumbrados a adorar a deidades con forma humana, y la participación en el culto se consideraba algo vergonzoso.

Otras pruebas apuntan a la identidad de aquellos que fueron ejecutados por orden de Nerón después del gran incendio. Examinemos otra vez lo que dicen de ellos los *Anales*: «Se añadieron

a las muertes burlas de todo tipo. Cubiertos con pieles de animales, fueron desgarrados por perros y perecieron». Consideremos también que los romanos creían que los seguidores de Isis adoraban a los animales, y que Anubis, el dios egipcio de los muertos, tenía cabeza de perro. Inversamente, los sacerdotes de Isis se abstenían de todo contacto con productos animales, que consideraban impuros, y llevaban ropa de lino y sandalias de papiro. Por todos esos motivos, la mofa a la que se refiere Tácito, obligando a los condenados a vestir pieles de animales mientras los desgarraban unos perros, sugiere que esas personas eran seguidores de Isis.

Había también otra conexión: como Nerón debía de saber muy bien, el fuego formaba parte importante de las observancias de la religión isíaca. De modo que matar a los prisioneros quemándolos no era sino otra burla más del culto, que habría hecho muy creíble la conexión entre la adoración a Isis y el gran incendio para los romanos de la época. No es imposible que los seguidores de Isis fuesen culpables de extender el fuego para «limpiar» Roma, o incluso quizá de prender el foco secundario en la propiedad Emiliana.

La primera parte del fragmento pertinente de Tácito, tal y como éste lo escribió, quizá hubiese podido decir algo como lo siguiente: «Consecuentemente, para librarse de las represalias, Nerón echó la culpa e infligió las más refinadas torturas a una clase odiada por sus abominaciones, seguidores del culto de Isis, llamados egipcios por el populacho, que habían enraizado en Roma, donde todas las cosas espantosas y vergonzosas encuentran su centro y se hacen populares».

Todo indica que el culto de Isis fue decayendo a lo largo de los años siguientes, después del gran incendio, antes de que uno de los tres primeros emperadores del tumultuoso año
68-69
(Galba, Otón o Vitelio), en el que hubo cuatro, permitiera de nuevo la adoración de Isis. Tan rehabilitado quedó el culto de Isis bajo los emperadores Flavios que en
71 d.
C. Vespasiano y su hijo Tito velaron en el Iseo del Campo de Marte la noche antes de celebrar su triunfo conjunto por haber sofocado la revuelta de Judea.

El segundo hijo de Vespasiano, Domiciano, último de los tres emperadores Flavios, salvó la vida al disfrazarse de sacerdote de Isis en diciembre de
69 d.
C. Quizá se afeitara también la cabeza como hacían los sacerdotes, que se afeitaban el cuerpo entero cada tres días, y adoptase su sencilla túnica de lino que llegaba hasta los tobillos para escapar del complejo capitolino envuelto en llamas, acompañado por su primo Clemente, disfrazado de la misma guisa. Quizá llevasen también las máscaras con cabeza de perro de Anubis, como fue el caso cuando un edil llamado Marco Volusio usó el mismo disfraz, el de un sacerdote de Isis, para escapar de las proscripciones del Primer Triunvirato que siguieron al asesinato de Julio César. La huida de Domiciano se produjo cuando los hombres de la guardia personal del emperador Vitelio, la llamada Guardia Germana, cercaban al hermano de Vespasiano, Sabino, a los miembros de su familia y a los que les apoyaban en el monte Capitolino.

En cuanto ascendió al trono, Domiciano se declaró a sí mismo encarnación del consorte de Isis, Serapis, y animó y promovió activamente el culto. Reparó el templo de Isis en el Campo de Marte, que estaba muy dañado por el incendio del año
80 d. C.,
y decoró otros diversos templos de Isis y Serapis, incluyendo el del Capitolio. Se cree también que fue Domiciano quien erigió un nuevo templo a Isis en Beneventum en
88 d. C.

El historiador Tácito, senador durante el reinado de Domiciano, despreciaba al joven emperador cruel y vengativo y todo lo que representaba, pero se sentía avergonzado de sí mismo por consentir el sangriento gobierno de Domiciano. Sin duda, como su compañero historiador Suetonio, Tácito también despreciaba el culto de Isis, y lo tachaba sin vacilación de «espantoso y vergonzoso», aunque no fuera por otro motivo que por el hecho de que lo había adoptado Domiciano. En realidad, resulta dudoso que Tácito, partidario devoto de los dioses romanos, hubiese oído hablar mucho de la cristiandad o de Cristo, mientras que llevaba toda su vida en contacto con el culto de Isis, del que sí tenía conocimiento. Todo esto hace mucho más probable que describiera como «espantosos y

vergonzosos» a los isíacos, y no a los cristianos.

Sin embargo, a pesar de todo este asunto de los violines y los cristianos y el misterio de quién prendió el fuego, hay que explorar otras cuestiones históricas mucho más complejas relativas al gran incendio. La Roma del año
64 d. C.
era una metrópoli populosa y floreciente que, según se decía, no dormía nunca. Experimentaba un tiempo de auge, igual que el Imperio romano en su conjunto. Los desastres militares de unos años antes en Oriente y en Britania eran ya historia reciente. En Britania, la reina guerrera celta Boudica y sus rebeldes habían sido aplastados de una forma sangrienta en
60-61
d. C., y se había establecido allí el comercio habitual para los romanos. En Armenia, el brillante general romano Domicio Córbulo había derrotado dos veces a las fuerzas armenias y partas, y en
63 d. C.
obligó al rey de Armenia, Tirídates I, de origen parto, a convertirse en aliado de Roma.

Más aún, Córbulo había conseguido el acuerdo de Tirídates de que acudiría a Roma, se inclinaría ante Nerón y le reconocería como señor y soberano… cosa que hizo en
66 d.
C. Nunca antes se había inclinado un parto ante un emperador romano. La fama y la popularidad de Nerón estaban en su punto álgido entre el pueblo común romano. ¿Cómo es posible entonces que cuatro años después del gran incendio la gente le diese la espalda y éste se viese obligado a abandonar su trono? ¿Qué había cambiado la actitud del público, sofocando su ardor y destruyendo su lealtad hacia el joven emperador, último miembro de la reverenciada familia de los Césares?

Hubo frecuentes y graves incendios en Roma antes del
64 d. C.,
y varias conflagraciones más destruirían partes significativas de la ciudad a lo largo de los cuarenta años que siguieron. El incendio más importante después del que nos ocupa fue un fuego provocado que destruyó el complejo capitolino en
69 d.

C. Otro fuego causó una devastación muy extensa en el Campo de Marte en
80 d. C.,
y otro provocó graves daños en el centro de Roma en
104 d. C.

Sin embargo, la destrucción de casi dos tercios de Roma por un fuego rugiente fue un desastre que sólo se pudo comparar a la destrucción de gran parte de la ciudad por parte de los celtas en 390 a. C. Fue un acontecimiento que indudablemente traumatizó a la población. Y unos meses después del incendio de
64 d. C.,
salieron a la luz diversas conspiraciones de aristócratas romanos y de oficiales de la propia guardia de palacio de Nerón para derrocarle. Un año después de esas conspiraciones, estallaron rebeliones más importantes contra el gobierno de Nerón en Judea y la Galia, y la suerte quedó echada. Se aproximaba ya la era menos gloriosa de Nerón.

Aquí exploramos dos aspectos del gran incendio: el fuego físico que sepultó la capital del mundo romano en
64 d. C.
y el fuego político desencadenado por sus efectos, y que condujo a la destrucción de la dinastía de los Césares. Usando los textos de numerosos autores clásicos como fuente, en la obra seguimos fielmente la vida de Nerón y de muchas de las figuras cuya fortuna se vio afectada por el gran incendio. La historia empieza a la vez que el año
64 d. C.,
el día de Año Nuevo.

I
EL JURAMENTO DE ENERO

Silencio. El viento invernal alborotaba los penachos de pelo de caballo, de un color dorado amarillento, de sus brillantes cascos en formación. En el brazo izquierdo de todos ellos descansaban los escudos de madera grandes, curvados, con el emblema del rayo pintado. Todos apoyaban la mano derecha en el pomo de la espada corta romana, el *gladius*, envainada en el costado derecho de cada hombre. Hilera tras hilera de hombres vestidos con armaduras segmentadas y túnicas rojo sangre. Reclutados exclusivamente en Roma y la Italia del centro y del sur, eran los hombres mejor pagados de todo el ejército romano. Los pretorianos.

Un joven de veintiséis años subió a la tribuna elevada que se encontraba frente a ellos, vestido con una túnica blanca bordada de oro. De estatura media, tenía los ojos azules y el cabello rubio. Muchos de los que estaban allí le recordaban de cuando era un jovencito de dieciséis años, la primera vez que se presentó ante los pretorianos, nueve años antes, y se ganó su aprobación. Entonces era guapo… incluso demasiado, a pesar del grueso cuello de toro que había heredado de su tatarabuelo Marco Antonio. Ahora, el primer día del año
64 d. C.,
era rechoncho, tenía el vientre redondo y se estaba quedando calvo. Aquel era Nerón Claudio César Augusto Germánico, nieto de Germánico Julio César, hijo de Agripina la Menor, y sobrino, hijo adoptivo y heredero del emperador Claudio. Era el emperador Nerón César.

«¡Ave, César!» El grito, que aullaron catorce mil voces al unísono, resonó entre los gruesos muros de la Castra Pretoria, aquella especie de castillo que era el cuartel de las Cohortes Pretorianas, o Guardia Pretoriana, como la llamarían los escritores

posteriores, en la Regio VI, el distrito sexto de la ciudad de Roma. Y entonces los soldados prorrumpieron en aplausos, tal y como era la costumbre cuando un comandante en jefe romano aparecía ante sus hombres.

Nerón sonrió y agitó una mano dando las gracias, y bajó la vista hacia el portaestandartes pretoriano que sujetaba bien alto, orgulloso, su estandarte con la representación dorada de Victoria, la diosa alada de la victoria. Detrás del estandarte, los tribunos de cada una de las catorce cohortes permanecían de pie frente a sus hombres con armaduras de desfile, en las que resplandecía el oro y la plata. Aquellos oficiales de clase alta del rango del orden ecuestre (a los que autores posteriores han llamado erróneamente «caballeros») eran militares de carrera, la flor y nata, hombres como Subrio Flavo, Gavio Silvano y Statio Próximo. Sólo catorce hombres ostentaban el rango de tribuno de la Cohorte Pretoriana en cada momento dado, y muchos ocupaban aquel cargo tan poderoso durante décadas. Nerón levantó la vista hacia las cohortes, todos bien afeitados, reclutas físicamente imponentes encabezados por portaestandartes vestidos con capas de piel de león. Y vio a sus centuriones, oficiales promovidos de entre las filas después de probar su valor en el servicio activo.

Varios hombres estaban detrás del joven emperador en la tribuna, ataviados también con su mejor armadura, entre ellos los dos prefectos pretorianos, Sofonio Tigelino y Fenio Rufo, y con sus ropajes senatoriales blancos bordeados de púrpura, los dos nuevos cónsules de aquel año, Gayo Lecanio y Marco Licinio. Todos se unieron al aplauso hasta que éste se fue extinguiendo. Volvió el silencio. El tribuno pretoriano de la cohorte de servicio, con una capa blanca, encargado aquel día del papel de narrador, se adelantó frente al balcón y gritó una orden. Luego procedió a dirigir a los hombres mientras éstos recitaban un juramento. De nuevo, miles de voces resonaron al unísono en la plaza de armas con sus columnas:

> Juro que obedeceré al emperador de buen grado e incondicionalmente en todas sus órdenes, que nunca desertaré y que siempre estaré dispuesto a sacrificar mi vida por el Imperio de Roma[1].

Era el día de Año Nuevo de 64 d. C.,

y los hombres de las Cohortes Pretorianas, todos ellos ciudadanos romanos, estaban renovando el juramento de fidelidad que todos los soldados ciudadanos del Imperio romano pronunciaban el 1 de enero de cada año.

Nerón estaba de buen humor mientras abandonaba el cuartel, tras la ceremonia del juramento, llevado en una litera por unos jóvenes esclavos musculosos, con una cohorte de hombres altos, rubios y barbudos que eran su guardia personal del *Germani corporis custodes*, la llamada Guardia Germana, marchando en perfecta formación a su alrededor. Los hombres de las diez cohortes «germanas» procedían de todo lo largo del Rin, sobre todo del antiguo reino de Batavia, la moderna Holanda. Llevaban las mismas armaduras y cascos que los pretorianos, pero los escudos «germanos» eran mucho más planos y llevaban un emblema distinto, y sus espadas al estilo de la caballería eran mucho más largas.

A ambos lados de la calle el público vitoreaba y aplaudía. Los niños veían pasar sobrecogidos la litera de su emperador. Un séquito de libertos y esclavos imperiales seguía tras la litera. El emperador se dirigía de vuelta a su palacio, el Palatium, en la colina Palatina, en el centro de la ciudad, para ocuparse de los asuntos del día, y luego se prepararía para un lujoso banquete con sus amigos más íntimos. Antes de que el sol saliera aquella mañana Nerón había acudido al monte Capitolino, donde se había reunido una gran multitud de plebeyos para declararle su fidelidad y ofrecer plegarias por su salud, seguridad y prosperidad en el año que empezaba, tal y como era costumbre hacer cada día de Año Nuevo.

Al amanecer, en su calidad de *pontifex maximus*, jefe sacerdotal de Roma, Nerón había presidido el sacrificio especial de Año Nuevo que se llevó a cabo en el Arx, la zona más sagrada de todo el monte Capitolino, en presencia de los augures y sacerdotes de diversas órdenes religiosas romanas. Los órganos del ave sacrificada estaban intactos, y el arúspice, el jefe de los augures, declaró que los augurios eran buenos y que aquél sería un buen año para el emperador. Todo iba bien en el mundo de Nerón. Todo iba bien en el mundo romano.

«Nunca una paz había sido tan profunda», dijo el historiador Tácito de este periodo[2]. Una revuelta en Britania que casi acabó

con toda la provincia invadida por la reina guerrera celta Boudica y sus centenares de miles de rebeldes britones fue reprimida brutalmente tres años antes, y el gobierno y el comercio romanos florecían de nuevo en Britania. Los problemas en el este, donde los partos ocuparon Armenia y amenazaron Siria y otras provincias romanas, fueron liquidados de una manera contundente un año antes por el valiente y decidido general de Nerón, Lucio Domicio Córbulo. No sólo se acabaron así las guerras partas, sino que Córbulo obligó también al rey de Armenia, Tirídates I, de origen parto, a que se convirtiera en aliado de Roma, y prometiera acudir a Roma para inclinarse ante Nerón y reconocerle como señor y soberano. ¡Qué gran impulso sería para el prestigio de Nerón!

Durante varios años, Nerón había expresado su vertiente artística a escala limitada. «Desde la más temprana infancia, Nerón volvió su genio vivaz» hacia las artes, decía Tácito. «Esculpía, pintaba, cantaba.» Nerón exhibía también una cierta habilidad como poeta. Tácito reconoce, a regañadientes, que «en ocasiones componía versos que mostraban que tenía ciertos rudimentos de conocimiento»[3]. El biógrafo de Nerón, Suetonio, decía que Nerón «escribía versos con rapidez y entusiasmo, sin esfuerzo alguno», y que tras la muerte de Nerón, sus enemigos afirmaban que había robado sus mejores poemas, publicados mientras vivía, de otros autores. Pero según dijo Suetonio, él tenía en su poder los cuadernos de notas de Nerón, completos, de su puño y letra y con correcciones, cosa que probaba ante él que Nerón era en realidad el creador original[4].

Nerón poseía una voz de la que se sentía orgulloso y se había convertido en excelente intérprete de lira, un instrumento de cuerda parecido a un arpa pequeña, con el cual se acompañaba. «La música formaba parte de sus habilidades infantiles», decía Suetonio, «y desarrolló su afición por ella muy temprano»[5]. Poco después de ascender al trono, Nerón convocó al mejor intérprete de lira del momento, Terpus, para que tocase ante él después de cenar, en el Palatium. Durante varias noches Terpus actuó para el emperador, cantando y tocando hasta altas horas. Inspirado por Terpus, el propio Nerón se dedicó al estudio de la lira y la llegó a dominar.

Nerón había hecho su primera aparición pública como cantante compitiendo en los Juegos Juveniles de adolescente, antes de

convertirse en emperador. Desde que accedió al trono sólo cantaba en casas de amigos y en los jardines imperiales, ante públicos pequeños pero apreciativos, formados por sus íntimos y su séquito. Esas actuaciones, pensaba, «eran a una escala demasiado reducida para una voz tan buena»[6]. Así que al llegar el año nuevo, Nerón había tomado una decisión: dar un público mucho más amplio a su talento y competir en concursos de canto públicos.

Sin embargo, a pesar de la confianza que tenía en su propia habilidad canora, a Nerón le preocupaba cómo podía recibir el pueblo corriente de Roma la actuación de su emperador ante el público. Tal cosa no había ocurrido nunca antes. Y no era el único a quien preocupaba aquel asunto. Cuando, una vez en el Palatium, Nerón informó a sus consejeros de mayor rango de sus intenciones, éstos expresaron el temor de que aquello rebajase al emperador y disminuyese su autoridad. No abandonó por completo la idea, pero los consejeros pudieron convencerle de que al menos hiciese su primera aparición pública como cantante fuera de la capital.

La opinión pública era muy importante para Nerón. Le preocupaba poco la nobleza romana, ambiciosa, voluble y traicionera; sus amigos más íntimos eran casi en su totalidad ecuestres y libertos. La estima del pueblo llano, por otra parte, significaba mucho para él. Suetonio decía que Nerón tenía «sed de popularidad»[7]. No era tanto una sed como la percepción de una necesidad. Al comienzo de su reinado, su sabio consejero, Séneca, le había aconsejado que prestara atención al humor de las masas, si quería conservar su trono.

César Augusto, el primer emperador de Roma, fue maestro a la hora de calibrar cuál era el estado de ánimo del público y mimar a la masa. A diferencia de Julio César, que en su decisión de eclipsar a Pompeyo el Grande, celebró con ostentación cada una de sus victorias, aceptando todos los honores, y pagó un sangriento precio final por su egoísmo. Augusto conocía los límites de la tolerancia del pueblo y murió en la cama tras un reinado de casi medio siglo. Su sucesor Tiberio, consciente de la opinión pública, empezó su reinado con cautela y contención, pero al final perdió el contacto con la gente de la calle y como resultado casi pierde el trono ante un usurpador, Sejano.

El siguiente emperador, Cayo o Calígula, como le conocemos

ahora, se vio fortalecido al principio de su reinado por las expectativas del público, como hijo del muy popular César Germánico. Pero irónicamente, este hecho le hizo olvidar la opinión pública. Calígula sucumbió pronto, despachado por sus propios guardias, y el pueblo no le lloró. Claudio, el sucesor de Calígula, sabía cómo divertir al público, y por eso era popular cuando murió. Perder la buena voluntad del pueblo de Roma era algo peligroso, y Nerón era lo bastante listo, o quizá lo bastante inseguro, para saber que la aparición del emperador en un escenario de la capital ante un público no preparado para un hecho tan insólito podía resultar desastroso.

Entonces Nerón decidió que en cuanto hubiese empezado la temporada de las competiciones, tomaría parte en el concurso anual que se celebraba en Neápolis, la Nápoles de hoy en día, en la costa occidental de Italia. Neápolis fue fundada por colonos griegos hacia 600 a. C., pero a pesar de ser capturada por Roma en 326 a. C., siempre había conservado un cierto aire griego. Los romanos consideraban a los griegos los mejores artistas de su tiempo, en todas las artes, y Nerón sentía que un artista como él debía aparecer entre los griegos y ganarse sus alabanzas y sus premios. Sólo entonces se sentiría lo bastante confiado para aparecer en el escenario frente a la gente que importaba, el público de Roma.

La idea de la aclamación de los griegos pronto convenció a Nerón de que después de hacer su debut en Neápolis viajaría a la provincia de Acaya, en el sur de Grecia. Allí podría aparecer en los concursos de canto más importantes, que llevaban siglos celebrándose, confiando en «ganar las conocidas y sagradas guirnaldas de la antigüedad». Una vez ganados los concursos griegos, Nerón estaba convencido, dice Tácito, de que podría volver a casa y a los escenarios de la capital, habiendo provocado «con acrecentada fama el entusiasmo de los ciudadanos» de Roma[8].

II
LOS PREFECTOS RIVALES

El prefecto del pretorio Tigelino estaba de pie en el Foro, mirando con aprobación el bullicio y la actividad de primera hora de la mañana en torno a los puestos de venta de la Basílica Emilia. Si el negocio de los tenderos de la Emilia era bueno, aquel día de invierno, también le iría bien a Tigelino. Porque Tigelino no era sólo uno de los dos prefectos a cargo de las Cohortes Pretorianas, sino que era también un hombre de negocios.

El primer emperador de Roma, Augusto, había recuperado la antigua práctica de poner a dos prefectos a cargo de las Cohortes Pretorianas. La unidad militar más antigua de Roma fue creada por los pretores de Roma como fuerza de protección personal suya, después de la formación de la República romana en 509 a. C. Después, los dos cónsules elegidos para que ostentaran el poder cada año controlaban las Cohortes Pretorianas, y cada uno de ellos nombraba a un oficial de alto rango para que los dirigieran conjuntamente. En tiempos de Julio César, las Cohortes Pretorianas habían caído en desuso, y acabaron reformadas por Marco Antonio en 44 a. C., tras el asesinato de César, de nuevo como fuerza de protección personal. En aquel tiempo, los oficiales pretorianos de mayor antigüedad eran sus tribunos. Esto cambió al llegar los emperadores. Augusto convirtió a los pretorianos en algo más que guardaespaldas. Empleando las tropas auxiliares de los *Germani corporis custodes*, seleccionados uno a uno, para su protección personal, había convertido las nueve Cohortes Pretorianas que existían entonces en su policía política; ellos eran agentes de la ley y ejecutores suyos, y a través de sus músculos y sus aceros, ellos y sus comandantes ejercían un enorme poder.

Fue una inteligente disposición de Augusto que se pusiese un freno al posible mal uso del poder por parte de los pretorianos

emulando la antigua costumbre de colocar no uno, sino dos hombres a cargo del conjunto de esas tropas. Ambos hombres ostentaban el grado idéntico de prefecto. El sucesor de Augusto, Tiberio, comprendió lo sabia que era esa disposición por amarga experiencia, cuando su único responsable, Sejano, intentó usurpar el trono. Los emperadores posteriores se adhirieron a la política de nombrar una pareja de prefectos pretorianos, pero Claudio, varios años antes de su muerte, y bajo la influencia de su última esposa, Agripina la Menor, madre de Nerón, nombró a un solo prefecto del pretorio, Afranio Burro.

Burro, un hombre de físico imponente, superó la incapacidad que sufría, la atrofia de la mano izquierda, convirtiéndose en un soldado de gran renombre antes de tomar el mando de los pretorianos. Resultó un prefecto noble y honrado, y un estratega militar muy hábil, sirviendo en el cargo de lo que en tiempos modernos podríamos considerar secretario de Defensa. Conservando su cargo cuando Nerón llegó al trono, Burro fue, en combinación con el jefe de estado mayor de Nerón (el famoso e imperfecto filósofo Lucio Anneo Séneca), otro de los favoritos de Agripina, influencia constante en el joven emperador durante los primeros cinco años estables del reinado de Nerón.

En 62 d. C. Burro murió de cáncer de garganta, aunque los rumores aseguraban que Nerón, cansado de la estricta influencia del prefecto, asesinó a Burro mandándole una medicina envenenada para la garganta. Tras la muerte de Burro, Nerón, siguiendo el consejo de Séneca, volvió a la costumbre de tener dos prefectos pretorianos. Para satisfacer a Séneca y al público primero eligió a Fenio Rufo, otro favorito de Agripina. Nerón había nombrado antes a Rufo comisionado para el suministro de grano. El poeta Juvenal decía que los romanos estarían contentos mientras se les proporcionase pan y circo, y había mucha verdad en ese dicho. El hombre que controlaba el suministro de grano de la capital, que en su mayoría tenía que ser enviado desde los campos de trigo de Egipto y del norte de África en buques de la flota de grano mediterránea, controlaba las vidas del pueblo de Roma. Parte de las 150 000
toneladas de grano enviadas cada año a Roma se vendía a los panaderos, pero desde el reinado de Augusto, la mayor parte era

entregada gratuitamente a los residentes más pobres de Roma, y vendida a los soldados a una tasa subvencionada.

Algunos de los que ostentaron en el pasado el puesto de comisionado del suministro del grano eran perezosos, otros ineptos y otros corruptos. Rufo era una excepción; se había ganado la «popularidad vulgar», según Tácito, mediante «su administración de los suministros de grano sin provecho para sí mismo»[1]. Sin embargo, igual que Rufo era conocido por todos como hombre virtuoso, también era bien conocido por ser un hombre pasivo, cuando no tímido, sin más. Y esto convenía a la perfección tanto a Nerón como al segundo hombre elegido para prefecto.

Éste era Tigelino, que como Rufo, en
64 d. C.
era ya un hombre de mediana edad. Senador de modesto linaje, Tigelino fue desterrado de Roma por Calígula en
39 d. C.
por tener una aventura con la madre de Nerón, Agripina. En cuanto Claudio subió al trono y Agripina se convirtió en su mujer, se permitió a Tigelino que volviese a Roma. Al principio del reinado de Nerón fue nombrado prefecto de las Cohortes Vigiles o Guardia Nocturna. Pronto se ganó con astucia el favor de Nerón, animándole y participando en los peores vicios del joven emperador, sobre todo sus juergas nocturnas por tabernas, burdeles y callejones de Roma. Tigelino, que era famoso por tener un verdadero harén de concubinas, se convirtió en procurador de Nerón; cualquier cosa que quisiera Nerón, Tigelino se la organizaba.

Fue la «inveterada desvergüenza e infamia» de Tigelino, según Tácito, lo que le puso y le mantuvo en el círculo de amigos más íntimos de Nerón[2]. A cambio, Nerón abrumó a Tigelino con dinero, propiedades y favores. En una ocasión, cuando el yerno de Tigelino fue desterrado del Senado por votación de la cámara, a causa de un delito no revelado, Tigelino hizo que se anulara el edicto, con el apoyo de Nerón.

El coprefecto de Tigelino, Rufo, nombrado en una ocasión para dirigir a los pretorianos, «disfrutaba del favor del pueblo y de los soldados»[3]. Tigelino, mientras tanto, empezó en su cargo despreciado universalmente y desprovisto del respeto de todos los niveles de la sociedad. Debido a la popularidad de Rufo, Nerón no

se atrevía a enfrentarse a los hombres de las Cohortes Pretorianas despojándole de su cargo, de modo que Tigelino tuvo que ponerse a trabajar para ir minando la autoridad de su compañero prefecto. En cuanto Séneca se retiró del puesto de secretario en
62 d. C.,
al cabo de unos meses de la muerte de Burro, Tigelino inició su campaña. Empezó recordando a la gente con discreción que Rufo había sido favorito de la madre del emperador. Oficialmente, el nombre de Agripina era impronunciable desde su asesinato por orden de Nerón en
59 d. C.,
cuando el Senado declaró a Agripina culpable de haber conspirado para matar a su hijo. Aun así, la simple asociación con la desgraciada Agripina no bastó para destruir la reputación o la popularidad de Rufo. Tigelino tenía que esforzarse más para aumentar su poder a expensas de su colega.

Tigelino fue tramando conspiraciones contra hombres importantes de Roma. Según Tácito, Tigelino pensaba que «intrigar con malicia» era lo único que necesitaba para conseguir poder, y que esas intrigas tendrían mucho más éxito «si se podía asegurar la complicidad del emperador en su culpa»[4]. Para hacer tal cosa, mientras comía con el emperador o salía de juerga con él hurgaba en los miedos más secretos del joven. Y miedos tenía muchos. Habiéndose criado en un Palatium repleto de intrigas y manchado por el crimen, Nerón era muy inseguro, cosa nada sorprendente.

Como muchos emperadores antes y después, Nerón temía por encima de todo que le derrocasen. Séneca, que sirvió como secretario suyo, le aconsejaba no vivir en el temor, porque nunca podría ejecutar a su sucesor; no importaba a cuántos mandase ejecutar, siempre habría alguien que ocuparía su lugar. Pero al desaparecer de la vista Séneca, Nerón ya no recibía consejos tan sabios, y Tigelino podía jugar con las inseguridades de su jefe.

Hábilmente, Tigelino identificó a los dos hombres a quienes más temía Nerón. Rubelio Blando Plauto tenía varios puntos en su contra. La madre de Plauto era, como Nerón, miembro de la familia de los Julios, y por tanto Plauto era pariente lejano del emperador. Y Plauto se había casado con una nieta del emperador Tiberio. De modo que Plauto podía reclamar las credenciales imperiales por

ambos hechos. Y demás de su ilustre nombre, Plauto, joven, carismático y rico, era capaz de seducir a la gente y comprar su fidelidad, si ponía sus ojos en el trono.

Un año después de subir al trono, en
54 d. C.,
advirtieron a Nerón de la posible amenaza que suponía Plauto. Una de las amigas de su madre acusó a Agripina de planear casarse con Plauto, que era primo suyo, y luego arrebatarle el trono a Nerón para entregárselo a Plauto. Cuando se defendía de esa acusación, Agripina dijo que nadie podría testificar contra ella, aunque «Plauto o cualquier otro se convirtiera en jefe del Estado y pudiera juzgarme»[5]. La acusación quedó en nada, y ni Agripina ni Plauto sufrieron por ella. Pero Nerón no olvidó que Plauto tenía las credenciales necesarias para reemplazarle.

En 60 d. C., Nerón celebró sus primeros Juegos Neronianos, que había creado como festival de competiciones tanto de cuerpo como de mente, al estilo de los juegos que se llevaron a cabo en Grecia durante siglos y que Augusto había emulado en Roma y Actium con sus Actiaca, juegos griegos celebrados cada cuatro años durante su reinado. No mucho después de que el último poeta hubiese recitado su último verso en los Juegos Neronianos, y el último boxeador desnudo hubiese sido coronado victor con una corona de laurel, se vio un cometa en llamas cruzar el cielo nocturno. Según Tácito, para los supersticiosos romanos la aparición del cometa era un presagio de revolución[6]. Pronto llegó a oídos de Nerón que mucha gente decía que si el emperador fuese destronado en tal revolución, Plauto podría ser el sucesor ideal.

Plauto, que vivía de forma austera y discreta, no alentaba tales comentarios. Guiado todavía por Séneca en aquellos tiempos, Nerón había escrito una carta a Plauto en la cual le sugería que por el bien de «la tranquilidad de Roma», Plauto «se apartase de cualquier rumor maligno». Plauto había heredado unas grandes propiedades en la provincia de Asia Menor, y Nerón decía que allí Plauto «disfrutaría de su juventud a salvo y con tranquilidad»[7]. Captando la insinuación, Plauto se llevó con él a su mujer y a unos pocos amigos íntimos y partió hacia Asia para llevar una vida tranquila.

El segundo hombre a quien temía Nerón era Fausto Cornelio Sila Félix, hermano de Mesalina, última, poco prudente y nada llorada

esposa del emperador Claudio. Aunque era relativamente pobre, Sila descendía del mismo Sila que gobernó Roma como dictador durante la juventud de Julio César y Pompeyo el Grande. Conocido y querido, Sila se casó en
47 d. C.
con una integrante de la familia imperial, Antonia, prima de Nerón e hija del emperador Claudio. La pareja tuvo un hijo, que podía reclamar el trono de Nerón en la edad adulta, como siguiente varón de mayor edad de la línea Julia. Pero el niño, muy enfermizo, murió a los dos años.

Varios años más tarde de que Nerón subiera al trono, uno de los libertos imperiales, el anciano Grapto, se inventó la historia de que Sila había planeado asesinar a Nerón una noche mientras el emperador volvía de sus correrías en el puente Milvio, en la parte norte de las afueras del Campo de Marte. El puente era entonces famoso por ser frecuentado por prostitutas y prostitutos, y Nerón solía ir allí para obtener su placer más libremente fuera de la ciudad. No había pruebas que apoyasen semejante acusación, pero a Sila se le ordenó que partiese hacia Italia y se confinase dentro de los muros de Masilia, la moderna Marsella, en el sur de Francia. Sila vivía en Masilia desde entonces.

En una reunión con Nerón en
62 d. C.,
no mucho después del retiro de Séneca, Tigelino hizo un movimiento contra los dos hombres. Con Sila en el sur de la Galia en exilio autoimpuesto, y Plauto en Asia, Tigelino había usado su misma ausencia de Roma contra ellos, asegurando que su distancia de Italia en realidad exacerbaba la amenaza que suponían para Nerón.

«No tengo los ojos, como Burro, puestos en dos objetivos en conflicto», dijo Tigelino, queriendo decir que su predecesor pretoriano Burro había dividido su lealtad entre Agripina y Nerón. Su único pensamiento, dijo, era la seguridad de Nerón, «que al menos está defendida contra la traición en Roma por mi presencia. En cuanto a levantamientos lejanos, ¿cómo se podrían sofocar?»[8].

Aseguraba que Sila podía encabezar un levantamiento de los galos contra Nerón, usando su conexión familiar con Sila, «el gran dictador». Al mismo tiempo, decía, tampoco se podía confiar en las

naciones de Oriente, que tenían recuerdos afectuosos de Druso, el abuelo de Plauto por matrimonio y primo y hermano adoptivo del propio abuelo de Nerón, Germánico César. Druso había conseguido aclamaciones por su trabajo como estadista en el este. La conexión familiar de Plauto con Druso podía bastar, decía su acusador, para que la gente del este se levantase y le apoyase en contra de Nerón[9].

Sila no había dado indicación alguna de que tuviera la ambición de reemplazar a Nerón. De hecho, mostraba una absoluta apatía hacia la política en general y nunca había pronunciado un solo discurso notorio. Pero eso no servía como defensa, según Tigelino. Ese aire de apatía que mostraba Sila, decía Tigelino, era un engaño, destinado a evitar las sospechas, «mientras buscaba una salida a su temeraria ambición»[10].

Una vez convencido Nerón de que autorizase la ejecución de Sila, Tigelino actuó sin demora. Seis días después de la reunión del co-prefecto con Nerón, una partida de pretorianos ejecutores desembarcaba en Masilia. Los ejecutores asaltaron a Sila mientras estaba reclinado en la mesa comiendo con unos amigos. El centurión pretoriano que estaba a cargo arrastró a Sila por el pelo, por encima de la mesa, y le cortó la cabeza, mientras los compañeros de Sila le miraban sin dar crédito a lo que veían.

Se requería que la cabeza de un hombre condenado se devolviera a Roma como prueba de su ejecución. La cabeza se exhibía en público, normalmente en las escaleras Gemonias, que corrían por la ladera sur del monte Capitolino, entre el Tabulario y el Tuliano, hasta el Foro Romano. A veces, esas cabezas se exhibían también en los Rostra, en el Foro. Cuando Nerón vio aquel truculento objeto, antes de que fuera exhibido en público, comentó nervioso que el pelo de la víctima era prematuramente canoso.

La eliminación de Plauto no fue tan fácil de conseguir. Su riqueza hacía que estuviese bien situado en la sociedad romana, y muchos hombres influyentes le eran leales, porque eran clientes suyos o tenían deudas con él. De modo que era necesario inventar una historia sobre su «crimen». Tigelino hizo circular el rumor de que Plauto había intentado atraer al famoso general Córbulo, que ahora era gobernador de Siria y controlaba unas cuantas legiones, a una conspiración contra el emperador. Según otra historia

inventada que corría por las calles y baños de Roma, se habían enviado tropas para ejecutar a Plauto, pero la gente de Asia tomó las armas en su defensa, y los soldados enviados a ejecutarle se habían pasado a su bando, y por tanto tenía que enviarse una fuerza ejecutora mucho más importante.

Esos rumores también alcanzaron los oídos del suegro de Plauto, Lucio Antiscio Veto, en Roma. Veto había compartido el consulado con Nerón hacía unos cuantos años, y también sirvió como gobernador de Asia, uno de los nombramientos proconsulares más prestigiosos y solicitados de Roma. Cuando Veto supo que Tigelino había recibido la aprobación de Nerón para ejecutar a Plauto y que un centurión iba a dirigir una partida de seis pretorianos a Asia para llevar a cabo el acto, el suegro envió a un liberto que Plauto había dejado en Roma para que corriera a avisar a su amo. Con el beneficio del viento favorable, el barco del liberto le dejó en Asia antes que a los pretorianos, y pudo transmitir la advertencia de Veto a Plauto.

El mensaje de Veto aconsejaba a Plauto que no reaccionase quitándose la vida, como muchos romanos habrían hecho en semejantes circunstancias, ya que los romanos consideraban que el suicidio era legal y era un noble recurso. Por el contrario, decía Veto, Plauto debía reunir a sus partidarios a su alrededor y buscar todos los recursos posibles para rechazar al destacamento pretoriano. Luego, dijo Veto, durante el retraso causado por el mensaje que enviase el centurión a Tigelino pidiendo refuerzos para completar la misión, Plauto podía reunir un ejército y declarar la guerra a Nerón.

Plauto ignoró la advertencia de su suegro. Bajo la influencia de dos maestros de filosofía, que le aconsejaron que «esperase la muerte con firmeza, en lugar de llevar una vida precaria y ansiosa», Plauto siguió con sus costumbres habituales[11]. A mediodía, un día después, estaba en la casa de baños. Vestido sólo con una túnica y ropa interior, se ejercitaba antes de entrar en los baños. Las puertas se abrieron de golpe e irrumpieron el centurión pretoriano y su batallón mortal. A su cabeza iba Pelago, un liberto del personal de Nerón enviado con los pretorianos para asegurarse de que se llevaba a cabo la tarea.

Sin ceremonia alguna, el centurión obligó a Plauto a arrodillarse

en el suelo de baldosas de la casa de baños y estirar el cuello. Desenvainando su gladio, el centurión le cortó la cabeza a Plauto, y Pelago la recogió en seguida. La afligida esposa del muerto, Antiscia Polucia, acudió corriendo a buscar el cuerpo de su esposo muerto. Cayendo de rodillas, se agarró al cadáver de Plauto, ignorando la sangre que le cubría la ropa. Durante el resto de su corta vida, Polucia conservaría la túnica manchada de sangre que llevaba su marido en el momento de su violenta muerte.

La eliminación de Sila y Plauto no tuvo repercusión en Roma. Esa falta de reacción pública, junto con el mismo acto de su eliminación, fue de gran alivio para Nerón, que prodigó recompensas a Tigelino. Esos acontecimientos consolidaron la relación entre Tigelino y el emperador y aumentaron la distancia entre Fenio Rufo y Nerón, tal y como había esperado Tigelino. A principios de
64 d. C.
el poder de Tigelino iba aumentando a cada semana que pasaba.

Ese poder era tanto financiero como político. Nerón había convertido a Tigelino en un hombre rico con sus regalos y recompensas. Una de esas recompensas parecía ser o bien la Basílica Emilia entera o bien el pórtico de la basílica que daba al Foro, que contenía un gran número de tiendas. Ese edificio enorme, de cien metros de largo y treinta de ancho, con dos pisos soportados por columnas y enormes arcadas y coronado por un tercer piso, un desván, era uno de los recintos de venta al por menor más importantes de toda Roma, lo que sería un centro comercial de su época. En la intersección de la Vía Sacra y el Argiletum, que en sí misma era conocida como una calle con muchas tiendas de zapateros y libreros en aquella época, y que daba al Foro Romano (la Quinta Avenida de la antigua Roma), aquellas tiendas Emilias ocupaban unos locales de ventas de primera categoría.

Cinco siglos antes allí había tiendas de carniceros. Un siglo más tarde, los banqueros se habían hecho cargo del lugar. Después de un incendio, las tiendas se renovaron y se empezaron a conocer como las *tabernae nova*, o tiendas nuevas. En 179 a. C. se empezó a edificar allí una basílica que completó Marco Emilio Lépido. La familia de los Emilios había ido ampliando el edificio a lo largo de las décadas. En 55 a. C. Lucio Emilio Pailo erigió un nuevo edificio

más importante, el que seguía en pie en
64 d. C.

Al principio de la era imperial el edificio entró en posesión de la familia imperial. Después de otro incendio ocurrido en
14 d. C.,
el emperador Augusto lo restauró. Se hizo otra renovación, ocho años más tarde, a cargo de Marco Lépido, de la familia Emilia. Y ahora la estructura, o al menos parte de ella, era propiedad de Tigelino. En el interior, hileras de tiendas con suelo de mármol se alineaban en una nave central. El pórtico restaurado de la basílica, que daba al Foro, tenía también una hilera de tiendas y fue dedicado por Augusto a sus nietos Cayo y Lucio.

Considerado por algunos como el edificio más bello de toda Roma, la Basílica Emilia era ciertamente uno de los más provechosos, ya que el alquiler de las tiendas producía unas rentas excelentes. A la Basílica Emilia corrían esclavos y libertos cada mañana a comprar en nombre de sus amos y sus amas, que vivían en las mansiones de las cercanas colinas Palatina, Capitolina, Celia y Aventina.

Mediante un edicto de 59 a. C. de Julio César, la mayor parte del tráfico rodado estaba prohibido en las estrechas calles de Roma mientras hubiera luz diurna. De modo que de noche era cuando los pesados carromatos de cuatro ruedas de los mercaderes y los ligeros carros de dos ruedas de los campesinos entraban a la ciudad desde los alrededores y desde los muelles del Tíber, cargados con bienes manufacturados y alimentos, pescado y ganado. Y alrededor de ellos, esquivándolos, pasaban los coches y literas de las «aves nocturnas» y grupos de juerguistas que iban por la ciudad comiendo, bebiendo y visitando a las prostitutas. Roma era la ciudad que nunca dormía. Los provincianos que llegaban a Roma por primera vez se quejaban de que no podían dormir por el escándalo que reinaba en la ciudad desde el anochecer hasta el amanecer.

La Basílica Emilia no era el único centro comercial de la ciudad. Roma poseía mercados dedicados a la venta de ganado vivo, alimentos, vino, ropa, zapatos e incluso mercados especializados en la venta de hierbas y flores. Mientras tanto, las serpenteantes calles de la vieja Roma estaban llenas de comercios. Una vez se abrían los

altos postigos, todas las tiendas quedaban abiertas a la calle, y los viandantes podían ver a los tenderos libertos, a sus familias y sus empleados esclavos trabajando duramente. Muchos tenderos dormían en el local mismo, apretujados en unos altillos encima de las tiendas, con sus familias. En las ruinas de Pompeya y Ostia de hoy en día, el visitante puede ver en la parte trasera de las típicas tiendas romanas cuatro o cinco escalones que conducen a la nada. En tiempos romanos, sobre estos escalones se encontraban unas escalas de madera que subían a los altillos que había encima de las tiendas.

Incontables talleres mugrientos funcionaban en las calles apartadas: curtidores, trabajadores del cuero, con el olor a amoníaco apestando el aire; talleres de carpintería; fundiciones de hierro, donde los esclavos se atareaban ante las forjas calientes y humeantes. Burdeles, que eran legales en Roma, y normalmente estaban también en las calles más apartadas. Algunas tabernas ofrecían prostitutas en el segundo piso, como anunciaban sus letreros de madera decorados con falos erectos. Los burdeles, llamados casas de seducción por algunos romanos y casas de desorden por otros, sólo funcionaban por la noche. Muchos daban a la calle. Existe una descripción de un burdel romano del siglo I que tenía una cortina acolchada colgando ante la puerta, para ahogar el ruido pero animar a la gente a entrar. En el interior, donde los clientes y las prostitutas desnudas andaban por allí despreocupadamente, las instalaciones estaban divididas por particiones de madera en pequeños cubículos con camas, y un letrero en el exterior de cada cámara anunciaba el nombre de la prostituta que trabajaba dentro.

Los relieves que han sobrevivido y que representan tiendas de Roma muestran a un carnicero con una cuchilla en la mano y cortando un trozo de carne que cuelga ante él; un verdulero señalando sus frescos productos; un vendedor de cuchillos con una amplia gama de cuchillos, y un farmacéutico que prescribe un medicamento a un paciente, mientras su ayudante machaca algo en un mortero. En otro relieve se ve una tienda con unas aves colgando de las patas, una mujer tiende fruta a un esclavo, unas aves salvajes en unas cestas de mimbre, jaulas con conejos vivos, un par de monitos encadenados y sentados en un mostrador. Las tascas

ocupaban muchos rincones de la ciudad. También abundaban las tabernas, más importantes. Se encadenaban unas jarras de vino a unas columnas fuera, como anuncio. Las grandes ánforas de barro situadas en la parte trasera de la taberna estaban llenas de vino importado. Cuando se vaciaban, aquellas elegantes ánforas, que parecen cigarros gigantes a los ojos modernos, se solían romper: no había mercado para las ánforas de segunda mano.

Los establecimientos que preparaban comida caliente llenaban el aire de aromas seductores. Las panaderías y pastelerías de Roma ofrecían todo tipo de artículos, desde la hogaza romana (redonda, como un pastel, y que se cortaba del mismo modo) a tentadores manjares dulces. En Pompeya, una de las ciudades que quedó enterrada por la erupción del monte Vesubio en
79 d. C.
y que tenía una población de más o menos veinte mil almas, se han identificado más de cien tascas, veinte tabernas y cuarenta panaderías. Multipliquemos esos números al menos por cincuenta en Roma, cuya población en el siglo I excedía el millón de personas.

En Roma, igual que en cualquier otro lugar del mundo romano, los tenderos exhibían su mercancía fuera de sus puertas. Los peluqueros y barberos sentaban a sus clientes en taburetes en la acera, y trabajaban en ellos con navaja y cuchillo a plena vista del público, mientras intercambiaban cotilleos. Un poeta de la época se quejaba de que Roma era una inmensa tienda. A través de las puertas abiertas de las pequeñas escuelas, en las calles laterales de Roma, se veía a los jóvenes alumnos sentados en taburetes y recitando las Doce Tablas, las leyes básicas de Roma, o versos de Homero o Virgilio. Uno de los alumnos de una de las mejores escuelas, aquel invierno de
64 d. C.,
era Publio Cornelio Tácito, el futuro historiador, entonces de diecinueve años.

Banqueros, escribas y tiendas de categoría ocupaban la Basílica Emilia: los mejores joyeros, importadores de manjares ridículamente caros, proveedores de los mejores vinos, incluyendo el preciado vino de Falerno, en Italia. Las telas importadas de vibrantes colores de los mercaderes de tejidos, sobre todo las sedas, atraían a las mujeres ricas romanas. En un relieve aparece una de

esas tiendas de telas con unos ricos cojines que cuelgan del techo. Dos miembros del personal desenrollan un rollo de tela ante varias clientas sentadas. La moda pasajera daba impulso al comercio en tiempos de los romanos, exactamente igual que hoy en día. Después de cesar a un hombre muy poderoso y extravagante, Séneca escribió a un amigo: «Mira la cantidad de cosas que hemos comprado sólo porque otros las han comprado, o porque están en la casa de la mayoría de la gente»[12].

Toda esa actividad comercial generaba un alboroto que hacía que un visitante que se acercase a Roma por la mañana, cualquier día laborable, oyese la ciudad antes de verla. El visitante también podía ver u oler pruebas de todo ello en el viento; según Séneca, el aire de Roma apestaba a humo y a los efluvios perniciosos de todas las cocinas de la metrópoli, y las cenizas solían flotar llevadas por la brisa, procedentes de la misma fuente[13]. Allí estaba el famoso «humo, esplendor y ruido de la ciudad» de Horacio, en aquel corazón comercial del Imperio[14]. Tigelino, el prefecto del pretorio, tenía una pequeña cuota de aquel comercio, pero siempre andaba buscando más provecho, más recompensas, más propiedades.

La codicia era la fuerza que movía Roma. Más de un propietario de los cuarenta y siete mil *insulae* o edificios de pisos de la ciudad era culpable de incendiar sus propiedades en el pasado. No por el dinero del seguro, porque el seguro era una innovación que se les escapó a los romanos, por otra parte muy avispados para los negocios. Los propietarios construían después a toda prisa unos edificios más grandes en los solares vacíos, haciendo las habitaciones más pequeñas y exigiendo mayores alquileres. El provecho del propietario, en tales casos, venía a largo plazo. Tigelino estaba interesado en unas recompensas mucho más inmediatas.

III
LOS POETAS

Marco Valerio Marcialo, o Marcial, como le conocerían las generaciones venideras, se levantó antes de amanecer como de costumbre, aquella mañana de invierno. Desde su pequeño apartamento, en el tercer piso de un edificio de pisos normal y corriente encajado entre otros muchos en la colina Quirinal de Roma, donde en tiempos vivió el buen amigo y corresponsal de Cicerón, Ático, ajustándose el manto barato en torno al cuerpo, Marcial atravesó la ciudad por las calles atestadas y oscuras y se dirigió a casa de Anneo Mela, uno de los hombres más ricos de toda Roma.

Marcial, que tenía veintitantos años, había nacido en Bilbilis, en Hispania. Aunque presumía de tener sangre celta, Marcial era ciudadano romano, e hijo de un ciudadano romano. Sus padres le habían dado una buena educación, incluyendo conocimientos de gramática y retórica. Cuando Séneca era todavía secretario de Nerón, el joven Marcial llegó a Roma en busca de fortuna. Marcial ponía las ganancias por encima del aprendizaje. «Mis padres fueron tan tontos que me enseñaron literatura, un tema mísero», decía, años más tarde. «Pero ¿de qué me sirvieron a mí los profesores de gramática y de retórica?»[1] Había llegado de Hispania con una presentación de Séneca, que también era hispano. Su procedencia común dio dividendos: el rico y poderoso secretario adoptó a Marcial como uno de sus muchos clientes.

Este inicio prometedor de la carrera de Marcial pronto dio con un importante obstáculo. Séneca se retiró de su cargo poco después de que Marcial llegase a Roma. Decidido a desaparecer en la oscuridad para no enfrentarse a Nerón, Séneca se divorció de la mayoría de sus clientes. Arrojados a un lado quedaron hombres como el rico y sociable Cayo Pisón, el notable autor Fabio Rústico,

que se había hecho famoso a través del patronazgo de Séneca, y completos desconocidos como Marcial. Sólo el físico de Séneca, sus suegros y un par de personas útiles más quedaron en el círculo ahora muy limitado del antiguo secretario jefe. Al separarse de sus clientes, Séneca le pasó a Marcial a su hermano menor, Mela.

Mela había amasado una inmensa fortuna como astuto comerciante, pero no se movía en los mismos círculos que Séneca, se mantenía en un plano discreto y tenía escasa o nula influencia política. Mela cumplía con facilidad las calificaciones financieras requeridas para su elevación al orden senatorial desde el orden ecuestre: una red de contactos personal que valía 1,2 millones de sestercios. Pero Mela prefirió permanecer en el orden ecuestre y mantenerse bien alejado del Senado y la política. Se concentró en hacer dinero. Tan bien se le daba a Mela hacer dinero que tras una presentación de Séneca, incluso había sido empleado por el emperador para que llevase algunos de sus negocios privados. Marcial fue conducido a la sala de espera de Mela. Numerosos compañeros clientes llenaban ya la sala; estaban allí, como Marcial, para la reunión matutina con su patrón. Algunos eran del rango ecuestre; otros eran libertos, antiguos esclavos. Todos habían acudido a presentar sus respetos a Mela, su patrón. Así era como funcionaba el sistema social romano. El único hombre libre de Roma que no tenía patrón ni necesitaba uno era el emperador.

Tal y como prescribía el sistema, Marcial tenía varios patrones, y después de partir de casa de Mela, corrió a los hogares de otros patrones a representar el papel de buen cliente. Petilio, otro de los ricos patronos de Marcial, poseía, además de una casa en la ciudad, una propiedad regia en el Janículo, hoy en día Gianicolo, una colina que se eleva por encima de Roma en la orilla izquierda del Tíber. Julio César tenía un terreno y una villa en el Janículo, famosa porque Cleopatra se alojó en ella cuando vino a Roma. La propiedad de Petilio en el Janículo alardeaba de tener unos de los mejores viñedos de Italia; su producción rivalizaba con el vino de Falerno, la marca del buen vino romano.

Marcial halagaba a cada uno de sus patrones y les pedía regalos y favores. Y cuando abandonaba cada casa, el mayordomo del amo dejaba caer una pequeña cantidad de monedas en su mano. Entre sus patronos, Marcial volvía cada día a su buhardilla en la colina

Quirinal con un total de cuarenta sestercios. Era una suma miserable, consideraba, y detestaba tener que pedirla. Pero sin aquel subsidio diario se habría muerto de hambre. Y resultaba que Marcial, cuyos mayores placeres eran comer, beber y conversar con los amigos, vivía por encima de sus posibilidades. Además, tenía que cumplir una serie de deberes como cliente. Igual que un patrón remuneraba a sus clientes y les proporcionaba referencias, recomendaciones y avales, del mismo modo se esperaba que el cliente sirviese a su patrón y devolviese los favores.

Un buen cliente siempre corría a informar a su patrón de las noticias que pudiesen aprovechar a éste. Un cliente que se iba de viaje llevaba el correo de su patrón, porque aunque Roma tenía un servicio de correo gubernamental para la correspondencia oficial (el *cursus publicus velox*, o corredor más rápido del Estado, que usaba coches y despachos de jinetes), el mundo romano carecía de servicio de correos para las cartas privadas. En todos los aspectos, se esperaba que el cliente pusiera sus propias necesidades después de las de su patrón, y se esperaba también que los clientes más sencillos del patrón (libertos, por lo general) actuasen como *anteambulo*, precediendo a su patrón cuando iba por la calle y abriéndole camino, igual que los lictores, ayudantes oficiales proporcionados por el Estado, hacían con los magistrados y enviados especiales.

En casa de Mela, Marcial había intimado con el hijo de aquél, Lucano. De edad similar a Marcial, Lucano era un poeta de talento. Había exhibido ese talento en lecturas en casas privadas antes de aparecer en el teatro público en los Juegos Juveniles. En
60 d. C.
asistió a los primeros Juegos Neronianos y ganó la guirnalda con un poema titulado *Laudes Neronis*, o «En alabanza de Nerón». Entonces el joven emperador recompensó a Lucano. Pero en cuanto desapareció el tío de Lucano, Séneca, y se perdió en un oscuro retiro, Nerón, celoso del talento de Lucano y de sus obras, «con la estúpida vanidad de un rival, le prohibió publicarlas», observa Tácito[2].

Marcial, como miembro del círculo de amigos de Lucano, asistía a reuniones privadas con Lucano y su esposa Pola para oír leer en voz alta al poeta sus últimas obras. Como sabía muy bien Marcial,

Lucano estaba trabajando en aquel momento en un poema épico titulado *Bellum Civile*. En él, Lucano describía la batalla de Farsalia en Macedonia, entre Julio César y Pompeyo el Grande. La intención de Lucano era ir llevando la obra a través de las subsiguientes batallas de la guerra civil, culminando con el enfrentamiento entre César y los hijos de Pompeyo en Hispania, donde había nacido el propio Lucano.

Marcial aplaudió la última lectura de Lucano y le ofreció ingeniosos comentarios. En la opinión de un posterior amigo y patrón, Plinio el Joven, Marcial era «un hombre de mucho talento, con una mente sutil y penetrante a un tiempo». Gran fama y respeto pero poco dinero, era el destino de los mejores poetas de Roma. Marcial no podía ni comer ni beber fama y respeto. Prefería el dinero; de hecho, su estilo de vida lo exigía. No sería hasta
80 d. C.
cuando publicaría poemas propios, poemas «notables por su combinación de sinceridad, mordacidad e ingenio», diría Plinio el Joven[3]. Con los epigramas posteriormente Marcial se haría un nombre y una fama que durarían hasta el día presente. Pero nunca le harían rico.

Lucano, por otra parte, no tenía que preocuparse por el dinero. La riqueza de su padre le permitía satisfacer su talento. Marcial no tenía riqueza familiar alguna que le apoyase. Otro poeta romano, Albiovano Pedón, vivía también en un pequeño apartamento de Roma. Pedón, estudiante de Ovidio, fue popular en el reinado de Tiberio. Ese poeta se hizo un nombre y consiguió una bonita suma publicando un poema épico sobre las campañas militares germánicas del abuelo de Nerón, Germánico César, contra las tribus germanas dirigidas por Arminio. Pedón fue segundo comandante de caballería de Germánico y escribió a partir de una rica experiencia personal. Encontró un público muy bien dispuesto, porque Germánico, que fue asesinado en la flor de la vida antes de que pudiera suceder al emperador Tiberio, era reverenciado por el populacho romano. Cada año hacían sacrificios en su memoria el 23 de junio, el día del cumpleaños de Germánico, una costumbre que continuaría durante varios cientos de años.

Séneca conocía a Pedón. Cuando el secretario todavía era patrón de Marcial, Séneca le contó una historia que Pedón, un

«extraordinario narrador», según la opinión de Séneca, le había contado a él una vez[4]. El apartamento de Pedón estaba justo encima del de Sexto Papinio, cuya residencia, de buen tamaño, ocupaba todo el piso bajo del edificio, una elección habitual entre los romanos ricos que preferían no asumir los gastos de una *domus* o casa en la ciudad. Papinio, antiguo cónsul que se quitó la vida en los últimos tiempos de Tiberio, tenía la reputación de ser avaro y codicioso. Pertenecía también a esa fraternidad romana que prefería dormir por el día y vivir de noche, los llamados aves nocturnas.

Una noche, sobre las nueve, Pedón oyó el sonido de un látigo que restallaba abajo. Curioso, Pedón bajó las escaleras y le preguntó al portero de Papinio qué era lo que pasaba. Papinio estaba inspeccionando las cuentas de la casa, le dijeron a Pedón. Llegada la medianoche, Pedón oyó ruido de gritos. De nuevo preguntó, cortésmente; aquella vez le dijeron que Papinio estaba haciendo sus ejercicios diarios de voz. A las dos de la mañana Pedón volvió a despertarse cuando un coche de caballos paró en la calle, justo ante su casa, y luego siguió adelante: Papinio se iba a su viajecito de cada noche. Cuando salía el sol, oyó gritos procedentes de los criados de Papinio y el sonido de pies que corrían, seguido de un gran estrépito en la cocina; Papinio había salido del baño y se disponía a tomar un aperitivo antes de la comida. Ese era el tipo de vecino que Marcial también había tenido que soportar.

La monotonía de la vida de la ciudad se veía aligerada por las escapadas de Marcial durante las vacaciones de verano. En julio y agosto, cuando el verano abrasaba toda Roma, cada año se celebraban una serie de *ludi* o juegos públicos, como parte del calendario religioso. El público afluía a esos juegos. Y como los visitantes plebeyos acudían en masa a la ciudad para los juegos, los ricos se iban. El Senado no celebraba audiencias; los tribunales estaban cerrados. De modo que a menos que un hombre importante tuviese deberes que desempeñar relacionados con los juegos, salía huyendo del calor sofocante de la ciudad a una de sus propiedades en el campo, hasta después de que Sirio, la estrella del perro, fuese atenuándose, a finales de agosto.

Los lugares de veraneo de la élite romana iban desde villas en la costa oeste de Italia hasta propiedades en las colinas de Roma. Las villas costeras ofrecían una fresca brisa marina, pero el aire de las

colinas carecía de humedad, y para muchos eso suponía un atractivo mucho mayor que la costa, porque los romanos no se bañaban en el mar. Séneca tenía una casa en Alba Longa, en las colinas Albanas, y cuando todavía era secretario jefe, había albergado allí a multitud de clientes y criados, en verano. Aquel lugar ya no le estaba permitido a Marcial, pero como cliente de Mela y amigo de Lucano, podía esperar que le invitasen a una de las casas de campo de Mela en julio.

Y aquél resultó un julio memorable.

IV
EL ANTIGUO SECRETARIO JEFE

Cuando la mula llegó a la villa de la colina, a última hora de la noche, estaba claro, por las puertas cerradas, que los empleados no esperaban al amo. El puñado de sirvientes y criados que caminaban detrás de la mula se apiñaron en torno al animal para ayudar a Lucio Séneca, que tenía sesenta y siete años de edad, a bajar al suelo. Calvo y con exceso de peso, con papada y panzudo, en tiempos había sido un hombre guapo.

Una vez en el suelo, Séneca se desperezó, cansado, y lanzó un gruñido provocado por el dolor de sus huesos entumecidos. Estaba exhausto por el viaje, «que no fue tan largo como absolutamente incómodo», como se quejaría pronto a un amigo. Había desdeñado el lujo y la ostentación que suponía un carruaje, una litera llevada por esclavos o un largo séquito de criados, y pagaba el precio de esa austeridad buscada. Pero, como él mismo decía, «en la ancianidad se me da mucho mejor dejar atrás un montón de cosas»[1].

Desde que se retiró de la vida pública, dos años antes, Séneca prescindió de toda la ceremonia que envuelve a la riqueza, y estaba en movimiento con frecuencia. Visitaba muy raras veces su mansión de la capital, e iba desplazándose por sus diversas propiedades en el campo, visitando sólo de vez en cuando a los amigos. Todos aquellos itinerarios y las pocas amistades que conservaba estaban calculados, como sus disposiciones de viaje, para hacerle invisible políticamente. Séneca sabía que el prefecto del pretorio Tigelino tenía agentes por todas partes, que informaban de sus movimientos, sus reuniones, quizá incluso sus conversaciones. Qué brutal había sido el cambio de su vida desde que se retiró. En tiempos, Séneca no dudaba en exhibir su riqueza y su poder. Ahora, sin poder, su dinero no significaba nada. De hecho, ante los ojos más suspicaces, la riqueza de Séneca era una amenaza.

La ascensión al poder de Séneca como consejero de Nerón no tenía paralelo en la historia de Roma. Era un provinciano, nacido en Corduba, capital de la provincia de Bética, en el sudoeste de Hispania. Su padre, también Lucio Anneo Séneca, que ostentaba el rango ecuestre, fue un renombrado profesor de lógica en Roma, y después su esposa Helvia y él volvieron a Corduba. Allí nacieron los tres hijos de la pareja, Novato (el mayor), Séneca y Mela. Cuando Novato era joven fue adoptado por un senador rico, Junio Galio. Era común que los romanos sin hijos adoptasen a hombres adultos como hijos, para evitar la confiscación de sus propiedades después de su muerte, tal y como preveía la ley. Un hombre adoptado tomaba el nombre de su padre adoptivo, de modo que el hermano de Séneca también se convirtió en Junio Galio. Y cuando el Galio mayor murió, su hijo adoptivo heredó gran parte de sus enormes propiedades.

El joven Galio se convirtió en cónsul, y en
50 d. C.,
en gobernador romano de Acaya. Mientras Galio estaba sirviendo en Acaya, llevaron ante él a un judío acusado de blasfemia por los líderes judíos de la provincia. El hombre acusado era Saulo de Tarso, el apóstol cristiano Pablo, como se le conocería en el futuro. Pablo había molestado a las autoridades judías al predicar las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Viendo que Pablo no tenía nada de lo que responder ante las leyes romanas, Galio lo puso en libertad.

El hermano menor de Séneca sufrió de asma mientras estuvo en Roma, y pasó varios años viviendo con su tío, el prefecto de Egipto, donde superó su dolencia. Cuando Séneca tenía treinta y tantos años, inmediatamente después de la ejecución del prefecto del pretorio Sejano, se trasladó a Roma, convirtiéndose en cliente de la familia del difunto Germánico. En
41 d. C.,
bajo el emperador Claudio, Séneca fue acusado de adulterio con la hermana de Germánico, Julia, por cuyo crimen fue desterrado a la isla de Córcega durante ocho años.

Se decía que Séneca también había tenido una aventura con Agripina, y que por eso ella le favorecía. Su confianza en él se extendió también a su nombramiento como guardián y tutor de Nerón. Y ése fue el principio de los catorce años de relación entre el

hombre y el muchacho. Séneca fue guiando a Nerón primero como profesor y luego, una vez Agripina mató a Claudio y puso a Nerón en el trono, como funcionario y consejero de mayor rango. Junto con su compañero de gobierno, el prefecto del pretorio Burro, Séneca mantuvo en el hombro de Nerón una mano que le guiaba y le contenía. Pero cuando la muerte de Burro provocó el nombramiento del detestable Tigelino, Séneca empezó a ver su futuro muy negro.

Poco después de la muerte de Burro, Séneca tuvo constancia de lo mucho que apetecía su cuello a Tigelino, literalmente, cuando el compañero senador Fabio Romano llevó tanto a Séneca como a su amigo Cayo Pisón ante el Senado. El supuesto delito era que Séneca y Pisón eran culpables de «calumnias furtivas», una acusación que tenía el sello de Tigelino[2]. Muchos años habían transcurrido desde la última vez que el propio Séneca se sentó en el Senado, pero aquella acusación de Romano tenía que ser rechazada. De modo que Séneca tomó asiento entre los antiguos pretores y, una vez reconocido por el cónsul que presidía, usó su famoso poder de oratoria para rebatir las acusaciones que se habían hecho contra Pisón y contra él mismo.

Tan experto fue el discurso de Séneca que hizo aparecer que si alguien era culpable de calumnias furtivas era precisamente su acusador. Romano retiró los cargos. Pero tanto Séneca como su compañero Pisón quedaron afectados por aquel episodio. Pisón tramaría su propia estrategia para contrarrestar las futuras amenazas de Tigelino, pero Séneca sólo veía un camino abierto ante él. Para no caer víctima de los continuos complots de Tigelino, Séneca presentó su dimisión.

«Me has otorgado grandes influencias y riquezas sin límite», le dijo Séneca al joven emperador el día que acababa voluntariamente su largo periodo de servicio imperial. «De modo que a menudo pienso para mí: "¿Estoy yo, que soy sólo de familia ecuestre y provinciana, entre los hombres más importantes de Roma?"[3]»

Séneca le había dicho a Nerón que ya no podía soportar el peso de la carga de sus riquezas, y le pidió al emperador que ordenase a sus agentes que se hiciesen cargo de la dirección de las propiedades de Séneca, y que incluyesen esas propiedades entre las de Nerón. Nerón agradeció su oferta a Séneca, pero dijo que la gente pensaría

muy mal de su emperador, si aceptaba tal cosa. Invitó a Séneca a que se dirigiese a él desde su retiro si su antiguo profesor pensaba que Nerón se había desviado del camino recto que el anciano había creado para él. Pero ambos hombres sabían que Séneca ya no se atrevería nunca a ofrecerle consejo, igual que Nerón no volvería a aceptarlo jamás.

Ahora Séneca, cansado del viaje, se encontraba en el pórtico de su villa Albana; uno de sus libertos acompañantes llamó a la puerta y al final dentro se oyó movimiento. Las puertas se abrieron y el portero, con una lámpara de aceite en forma de barca en la mano, miró con sorpresa y luego con pánico el rostro de su amo. «No encuentro nada preparado para mi llegada», se lamentaría después Séneca en una carta a su amigo, «aparte de mí mismo»[4].

Séneca tenía un panadero y un cocinero entre el personal permanente de la villa, igual que en todas sus propiedades. De modo que pidió pan y aceite de oliva, porque tenía hambre después del viaje. El portero corrió a llamar al panadero y despertarlo de su sueño. Séneca se dejó caer en un diván en el comedor y esperó. Pronto volvió el portero con la noticia de que al panadero se le había acabado el pan. Séneca se esforzó por no dejar que se transparentase su irritación.

«El capataz de la granja tendrá algo de pan, o si no el mayordomo, o algún arrendatario», dijo Séneca, que estaba dispuesto incluso a comer pan duro[5].

De nuevo el portero corrió a despertar al capataz de la granja, luego a alertar al mayordomo de la casa y a las casas de los arrendatarios más cercanos. El cansancio de Séneca le llevó a la cama. Allí, mientras esperaba su hogaza de pan, llamó a uno de sus secretarios y le dictó una carta para su amigo Lucilio, nativo de Pompeya y procurador de Sicilia. Cuando Séneca iba por la mitad de la carta, cambió de parecer sobre lo de comer pan duro.

«Esperaré», dijo, «y no comeré hasta que vuelva a tener pan bueno, o hasta que me deje de preocupar que el pan esté duro». Y se rindió a su cansancio, adentrándose en el sueño, sin pan de ningún tipo que satisficiera su hambre[6].

A medida que se acercaba el verano, Séneca se alojó en diversas villas campestres. Sus viñedos de Mentana se consideraban de los mejores de Italia, y requerían supervisión regular. Otra de sus

propiedades favoritas estaba en Nomento, a unos veinte kilómetros al nordeste de Roma, que también tenía unos vinos muy buenos. El aire allí se consideraba beneficioso para la salud, y una vez, cuando cayó con fiebre en Roma, corrió a Nomento, seguro de que el cambio de aires le ayudaría a recuperarse. Su hermano mayor Galio, escribió Séneca a un amigo, había hecho algo similar cuando era procónsul de Acaya. Navegó hasta una isla del Egeo en la creencia de que un cambio de aires sería más beneficioso para superar una fiebre que la receta de ningún físico.

Cuando el verano se fue acercando, Cleónico, el liberto de mayor confianza de Séneca, le llevó aparte. Cleónico tenía que hacer una confesión. Se habían dirigido a él unos agentes de Tigelino, por orden de Nerón, según decía. Mediante amenazas o sobornos, esos agentes habían convencido a Cleónico de que envenenase a su amo. Cleónico se procuró el veneno e incluso preparó una bebida mortal para administrársela a Séneca. Pero la conciencia de Cleónico pudo más, y al final fue a ver a su amo y a contárselo todo.

Esa proximidad con una muerte violenta conmocionó a Séneca. Se decía que aunque Cleónico había resultado leal, otro miembro de su personal podía dejarse seducir por sobornos o amenazas y estar dispuesto a arrebatar la vida a su amo. A partir de aquel momento, Séneca no tomó pan ni ningún otro alimento preparado o incluso manipulado por sus sirvientes. Sólo comía frutas silvestres recogidas por él mismo, y sólo bebía agua pura de un arroyo cogida personalmente por él. Su vida, estaba convencido Séneca, dependía de aquellas precauciones tan extremas.

V
LA LLAMA

El 1 de marzo, las calendas de marzo, era un día importante del calendario romano. En tiempos pasados, el año romano empezaba el 1 de marzo. Aquel día, antes de amanecer, en una ceremonia presidida por el *pontifex maximus*, las vírgenes vestales renovaban la llama eterna que ardía todo el año en el templo dedicado a Vesta, diosa del fuego del hogar. La fecha del 1 de marzo estaba demasiado fijada en la rutina de Roma para alterarla. De modo que aquel año Nerón acudió al pequeño y circular Templo de Vesta en el Foro, para la ceremonia de renovación de la llama eterna de 64 d. C.

Las vestales, sacerdotisas que servían a Vesta, constituían una de las órdenes religiosas más exclusivas y más reverenciadas de Roma. Las sacerdotisas se unían a la orden entre la edad de ocho y diez años; las mujeres romanas se entregaban a la vida adulta muy temprano, y era legal comprometerse a los doce y casarse a los trece. La mayoría de las solicitantes permanecían en la orden toda su vida. A lo largo de los siglos, un gran número de vestales serían ejecutadas por romper su voto de castidad: tradicionalmente, se las quemaba vivas. Muchos emperadores dejaban pasar las aventuras amorosas de las vestales, aunque al cabo de dos décadas, el emperador Domiciano tomaría medidas enérgicas contra las pertenecientes a la orden que no eran castas. Un pequeño número de vestales abandonaba la orden al cabo de muchos años de servicio, y algunas se casaban, aunque se consideraba que aquel hecho traía mala suerte para todos los implicados.

Para una familia romana, era un gran honor que una hija fuese elegida como vestal. Se esperaba que observase castidad y llevase una vida muy reglamentada, vestida siempre con túnicas y tocados blancos. Todas vivían en la lujosa Casa de la Vestales del Foro,

junto al Templo de Vesta, aunque si se sentían enfermas, debían trasladarse de inmediato a casa de algún pariente hasta que se recuperasen, para no contagiar a sus compañeras vestales. El coche oficial de las vestales, un *carpentum* cerrado de dos ruedas, era el único vehículo, aparte de los carros de los constructores, que se permitía que atravesase las calles de Roma a la luz del día. Precedido por un lictor, el coche de las vestales tenía un derecho de paso total.

Era un delito gravísimo hacer daño a una vestal, y en todos los teatros y anfiteatros los mejores asientos estaban reservados a las vestales. Su primera fila de mármol blanco todavía se puede apreciar en el Coliseo, hoy en día. En sus raras apariciones públicas, estas mujeres iban muy veladas. La leyenda decía que si un ciudadano romano condenado veía a una vestal cuando iba camino de su ejecución, debía ser liberado de inmediato. A las vestales se les confiaba también la seguridad de documentos importantes. Julio César fue uno de los numerosos romanos eminentes que dejaron su testamento a las vestales. Algunos de los deberes de mayor trascendencia de las vestales ocurrían en junio, antes y durante la Vestalia, el festival de Vesta. Y fundamentalmente era responsabilidad también de las vestales asegurarse de que la llama eterna no se extinguía nunca. Mientras ardiese la llama, se creía, Roma prosperaría. Si una vestal permitía que la llama se apagase, podía ser ejecutada.

En aquel momento, en la oscuridad anterior al amanecer, con el emperador observando y los asistentes levantando bien alto las antorchas, las seis mujeres llevaron a cabo la ceremonia secreta de renovación, rindieron homenaje a Vesta y suplicaron su bendición para el año que tenían por delante. Dirigidas por la jefa de las vestales, las sacerdotisas más antiguas guiaron a sus colegas más nuevas y jóvenes. Sólo dieciocho meses antes había muerto la vestal Laelia. Fue reemplazada por la prepúber Cornelia, miembro de la familia Cossi. Aquella niña novicia llegaría a ser vestal jefa y acabaría enterrada viva durante el reinado de Domiciano por no ser casta. Fue una de las cuatro vestales ejecutadas por Domiciano. Ahora, la novicia Cordelia, la anciana Domicia y la bella Rubria y tres vestales más llevaban a cabo el ceremonial que se remontaba a cientos de años atrás, bajo la vigilante e incluso algunos aseguraban

que lujuriosa mirada de Nerón: según el historiador Suetonio, Nerón violó en una ocasión a la vestal Rubria[1].

Una vez la ceremonia completa y el fuego de Vesta ardiendo intensamente en el centro del templo de la diosa, Nerón se dispuso a cumplir el resto de sus deberes matutinos antes de volver a su Palatium. Marzo era un mes muy ajetreado en el calendario oficial romano. Como refleja el nombre del mes, estaba dedicado a Marte. Y era un mes muy marcial, desde luego, con diversas actividades religiosas que culminaban a finales de marzo en la bendición de los instrumentos de guerra (armas, estandartes e incluso trompetas militares) antes de iniciar la temporada de campañas militares del año. En las provincias romanas que bordeaban estados extranjeros, las legiones se prepararían de forma similar para sus campañas. Al oeste de Britania, las legiones muy pronto estarían conteniendo las incursiones de la feroz tribu de los siluros. En el Rin habría expediciones punitivas contra las tribus germanas del este. En Siria, Córbulo consolidaría sus éxitos contra los partos.

Y mientras las legiones fuesen avanzando en la primavera, la última cosecha de funcionarios de provincias de Roma abandonaría la capital para hacerse cargo de sus nombramientos para el año siguiente. Los procónsules, gobernadores provinciales nombrados por el Senado, partirían para tomar posesión de sus puestos, que durarían un año, llevándose consigo a numeroso personal. Cada gobernador iba acompañado de un cuestor, el magistrado romano de menor rango. Elegido por el emperador y sellado por el voto del Senado, el cuestor era el funcionario oficial a cargo de las finanzas del gobernador, y responsable del reclutamiento militar en su provincia. Un cuestor, a su regreso a Roma, podía ocupar automáticamente un asiento en el Senado.

Un cuestor que se preparaba para partir de Roma aquella primavera de
64 d. C.
era Cneo Julio Agrícola. Con veintitantos años, y siendo de provincias (era nativo de Masilia), Agrícola se había casado con Domicia Decidiana, perteneciente a una importante familia romana. La pareja tenía un hijo pequeño bastante enfermizo, y Julia esperaba su segundo hijo, pero Agrícola tuvo que dejar a madre e hijo en Roma mientras servía durante un año en el personal de

Salvio Ticiano, nuevo procónsul de Asia. El jefe de Agrícola sí que se llevó a su mujer y a sus hijos mayores con él a Asia, como era la práctica y el privilegio de un gobernador provincial, pero un humilde cuestor no tenía tal derecho. Aun así, Agrícola y su esposa «vivían en rara armonía, mantenidos por el afecto y la generosidad», y ambos soportaron la separación de aquel año con entereza[2].

Como oficial cadete, Agrícola había servido en el personal del gobernador de Britania, Suetonio Paulino, durante la rebelión de Boudica, y sobrevivió a la sangrienta y desesperada batalla de
50 d. C.,
en la cual
10 000
tropas romanas, encabezados por la 14.ª Legión Gemina Marcia Victrix, vencieron a
230 000
rebeldes britones al asalto. La batalla que destruyó a Boudica hizo de aquella legión la unidad más temida del mundo romano. Pasarían algunos años antes de que Agrícola se hiciese un nombre, pero cuando lo hizo fue como general y de vuelta en Britania.

En un proceso semejante a la lotería, los candidatos a nombramientos provinciales ponían sus nombres en una urna. El de Agrícola fue uno de entre unos cuantos que se sacaron para cubrir el número de vacantes. Se hizo otra extracción para igualar el número de nombres con el de puestos vacantes. Así fue como Agrícola consiguió su nombramiento asiático. A lo largo del año siguiente descubrió que su procónsul, Ticiano, era «esclavo abyecto de la codicia». La política interesada del procónsul, según Agrícola, era la de «si tú cierras los ojos ante mis infracciones, yo los cierro ante las tuyas»[3]. Mientras Agrícola servía en Asia murió su hijo, pero en el mismo periodo Domicia dio a luz a una hija sana. Aquella hija acabaría por casarse con el historiador Tácito.

Mientras hombres como Agrícola y su superior Ticiano se preparaban aquella primavera para partir de Roma no más tarde de julio, para sus nombramientos en ultramar, tal y como requería la ley, otros volvían después de completar sus nombramientos anuales. Uno de los que volvía a Roma aquella primavera de
64 d. C.

era Tito Flavio Vespasiano, más conocido para nosotros como Vespasiano, el futuro emperador. Vespasiano, que tenía cincuenta y cuatro años y se había ganado una reputación como comandante de la legión 2.ª Augusta durante la invasión de Britania en
43 d. C.,
volvía a la capital después de un año tórrido como procónsul de la provincia de África, en el norte de África. Vespasiano era un soldado de corazón, sensato y bronco, sin afectación ni gracia. Su estilo de gobierno soldadesco fue tan impopular en África que en una ocasión los nativos le lanzaron nabos.

Junto con Asia, el de África era uno de los nombramientos proconsulares más buscados, ya que era el mejor pagado, consiguiéndole a la persona designada
400 000
sestercios por un año de servicio. Un legionario en las filas de las legiones romanas, mientras tanto, ganaba 900 sestercios al año. Y resultaba que Vespasiano necesitaba mucho aquellos
400 000
sestercios. Había invertido en la cría de mulas. Si un establo de mulas tenía un contrato para suministrar al ejército era como si tuviera una licencia para acuñar oro, pero no se sabe cómo, los capataces de la granja lo estropearon todo. Los establos quebraron, y también Vespasiano. Para escapar de sus apuros financieros, Vespasiano se vio obligado a vender sus valores y a hipotecar el hogar de su familia en Roma ante su hermano mayor, Flavio Sabino, que estaba en su segundo mandato como prefecto de la ciudad, una combinación de alcalde y jefe de policía. La plata de Vespasiano fue una de las primeras cosas que desapareció. Sus hijos recordarían el bochorno que supuso criarse sin plata en la mesa y comiendo en platos de madera, como si fueran esclavos.

Ahora Vespasiano volvía a aquel hogar familiar que estaba en la calle de la Granada, en la colina Quirinal, en la Regio VI de Roma, o distrito sexto. Su hermano Sabino también tenía una casa en el Quirinal. No era una de las mejores direcciones de Roma. Las mansiones privadas que se adherían a las lomas inferiores de las colinas Palatina y Capitolina eran las que reclamaban esa distinción. La colina Aventina también se había puesto de moda entre la élite romana en años recientes, después de haber sido considerada

durante mucho tiempo una zona ordinaria. Pero aunque el Quirinal no estaba de moda, tampoco carecía totalmente de categoría. Se encontraba por encima de la ciudad, lejos de los distritos industriales. Uno de los depósitos de agua más importantes de la ciudad, la Balsa de Fundano, llamada lago por muchos romanos, se encontraba a los pies del Quirinal. Esa balsa actuaba como barrera entre el Quirinal y los suburbios del valle menos salubres, como el Subura, donde Julio César tuvo una casa antes de llegar al poder y que tenía la reputación de contar con unos personajes desagradables y delictivos.

El hijo mayor de Vespasiano, de veinticuatro años, llamado Tito, estaba ahora en Britania, sirviendo como comandante de un ala de la caballería auxiliar unida a la antigua legión de su padre, la 2.ª Augusta. El hijo menor, Domiciano, que tenía entonces trece años, esperaba a su padre en casa. Domiciano pronto estudiaría retórica y declamación en una escuela dirigida por uno de los principales maestros de Roma. Vespasiano, que era viudo desde que su esposa Flavia Domitila murió cuando sólo tenía veintitantos años, pronto haría una visita a la que era su amante desde hacía mucho tiempo, Cenis. Ésta era una mujer rica, antigua esclava, que en su juventud fue la sirvienta de más confianza de Antonia, hija de Marco Antonio y madre del emperador Claudio y de su hermano Germánico. Fue Cenis quien llevó una nota de Antonia a su cuñado Tiberio para advertirle de la conspiración de Sejano para derrocarle. Cuando Vespasiano se convirtió en emperador, trató a Cenis como «esposa en todo excepto en el nombre», a pesar de su humilde estatus de liberta[4].

Entre los primeros visitantes de Vespasiano, ahora que estaba de vuelta en la capital, se encontraba uno de sus mejores amigos, y también uno de los más excéntricos, Cayo Plinio, de cuarenta y un años, conocido como Plinio el Viejo, tío de Plinio el Joven, posterior patrón de Marcial. Hubo un tiempo en que el Plinio de mayor edad fue un abogado muy entregado en los tribunales de Roma, pero en 64 d. C.
apenas salía de su casa en la capital, donde estudiaba y escribía sin descanso. Era un verdadero fanático del trabajo, dormía muy poco y escribía noche y día, y temía perder el tiempo. Era el notable autor de muchos libros, que iban desde su primera obra literaria (un

manual militar sobre el arte de lanzar la jabalina montado a caballo) hasta biografías, un texto de oratoria y su *Historia natural* en treinta y siete volúmenes, que muchos consideran su obra maestra. Sus *Guerras germanas*, historia de todas las guerras romanas con las tribus de Germania en veinte volúmenes, serían usadas como referencia más tarde por Tácito para su mayor contribución a la historia escrita de Roma, los *Anales*.

Cuando tenía menos de veinte años, Plinio fue tribuno «de la raya fina», u oficial cadete, sirviendo en el ejército de Roma en el Rin. Fue allí donde se hizo amigo de Vespasiano, que entonces era legado o comandante de la legión 2.ª Augusta, cuando todavía se encontraba estacionada en Argentoratum, la moderna Estrasburgo, antes de participar en la invasión de Britania. Pocos años más tarde, Plinio sirvió como prefecto de la infantería auxiliar y luego dirigió un ala de la caballería auxiliar, también en el Rin.

Ahora, cuando Plinio el erudito iba de visita a Roma, le llevaban desde su casa en la colina Esquilina en una silla de mano, con un secretario liberto caminado a su lado y tomando notas en taquigrafía en tablillas de cera mientras su amo le dictaba. En aquella época, Plinio estaba trabajando en los *Problemas de gramática* en ocho volúmenes. El sobrino de Plinio, Plinio el Joven, que sería también a su vez un notable escritor, comentaría más tarde que durante aquel periodo en el reinado de Nerón, «cuando la esclavitud de los tiempos hacía peligroso escribir nada que fuese independiente o inspirado», su tío decidió deliberadamente evitar los temas políticos y dedicar todas sus energías a su obra sobre gramática, que no podía ofender a nadie, y mucho menos que nadie al emperador[5]. Había otro motivo por el que llevaban al anciano Plinio en una silla de manos. Era un hombre corpulento y sufría de debilidad constitucional de la garganta, que se le inflamaba a menudo, y como consecuencia, resollaba con fuerza al respirar. Eso significa que no era una opción ir andando durante una cierta distancia.

Sin embargo, Plinio no reconocía sufrir ninguna enfermedad física ni la usaba como excusa para que le llevasen. Para él, cualquier momento que pudiese aprovecharse para trabajar, debía usarse. «Recuerdo que me reñía por ir andando», relataba Plinio el Joven. «Según él, no tendría que haber desperdiciado todas esas

horas, porque pensaba que todo tiempo que no se dedicaba al trabajo se desperdiciaba.»[6] Y así, Plinio el Viejo era conducido por las oscuras calles de la ciudad antes de amanecer para ver a su amigo Vespasiano, precedido por un sirviente o un cliente con una antorcha encendida, y a cada paso iba componiendo sus pensamientos gramaticales.

Vespasiano, mientras tanto, ahora que estaba de vuelta en Roma, parecía descansar en sus laureles como general de éxito y ganador de las condecoraciones de un triunfo. Pero él esperaba otro nombramiento lucrativo por parte de Nerón, para poder mejorar aún más su fortuna financiera. Para conseguir otro puesto imperial, Vespasiano estaba decidido a unirse al entorno de Nerón cuando viajaba. Era mucho más probable que se ganase el favor del emperador un hombre que estuviese justo al lado de Nerón que otro que no hiciese el esfuerzo de halagar a su amo y señor. En resumen, Vespasiano no tenía escrúpulo alguno a la hora de incurrir en la adulación, si ésta avivaba con su soplo la vacilante llama de la prosperidad.

VI
EL COMISIONADO DEL AGUA

Mucho antes de que acabase marzo, mientras iban continuando las ceremonias dedicadas a Marte, Nerón, impaciente por escapar de la capital y empezar la gira de actuaciones que tenía planeada, partió de Roma. No iba solo e inadvertido. Nerón iba transportado en una litera y custodiado por una guardia de germanos de fuerte acento de las Cohortes Germanas, y hombres de las Cohortes Pretorianas, acompañado por un tren de literas que transportaban a montones de ciudadanos romanos, y seguido por carros y carretas cargados de equipaje y miles de esclavos y libertos a pie, y así la inmensa cabalgata neroniana pasó a través de la Porta Capena y se dirigió hacia el sur por la Vía Apia.

El prefecto del pretorio Tigelino seguía en la capital. Otros funcionarios de servicio tampoco abandonaron Roma. Los dos cónsules se quedaban, así como los veinte pretores, que eran los magistrados de mayor rango de Roma, y se requería que presidiesen las audiencias de los tribunales todos los días laborables, todo el año. Otros funcionarios también tenían motivos, o excusas, para no acompañar al emperador, entre ellos el prefecto de la ciudad, el hermano de Vespasiano, Flavio Sabino, así como el comisionado del grano, el comisionado de las calles y el comisionado del agua, Publio Mario, que acababa de empezar su mandato de dieciocho meses en su nuevo cargo.

Mario fue cónsul dos años antes. Como comisionado del agua, estaba encargado de procurar que el suministro de agua de Roma fuese fluido y puro. Para conseguir ese objetivo, el comisionado del agua tenía el control de dos grupos de esclavos, las brigadas del agua. Como otras tantas instituciones e innovaciones romanas, la brigada del agua estatal se había establecido durante el reinado de Augusto. La otra brigada, la brigada del agua de César, la creó

Claudio. La primera, pagada por el tesoro del Estado, ascendía a 240 hombres. El trabajo de esta brigada era costeado por las tasas por el derecho al agua que pagaban al tesoro los individuos particulares que cogían agua, bajo licencia imperial, de los acueductos que iban a lo largo de sus rutas. El coste de mantenimiento de los 460 esclavos de la brigada del agua de César lo aportaba la bolsa privada del emperador.

Entre todos, los 700 hombres de las brigadas del agua debían mantener los acueductos de Roma en perfecto estado. Algunos miembros de las brigadas del agua trabajaban fuera de Roma, manteniendo las vías de agua subterráneas y superficiales de la vasta y eficiente red de suministro de agua que corría desde las colinas hacia el nordeste, este y sudeste de Roma. El resto de los esclavos de la brigada del agua trabajaban en el sistema de suministro en el interior de la ciudad. Los acueductos funcionaban mediante la ley de la gravedad; no se empleaba ni una sola bomba. Desde muchos kilómetros de distancia, los acueductos llevaban el agua corriente a Roma para el uso del gobierno y privado. En la última etapa del viaje del agua, ésta viajaba muy alta, por encima de unas macizas arcadas que elevaban los canales acuáticos a casi cincuenta metros por encima del suelo.

En cuanto llegaba a la ciudad, el agua se distribuía desde los acueductos a unos depósitos por toda Roma (247 de ellos a finales del siglo I), y desde éstos por unas tuberías de plomo subterráneas que corrían por toda la metrópoli. Setenta y cinco edificios públicos romanos, incluyendo los baños públicos y los palacios imperiales, recibían agua corriente las veinticuatro horas del día. Un total de treinta y nueve fuentes ornamentales y una docena de cuarteles militares y paramilitares de la capital se alimentaban también de agua por este sistema. El agua también abastecía 521 balsas públicas, desde las cuales los sirvientes de los que vivían en los pisos la recogían para el uso doméstico. Marcial se quejaba de la falta de agua corriente en su edificio de pisos, una carencia mucho más mortificante para él dado que veía un acueducto cercano[1].

Los contratistas privados consumían un tercio del agua total de Roma. Revendían el agua a los propietarios de las casas, edificios de apartamentos y negocios, incluyendo las muchas casas de baños que florecían en la ciudad. Había más de cien baños públicos repartidos

por toda Roma en
64 d. C.
que servían tanto a hombres como a mujeres; el número aumentaría a mil durante el siglo siguiente. Para entrar en el sistema, a los contratistas privados se les requería, por decreto del Senado, que exhibiesen una licencia que llevase el sello imperial, el Sardónice.

El comisionado del agua no era responsable de la eliminación del agua de desecho a través del extenso sistema de alcantarillado de Roma, que vaciaba los residuos líquidos en el «Padre Tíber», el río Tíber. Esto quedaba bajo el control de otro funcionario de rango similar, el comisionado del «lecho y las orillas del Tíber y las alcantarillas de Roma». Las alcantarillas abovedadas de piedra y ladrillo de la antigua Roma estaban tan bien construidas que algunas se siguen usando hoy en día. La mayor de ellas tenía cuatro metros y medio de ancho; se podría haber ido en carro por ella. Marco Agripa, mano derecha de Augusto, se tomó tal interés en el suministro de agua y el alcantarillado de Roma, que tenía a su cargo, que hacía giras de inspección de las alcantarillas en un bote de remos.

Un total de nueve acueductos llevaban agua a Roma en tiempos de Nerón. Bajo Nerón, un solo acueducto, el Claudia, construido por Claudio y modificado por Nerón, servía tanto a la colina Celia como a la Aventina. «El resultado», escribió Sexto Julio Frontino, comisionado del agua bajo el emperador Nerva, treinta años después, «era que cuando cualquier reparación causaba interrupciones, las colinas, densamente habitadas, sufrían una sequía»[2]. Las tormentas, el desgaste y los trabajos mal realizados hacían que las reparaciones del sistema de canalización de agua por parte de la brigada del agua fuesen una tarea constante. También en las zonas agrícolas, a través de las cuales pasaba el sistema de túneles subterráneos, eran necesarias las reparaciones, ya que había siempre daños causados por raíces de árboles, edificaciones ilegales e incluso tumbas construidas encima de los túneles. También había daños cuando algunos propietarios perforaban en los túneles para robar agua. Como el consumo de agua estaba en su punto álgido en verano, todas las reparaciones, excepto las de urgencia, se llevaban a cabo en los meses de primavera y otoño, cuando las interrupciones en el suministro no resultaban un inconveniente tan

grave para los consumidores.

El comisionado del agua de Roma era un cargo importante; Frontino había sido cónsul y gobernador de Britania antes de ese nombramiento. Como el comisionado del grano y el de las calles, al del agua se le pagaba para que dedicase al menos tres meses de tiempo durante el año a sus deberes oficiales. Pero ya fuese por pereza o por algún chanchullo, muchos comisionados del agua descuidaban la administración de las brigadas del agua y no supervisaban las regulaciones del suministro. El negocio de robar agua era muy provechoso para algunos. Después de convertirse en comisionado del agua, Frontino llevó a cabo una supervisión detallada del sistema de suministro de agua un mes de julio: «Hay zonas extensas en diversos lugares donde corren tuberías secretas bajo los pavimentos, por toda la ciudad. Descubrí que esas tuberías proporcionaban agua mediante ramales especiales a todos los que se dedican a los negocios en esas localidades, a través de las cuales corren esas tuberías, que son perforadas para ese fin aquí y allá por los llamados "perforadores"»[3].

Esos perforadores eran contratistas de agua y supervisores corruptos de las brigadas del agua que desviaban grandes volúmenes de agua sin pagar la tasa de licencia al Estado, vendiéndola con gran provecho. Frontino también descubrió otra práctica fraudulenta. Cada nueva licencia de agua estaba autorizada a insertar una sola salida en la tubería de distribución que pasaba por su propiedad. En el caso de una licencia existente que hubiese expirado por defunción o cambio de circunstancias de la licencia, la salida creada por la licencia anterior se suponía que debía quedar sellada. Pero eso frecuentemente no ocurría, de modo que la nueva licencia conservaba la salida antigua y creaba una nueva, tal y como le permitía la licencia, y así tomaba el doble de agua de la que tenía autorizada.

Persiguiendo a los ladrones de agua y taponando las tuberías ilegales, Frontino eliminó la práctica del «perforado». Tuvo tanto éxito al restaurar el volumen global de agua que llegaba a las salidas legítimas de Roma que incluso desvió una de las fuentes, en el Frascati de hoy en día, en las colinas romanas, para el consumo local, y aun así se suministraba mucha más agua a la capital que antes. Desgraciadamente para Roma, la industria del robo de agua

había florecido bajo las narices de los comisionados del agua anteriores a Frontino, incluido Publio Mario. Frontino no acusó a sus predecesores de recibir pagos de los «perforadores», pero no era imposible que algunos de ellos fuesen corruptos.

Frontino en cambio sí que los acusó de pereza e indolencia, de descuidar sus deberes, mientras recibían sus salarios, y de usar a los lictores, escribientes y otros ayudantes suministrados por el Estado para tareas personales.

El Senado produjo página tras página de regulaciones para la distribución del agua, incluso especificando el tamaño de la boquilla mediante la cual se podía extraer el agua de una tubería. Pero no se redactó ni una sola norma que regulase el uso del agua para luchar contra los incendios que estallaban con frecuencia en la ciudad. Los fuegos domésticos eran habituales, cosa nada sorprendente, considerando que la cocina y la calefacción en Roma requerían el uso de una llama abierta. El caso es que ocurrieron incendios graves que destruyeron edificios importantes o barrios enteros de la ciudad casi cada década del siglo I, hasta aquella fecha.

El fuego causó grandes daños en Roma en
6 d.
C. En
12 d. C.
el fuego dañó gravemente la Basílica Julia del Foro Romano; la basílica era la sede de los tribunales de Roma. Dos años más tarde, la Basílica Emilia, al otro lado del Foro, también sufrió graves daños por un incendio. En
22 d. C.,
en el Campo de Marte, el enorme Teatro de Pompeyo, lugar del asesinato de Julio César en 44 a. C., fue devorado por el fuego por completo. Tiberio, que había pagado por la restauración del teatro, envió a su prefecto del pretorio, Sejano, para que emprendiese acciones rápidas, con lo que el fuego se limitó al teatro, y el Senado más tarde hizo instalar una estatua de Sejano en el edificio restaurado. Eso fue antes de la espectacular caída en desgracia de Sejano.

En 26 d. C., en la colina Celia, que en tiempos era muy renombrada por sus abundantes robles pero que ahora estaba llena

de edificios, un enorme fuego destruyó todas y cada una de las apiñadas estructuras. Sufragados por una donación de 100 millones de sestercios aportados por el emperador Tiberio, aquel año en la colina Celia se erigieron rápidamente nuevos edificios que reemplazaron a los viejos. Se alzaron encima de las ruinas ennegrecidas y los escombros que llenaban la colina, de modo que se decía que la colina Celia aumentó su altura como consecuencia del fuego.

En 36 d. C. estalló un fuego en el rincón nordeste del Circo Máximo. Impulsado por un viento potente, aquel incendio se extendió a toda velocidad por la avenida triunfal de la colina Aventina. Allí, igual que en la colina Celia una década antes, todas las casas, edificios de pisos y tiendas de la loma resultaron arrasados, aunque al parecer varios templos se salvaron de los graves daños. Y en el Aventino también surgieron en seguida nuevos edificios, tras el desastre.

Hasta que Augusto subió al trono, Roma no tenía un servicio de lucha contra incendios organizado. En aquellos tiempos, todos los propietarios de Roma empleaban vigilantes nocturnos que patrullaban la ciudad con una campana, y que si detectaban un incendio, debían tocar las campanas para advertir a los residentes que dormían y que así la gente al menos pudiese escapar con vida. En
6 d. C.,
después del grave incendio de aquel año, Augusto introdujo las Cohortes Vigiles (cohortes que permanecen despiertas, o Guardia Nocturna, como se llamaría más tarde). Reclutados entre los libertos y comandados por un prefecto propio, esos «vigiles» eran paramilitares que se ocupaban de custodiar Roma en las horas de oscuridad, tomando el relevo de las Cohortes Urbanas o Cohortes de la Ciudad, llamadas Guardia de la Ciudad por autores posteriores.

Los vigiles iban ligeramente armados y servían como policía nocturna. Incluso habían llevado a cabo el arresto del ambicioso prefecto del pretorio de Tiberio, Sejano, en
31 d.
C. Pero su papel principal era de bomberos después de oscurecer, y como los búhos, llevaban una vida nocturna, durmiendo durante el día. En un principio, Augusto introdujo a los vigiles de una manera

temporal, pero resultaron tan populares que los conservó, pagándoles de su propio bolsillo. Los vigiles estaban organizados en siete cohortes, cada una de mil hombres. Cada cohorte vigilaba dos distritos de la ciudad, y cada cohorte ocupaba un barracón en su zona de responsabilidad. El equipo antiincendios de los vigiles consistía en cubos de bronce o de cuero, que debían sumergir en las balsas y depósitos de agua de su vecindad o en el Tíber. Y también tenía que haber un hacha y una escala o dos en cada barracón de los vigiles. Pero no había mangueras, ni bombas, ni siquiera cubas de agua.

No estaba previsto recurrir al suministro de agua para combatir los incendios. Roma no tenía normas contra incendios, ni leyes de edificación. Las cincuenta y cinco millas de calles de la ciudad eran estrechas y frecuentemente serpenteantes. Sólo en dos calles de la «antigua Roma», la parte de la ciudad incluida dentro de las Murallas Servianas, podían pasar dos carros uno junto al otro: la Vía Sacra y la Vía Nova. La mayoría de las demás calles sólo eran lo bastante anchas para que pasase un carro. Las calles secundarias de Roma en realidad no eran más que callejones peatonales, estrechas, oscuras aun al mediodía, y frecuentemente sin pavimentar, fangosas cuando llovía. En las colinas urbanas, las calles iban zigzagueando de una manera similar, sin ton ni son.

Muchos propietarios, para maximizar el espacio de alquiler, construían por encima de la calle al nivel del segundo piso y más arriba aún. Los edificios privados residenciales de cuatro pisos eran normales en Roma, y no resultaban desconocidos los de cinco o seis pisos. Varios siglos después, el edificio de apartamentos más alto de la ciudad se alzaría con siete impresionantes pisos, y se hablaría de él con maravilla en todo el Imperio. Como resultado de esa construcción en altura sin restricciones, los edificios de un lado de las calles estrechas, en algunos barrios residenciales, casi tocaban a los edificios del otro. En esas circunstancias, los vigiles tenían pocas oportunidades de sofocar un fuego importante, o de impedir que se propagase, una vez prendía. Su único valor era su número; los siete mil hombres de las Cohortes Vigiles tenían la posibilidad de avisar rápidamente a los residentes y ayudarles a evacuar los edificios y zonas amenazadas por el fuego.

De hecho, el único rasgo común de todos los incendios de Roma

desde la introducción de los vigiles es el hecho de que los historiadores romanos de la época no hacen mención alguna de vidas perdidas en el incendio de edificios. Esos mismos historiadores registran las grandes pérdidas de vidas en otros desastres por todo el Imperio, durante ese periodo. Como salvadores de vidas, pues, los vigiles habían resultado ser una innovación muy fructífera. Como salvadores de propiedades, en cambio, tuvieron mucho menos éxito.

Algunos dirían que veintiocho años después del último incendio importante de la ciudad, Roma había superado el plazo de un nuevo brote significativo.

VII
EL EMPERADOR CANTANTE

Deteniendo el viaje en las villas de los favoritos de la corte que se encontraban en el camino, Nerón y su enorme séquito se iban trasladando por el paisaje de la Campania como una marea que se arrastra despacio. Y así, la caravana imperial llegó a Neápolis, en la bahía de Nápoles, a tiempo para los concursos anuales de poesía y canto.

El primer día de la competición, los dignatarios locales se apiñaban en el teatro temporal de madera que se había erigido en la ciudad para el acontecimiento anual, uniéndose a la multitud de senadores y ecuestres que habían seguido a Nerón desde Roma. Entre esos hombres importantes que se habían unido al séquito del emperador se encontraba Cayo Petronio, que servía como cónsul sólo recientemente. Nerón admiraba tanto a Petronio, un hombre rico, elegante y culto que llevaba un estilo de vida extravagante y lleno de clase, que le había nombrado *arbiter elegantiae* suyo, es decir, director de buen gusto. Petronio se dio a conocer a partir de entonces como Cayo Petronio Arbiter. A él se le atribuye la autoría de la novela hedonista y satírica romana *El Satiricón*. Petronio, que formaba parte de los amantes de la noche (de los que Séneca pensaba que desafiaban a la naturaleza viviendo la vida durante las horas nocturnas y durmiendo durante el día), era lo bastante astuto para aparecer en compañía del emperador cuando importaba.

«Toda la chusma de la ciudad se congregó allí», escribió desdeñosamente Tácito de aquel día en el teatro de Neápolis. Se les unieron miles de personas más «a quienes la emoción de un acontecimiento semejante atraía desde las ciudades vecinas y las colonias [militares]»[1]. El público de las hileras de asientos del teatro en forma de media luna se completó mediante la guardia personal del emperador, de modo que el lugar, a cielo abierto,

estaba repleto.

La voz que tenía el joven Nerón era, según su biógrafo Suetonio, «débil y ronca». Cuando decidió tomarse en serio lo del canto, dijo Suetonio, Nerón «llevó a cabo de manera consciente todos los ejercicios necesarios para fortalecer y mejorar la voz»[2]. Uno de los ejercicios consistía en echarse de espaldas con una plancha de plomo en el pecho, para desarrollar y fortalecer el diafragma. Nerón también usaba enemas y eméticos (los últimos para inducir el vómito después de comer). Ambos se los recomendaban los físicos romanos para mejorar la voz, y los empleaban los oradores. Julio César, por ejemplo, usó los eméticos que le prescribían, hacia el final de su vida. Determinados alimentos que se consideraban dañinos para las cuerdas vocales, como las manzanas, se eliminaron de la dieta de Nerón.

Nerón sufría de un gran nerviosismo antes de sus apariciones en escena, y a medida que se aproximaba su debut, iba paseando arriba y abajo por detrás del escenario, mientras dos ayudantes intentaban tranquilizar sus nervios con alabanzas y asegurándole que todo iría bien. Tenía buenos motivos para estar nervioso, porque las normas de aquel concurso eran estrictas. Cada concursante debía permanecer en pie mientras actuaba, perdía puntos por aclararse la garganta, por escupir, por sonarse la nariz o incluso por usar el brazo para secarse el sudor de la frente (a los concursantes no se les permitía coger un pañuelo en el escenario). Si un concursante cometía un error grave durante la actuación, era descalificado de inmediato.

Como otros concursantes, el nombre de Nerón estaba escrito en un trocito de marfil, que los jueces sacaban para decidir el orden de la competición. Actuaron varios concursantes y luego, para sorpresa del público, su emperador salió a escena vestido con la larga túnica sin ceñir de los tañedores de lira, y expuso su oración preliminar.

Luego, mientras le tendía la lira el oficial de mayor rango de su guardia personal, el nombre de la canción que iba a interpretar lo anunció Cluvio Rufo, antiguo cónsul y respetado historiador, que formaba parte del séquito imperial y se había ofrecido para actuar como heraldo del emperador. Y luego Nerón tocó y cantó. Su actuación fue encomiable, y bien recibida por el público. Después de que hubiesen actuado todos los participantes Nerón esperó

nerviosamente mientras los jueces consultaban y comparaban sus notas. Al fin, el jefe del jurado se adelantó a escena. El ganador, anunció, era Nerón César. Un sonriente Nerón aceptó los laureles de vencedor. El emperador estaba tan complacido con su debut que se presento a otra de las competiciones napolitanas previstas para el día siguiente.

Entre tanto dio descanso a su voz, pero la adulación de la multitud era tan seductora que no podía permanecer fuera de los ojos del público. De modo que aquella noche, después de tomar un baño en la ciudad, él y los miembros de mayor rango de su séquito cenaron públicamente en la zona de la «orquesta», en la parte delantera del teatro. Mientras iba pasando, una multitud le aplaudía en su camino hacia la cena, y la gente le pedía que cantara para ellos.

«Cuando haya tomado una bebida o dos, os daré algo que hará que os resuenen los oídos», respondió en griego, el idioma de las letras de las canciones[3].

La muchedumbre aplaudió mucho más aún.

Al día siguiente, Nerón probó de nuevo suerte en el sorteo de puestos. Sus compañeros de concurso, «a quienes trataba como iguales», según Suetonio, se sintieron muy cómodos por su gracia y encanto, aunque a espaldas suyas él los menospreció ante sus amigos[4]. Naturalmente, después de las actuaciones, los jueces volvieron a declarar ganador a Nerón. ¿Qué juez se habría atrevido a no dar el premio a su emperador, a aquel emperador?

Al llegar la noche la multitud complacida se dispersó, el teatro se vació, y de muy buen humor, Nerón y sus compañeros se dirigieron hacia el baño y la mesa de la cena. La gente corriente de Neápolis y los pueblos de alrededor parecían muy emocionados e incluso halagados por el hecho de que César hubiese actuado en su escenario. No se podía decir lo mismo de la élite de Roma. La aparición de Nerón como concursante ante un escenario público se podría comparar a ser presidente de Estados Unidos y competir en el concurso *American Idol*[*] hoy en día. El público en general estaría encantado, desde luego, y le parecería una idea muy campechana que el líder de su país hiciera algo así, pero sin duda el *establishment* se mostraría horrorizado y aseguraría que tal comportamiento resulta degradante para el cargo de presidente de

Estados Unidos. De manera similar, los miembros de la aristocracia romana estaban horrorizados al ver que su jefe de Estado era capaz de hacer una cosa semejante, pero nadie expresó tan peligrosa opinión ante el propio Nerón.

Las costumbres de la sociedad romana se observaban con todo rigor. Incluso el código de vestimenta era ridículamente estricto. La túnica de un hombre de rango ecuestre o senatorial debía tener una longitud determinada; para las ocasiones formales, debía ser blanca con un borde púrpura, y el borde debía ser estrecho para los ecuestres, más ancho para un senador. Había que llevarla con un cinturón, y debía tener las mangas cortas. Plinio el Viejo, como excentricidad personal, llevaba una túnica de manga larga, sobre todo para mantener los brazos y las manos calientes en invierno y así poder seguir escribiendo. Al cabo de cinco años, un joven comandante de una legión romana, Alieno Cecina, escandalizaría a la sociedad llevando túnicas de manga larga y multicolores, tal y como hacían los galos, estando de servicio. Julio César también desafiaba a la costumbre y llevaba túnicas de manga larga, pero era el César. La forma de Nerón de desafiar a las costumbres y normas sociales era subirse a un escenario.

Aquella noche, mientras el populacho de Neápolis se bañaba, paseaba y cenaba y mientras Nerón celebraba su doble victoria, la ciudad se vio sacudida por un terremoto. La ciudad en sí no sufrió más que unos daños mínimos, pero los bancos de madera temporales de los asientos del teatro, que sólo unas horas antes ocupaban miles de espectadores, se vinieron abajo. Mucha gente pensó que aquello era un mal presagio. Algunos dijeron que era una prueba de que los dioses no estaban contentos con el debut teatral de Nerón. Pero Nerón consideró que el mensaje era justamente el contrario. Recordó a todos los que estaban a su alrededor que si el terremoto hubiese tenido lugar durante el día, se habría cobrado muchísimas muertes, y daba gracias a los dioses por salvar todas esas vidas. Empezó a trabajar de inmediato en una «oda elaborada», en palabras de Tácito, que alababa a los dioses y celebraba la buena suerte que, estaba convencido de ello, representaba la ocasión[5].

Al cabo de varios días, la cabalgata neroniana se puso en movimiento de nuevo. El éxito de Nerón en el escenario neapolitano le había convencido de que su plan original, el de competir en los

famosos concursos de Grecia, era acertado. Ya estaba de camino atravesando Italia hacia la costa adriática. A partir de allí tomaría un barco hacia Grecia. Su primera parada en aquella ruta hacia el Adriático sería la ciudad de Beneventum, encrucijada de caminos, a unos cincuenta kilómetros al nordeste de Neápolis, en los montes Apeninos.

VIII
LA COMPETICIÓN DE GLADIADORES

Siendo el mes dedicado a Marte, y como sólo unas pocas ciudades romanas de todo el Imperio tenían permitido albergar carreras de carros, otras ciudades y pueblos selectos honraban al dios de la guerra con *munus*, o competiciones de gladiadores. Beneventum, la moderna Benevento, era una de esas ciudades, y cuando el emperador y su cabalgata llegaron a ella, de camino desde Neápolis hasta el Adriático, era justo el momento del espectáculo de gladiadores de la ciudad. Nerón decidió hacer una pausa en Beneventum para asistir al espectáculo.

El *munus* de Beneventum era patrocinado y pagado por un dignatario local. Hubo un tiempo en que cualquier romano que se presentase a un cargo público podía patrocinar espectáculos de gladiadores para ganarse el apoyo del pueblo. El Senado republicano puso fin a esta práctica en
58 d. C.
declarando que nadie podía presentarse a un cargo si había patrocinado un *munus* en los dos últimos años. El emperador Augusto decretó que los pretores de Roma podían patrocinar dos espectáculos de gladiadores oficiales al año, y los magistrados y sacerdotes de otras ciudades, uno al año. Pero Augusto también patrocinaba siete u ocho *muneri* «extraordinarios» al año, en nombre de miembros de la familia, y emperadores posteriores como Nerón autorizaron a los ciudadanos particulares a llevar a cabo espectáculos de gladiadores «extraordinarios».

Claudio había decretado que sólo los cuestores, los jueces de menor rango de Roma, podían patrocinar las competiciones oficiales de gladiadores de la capital. Nerón lo hizo opcional para los cuestores. Al mismo tiempo, Nerón prohibió que los gobernadores provinciales organizaran espectáculos de gladiadores,

para evitar que se ganasen la popularidad entre los provinciales, y, amparándose en esa popularidad, siguieran cometiendo «irregularidades» en su provincia.

Nerón había hecho que fuese obligatorio organizar *munus* para los sacerdotes celtas del Templo de Claudio, en Camulodunum, la moderna Colchester, capital de la provincia de Britania. Antes de la conquista de gran parte del sur de Britania en
43 d. C.,
los hijos de los caudillos britones se educaban con los druidas, y muchos de esos mismos jóvenes se convertían en sacerdotes druidas. Bajo el gobierno romano el druidismo quedó prohibido, y los hijos de los caudillos tuvieron que servir en la Orden Claudia, en el Templo de Claudio. Se decía que la organización de los *muneri* había empobrecido tanto a los sacerdotes británicos que éstos conspiraron con la reina rebelde Boudica para derrocar el gobierno de Roma en Britania, que entonces llevaba diecisiete años. Parece ser que en el levantamiento de Boudica en
60 d. C.,
esos sacerdotes dieron acceso a los rebeldes al Templo de Claudio, cuando miles de pobladores romanos se refugiaron allí durante el asalto a Camulodunum, y que al hacer tal cosa, provocaron la captura y muerte brutal de los refugiados, y la caída de la ciudad.

El benefactor de Beneventum fue el «deforme» Vatinio, que nació y se crió en la tienda que tenía su padre liberto como zapatero. Vatinio sufría de enanismo. Durante el reinado del tío de Nerón, Calígula, Vatinio fue llevado a la corte imperial como diversión, para que entretuviera al emperador. Después Vatinio formó parte del séquito de Calígula, en la época del asesinato de aquel emperador que vivió tan poco. Ingenioso, sarcástico y bien informado de los deslices de los cortesanos, el «loco» Vatinio se había convertido en un elemento permanente de la corte, siempre a la disposición del emperador y de sus invitados para entretenerlos con su «ingenio vulgar». En opinión del historiador Tácito, el pequeño Vatinio, que solía aparecer en público junto a Nerón, disfrazado con ropas chillonas, burlándose de la élite romana, era «una de las imágenes más tristes e infames de la corte imperial»[1].

El patrono imperial de Vatinio le había recompensado con dinero y propiedades, de modo que era un hombre inmensamente

rico, aunque sólo fuese un liberto. Y seguía divirtiendo al emperador. Hacía poco le había dicho a Nerón: «Te odio, César, porque eres miembro del orden senatorial»[2]. Vatinio, manteniendo el oído bien atento para recoger chismes sobre las palabras y actos descuidados y poco políticos de los hombres y mujeres más importantes de Roma, se convirtió en una valiosa fuente de información para el emperador. «Se volvió tan poderoso a la hora de acusar a los mejores», dijo Tácito, «que en influencia, riqueza y capacidad de causar daño, era sobresaliente»[3].

A pesar del gusto del público romano por los entretenimientos sangrientos, hubo pocas protestas cuando, los años anteriores a los grandes juegos, Nerón acabó con la práctica de permitir a los gladiadores victoriosos que quitasen la vida a sus oponentes derrotados. Ni siquiera permitía que se ejecutase a criminales en la arena. Pero Nerón no eliminó la principal atracción de las luchas de gladiadores: las apuestas. Bajo la ley romana, era legal apostar en competiciones de habilidad física. Se apostaban enormes cantidades de dinero en cada lucha de gladiadores.

El *munus* de Vatinio en Beneventum siguió el modelo habitual. Cada día, el espectáculo empezaba al amanecer y acababa al oscurecer. Se habían distribuido entradas gratis a la gente que contaba con su favor, por parte del hombre que pagaba los juegos, llamado editor. El resto de los espectadores tenían que pagar la entrada. Mucho antes de que saliera el sol, la multitud, que constaba de hombres y mujeres, subió emocionada los escalones de piedra del anfiteatro hasta unos asientos seguros, señalados por unas fichas de arcilla numeradas. Muchos habían comprado los programas escritos a mano que estaban a la venta en las calles de Beneventum, días antes.

Una vez en sus asientos, el público examinaba animadamente el programa, discutía los méritos de este o aquel luchador y hacía sus apuestas, mirando de vez en cuando hacia la tribuna cerrada, el palco oficial, esperando ver al emperador. Los miembros de mayor rango del adulador séquito del emperador, antiguos cónsules como Tito Vespasiano, Petronio Arbiter y Cluvio Rufo, estaban sentados con Nerón. Un asiento libre junto al emperador esperaba al editor de los juegos.

Cuando salió el sol, las trompetas anunciaron un desfile por la

arena de todos los participantes, entre los vítores y aplausos de los espectadores. Los competidores iban dirigidos por el editor, Vatinio, que iba montado en un carro. Le seguían los *bestiari* uniformados, los que luchaban contra los animales. Todo el personal del anfiteatro, esclavos y libertos por un igual, desde aquellos que rastrillaban la arena empapada de sangre que cubría el suelo hasta los auxiliares médicos y los músicos que tocaban flautas, trompetas, cuernos y órganos de agua, iban uniformados.

A continuación venían los gladiadores, la atracción estelar. La mayoría eran esclavos y los habían conducido al anfiteatro en carruajes cerrados. Ahora, vestidos con mantos púrpura ricamente bordados de oro, los gladiadores desfilaban por la arena haciendo gestos y saludando a la multitud. Tras ellos llegaban unos esclavos que llevaban sus armaduras y armas. Había muchos tipos de gladiadores, con diversas clases de armas y tácticas. El gladiador rebelde Espartaco luchaba al estilo tracio, por ejemplo. Los espectadores no sólo seguían a unos gladiadores individuales, sino también diferentes estilos de lucha en particular.

Quizá dos de cada diez de aquellos gladiadores fuesen hombres libres que habían adoptado voluntariamente la vida de gladiador por dinero, por la emoción o por la adulación. Incluso algún ecuestre ocasional o algún senador en apuros financieros salía a la arena, para el horror de la élite romana. Sólo unos meses antes, aparecieron unas gladiadoras durante los diez días tradicionales de luchas de gladiadores que se llevaban a cabo en Roma, en diciembre. Algunas eran damas distinguidas, de nobles familias. Esas luchadoras voluntarias peleaban entre sí, no con combatientes masculinos.

Entonces los combatientes se detuvieron frente a la tribuna y de cara al emperador. «¡Ave, *imperator*!», exclamaron a coro. «Los que van a morir te saludan.»[4]

El programa de Vatinio era «muy apretado», según Tácito[5]. Se vería a gladiadores o tropas enzarzados en combates fingidos, orquestados con todo cuidado por la mañana, con armas de madera y escudos forrados, como preliminar a las luchas posteriores, más sangrientas. Flavio Josefo, que presenciaría el entrenamiento de la legión romana tres años después de aquel momento, describiría las maniobras de la legión como batallas sin sangre, y sus batallas

como maniobras sangrientas. Vatinio quizá incluyese algunos «números», como panteras tirando de carros, leones que soltaban liebres vivas de entre sus mandíbulas al darles una orden, tigres que lamían la mano de su entrenador, elefantes que se arrodillaban ante la tribuna del emperador y trazaban frases en latín con la trompa… El poeta Marcial y el autor Plinio el Viejo presenciaron actos semejantes en el anfiteatro y consignaron lo mucho que habían disfrutado con ellos.

La ejecución de criminales y la caza de bestias llenaron la parte central del día. Los animales salvajes eran liberados en la arena junto con criminales condenados a muerte, y el público disfrutaba lo que seguía, mientras los espectadores comían. Una vez los prisioneros eran aniquilados, los *bestiari*, que luchaban contra los animales, se enfrentaban con los animales de mayor tamaño y los «cazaban» y mataban con jabalinas, tridentes, espadas, cuchillos y arcos y flechas. Frecuentemente se permitía vivir a algún animal hasta el espectáculo siguiente, pero de vez en cuando algún editor anunciaba que en aquel espectáculo no se salvaría ningún animal.

Esa caza de animales llegó a ser la atracción más popular de los espectáculos romanos. Cuando Vespasiano se convirtió en emperador, cinco años después de la visita de Nerón al *munus* de Beneventum, ordenaría que se erigiese un anfiteatro en Roma sólo para la caza de animales. Lo llamó el Teatro de Caza. Las generaciones posteriores lo llamarían Teatro Flavio. Y éste era el Coliseo. En los primeros tiempos de su historia, el Coliseo vería muchas más cazas de animales que luchas de gladiadores.

Llegada ya la tarde salían a la arena los mejores gladiadores. Muchos gladiadores se habían hecho ricos mediante el dinero de los premios que se ofrecían, y por regalos de admiradores, incluido el emperador. El gladiador favorito de Nerón, y el más famoso de su tiempo, fue Espículo, que recibió del emperador casas en Roma y en el campo. Ésas eran las luchas cuerpo a cuerpo que había acudido a ver la multitud. Cada pareja iba evolucionando poco a poco con sus entrenadores desarmados de pie justo detrás de ellos, dándoles instrucciones, a medida que tenía lugar la lucha, incluso azotándoles con látigos para animarles a una actuación más vehemente. A pesar de su cercanía con la lucha y con la muerte, ninguno de los entrenadores al parecer sufría herida alguna en una

competición, ni era atacado ni por su propio luchador ni por el opuesto. Tal era la etiqueta que regía en la arena, que se observaba escrupulosamente.

Durante la tarde llamaron a Nerón, que tuvo que ausentarse de la competición. Había llegado un mensaje de Tigelino, que estaba en Roma. El prefecto del pretorio informaba a su emperador de que había recibido la información de que un senador importante, Marco Junio Torcuato Silano, había entregado regalos a amigos nobles. El rumor era, según decía Tigelino, que Silano estaba consiguiendo apoyos para organizar una revolución contra Nerón. Silano presumía de tener sangre imperial, como bisnieto de Augusto. A los ojos de algunos, aquello le daba derechos al trono. Los acusadores de Silano decían también que había usado a algunos nobles como secretarios y contables suyos, cuando todo el mundo, incluido el emperador, usaba a simples libertos para esos menesteres, con la única y notable excepción de Séneca. Parecía, decían los acusadores, que Silano estaba preparando a sus amigos para que ocupasen puestos mucho más elevados, y preparándose a sí mismo para el puesto más elevado de todos: el trono de Nerón.

A la luz de estas endebles acusaciones, Tigelino había sacado a los libertos más íntimos de Silano de los cuarteles de los pretorianos, y los había «examinado» él mismo en el potro de tortura. Bajo las leyes romanas no se podía torturar a ningún ciudadano romano para obtener información o una confesión, pero tal derecho no se extendía a los libertos ni a los esclavos. Tigelino supervisó personalmente esas sesiones de interrogatorio. Tres años antes, Tigelino había pasado por el potro a los siervos de la primera esposa divorciada de Nerón, Octavia Augusta, de veinte años de edad, hija de Claudio, intentando conseguir pruebas de que Octavia había cometido adulterio, una acusación tramada por la segunda y celosa esposa de Nerón, Popea Sabina.

Una de las mujeres de Octavia, Pitia, escupió valientemente desde el potro: «Las partes privadas de mi señora están más limpias que tu boca, Tigelino»[6].

Al tercer y último día de los juegos de Beneventum, Nerón recibió otra comunicación de Tigelino, en este caso diciéndole que Torcuato Silano se había quitado la vida. Silano, sospechando que su arresto era sólo cuestión de tiempo, se había «cortado las arterias

de los brazos» con un cuchillo, quitándose la propia vida de esa manera consagrada por la tradición de la élite romana, antes de enfrentarse a un juicio y a una acusación ante el Senado y una muerte humillante a manos de un ejecutor pretoriano[7].

Nerón pareció sorprendido por la noticia. «Aunque Silano fuera culpable, y con buenos motivos no hubiese confiado en su defensa», declaró el emperador en un discurso publicado poco después, «habría vivido, si hubiese esperado la clemencia del juez»[8]. Ese juez era Nerón, por supuesto.

El espectáculo de gladiadores de Vatinio llegó a su fin, y mientras la partida de Nerón se preparaba para continuar hasta el puerto de Brundisium, a trescientos kilómetros al sudeste, y un posterior viaje por mar a Grecia, el emperador hizo un anuncio sorprendente. Por el momento no pensaba dirigirse a Acaya, dijo, sin añadir razón alguna para ese cambio de planes. Por el contrario, volvería a Roma de inmediato. Quizá, sólo quizá, Nerón se hubiese puesto algo nervioso por la acción preventiva de Tigelino contra Silano. ¿Se estaría preguntando el emperador qué más se le podía ocurrir al prefecto del pretorio mientras él estaba ausente en Grecia?

Así que la partida entera dio la vuelta y se dirigió de nuevo de camino hacia Roma.

IX
JUDÍOS Y CRISTIANOS

En Roma, Yosef bar Matityahu estaba acabando de almorzar, la comida principal del día para los judíos del siglo I. Para los romanos la comida principal del día era la de la noche. Yosef estaba completando los preparativos para Pesaj, el festival judío de la Pascua, para el que sólo faltaban unos días.

Justo una década más tarde, Yosef recibiría la ciudadanía romana como autor favorito de los emperadores Flavios. Tomaría entonces el nombre romanizado de Flavio Josefo. Aquella primavera de
64 d. C.,
Yosef, nativo de Jerusalén, estaba iniciando una larga estancia en Roma. Tenía una misión especial. Descendiente de Leví, que era bisabuelo del Abraham bíblico, Yosef estaba destinado a ingresar en el sacerdocio judío, ya que sólo los hijos de Leví, los levitas, podían hacer tal cosa. Desde los dieciséis años, pasó tres años estudiando las enseñanzas de diversas sectas judías, los fariseos, los saduceos y los esenios, y también estudió un tiempo con un asceta judío en el desierto. A los diecinueve años, Yosef volvió a Jerusalén, donde se convirtió en sacerdote del orden fariseo. Ocho años más tarde llegó a Roma con una misión.

El propio Yosef explicaba: «Cuando tenía veintiséis años, sucedió que hice un viaje a Roma». Fue en
63 d. C.
«Cuando [Antonio] Félix era procurador de Judea, había ciertos sacerdotes a quienes yo conocía, y que eran unas personas excelentes, a quienes una nimia e insignificante acusación había puesto entre rejas, y fui enviado a Roma para defender su causa ante César.»[1] El mandato de siete años de Félix como gobernador romano de Judea había acabado en

59 d. C.,
y esos sacerdotes judíos acusados estaban languideciendo en Roma, en prisión o bajo arresto domiciliario, ya desde su arresto, sobreviviendo sólo a base de higos y nueces. La misión de Yosef era orquestar su liberación.

Como Yosef, aquellos sacerdotes eran también fariseos. Si poseían el derecho de que César oyese sus alegaciones quizá fuesen también ciudadanos romanos, cosa bastante poco habitual para unos sacerdotes judíos. Ningún texto o inscripción clásica recoge esa posibilidad, pero algunos sacerdotes de Jerusalén quizá hubiesen obtenido la ciudadanía romana durante el reinado de Calígula o el de Claudio. En particular durante el reinado de Claudio se sabe que se concedió la ciudadanía romana a un gran número de extranjeros, a través de su esposa Mesalina, que aceptaba tantos sobornos a cambio de arreglar la concesión de la ciudadanía que corría una broma por Roma que decía que se podía comprar la ciudadanía sólo por un puñado de cristales rotos.

Claudio se había criado en el Palatium de Roma en compañía del judío Marco Julio Agripa, nieto de Herodes el Grande. Agripa, a quien Calígula le concedió una pequeña tetrarquía, estaba en Roma en tiempos del asesinato de Calígula y fue pieza fundamental para la ascensión de Claudio al trono vacante. Claudio, con gratitud, coronó a su amigo, que se convirtió en el rey Herodes Agripa I de Judea. A Agripa correspondió el cuidado del Templo de Jerusalén y el nombramiento del sumo sacerdote. Bajo la autoridad de Agripa se convocó en Jerusalén el Gran Sanedrín, consejo director religioso judío compuesto por setenta sacerdotes. Era concebible que Calígula o Claudio también hubiesen concedido la ciudadanía a los sacerdotes que estaban en Jerusalén y que fueron nombrados por Agripa, quizá a aquellos que cumplieron sus deberes con un celo especial. Agripa murió de un ataque cardíaco el
44 d.
C. Quizá la costumbre de conceder la ciudadanía romana a sacerdotes judíos muriese con él.

Otro judío fue despachado a Roma por el sucesor de Félix en
59 d. C.,
también para que Nerón oyese su petición. Era un judío que ciertamente sí tenía la ciudadanía romana y que también había sido

sacerdote y fariseo. Su nombre judío era Saulo de Tarso; su nombre romano, Paulus. Era san Pablo, el apóstol. La ciudadanía romana de Pablo nunca ha sido cuestionada por historiadores o teólogos. Pero nadie ha sido capaz de explicar cómo llegó esa ciudadanía a la posesión de Pablo. Algunos estudiosos sugieren que el padre de Pablo ya ostentaba la ciudadanía; otros dicen que toda la población de la ciudad de Tarso, lugar de nacimiento de Pablo, podría haber gozado de esa ciudadanía. No existe prueba alguna que apoye ninguna teoría. Igual de creíble podría ser que a Pablo se le concediese la ciudadanía romana a instancias de Herodes Agripa I, irónicamente, por su celosa caza de cristianos. «Perseguí a la Iglesia de Dios más allá de toda medida», dijo el propio Pablo, «y la arrasé»[2].

Es muy probable que Yosef conociera a Pablo, o que supiera de él. Saulo, como se llamaba entonces, se había educado como fariseo en Jerusalén con el famoso maestro judío Gamaliel I. Cuando Yosef era niño, Pablo era un fariseo de la línea dura en Jerusalén, que dirigía la persecución de los cristianos, a finales de la década de
30 d. C.
y quizá a principios de los cuarenta, durante el breve reinado de Calígula y el principio del reinado de Claudio. Es muy posible que la concesión de la ciudadanía romana a Pablo procediese de entonces, a través del rey Agripa, en las circunstancias antes mencionadas. Sólo después Pablo vio la luz en el camino de Damasco, literalmente, y se convirtió en seguidor de Cristo.

En 59 d. C., Pablo fue enviado a Roma cargado de cadenas y bajo guardia legionaria. Por el camino, el barco que llevaba al apóstol y a otros 275 pasajeros se vio atrapado en una enorme tempestad en el Mediterráneo oriental, y arrojado a la costa rocosa de Malta. Todos los que iban a bordo sobrevivieron, y el centurión romano a cargo de la escolta de Pablo, Julio, procuró pasaje para el prisionero y su escolta a bordo de otro barco a la primavera siguiente. Pablo llegó a Roma aquella primavera de
60 d. C.
y fue entregado a los pretorianos.

El centurión Julio habló muy bien de Pablo, y Burro, el prefecto del pretorio, que entonces estaba en el penúltimo año de su cargo y de su vida, ordenó arresto domiciliario para todo lo que durase el

largo proceso de apelación de Pablo. Se le permitió a Pablo que alquilase un alojamiento en Roma; la tradición cristiana sitúa la casa en la Vía Triunfal, en un lugar donde Nerón pronto construiría un enorme estanque, el *stagnum Neronis*, y donde se alzaría el Coliseo al cabo de dos décadas. Allí, con un soldado pretoriano en la puerta y encadenado, Pablo esperaría a que su caso fuese oído por Nerón o por el pretor urbano, nombrado en representación del emperador para aquella ocasión. Según los Hechos de los Apóstoles en el Nuevo Testamento, Pablo permaneció dos años en Roma. Los teólogos creen que el caso de Pablo se acabó por desestimar y que en
62 d. C.
reemprendió sus viajes.

De camino a Jerusalén en
57 d. C.,
Pablo escribió a los cristianos de Roma: «Cuando emprenda mi viaje a Hispania, iré con vosotros. Porque confío en veros en mi viaje, y que mi viaje me lleve hasta vosotros»[3]. Su arresto poco después en Jerusalén frustró aquel plan, pero se cree que en cuanto Pablo fue liberado de su custodia, en
62 d. C.,
continuó hacia Hispania, como pretendía en un principio. La tradición en España es que Pablo fundó en realidad la Iglesia española en aquellos tiempos en Tarraco, en la costa este. La Epístola de Clemente Romano de finales del siglo I dice: «llegó a las fronteras del oeste», que algunos interpretan como confirmación de que Pablo llegó a España en realidad. Teodoro de Cirro aseguraba en el siglo V que Pablo había predicado en las islas, que algunos interpretan como Gran Bretaña, otros como las islas Baleares en España[4].

Durante los dos años de arresto domiciliario en Roma Pablo estuvo en íntima unión con la pequeña comunidad cristiana de la ciudad, y se dirigió a los representantes de la comunidad judía, mucho mayor, ya que los judíos habían vuelto en grandes cantidades una vez que Nerón se convirtió en emperador y toleró su presencia en Roma. Pablo luchó por aumentar el alcance de la congregación cristiana en la capital, predicando «aquellas cosas que atañen a Jesucristo Nuestro Señor, con toda confianza, sin que

ningún hombre se lo impidiera»[5].

En la primera carta de san Pablo a los corintios, escrita desde Roma durante ese periodo, Pablo dice que había cristianos en la casa del César. Una tradición cristiana sostiene que uno de ellos era Torpes, «un funcionario de primer rango en el palacio de Nerón», mientras que Dión Crisóstomo sostenía que el copero de Nerón y una de sus concubinas eran también conversos[6]. Una tradición sostiene que esa concubina era la amante del emperador, Acte. «Esa tal Acte», afirmaba Dión Casio, «fue comprada como esclava en Asia, pero al ganarse el afecto de Nerón, la adoptó la familia de Átalo, y el emperador la amó mucho más que a su esposa Octavia»[7].

Nerón incluso pensó en un tiempo en convertir a Acte en su esposa, y la adopción de ella por parte de una familia romana estaba destinada a hacerla más aceptable para el matrimonio, pero la madre de Nerón, Agripina la Menor, se negó en redondo a permitir tal unión. Acte seguiría siendo leal a Nerón el resto de su vida. La historia de su conversión al cristianismo parece proceder de una fuente más reciente, la novela del siglo XIX *Quo Vadis*? Ya convirtiera Pablo a Torpe, Acte y el copero al cristianismo o no, los Hechos revelan que Pablo tuvo mucho menos éxito a la hora de convertir a los judíos de Roma.

Cuando Yosef viajó desde Roma a Judea en
63 d. C.,
también sobrevivió a un naufragio. Su barco sobrecargado se hundió en el Adriático, de noche. Más de quinientos pasajeros y tripulantes se ahogaron a su alrededor en la oscuridad. Cuando amaneció, al día siguiente, Yosef fue uno de los ochenta escasos a los que sacó del agua otro buque mercante. Yosef bajó a tierra cuando aquel mercante atracó en Puteoli, en la bahía de Nápoles, entonces el puerto comercial más importante de Italia. En seguida se puso en contacto con la comunidad judía local, que le comunicó con un actor de teatro judío llamado Aliturio que, afortunadamente para Yosef, era «muy querido por Nerón»[8]. A través de los buenos oficios de Aliturio, Yosef acabaría conociendo a la esposa de Nerón, la emperatriz Popea Sabina.

Popea, célebre por su belleza, y que según se decía se bañaba en leche de burra, procedía de una familia noble en la que figuraban

cónsules y generales triunfadores, aunque su padre, que era cuestor, fue ejecutado por Tiberio como partidario de Sejano, y su madre castigada por adulterio. Popea, algunos años mayor que Nerón, se había casado dos veces antes. Su primer marido fue Rufio Crispino, un ecuestre, y el segundo era el mejor amigo de Nerón, Marco Salvio Otón.

Según el historiador Plutarco, Popea fue seducida por Otón cuando todavía estaba casada con Crispino, y Otón la convenció de que se divorciase de Crispino y se casara con él, después de lo cual se ofreció a compartirla con Nerón para ganarse los favores del emperador[9]. Tácito cuenta las cosas de una manera un poco distinta: Popea, atraída por su «juventud y su elegancia moderna» y por su cercanía al joven emperador, sedujo a Otón y luego se divorció de Crispino y se casó con él. Pero, decía Tácito, tenía sus ojos puestos en Nerón, y convenció a Otón de que permitiera a Nerón compartir su lecho, para conseguir influencia propia con el emperador[10].

Existe una tercera versión: según Suetonio, Nerón se enamoró de Popea cuando estaba casada con Crispino, y el emperador confió a Otón la tarea de casarse con Popea de momento, hasta que Nerón pudiese librarse de su esposa Octavia y su dominante madre Agripina, que estaba decidida a que Nerón y Octavia tuviesen un heredero de pura sangre Julia. Los tres, Plutarco, Tácito y Suetonio, estaban de acuerdo en que Otón se enamoró de Popea y pronto empezó a dolerle tener que compartirla. «No sólo gozaba de Popea, sino que sentía una pasión tal por ella que no toleraba ni siquiera a Nerón como rival», decía Suetonio. «Tenemos motivos para creer la historia de que al principio rechazó a los mensajeros enviados por Nerón para que se llevasen a Popea, y luego al propio Nerón, que se quedó al otro lado de la puerta del dormitorio, amenazando y suplicando alternativamente para tener a la dama.»[11]

Según Plutarco, Popea disfrutaba mucho poniendo celosos a ambos hombres e incluso excluía a Nerón de su dormitorio de vez en cuando, aunque no estuviera Otón por allí, para mantener el entusiasmo que Nerón sentía por ella[12]. Tácito decía que ella también quería que Nerón se librase de Acte, a quien estaba muy unido, ridiculizando aquella relación entre emperador y antigua esclava como «baja y degradante»[13]. Cuando Otón se negó a

continuar compartiendo a Popea e intentó quedársela para él solo, Nerón primero le apartó de su círculo de amigos íntimos, y luego le nombró gobernador de la provincia de Lusitania, la Portugal de hoy en día, muy lejos de Roma. En
58 d.
C. Otón se fue a ocupar su cargo, pero su esposa se quedó en Roma para calentar el lecho del emperador. Otón permaneció en Lusitania desde entonces, y resultó un gobernador muy capacitado.

Durante varios años Popea fue amante de Nerón, hasta que ella le convenció de que se divorciase de Octavia (con quien él se había casado a los dieciséis años) por su incapacidad de darle un heredero. El divorcio de los romanos era un asunto fácil, en el que las dos partes declaraban el matrimonio terminado, sin formalidades. Popea se había divorciado de Otón, y justo dieciséis días después de que Nerón se divorciase de Octavia, él y Popea se casaron. No pasó mucho tiempo antes de que la nueva emperatriz orquestase, con la ayuda de Tigelino, la acusación de conducta adúltera que llevaría a la ejecución de la joven Octavia.

Popea había prometido a Nerón que le daría un heredero, y pronto se quedó embarazada de él. A principios de
63 d. C.,
en Antium, donde había nacido el propio Nerón, Popea dio a luz a una hija, Claudia Augusta. Nerón estaba extasiado, y no parecía importarle que Popea no hubiese conseguido darle un hijo varón. Casi todos los senadores acudieron a Antium a felicitar a Nerón por aquel nacimiento, y el Senado decretó numerosas celebraciones y conmemoraciones. Cuatro meses después la pequeña Claudia Augusta murió de enfermedad, y Nerón quedó destrozado.

Encantadora, ingeniosa y políticamente astuta, sin permitir jamás que su corazón gobernase su cabeza, Popea, según Josefo, era una mujer muy religiosa que miraba con gran favor a los judíos. Pronto cogió cariño al joven sacerdote afable y barbudo de Jerusalén. Por su parte, Yosef ocultó a la emperatriz el auténtico objetivo de su viaje a Italia. Se dedicó a establecer una relación con ella en ocasiones sociales y, a lo largo del tiempo, recibió numerosos regalos de ella. En el momento apropiado le pediría un favor, rogándole que intercediera ante Nerón en favor de los sacerdotes judíos que esperaban su apelación, y procurase su

libertad.

Por el momento, con el apoyo financiero de Judea, Yosef continuaba alquilando unas habitaciones en Roma, mezclado con los judíos de la capital, esperando al momento oportuno y fortaleciendo sus relaciones con la astuta y dominante esposa de Nerón.

X
EL BANQUETE EN EL LAGO

7 de junio. Los días se alargaban, el sol se hacía más fuerte; el verano estaba sólo a unas semanas de distancia.

Nerón, como su tío abuelo Calígula antes que él, estaba fascinado por todas las cosas egipcias. Había investigado la religión de los egipcios y durante el tiempo que siguió a la muerte de su madre, abrazó la adoración de la madre diosa egipcia Isis y su consorte Serapis, integrando incluso días festivos del culto de Isis en el calendario religioso oficial romano. Ansiaba visitar Egipto, y después de poner fin a su viaje a Acaya y Beneventum y regresar a la capital, pasó mucho tiempo de las semanas y meses siguientes de la primavera en Roma «recreándose en sus imaginaciones secretas de las provincias del este, especialmente Egipto», según Tácito[1]. Germánico César, abuelo de Nerón y padre de Calígula, estaba también fascinado por Egipto. Cuando era el comandante en jefe romano del este viajó por el Nilo como turista, sin escolta alguna, en una visita privada a las ruinas de la época de los faraones, usando un sacerdote local como guía.

A medida que pasaba la primavera, Nerón decidió que aquel verano en lugar de retirarse a alguna villa rural a las orillas del mar, como era su costumbre, navegaría a Alejandría y visitaría las antigüedades de Egipto. Ordenó que se hicieran los preparativos para su partida y emitió una proclama la primera semana de junio. Anunció su viaje egipcio, declarando que no estaría mucho tiempo ausente de Roma y que «todas las cosas en el Senado permanecerían sin cambio alguno y prósperas» mientras él se encontrase ausente[2].

Aquel día, a primera hora de la mañana, antes de asistir a una ceremonia en el Templo de Vesta, Nerón visitó el Templo de Júpiter en el monte Capitolino. Allí hizo sacrificios y buscó buenos presagios y una indicación de la fecha de partida con mejores

auspicios. Nerón bajó al Foro y entró en el Templo de Vesta. Aquél fue el primer día de la Vestalia, festival de Vesta anual que duraba siete días. Las vírgenes vestales llevaban meses preparándolo, incluso habían cocinado ellas mismas incontables tortas de trigo saladas para los banquetes que formaban parte de las festividades. El festival, que era el momento más sagrado de todo el año para las vestales, iba a comenzar con una sencilla ceremonia allí, en el templo circular que albergaba la llama eterna.

Cuando el emperador entró en el Templo de Vesta, donde las vestales le esperaban con sus vestiduras blancas, su manto quedó atrapado y tiró de él hacia atrás, y él notó entonces una sacudida que le recorría todo el cuerpo. Mientras le llevaban de vuelta al Palatium en una litera, decidió que aquélla era una señal de que no debía abandonar Roma. Rápidamente emitió un nuevo anuncio, diciendo que cancelaba su viaje a Egipto porque, según decía, el amor a su país se anteponía a sus planes personales. «He visto los tristes rostros de los ciudadanos», declaraba su última proclama. «He oído sus quejas secretas ante la perspectiva de que yo emprendiese un viaje tan largo, cuando no pueden soportar ni la más breve de mis excursiones, acostumbrados como están a que les anime en su desgracia la visión del emperador. Por tanto, igual que en las relaciones privadas los lazos más estrechos son los más fuertes, así el pueblo de Roma tiene el derecho más potente, y debe ser obedecido en su deseo de retenerme.»[3]

Este anuncio fue bien recibido por el público en general. La gente se sentía más segura cuando el emperador estaba entre ellos que cuando estaba ausente, decía Tácito, en gran medida porque confiaban en que mientras él estuviera en Roma, nunca permitiría que el suministro de grano escaseara. En cuanto a los miembros del Senado y otros ciudadanos destacados, Tácito escribió que no estaban seguros de si Nerón resultaba más amenazador cuando estaba entre ellos o cuando estaba ausente[4].

La Vestalia traía consigo la obligación del Estado de ofrecer banquetes públicos durante la semana del 7 al 14 de junio. Aunque esas comidas gratis en toda la ciudad eran para el pueblo en general, el prefecto del pretorio Tigelino había propuesto a Nerón que aquel año él financiase un gran banquete de la Vestalia para la nobleza. Aquella súbita y poco característica generosidad de

Tigelino podía atribuirse a su nerviosismo ante la reluctancia de Nerón a dejarle a cargo de Roma mientras viajaba por Italia. Ciertamente, la indicación de Nerón de que él le habría concedido clemencia a Silano si no hubiese cometido suicidio insinuaba su desagrado por la forma en que se había manejado todo aquel asunto. La oferta de Tigelino, destinada a consolidar su posición como funcionario de mayor confianza de Nerón, fue aprobada.

El banquete de Tigelino fue algo nuevo y extravagante. Había un estanque en el Campo de Marte conocido como el lago de Agripa. Marco Agripa, bisabuelo materno de Nerón, financió un gran complejo para el uso y placer del público, que incluía extensos jardines, una basílica y aquel lago, que estaba conectado con el río Tíber por un pequeño canal. En aquel lago Tigelino hizo que se construyese una gran balsa. Pequeñas embarcaciones de remo que resplandecían de oro y marfil se lanzaron al lago y se ataron a la balsa como caballos a un carruaje.

A última hora de la tarde del día del banquete de Tigelino, el emperador y otros funcionarios invitados suyos llegaron y subieron a la balsa, ricamente decorada. Entre los invitados, aparte de Nerón y su emperatriz Popea, estaban los dignatarios de costumbre: los cónsules Lecanio y Licinio, cuyos mandatos, que Nerón limitaba a seis meses, expirarían pronto; los veinte pretores del año; el comisionado del agua Mario y sus compañeros los comisionados del grano, las calles y las alcantarillas; un puñado de antiguos cónsules, incluidos Vespasiano, Petronio Arbiter y Cluvio Rufo; el prefecto de la ciudad Sabino; numerosos antiguos pretores; otros senadores importantes; los prefectos del pretorio rivales, Fenio Rufo y el anfitrión del día, Tigelino. Es probable que hubiese también invitados especiales en la fiesta que tuviesen conexión con el Palatium, hombres como Yosef, el sacerdote judío que venía de Judea.

Los remeros de los pequeños botes se esforzaban en sus remos e iban tirando de la balsa, que rodeó el lago. Para el deleite de algunos invitados y la consternación de otros, el lago estaba lleno de «monstruos marinos» como cocodrilos y aves de tierras remotas. En la costa se habían erigido unos pabellones donde se apiñaban nobles damas. La señal del burdel, que mostraba penes erectos, colgando fuera de esos pabellones y frente al lago, dejaba muy claro

a los que iban en la balsa qué se supone que representaban aquellos pabellones.

No queda constancia de si las nobles damas sabían lo de las señales. Si no era así, y sencillamente habían respondido a una invitación para reunirse en los pabellones junto al lago, habría sido una gran broma a su costa… una broma bastante grosera tramada por Tigelino. Mientras tanto, en la otra orilla, Tigelino había instalado a auténticas prostitutas, todas casi desnudas, que hacían gestos y movimientos obscenos mientras la balsa pasaba despacio. A medida que el sol se fue poniendo al oeste del Tíber, el bosquecillo de los jardines de Agripa y los edificios públicos que lo rodeaban fueron iluminándose con luces artificiales, y empezó a oírse el sonido de músicas y canciones. Los invitados, divertidos, desembarcaron en los jardines para cenar.

Varios días después, en una ceremonia privada presenciada sólo por sus asociados más íntimos, Nerón celebró una boda fingida con un liberto griego llamado Pitágoras en la que Nerón interpretó el papel de novia, con su velo nupcial tradicional de color naranja y todo. Aquella noche, Nerón y Pitágoras pasaron juntos la «luna de miel».

XI
EL AURIGA

El calor de julio incidía en las losas de Roma. Las calles de la ciudad estaban desiertas. Toda actividad pública había cesado. En el centro, las tiendas estaban cerradas. Soldados de la Cohorte de la Ciudad patrullaban en pelotones, con los cascos y la armadura brillantes al sol, y las tachuelas de sus sandalias militares resonaban en las piedras, mientras mantenían los ojos bien abiertos para pescar a ladrones y otros malhechores que intentasen aprovecharse de aquella calma. Desde la distancia, más allá del monte Palatino, en el aire matutino se alzó un rugido que helaba la sangre.

Durante semanas, la élite de la ciudad se agolpaba a la orilla del mar, el campo y las colinas, para escapar del calor del verano. Se reunían en sus villas con la familia, amigos y clientes. Sólo quedaban los miembros de la nobleza cuyos deberes oficiales les mantenían en la ciudad. La gente común romana no tenía la posibilidad de abandonar la ciudad para pasar en el campo el verano ni ningún otro momento. Para sobrevivir, no tenían otra elección que seguir ganándose la vida en Roma. Pero al menos a la gente corriente le esperaban algunas diversiones. La mayor diversión de todas ocurría en el mes de julio, cuando se celebraban dos importantes *ludi* o festivales religiosos. El primer festival duraba siete días a primeros de mes; el segundo, diez días al final del mes, y cada uno de ellos culminaba con carreras de carros en el circo.

El 13 de julio, los *Ludi Apollinares* llevaban una semana ya en la capital. Dedicado a Apolo, dios de la música, el canto y la danza, y protector de los rebaños, el festival se había celebrado en el Circo Máximo. Hubo carreras de caballos, dramas, mimo y concursos de canto. Cuánto le habría gustado a Nerón tomar parte, pero sabía que era demasiado pronto. Primero tenía que ganar los laureles en Grecia, como había planeado en un principio, antes de aparecer en

público en Roma como cantante.

Ahora, aquel último día de los juegos, Nerón estaba sentado en el *tribunal judicum*, el palco de los jueces, en el Circo Máximo, animando a los Verdes. La mayor parte de los romanos apoyaban toda su vida a una *factio* o equipo de carreras u otro. Había cuatro equipos de carreras: los Verdes, los Azules, los Blancos y los Rojos, cada uno de ellos controlado por una corporación. Esas corporaciones eran enormes organizaciones empresariales que dirigían establos, escuelas de entrenamiento, granjas de cría e incluso sus propias flotas de buques para transportar los caballos por todas las provincias. Poseían cientos de miles de caballos; sus compradores de caballos incluso tenían preferencia por encima del ejército, a la hora de comprar carne de caballo. Las caballerizas de carreras se transmitían frecuentemente de padres a hijos.

Los romanos apoyaban a su equipo particular toda la vida, y el día de las carreras, aparecían en el circo llevando flores, cintas y pañuelos del color de su equipo. En torno a Nerón, aquel día de julio, se agitaba una multitud de más de
200 000
personas, todos llevando los colores rojo, blanco, azul y verde. Cientos de años antes se construyó el Circo Máximo, alargado y en forma de U, al sudoeste de la colina Palatina, con sus costados de arcadas de piedra, encima de las cuales se alzaban incontables pisos de asientos. Aquellas hileras estaban construidas por completo de madera. El Circo Máximo era, y sigue siendo hoy en día, la estructura de madera más gigantesca construida jamás. Durante el siglo siguiente se ampliaría más aún, para acomodar a
300 000
espectadores aproximadamente, convirtiéndolo así en el estadio deportivo más grande que ha existido.

Los carros corrían allí desde que amanecía hasta que se ponía el sol. En tiempos de Augusto había doce carreras al día; Calígula, gran aficionado a las carreras de carros, aumentó el número a veinticuatro. En cada carrera sólo tomaban parte cuatro carros, representando a cada una de las facciones. Algunos *ludi* presentaban equipos de dos caballos. De vez en cuando corrían equipos de cinco, seis y hasta diez caballos. Pero el carro de cuatro caballos, la *quadriga*, era el carro de carreras más habitual. De sus cuatro

caballos, los dos centrales iban uncidos, pero los dos exteriores sólo llevaban los tirantes.

El caballo izquierdo, el que corría más cerca de la mediana de la carrera, era el más importante y valioso de todo el equipo, porque la habilidad para girar de ese caballo determinaba el rumbo del carro y de la carrera. El caballo exterior era el siguiente más importante, mientras que los dos centrales sólo se usaban por su capacidad de tiro.

El auriga romano era la estrella del rock de su tiempo, incluso más celebrado que los gladiadores. La mayoría de los aurigas salían a la pista como esclavos, algunos como libertos. Muchos se hacían famosos y ricos. Un cierto número de ellos moría en las carreras o más tarde debido a las heridas. Los patrocinadores dividían el premio en metálico de la carrera a partes iguales entre los aurigas ganadores, y les pagaban un plus. Los conductores recibían también regalos de sus muchos admiradores, y ganaban y perdían grandes cantidades de dinero en apuestas en las carreras, suyas y de otros. A diferencia de los dados, y como las luchas de gladiadores, las carreras de cuadrigas se consideraban una competición de habilidad, y por tanto apostar en ellas era legal.

Cincuenta ciudades provinciales estaban autorizadas por el emperador a erigir hipódromos y conducir carros de carreras, pero las carreras en la capital eran las que más interés generaban. Los resultados de las carreras del Circo Máximo se esperaban ansiosamente en todo el Imperio, y el periódico diario escrito a mano de Roma, el *Acta diurna*, que desde su creación por Julio César en 59 a. C. se distribuía por todos los rincones del mundo romano, contenía los últimos resultados de las carreras.

El auriga, que permanecía siempre de pie, sujetaba los extremos de las riendas de sus caballos en torno a la muñeca, para aumentar su equilibrio, dejando la mano derecha libre para el látigo y la izquierda para las riendas. Como consecuencia, si el carro chocaba o él se caía, un conductor podía acabar arrastrado por su equipo hasta que los ayudantes del circo conseguían refrenarlo. Aunque el auriga no sufriera graves heridas al verse arrastrado, era muy probable que acabase pisoteado por otro equipo que pasaba.

En tiempos de Nerón, cada carrera consistía en siete vueltas al circuito. Al dejar caer un pañuelo un magistrado oficiante, los

carros en competición salían corriendo desde las puertas de salida, en el lado plano de la U. Corrían por el lado derecho de la mediana central, que tenía un ángulo ligeramente en diagonal, de modo que la pista se estrechaba en los dos giros, incrementando el nivel de dificultad para dar la vuelta. Si se empezaba en falso, una cuerda blanca, el *alba linea*, que se extendía a través de las pistas unos metros por encima del suelo, a mitad de camino de la primera vuelta, obligaba a los equipos a detenerse. Si el inicio era bueno, un juez dejaba caer el *alba linea* a la arena antes de que llegasen a ella los equipos, y éstos pasaban por encima.

A medida que se completaba cada vuelta, en lo alto de la mediana del circo se quitaba un enorme huevo, y se daba la vuelta a cada uno de los siete delfines dorados, para indicarles a los espectadores y aurigas por igual las vueltas que aún quedaban. Y luego llegaba la última vuelta, y un campeón podía vencer a sus rivales y robarles la victoria en los últimos pasos, acompañado por el rugido de
200 000
espectadores. Aquel crescendo de voces significaba que los visitantes que se aproximaban a Roma los días de carrera oían la ciudad antes de verla. Para aligerar el entretenimiento, había variedades y exhibiciones de trucos de monta al mediodía. Entonces era cuando los comerciantes de las arcadas que había bajo el Circo Máximo hacían sus mejores negocios, sobre todo los figones donde vendían comida caliente y las tascas, en particular. También allí, bajo las arcadas, las prostitutas encontraban clientes bien dispuestos.

Nerón era mucho más que un simple espectador. Igual que tenía pretensiones de ser artista en los escenarios, también ansiaba aparecer en las arenas del circo. «Los caballos fueron el principal interés de Nerón desde la niñez», decía Suetonio. «Cuando empezaba a hablar de las carreras de carros en el circo, no podía parar.»[1] El fervor de Nerón por los Verdes se formó durante sus días escolares. De joven había practicado con diligencia el manejo de los caballos y aprendido a llevar el carro. Se convirtió en un buen auriga, y quería mostrar su habilidad en público, pero Séneca y Burro le convencieron de que no sería diplomático.

Por el contrario, los dos animaron al joven emperador a

construir un circo de carreras privado donde pudiera manejar los carros a su gusto, detrás de unos altos muros y alejado de los ojos del público. El circo de Nerón se erigió en el valle Vaticano, al oeste del Tíber. Hoy en día se alza un obelisco egipcio en el centro de la plaza de San Pedro; coronado entonces por una bola dorada, el obelisco se encontraba en la mediana del circo Vaticano de Nerón, testimonio de su fascinación por todo lo egipcio. El obelisco está ligado con el faraón Ramsés II y el Templo de Isis.

Desde el principio de su reinado, Nerón «venía desde el campo a asistir a todas las carreras, incluso las menores», dice Suetonio. «Así que nunca hubo duda alguna de que estaría en Roma aquel día en particular.»[2] Aun así, Nerón ambicionaba participar en una competición frente a la multitud rugiente, y no sólo en su circo privado frente a sus sirvientes, y recoger el trofeo de la palma dorada del ganador. Pero su confianza no era tan grande como para aventurarse frente a las masas en el Circo Máximo. Sólo podía mirar, lleno de envidia, mientras se iba desarrollando cada carrera y los equipos pasaban atronadoramente junto a su palco, y se decía a sí mismo que él podía hacerlo igual de bien o incluso mejor que cualquiera de aquellos aurigas que competían aquel día.

Es probable que Vespasiano estuviese en el palco de los jueces con el emperador aquel 13 de julio. Y acompañando a Vespasiano también debía de estar su hijo de trece años, Domiciano, fan de los Azules y seguidor ferviente de las carreras de carros, aunque no tenía ambiciones de ser auriga. En cuanto se convirtiera en emperador, al cabo de diecisiete años, Domiciano añadiría dos equipos más a la competición, Púrpura y Oro, de modo que los seis equipos competirían en todas las carreras, y reducirían las carreras a cinco vueltas, de modo que se pudieran celebrar cien carreras en un solo día. También construiría un circo privado dentro del complejo de su Palatium en la Palatina, la *Domus Domitiana*, para poder participar y contemplar las carreras siempre que quisiera.

Con el sol a punto de ponerse, la última carrera de los *Ludi Apollinares* se corrió y se ganó. Los Juegos de Apolo acabaron por aquel año. Pero la multitud de gente que se iba alejando poco a poco del enorme estadio, en el crepúsculo, podía esperar una carrera mucho más emocionante al cabo de poco tiempo. Justo al cabo de una semana, el 20 de julio, empezarían los *Ludi Victoriae*

Caesaris en el Circo Máximo. Organizados en un principio por Julio César en 46 a. C. para celebrar sus victorias en la guerra civil, y dedicados a su deidad patrona, Venus, su sucesor Augusto continuó con aquellos juegos, y todos los Césares desde entonces hicieron lo mismo. Como los *Ludi Apollinares*, los primeros días del festival que se avecinaba incluían teatro, música y otros actos como gimnasia, por ejemplo, pero el clímax serían tres días enteros de carreras de carros.

Nerón mismo no planeaba asistir a la primera semana de los *Ludi Victoriae Caesaris*. Pensaba dirigirse casi de inmediato a la ciudad costera de Antium, donde tenía una gran villa. Pero Nerón no se dirigía a Antium solamente para disfrutar del aire marino. La ciudad albergaría una competición de canto, y Nerón pretendía renovar su éxito de Neápolis aquel mismo año participando y ganando aquel concurso.

Al amanecer del 14 de julio, Nerón y su séquito, enorme como siempre, compuesto de tropas de su guardia personal, sirvientes y cortesanos, partió hacia Antium. En la última y parsimoniosa visita a Campania del emperador, a principios de la primavera, había viajado por carretera. Pero este viaje era más apresurado, porque Nerón quería estar lo más descansado posible cuando se subiera al escenario y compitiera por los laureles de la victoria en Antium.

Un jinete podía cubrir el viaje de Roma a Antium en un solo día. Pero que una partida de gente a pie cubriese cincuenta y seis kilómetros en un solo día era algo inaudito. Incluso las legiones romanas, compuestas de hombres avezados y acostumbrados a la marcha, recorrían de veintiocho a treinta kilómetros al día, y sólo por la mañana, antes de que hiciese demasiado calor. Cubrir cincuenta y seis kilómetros en un solo día se consideraba para los legionarios una marcha muy forzada. Al cabo de cinco años, una marcha forzada de cincuenta y seis kilómetros en un solo día cumplida por un ejército romano en el norte de Italia se consideraría una hazaña muy notable.

Para ir más rápido, Nerón viajó a Antium por mar. Tácito observa que cuando las tropas de la guardia de Nerón acompañaban al emperador en sus viajes a los lagos de Campania, que estaban cerca de Antium, el viaje se hacía por mar. Una flotilla de pequeñas embarcaciones de la base de Miseno, de la flota tirrena de Roma, en

la bahía de Nápoles, subió por el Tíber y esperó para embarcar al emperador y su partida en el Campo de Marte. Luego los buques llevaron a remo a Nerón y al séquito imperial por el río, hasta el mar Tirreno. Una vez allí, volviéndose hacia el sur y desplegando sus velas cuadradas, los barcos les llevarían a toda velocidad la breve distancia por la costa hasta el cabo de Antium, y hasta la pequeña y antigua ciudad de Antium.

Las hileras de columnas de la villa imperial, amplias y suavemente curvadas, abrazaban la costa, y los buques del emperador atracaron justo allí. Nerón y su partida bajaron a la costa ante la puerta de la villa, justo a tiempo para comer, sin sospechar que un desastre de una magnitud inimaginable se produciría sólo cinco días más tarde.

XII
EL INCENDIO

La actividad era intensa en torno al Circo Máximo el 19 de julio. Era un día tórrido. Aquella misma mañana Sirio, la estrella del perro, se alzó en el cielo, señalando el principio del periodo más cálido de todo el verano. Al día siguiente estaba previsto que empezasen los *Ludi Victoriae Caesaris*, y en el circo, miles de esclavos sudorosos preparaban el estadio para las actuaciones del primer día[1]. Los visitantes de todos los distritos del país inundaban la ciudad para asistir a los juegos. Algunos se alojaban en las tabernas y posadas de Roma; otros, con amigos o parientes. Algunos dormían bajo las arcadas del circo o en los pórticos de los templos de la ciudad.

Llegada la oscuridad, los convoyes de carros que siempre atestaban la noche traían los alimentos, el pescado fresco, la caza y las aves del campo. En las arcadas bajo el circo los hornos de los panaderos, pasteleros y puestos de comida caliente ardían con fuerza, de modo que se pudiera suministrar a la multitud que entraba en el estadio antes de amanecer desayuno, tentempiés y comida. Procedente de cientos de fuentes, el humo se alzaba detrás del estadio y se quedaba suspendido sobre él como una neblina. Aquella noche se alzó un fuerte viento del norte y empezó a soplar sobre la ciudad, despejando la niebla.

En el circo y en toda la ciudad la emoción iba en aumento al anticipar los próximos juegos del calendario romano, que comenzaban al día siguiente.

* * *

Aquel mismo día Nerón estaba en Antium. Desde que llegó al

trono, el quinto emperador romano prodigó dinero y honores a la ciudad, su lugar de nacimiento. Antium precedía a Roma, habiendo sido fundada por los volscos, que más tarde fueron conquistados por los romanos. Los «picos» o arietes de hierro de las proas de seis barcos de guerra, capturados a los volscos en Antium, decoraban los *rostra* de los oradores del Foro Romano, en Roma, como trofeos de una victoria de Roma que databa de hacía cuatrocientos años.

Nerón construyó un nuevo puerto para que sirviera a Antium. La ciudad tenía estatus de colonia militar y disfrutaba por ello de numerosos privilegios, y había atraído a veteranos retirados de la legión que le aportaron categoría y riquezas. Para impulsar la población de antiguos soldados, Nerón estableció en la ciudad a veteranos pretorianos y ricos centuriones retirados. También niveló y reconstruyó la villa costera que tenía Augusto. En aquella villa, situada bajo la antigua ciudad amurallada, fue donde nació Nerón, el 15 de diciembre de
37 d. C.

Encima de los cimientos de la antigua casa de vacaciones de Augusto en Antium se elevó un complejo palaciego que se extendía ochocientos metros a lo largo de la costa marítima. La villa, que en realidad era como una pequeña ciudad, incluía numerosos jardines, piscinas y templos, y un teatro. A los ciudadanos de Antium, Nerón les concedió el derecho a representar obras teatrales y a celebrar recitales de música y concursos en su nuevo teatro. Y ahora honraría el escenario que había construido compitiendo en el concurso de canto de Antium.

El 19 de julio Nerón no gastó su voz, preparándose para la actuación de aquella noche. Al llegar la noche, el emperador, vestido con una túnica al estilo griego, larga y sin cinturón, fue andando por los largos pasillos de mármol de la villa hasta el teatro, seguido por unos asistentes. Frente a él, a la luz de las estrellas, las hileras de asientos de piedra del teatro estaban llenos de gente del lugar que había acudido a disfrutar del aire nocturno y del concurso. Muchos de los miembros del público eran soldados retirados que acababan de irse a vivir a Antium y que todavía estaban en las listas de la milicia de los *evocati*, como requerían los términos de su retiro. En una sección del teatro se sentaban desarmadas las tropas de servicio de la guardia personal germana

del emperador; la cohorte que estaba de guardia se encontraba situada en las entradas del teatro. Los curvados asientos de las primeras filas del teatro, en forma de media luna, que en todos los teatros romanos se llamaban bancos de Germánico en honor del famoso abuelo de Nerón, los ocupaban los senadores que acompañaban al emperador y los magistrados y miembros del propio Senado electo de la ciudad de Antium.

Entre bambalinas, Nerón observaba a los jueces echar a suertes el orden de aparición de los competidores sacando las fichas de una urna. Después del sorteo, salieron al escenario los primeros concursantes. Como en Neápolis, Nerón se mostró muy cortés y amistoso con sus oponentes entre bastidores. Al final le tocó el turno de actuar al nervioso Nerón. Primero llegó su frase de obertura. Se dirigió a los jueces con la máxima deferencia. «Haré lo que pueda. Ahora todo está en manos de la Fortuna», dijo Nerón, según Suetonio. «Como sois hombres de juicio y de experiencia, sabréis cómo eliminar el factor del azar.»[2]

Y luego, presentado por Cluvio Rufo como en Neápolis, con la lira en la mano, Nerón cantó su canción. Trataba de la destrucción de Troya por los griegos durante la guerra, después de la astuta utilización del caballo.

* * *

Aquella misma noche de verano se inició un fuego en una tienda bajo el Circo Máximo. Un fuego de cocina se había descontrolado, o bien se prendió deliberadamente, nadie lo sabía con seguridad. Tácito decía más tarde que los autores del momento daban las dos explicaciones. El fuego se inició en el sector nordeste del circo, en la parte más cercana a las colinas Palatina y Celia, dice Tácito[3]. Las llamas consumieron el contenido de la tienda y luego, a través de las vigas de madera, se extendieron a las tiendas adyacentes, que contenían «materiales inflamables», como aceite para lámparas[4]. De aquellas tiendas, las llamas subieron a los puestos de madera que se encontraban encima. Pronto el fuerte viento del norte transmitió el fuego a todo el complejo del Circo Máximo, cuya madera seca ardió como por arte de magia. Nunca se había visto nada semejante: el enorme circo en llamas de punta a punta.

A medida que las llamas se iban alzando más y más en el cielo nocturno, las campanas de incendios que tañían a mano los vigiles responsables de la Regio Romana XI, que incluía el circo, empezaron a resonar. Miles de personas que vivían junto al circo escaparon con todo lo que podían llevar encima. Había edificios de pisos junto al circo, por el sur. Empujadas por el viento, las llamas que devoraban el circo cruzaron la Via Triumphalis y atacaron los edificios residenciales al sudoeste del circo.

Pronto se inflamaron los postigos de madera y las colgaduras. Las llamas subieron a las vigas, incendiando así los suelos de madera que quedaban justo por encima. Pronto, edificios enteros destruidos se derrumbaban sobre sí mismos, aplastándolo todo y sepultando a todos los que estaban debajo.

«Las llamas, en su furia, corrieron primero a través de las partes llanas de la ciudad», dice Tácito[5]. Desde la Regio XI, empujado por el fuerte viento, el fuego rápidamente se extendió hacia el sur, a la Regio XII, y luego se dirigió hacia la Regio XIII. Antes de que pasara mucho rato, por el sudeste, las llamas saltaron las Murallas Servianas, de cuatrocientos años de antigüedad, que en tiempos fueron la barrera protectora de Roma, aunque la ciudad se había expandido mucho más allá de ellas a lo largo de siglos de crecimiento, e incendiaron también edificios de la Regio I, que tocaban con la Regio XII. Los miles de vigiles de servicio acudieron desde todos los distritos de la ciudad a combatir las llamas, mientras el prefecto de las Cohortes Vigiles intentaba ocuparse de aquel desastre creciente. Las fuentes romanas no identifican a ese prefecto, pero acontecimientos posteriores sugieren que se trataba de Cayo Ninfidio Sabino.

Pronto se vio que resultaba inútil luchar contra un incendio furioso, azuzado por el viento, sólo con cubos de agua. Lo único que podía hacer el prefecto Ninfidio era ordenar medidas preventivas como ir apartando los materiales inflamables del camino del fuego. Otra medida, empleada cuando la desesperación la hacía necesaria, suponía derribar edificios para formar una barrera contra el fuego. Pero maniobrar los arietes usados en la demolición de edificios costaba tiempo. La velocidad de las llamas impulsadas por el viento amenazaba con invalidar aquella medida antes siquiera de poder intentarla.

Con los vigiles empleados a fondo y perdiendo la batalla, la gente corriente de Roma quedó librada a sus propios recursos. Dión Casio describe lo rápido que se movía la conflagración: «Aquí, unos hombres, mientras ayudaban a sus vecinos, se enteraban de que su propia casa estaba en llamas. Allí a otros, antes de que les llegara la noticia de que sus propias casas se habían quemado, les decían que iban a ser destruidas»[6]. Tácito también escribió que el fuego parecía venir de varias direcciones al mismo tiempo para enfrentarse a los residentes: «A menudo, cuando miraban tras ellos, se veían interceptados por las llamas que venían de costado o en su propia cara»[7]. Por todas partes la mampostería derribada bloqueaba las estrechas calles.

Investigaciones de hoy en día sobre la conducta del fuego han demostrado que no importa la dirección del viento dominante durante un incendio, porque las ascuas acaban transportadas en todas direcciones e inician nuevos fuegos que parecen rodear por todas partes la fuente del fuego, casi como si alguien deliberadamente encendiera esas nuevas hogueras. No es de extrañar que muchos romanos llegasen a creer que había incendiarios trabajando, extendiendo el fuego a espaldas de aquellos que intentaban combatirlo.

Las calles de las zonas amenazadas estaban llenas de gente. «Se oían sin cesar gritos y gemidos», dice Dión, «de niños, mujeres, hombres, ancianos, todos juntos, de modo que nadie veía nada, ni comprendía lo que se decía, a causa del humo y los gritos». El pánico hacía que muchos saliesen corriendo a ciegas, dejaba a otros completamente inmovilizados; algunos residentes, dice Dión, se quedaron «de pie, sin habla, como si estuviesen sordos», al ver la conflagración que devoraba una calle estrecha y serpenteante tras otra[8].

La mayoría de los residentes pudieron escapar con vida, pero con poca cosa más. «Se amontonaban en las calles, o corrían hacia los campos», fuera de la ciudad, dice Tácito[9]. Otros que volvían hacia las zonas ardiendo en busca de seres queridos no regresaron nunca. Siguieron incidentes siniestros. El saqueo se convirtió en peleas. Mientras tanto, se vio a algunas personas arrojando antorchas encendidas a edificios que habían quedado intactos. ¿Eran pirómanos? Quizá.

También se decía que cuando algún individuo intentaba luchar contra las llamas, unos hombres sin identificar les advertían de que tenían órdenes de evitar que el fuego se extinguiera. Si se enfrentaban a ellos, aquellos hombres misteriosos aseguraban: «Hay uno que nos da autoridad», aunque no querían nombrar a esa persona. Esa misma gente también fue vista saqueando tiendas y casas abandonadas[10].

* * *

A medida que amanecía en la ciudad ardiente y mientras una nube de humo se cernía sobre las regiones del sur, Flavio Sabino, prefecto de la ciudad de Roma, se hizo cargo de la lucha contra el fuego, al transferirse la responsabilidad de la seguridad de la ciudad desde el exhausto prefecto de los vigiles, al empezar la primera hora del día. Los vigiles, exhaustos también, se retiraron a buscar un lugar donde dormir, dejando la tarea de combatir la conflagración a los tres mil hombres de la Cohorte de la Ciudad (sólo dos de las cohortes de la Guardia de la Ciudad se encontraban allí) y a los esclavos imperiales y del Estado, como los hombres del agua. La propia casa de Sabino en la colina Quirinal parecía a salvo del fuego. En cuanto a su familia, es probable que los hubiese hecho partir, junto con gran parte de su personal doméstico, a una de las propiedades que tenía en el campo, nada más empezar el verano.

Sabino era un hombre maduro y pragmático que tenía cincuenta y tantos o sesenta años y nada propenso a dejarse llevar por el pánico. Una vez, cuando dirigía la legión 14.ª Gemina durante la invasión de Britania en
43 d. C.,
su unidad y la de su hermano menor Vespasiano, la legión 2.ª Augusta, quedaron atrapadas por unas tribus británicas junto al río Medway. Sabino, su hermano y sus tropas aguantaron una noche desesperada, defendiéndose de los britones, hasta que llegó otra legión a través del río a ayudarles al día siguiente. Sabino no se dejó vencer por el pánico entonces, y no lo permitiría tampoco ahora. Había servido un mandato como prefecto de la ciudad antes, durante el reinado de Nerón, como nominado de Séneca y Burro, aceptando sólo el puesto de nuevo en

después de que su sucesor como prefecto de la ciudad, Pedio Secundo, hubiese sido asesinado por uno de sus propios esclavos. Los futuros emperadores confiarían también a Sabino el puesto de prefecto de la ciudad, tal era el respeto que se había ganado por su forma de cumplir con su deber.

La tarea a la que se enfrentaba ahora el prefecto de la ciudad era formidable. El fuego ardía con furia en las zonas bajas de varios distritos del sur, y avanzaba hacia la colina Aventina, consumiendo los hogares de los ricos y los famosos y los diversos templos que adornaban aquella colina. Pero el viento que había empujado al fuego hacia los suburbios del sur con una velocidad y ferocidad que sorprendió a todo el mundo había girado. Ahora soplaba fuertemente desde el sur, azuzando aquel ardiente caldero que era el Circo Máximo y enviando las llamas desde éste hacia las residencias que se alineaban en las estribaciones meridionales de las colinas Palatina y Celia. Al mismo tiempo, las llamas en la Regio I se dirigían hacia el norte a través de la llanura, a las Regios II y V.

Una de las primeras cosas que hizo el prefecto fue dictar un despacho al emperador a Antium y contarle el desastre. Varios jinetes de cara adusta de la caballería pretoriana galoparon al momento hacia el sur por la Vía Apia, con destino a Antium. Uno de los jinetes llevaba un estuche de cuero con un despacho al hombro, conteniendo el mensaje del prefecto. A lo largo de su camino el tráfico a pie y los jinetes se apartaban para dejar paso a los pretorianos.

* * *

Nerón se despertó la mañana del 20 de julio de buen humor. Había ganado el concurso de canto la noche anterior, y se proponía competir de nuevo en la escena de Antium un día o dos más antes de volver a Roma a tiempo para los tres días de carreras de carros de los *Ludi Victoriae Caesaris*, a final de mes. Hacia mediodía llegó el mensaje de Roma contándole lo del fuego. Su primera reacción fue ignorarlo. El canto era lo primero. Dejaría que el prefecto de la ciudad se encargara del fuego, ya que aquél era su trabajo.

Más tarde llegó otro mensaje: el fuego seguía extendiéndose, le decían. Las llamas trepaban por las colinas Palatina, Celia y Aventina, y se dirigían hacia el norte, hacia la colina Esquilina, amenazando el mismísimo corazón de Roma. Este último mensaje captó la atención de Nerón. El rumbo del fuego lo estaba llevando hacia los antiguos palacios de la colina Palatina y hacia su última construcción, la *Domus Transitoria*, un edificio largo y con columnatas que iba desde el Palatino, atravesando la ciudad, hasta los Jardines de Mecenas, que ocupaban la colina Esquilina.

Nerón envió un mensaje a Roma con instrucciones de que se dieran todos los pasos necesarios para proteger su propiedad, y dio órdenes de regresar a la capital al día siguiente a primera hora.

* * *

El emperador subió por el Tíber con su flotilla de pequeños barcos. El humo del fuego debía de ser visible desde muchos kilómetros antes de que la partida alcanzase la ciudad, mientras que el cielo encima de Roma debía de estar de un color marrón sucio, y el sol debía de ser un globo anaranjado colgado en el firmamento.

Era el 21 de julio, el tercer día del fuego, que ardía más feroz que nunca. Roma estaba en las garras de una tormenta de fuego como no se volvería a ver otra semejante hasta las campañas de bombardeo de la Segunda Guerra Mundial. Es probable que Nerón desembarcara más abajo de la ciudad, porque las llamas de la zona de muelles de la Regio XIII seguramente impedían el paso. Había otros lugares de desembarco corriente arriba, junto al Campo de Marte, pero el fuego en la orilla este habría hecho que no se pudiera cruzar el río. Nerón, conmocionado, debió de hacer la última parte del viaje en litera. Reuniéndose en las afueras de la ciudad con el prefecto Sabino, recibió un somero resumen: la ciudad estaba a merced del fuego, que había «sobrepasado todas las medidas preventivas»[11].

Subiendo por la Vía Prenestina, con la ciudad ardiendo a su izquierda, Nerón y su partida pasaron ante el cuartel intacto y el complejo de los establos de la caballería pretoriana, que estaba situada al pie del promontorio este de la colina Esquilina, fuera de las Murallas Servianas y por debajo de éstas. En los establos, miles

de caballos, al oler el humo en el aire, relinchaban aterrorizados, mientras sus mozos intentaban calmarlos. Los campos que se extendían al este desde el cuartel, usados normalmente por la caballería para sus maniobras de entrenamiento, estaban llenos de refugiados angustiados, que veían pasar la partida imperial, algunos quejándose al emperador llenos de aflicción, otros mirando con los ojos desorbitados el tren de literas, soldados y sirvientes que iba avanzando.

Nerón pasó por la puerta Esquilina, donde las tropas pretorianas permanecían de guardia, inútiles, y luego dio la vuelta hacia la derecha y entró en los Jardines de Mecenas. Por los caminos y escalones que, en tiempos mejores, convertían esos jardines en el paseo más atractivo de toda Roma, Nerón y su partida subieron la colina Esquilina. Los jardines que cubrían aquella colina fueron creados a finales del siglo I a. C. por Cayo Mecenas, que junto con Agripa, era el más veterano de los lugartenientes del emperador Augusto. Excéntrico en ropajes y en costumbres, Mecenas fue el patrono de poetas como Virgilio y Horacio, y también tenía ciertas aspiraciones como poeta. Mecenas tenía «pasión por el exhibicionismo», en opinión de Séneca, una pasión ejemplificada por sus magníficos jardines[12].

«La mayor gloria de Mecenas se cree que fue su clemencia», dice Séneca. «No usó la espada, se apartó de los derramamientos de sangre, y mostró su poder sólo desafiando las convenciones.»[13] Pero la mayoría de los romanos le recordaban más bien por sus jardines. A su muerte, su mansión y los jardines de la colina Esquilina fueron legados a Augusto, y desde entonces eran propiedad imperial. La mansión de Mecenas, en el extremo sudoeste de la colina, la usó un tiempo Tiberio, antes de convertirse en emperador. Filón, enviado desde Alejandría, se reunió con el emperador Calígula un verano durante su reinado, tres décadas antes de aquel momento, en los Jardines de Mecenas. Filón observó que Calígula había pasado las tres noches anteriores en los jardines, al parecer alojado en la antigua mansión de Mecenas. Calígula condujo al grupo judío a hacer una visita a los edificios abandonados del complejo.

Cuando Nerón alcanzó la cima de la colina Esquilina y miró hacia abajo, a los jardines que se extendían a sus pies, pudo ver que

los edificios que bordeaban los jardines habían sido demolidos rápidamente y de forma deliberada por las Cohortes Pretorianas de la ciudad y esclavos imperiales a lo largo de las últimas veinticuatro horas, para crear una barrera contra el fuego y evitar que éste se extendiese colina arriba. Nerón ascendió a una torre que se encontraba en la cima de la colina. La Torre de Mecenas no era una estructura alta y estrecha, como podríamos imaginar, sino más bien un edificio achaparrado y robusto de tres pisos. Desde la parte superior, acompañado por los miembros de mayor rango de su séquito, Nerón observó en silencio su capital ardiendo.

Al otro lado del valle, el monte Palatino y los palacios imperiales de Augusto, Germánico, Tiberio y Calígula que lo ocupaban, y las mansiones privadas de los mismos promontorios estaban en llamas. El prefecto de la ciudad había conseguido rescatar gran parte de las obras de arte valiosas y transportables de los diversos Palatiums y la Domus Transitoria, entre ellos el carro de oro macizo usado por el emperador Augusto para sus procesiones triunfales, y por el abuelo de Nerón, Germánico, en su triunfo de
17 d.
C. Esa cuadriga ceremonial solía estar guardada en el Templo de Apolo, adjunto al Palatium Viejo, como se llamaba de forma coloquial al palacio original de Augusto en la colina Palatina, ahora derruido.

Suetonio indica que muchos de los libros que se conservaban en las bibliotecas de Roma quedaron destruidos en el fuego, pero un gran número de los registros guardados en el Tabulario, el archivo estatal, un edificio enorme de ciento cuarenta años de antigüedad situado en el promontorio más bajo del monte Capitolino, por encima del Foro, fueron transportados a un lugar seguro por los vigiles de las Cohortes de la Ciudad. Esos registros rescatados, en forma de pergaminos escritos a mano, iban desde los *Acta Senatus*, el registro literal de todas y cada una de las palabras pronunciadas en cada sesión del Senado desde la difunta República (que hizo posible la invención de la taquigrafía por parte del secretario de Cicerón, Tiro), a copias de todas las ediciones de los *Acta diurna*, el periódico diario del gobierno.

Esos tres registros consultaría Tácito, remontándose al reinado de Augusto, cuando tuvo que escribir los *Anales*, tres décadas

después del incendio. Las cartas privadas y no publicadas y las memorias de Augusto y de la madre de Nerón, Agripina la Menor, estaban entre los registros conservados, porque Suetonio los podría citar cuando escribió su biografía de los doce Césares, medio siglo después de la conflagración.

El fuego alcanzó el Foro Romano a los pies de la colina Palatina, donde destruyó edificios, incluyendo la Casa de las Vestales, el Templo de Vesta y la Regia, en tiempos sede de los reyes de Roma y más tarde del *pontifex maximus*. Asaltada también por las llamas se vio la Domus Transitoria de Nerón, una obra que se acababa de completar recientemente. También ardió ante los ojos de Nerón. Alzándose en el aire, anaranjadas y rojas, retorciéndose y danzando, atravesando la ciudad kilómetro a kilómetro, las llamas resultaban impresionantes en su majestad destructiva. Se oyó murmurar a Nerón que aquellas llamas hipnóticas poseían una cierta belleza[14].

* * *

Nerón convirtió los Jardines de Mecenas en centro de operaciones y ordenó que se derribaran más edificios por debajo del Esquilino, para tener así un vasto espacio frente al fuego. Habiendo observado que las Murallas Servianas podían y debían evitar que el fuego se extendiese hacia el norte, hacia el Campo de Marte, ordenó que los Jardines de Agripa y todos los edificios públicos asociados con ellos en el *campus* se abriesen para «recibir a la multitud indigente», junto con todos los jardines imperiales, que incluían los Jardines de Salustio en el Campo de Marte y los Jardines de César y los Jardines Servilianos al oeste del Tíber. Para proporcionar refugio a los afectados, Nerón ordenó que se levantasen unas estructuras temporales en el Campo de Marte, que rápidamente se convirtieron en un vasto y atestado campo de refugiados[15].

Los alimentos de las zonas afectadas habían sido consumidos por el fuego, igual que los almacenes de grano en los muelles del Tíber, en la Regio XIII. Se guardaban unos vastos depósitos de grano en Ostia, el puerto que se encuentra en la boca del Tíber, de modo que Nerón ordenó que se llevasen suministros por río desde Ostia y desde todas las ciudades que rodeaban la capital. De momento, el precio del grano en las panaderías que quedaban en la ciudad se

redujo sustancialmente. Esas medidas de socorro del desastre consiguieron una amplia aprobación para el emperador, según dice Tácito[16].

Mientras tanto, el fuego continuaba ardiendo y extendiéndose, hasta que las llamas llegaron a la zona despejada a los pies de la colina Esquilina, en la Regio IV, donde, según dice Tácito, «la violencia del fuego se unió con la tierra lisa y el cielo abierto»[17]. Cuando amaneció, cinco días después de haberse iniciado el incendio, el fuego parecía estar bajo control. Desde sus lugares de veraneo en el campo, los ricos romanos y sus huéspedes corrieron a la ciudad para supervisar los daños y evaluar sus pérdidas. Aparte de sus hogares urbanos, muchas de esas personas también poseían edificios de pisos en la ciudad. Al volver averiguaron que habían perdido la mayor parte de sus propiedades.

Aquel mismo día, mientras las ascuas relucían aún, el humo continuaba llenando el aire y se intentaba hacer un cálculo de la escala de los daños, el fuego se reavivó de nuevo. Empezó en las tiendas de la Basílica Emilia, propiedad del prefecto del pretorio Tigelino[18]. Desde allí, las llamas subieron al monte Capitolino. El Capitolio se había ahorrado los daños del fuego antes porque los muros y columnatas de la montaña sagrada habían resultado ser una barrera contra las llamas, que pasaron por el vecino Palatino. Además, la dirección del viento el segundo día del fuego original empujó las llamas lejos de los antiguos muros del Capitolio. Pero ahora las llamas avanzaban también hacia la colina Capitolina. El fuego destruyó las puertas de madera del santuario, y luego entró a una velocidad terrible.

La marcha a la cual avanzó el fuego colina arriba desde el primer estallido al nivel del suelo tomó por sorpresa a los romanos. La lógica les decía que las llamas viajaban por un terreno llano a mayor velocidad que cuando tenían que trepar por una colina. Incluso hoy en día, en los tiempos modernos, todavía tenemos mucho que aprender del comportamiento del fuego. Nuevas investigaciones australianas sobre los fuegos naturales o «fuegos arbustivos», como se les llama en Australia, donde enormes y mortíferos incendios ennegrecen miles de hectáreas cada verano, han demostrado que un fuego puede viajar hasta ocho veces más rápido subiendo una colina que en terreno llano. Cuanto mayor es

la inclinación, más rápido arden[19].

Los soldados de la capital por aquel entonces se dedicaban a la tarea de intentar apagar las llamas y apartar los tesoros que se guardaban en los templos capitolinos, una incalculable fortuna en oro en forma de trofeos de guerras celebradas y ganadas centenares de años atrás contra los cartagineses, los galos y las ciudades-estado de Italia. Luego también había reliquias de enorme valor, como los Libros Sibilinos, tres libros de antiguas profecías de la época de Tarquino el Soberbio, séptimo y último rey de Roma. Esos libros normalmente se guardaban bajo llave en el Templo de Júpiter en el Capitolio, para ser consultados por el Senado en caso de emergencia. Muchos tesoros se rescataron justo a tiempo.

Pronto los templos más sagrados de Roma probaban las llamas. El histórico templo de Júpiter Stator, consagrado por Rómulo, fundador de Roma, fue destruido por completo cuando el fuego llegó a las antiguas maderas que soportaban el tejado, las quemó totalmente y el tejado de terracota se desplomó. El mismo destino sufrió un antiguo templo de seiscientos años a la Luna, consagrado por Servio Tulio, sexto rey de Roma, y el Templo de Hércules, otro de los «monumentos históricos de hombres de genio», según las palabras de Tácito, que quedó como una ruina ennegrecida[20]. Valiosísimos frescos del interior de esos templos también quedaron destruidos.

El fuego continuó bajando por la empinada ladera del otro lado del Capitolio, saltó las Murallas Servianas por aquel punto y prendió en diversos edificios públicos grandes a los pies de la colina Capitolina, por el borde sur del Campo de Marte, y pronto hizo caer vigas y tejados. Uno de los edificios destruidos allí era una basílica; otro, el Teatro de Tauro, era un anfiteatro de tamaño mediano de piedra, ladrillos y madera erigido sólo treinta y cinco años antes por el riquísimo Sisena Estatilio Tauro, cónsul en
16 d. C.,
que usó el botín de guerra para financiar su construcción. Allí también las llamas alcanzaron «los pórticos dedicados a la diversión», según palabras de Tácito[21]. Sólo cuando cesó el viento, parece ser, una amplia y protectora extensión de columnatas de piedra, que se encontraba más allá de esos edificios, impidió que el fuego se extendiera más por el Campo de Marte, que ahora era

hogar de cientos de miles de refugiados traumatizados.

Dos días después del segundo estallido, y una semana después de que las primeras llamas prendieran en el Circo Máximo, el gran incendio de Roma acabó al fin. La destrucción en toda la ciudad había sido inmensa. De las catorce regios o distritos de la ciudad de Roma delineados por el emperador Augusto, tres habían quedado totalmente arrasados por el fuego y por las medidas contra incendios. En otras siete regios, «permanecían en pie unas cuantas residencias medio destrozadas y quemadas. Sólo cuatro distritos habían escapado al fuego por completo»[22].

Una de ellas era la Regio XIV, en la orilla oeste del Tíber, porque la vía fluvial mantuvo a raya el fuego. Los otros tres distritos donde se habían preservado las casas estaban situados sobre todo al norte de las Murallas Servianas, las Regios VII y IX, que entre ellas cubrían el Campo de Marte, y la Regio VI, que incluía el distrito residencial de la colina Quirinal, hogar de Marcial y Vespasiano y su hermano Sabino. La Regio VI también era sede, en la parte nordeste de la ciudad y más allá de las murallas, de los Castra Praetoria, el cuartel de las Cohortes Pretorianas y de la Ciudad.

Ahora que la destrucción y la muerte habían concluido, llegó el momento de las recriminaciones.

XIII
LA CULPA

Al amanecer de la mañana del 26 de julio, después de que las llamas hubiesen consumido la ciudad durante seis días y siete noches, la conflagración llegó a su fin. Los refugiados del desastre se apiñaban en el Campo de Marte y los jardines imperiales, al oeste del Tíber. Otros romanos sin hogar se habían refugiado en las tumbas y monumentos construidos por ciudadanos ricos de tiempos pretéritos, a menudo enormes, que se alineaban en las numerosas carreteras que conducían a la ciudad.

Una nube de humo seguía cerniéndose sobre Roma, y el acre hedor de las materias quemadas y de la muerte llenaba todas las narices. La destrucción era tan completa que en las zonas más devastadas sólo quedaban montañas de cenizas y de escombros inútiles, y la mayoría de las calles eran intransitables. Hasta el mármol y los ladrillos de la ciudad se habían fundido entre las llamas, al parecer. Expertos modernos calculan que en su centro, el gran incendio de Roma generó unas temperaturas que alcanzaban los 593 grados[1].

Muchos cuerpos se habían consumido por completo. Sin embargo se veían cadáveres, a menudo carbonizados, y empezando a descomponerse al sol veraniego, entre las ruinas. «Perecieron incontables personas», afirmaría Dión Casio[2]. No había forma precisa de calcular exactamente cuántas personas, libres o esclavas, habían muerto, aunque todas las crónicas estaban de acuerdo en que los viejos y enfermos, demasiado lentos para escapar de las llamas, o que se habían quedado en sus alojamientos sin intentar huir, suponían la mayor parte de las víctimas. También se sabía que el número de muertes causadas por la segunda erupción del fuego fue muy inferior a las muertes del fuego inicial. Comparadas con algunas de las aflicciones experimentadas por Roma (en un solo

otoño, un año durante el reinado de Nerón, se registraron treinta mil muertes por la peste en la ciudad) las muertes producidas por el fuego eran insignificantes[3].

Para evitar los saqueos, Nerón emitió un edicto: «Se ofreció a eliminar los cadáveres y escombros gratuitamente, pero no permitía que nadie buscase entre las ruinas ni siquiera de su propia mansión», dice Suetonio[4]. Durante las horas de luz diurna, la búsqueda de cuerpos y la limpieza se convirtió en tarea de las Cohortes de la Ciudad y Pretorianas, y los miles de esclavos imperiales, y después de anochecer, de los vigiles. Esa tarea empezó de inmediato. Nerón decidió quitar todos los escombros de la ciudad, en lugar de construir encima de ellos, como era la práctica en incendios pasados. En cuanto cada una de las barcazas que traían grano regularmente río arriba desde Ostia se descargaba, se llenaba de escombros, que luego se transportaban por el Tíber a las marismas de Ostia. Ese servicio de lanzadera especial funcionaba día sí día no, y antes de que pasara mucho tiempo las marismas de Ostia quedarían llenas de escombros ennegrecidos de Roma.

Ya mientras el fuego ardía, los ciudadanos, horrorizados, se hacían una y otra vez las mismas preguntas.

«¿Cómo ha podido ocurrir?», preguntaban algunos, duda muy comprensible.

«¿Quién habrá prendido el fuego?», cavilaban otros[5]. ¿Por qué se harían esa pregunta? Ninguno de los incendios importantes que habían asolado Roma antes, en el mismo siglo, se había atribuido a un incendiario. Fuegos de la cocina que se descontrolaban, trabajadores descuidados, incluso la iluminación podía considerarse fuente de los anteriores incendios. Pero no eran desconocidos del todo los incendios provocados. Se sospechaba a menudo que algunos propietarios romanos quemaban sus propios edificios de pisos. Seis años más tarde, dos empresarios de Antioquía, capital de la provincia de Siria, serían declarados culpables de provocar un incendio deliberado que había destruido el veinte por ciento de su bella ciudad. Aquellos dos sólo querían destruir los archivos de la ciudad, que contenían datos de sus importantes deudas, pero el fuego en los archivos se extendió inevitablemente a otros edificios.

Más rápidos que el propio fuego, se fueron propagando los rumores de aquellos hombres que impedían a los demás apagar el

fuego la primera noche. ¿Quiénes serían? Nadie lo sabía. ¿De quién eran las órdenes que seguían? ¿De algún casero codicioso? Quizá… Pero pronto se empezaron a sugerir nombres, y uno en particular: Nerón. Igual que el fuego se alimenta de oxígeno, los rumores se alimentaron de todas aquellas informaciones y se apoderaron del pueblo. Tácito, Suetonio y Dión Casio recogieron esos rumores e incluso quizá los adornaron.

Como muchos rumores, el más persistente de todos ellos se basaba en hechos reales. Tácito informaba: «Ha corrido por todas partes el rumor de que, en el mismo momento en que la ciudad estaba en llamas, el emperador aparecía en un escenario privado (el de su teatro de Antium) y cantaba sobre la destrucción de Troya, comparando las desgracias presentes con las calamidades de la antigüedad»[6]. El hecho de que el segundo estallido del fuego hubiese ocurrido en una propiedad del prefecto del pretorio Tigelino culpaba no al propietario, sino al amo imperial de ese propietario. «Parece que Nerón ambicionaba la gloria de fundar una nueva ciudad y ponerle su nombre», dice Tácito, y ése era el rumor que corría[7].

En un instante, todos los méritos que había acumulado Nerón ante el público por sus medidas de ayuda tras la catástrofe, rápidas y humanas, se vieron negados por la acusación que ahora corría de boca en boca: que el fuego había sido ordenado por el propio Nerón para poder construir una nueva ciudad sobre las ruinas de Roma, y llamarla Nerópolis. Algunas personas, dice Tácito, observaron que el 19 de julio, el día que estalló el fuego, era el aniversario de la feroz destrucción de toda Roma excepto el monte Capitolino en 390 a. C. por un ejército de galos. La suposición era que el gran incendio se había provocado deliberadamente aquella fecha con la misma intención, la destrucción de la ciudad[8].

Para cuando Suetonio redactó su biografía de Nerón, cincuenta años después del gran incendio, los rumores y las insinuaciones se habían convertido en algo popular, y Suetonio, feliz, los repitió como si fueran hechos. Él mismo creía on firmeza que Nerón estaba detrás del incendio. «Simulando estar disgustado por los feos y viejos edificios y las estrechas y serpenteantes calles de Roma, prendió fuego a la ciudad con el mayor descaro», decía Suetonio. El autor aseguraba también que un grupo de antiguos cónsules había

cogido a los ayudantes de Nerón armados con antorchas encendidas y material incendiario dentro de su propiedad, queriendo decir que esos ayudantes de Nerón habían ido allí a provocar el fuego. Suetonio afirma también que después del incendio, Nerón cantó «El saqueo de Ilión»[9]. Ésas fueron todas las pruebas de Suetonio contra Nerón, sus pruebas de que el joven emperador estaba detrás de aquel desastre.

En el siglo III, más de un siglo y medio después de aquellos hechos, Dión Casio estaba convencido también de que Nerón se hallaba detrás del fuego. Basándose en algunas suposiciones y las afirmaciones de escritores como Suetonio, dijo: «Nerón se había propuesto cumplir lo que sin duda siempre había sido su deseo, es decir, poner fin a toda la ciudad y el reino durante su vida». Y siguió: «Por lo tanto, envió en secreto a algunos hombres que fingieron estar borrachos, u ocupados en otro tipo de maldades, e hizo que prendieran fuego a uno o dos o incluso varios edificios en diferentes partes de la ciudad». No ofrecía fuente alguna para tal afirmación. Dión también establecía, como había hecho Tácito, que Nerón cantó a la captura de Troya. Pero para dar más color a su narración, Dión afirmaba que Nerón cantó la canción en el tejado de su palacio, viendo cómo ardía la ciudad a su alrededor[10]. Ése es el origen del mito posterior de que Nerón tocaba un instrumento mientras ardía Roma.

Dión en realidad contradecía a Tácito, su fuente primaria: «No había maldición que el populacho no invocase contra Nerón, aunque no mencionaban su nombre, sino que simplemente maldecían en términos generales a aquellos que habían prendido fuego a la ciudad». Dión afirmaba que durante el reinado de Tiberio, un oráculo predijo que Roma perecería debido a luchas internas a los 900 años. La predicción, decía, ahora estaba «en boca de todo el mundo»[11]. Según la creencia del día, habían pasado por aquel entonces 864 años desde que los hermanos Rómulo y Remo, fundadores de Roma, buscaron cobijo bajo un árbol donde ahora se encontraba el edificio del Comitium, colocando así el 900 aniversario del origen de la ciudad a poco más de treinta años de distancia. Nerón, decía Dión, echó por tierra en seguida esos rumores anunciando que no se encontraba en ninguna parte registro alguno de semejante profecía, después de lo cual, los que se

inventaron aquella historia empezaron a entonar otras melodías difamatorias contra el emperador[12]. Nadie sabía quiénes fueron los que iniciaron esas historias.

Nerón se sintió, sin duda alguna, muy deprimido por el desastre y por la pérdida de su nuevo y recién ampliado palacio en particular, y su depresión sólo podía verse exacerbada por las calumnias que contaban sobre él sus enemigos anónimos y persistentes. Es bastante probable que durante un tiempo al menos, tal y como aseguraba Suetonio, cogiera su lira, se encerrase en sí mismo y cantase tristes canciones. Pero pronto se lanzó a la acción. Anunció que la reconstrucción de Roma empezaría de inmediato, y que con ese objetivo, establecía un fondo de ayuda al que se esperaba que contribuyesen todas las provincias del Imperio. También anunció una serie de medidas imaginativas para ayudar a la reconstrucción y evitar una repetición del desastre.

Para formular estas medidas, Nerón pidió consejo a dos hombres que como urbanistas resultaban bastante insólitos. Sólo unos cuantos meses antes del fuego, Nerón había iniciado un importante proyecto de construcción, un canal de navegación desde el Lago Avernus, en Campania, hasta la boca del río Tíber. El canal tendría 250 kilómetros de largo y sería lo bastante ancho para permitir que dos buques de guerra pasasen el uno junto al otro, según Suetonio. Para emprender aquel proyecto habían inspirado a Nerón dos hombres: Publio Egnacio Celer, miembro del orden ecuestre y nativo de Beritus, en Siria (la Beirut de hoy en día, en Líbano), y el joven senador Verulano Severo. Celer era un filósofo de la escuela estoica, y en última instancia, una especie de visionario. Favorito de la madre de Nerón, Celer, durante un tiempo, había sido administrador de las propiedades privadas del emperador en Asia. Severo, que tenía sólo treinta y tantos años, recientemente había sido comandante de la legión VI Ferrata, en Siria, dirigiendo la unidad durante la última campaña armenia de Córbulo. Parece que Severo se había hecho amigo de Celer, el sirio, a quien se le ocurrió la idea del canal Avernus.

Según Tácito, Nerón tenía «amor por lo imposible»[13]. Pero Nerón veía un provecho duradero en ese grandioso proyecto, para Roma y para su nombre. En el porvenir, se imaginaba quizá, la gente diría: «Nerón César hizo esto», de la misma forma que la

gente de su época decía: «Julio César hizo esto», o «César Augusto hizo esto otro», refiriéndose a las obras públicas de los primeros Césares. Nerón había autorizado el proyecto del canal, y equipos de prisioneros «de todas las partes del Imperio» fueron enviados a Italia y empezaron a abrir las secas y rocosas colinas del sur de Roma[14]. Ahora, había que desviar a aquellos prisioneros a desescombrar la ciudad y trabajar en las canteras de piedra. El proyecto del canal se suspendió, y nunca se volvió a emprender. Cuatro décadas más tarde, Tácito se referiría burlonamente a las colinas arañadas que conservaban las pruebas del proyecto de canal abandonado por Nerón: «Todavía quedan allí los restos de sus esperanzas desengañadas»[15].

Tras el gran desastre de Roma, Severo y Celer, los que se encontraban detrás del proyecto del canal, se adelantaron de nuevo para ofrecer al emperador sus servicios y su consejo. Bajo la influencia de Severo y Celer, según dice Suetonio, «Nerón introdujo su propio y nuevo estilo de arquitectura en la ciudad»[16]. Anunció que la reconstrucción de la ciudad no seguiría adelante sin planificación y sin controles. Los distritos afectados de Roma serían reconstruidos, dijo, con calles diseñadas con precisión; éstas serían rectas y bien medidas. Allí se encontraba la influencia del general Severo, porque todos los campamentos de la legión se trazaban con esa precisión medida, basándose en un diseño de cuadrícula. El nuevo diseño de calles de Nerón proporcionaba también algunas avenidas amplias, donde antes sólo había callejones estrechos de un solo carril.

Nerón decretó también un montón de regulaciones de edificación, las primeras en la larga historia de Roma. Como medida para la prevención de incendios, habría restricciones en la altura de los edificios privados. Ningún edificio nuevo podía compartir un muro con una estructura adjunta. Sería obligatorio que los propietarios de nuevos edificios de pisos proporcionasen patios a sus propiedades, y erigiesen porches con columnas que dieran a la calle, «para servir como plataformas de lucha contra incendios», observaba Suetonio[17]. Nerón se haría cargo de financiar el coste de esas columnas. Todos los suelos inferiores debían ser «construidos sólidamente, sin vigas de madera, de piedra de Galbi o Alba, ya que ese material es resistente al fuego»[18]. La piedra gris

de Alba y Galbi era famosa por resistir tanto el fuego como la helada.

Para estimular la rápida reconstrucción, Nerón introdujo un plan de incentivación mediante el cual se pagaba una recompensa a todo propietario, con relación a su estatus y propiedad, si completaba la construcción de un cierto número de casas o bloques de pisos en su terreno dentro de un periodo determinado.

Al parecer, Nerón había recibido informes del prefecto de la ciudad, Sabino, y su colega de la Guardia Nocturna de que sus hombres habían experimentado dificultades para encontrar el agua suficiente para luchar contra el fuego; o bien el suministro era escaso en las balsas de agua, o bien las balsas resultaban inadecuadas por su distribución y ubicación. El comisionado del agua, Mario, sin duda tuvo que explicar entonces al emperador que Roma tenía un problema de suministro de agua, porque los que abusaban de la normativa se habían «apropiado ilegalmente» de grandes cantidades de agua[19]. Ése era el problema de los «perforadores» que describía y enumeraba Julio Frontino. Nerón nombró a varios funcionarios para asegurarse de que se subsanara aquella deficiencia, y también especificó que el agua se entregaría a partir de los acueductos de la ciudad hasta los patios de los nuevos edificios de pisos. «Todo el mundo tendría, en el patio abierto, los medios para contener el fuego», anunció[20].

«Esos cambios», afirma Tácito, «fueron bien recibidos por su utilidad», y «también añadían belleza a la nueva ciudad». Sin embargo, observaba Tácito, también había muchos que seguían en sus trece y se quejaban de las nuevas calles amplias y espacios abiertos de Roma. Estaban convencidos de que las antiguas callejuelas estrechas de Roma eran «más propicias para la salud», ya que daban sombra. Ahora, se quejaban, mientras la apertura y la reconstrucción seguían adelante a un ritmo frenético, las calles quedarían «abrasadas por el brillo feroz» del sol[21]. Los expertos sanitarios y urbanistas de hoy en día no estarían de acuerdo: para la salud de la ciudad, el plan de Nerón era el más adecuado.

Mientras el propio Nerón exploraba las religiones orientales a lo largo de los últimos años, se dio cuenta de que los romanos eran intensamente supersticiosos y temerosos de ofender a su panteón de dioses. Entre el populacho existía la preocupación de que había que

propiciarse la voluntad de los dioses, para asegurarse de que la nueva ciudad no sufriera un desastre en el futuro. De modo que, bajo la dirección de Nerón, se consultaron los Libros Sibilinos. Una orden religiosa de quince miembros, los Quindecimviri, era responsable de la salvaguarda y la lectura de los antiguos Libros Sibilinos, y era el de mayor rango entre ellos quien informaba de su interpretación, según la pregunta planteada. En aquel caso la pregunta era: ¿a qué deidad era necesario aplacar para asegurar la futura seguridad de Roma ante los desastres? Los Libros Sibilinos fueron debidamente consultados, dijo Tácito, «y siguiendo su dirección, se ofrecieron plegarias a Vulcano, Ceres y Proserpina. También se suplicó a Juno»[22].

Se colocaron festivales religiosos dedicados a cada uno de aquellos dioses en el calendario romano, los meses siguientes al gran incendio, en el orden que Tácito especificaba más arriba, y se dedicaron plegarias especiales al futuro de Roma en todas aquellas ocasiones. En primer lugar se celebró la Vulcania, el festival de Vulcano, dios del fuego, el 23 de agosto. El Ayuno de Ceres, diosa de la agricultura y también, y más importante, diosa del grano, del cual dependía Roma, se programó para el 4 de octubre. Se ofrecía siempre un sacrificio a Ceres después de un funeral romano, para purificar la casa de los muertos; muchos funerales habían tenido lugar después del gran incendio. Mientras tanto, las plegarias del sagrado día de Proserpina, hija de Ceres y diosa asociada con el averno, se ofrecerían el 25 de noviembre.

Estaba también Juno, diosa de los hogares y la protección, la deidad más poderosa de las cuatro. Se dedicaron varios festivales a Juno a lo largo de septiembre y octubre. Juno, decía Tácito, «fue invocada por las matronas» de Roma «primero en el Capitolio». Allí había un templo a Juno, guardiana del monte Capitolino, y esas plegarias se ofrecerían allí, en el templo parcialmente reconstruido. Las súplicas a Juno continuaron «en la parte más cercana de la costa, desde donde se había extraído el agua para salpicar el santuario y la imagen de la diosa». El significado de este último ritual nos es desconocido. «Y hubo banquetes sagrados, y vigilias nocturnas celebradas por mujeres casadas.»[23]

Dión Casio explica que cuando se supo que Nerón había ordenado que se consultasen los Libros Sibilinos, un nuevo rumor se

apoderó de la ciudad. Ese rumor aseguraba que los sagrados Libros Sibilinos habían revelado una profecía: «Gobernará el último de los hijos de Eneas, asesino de su madre»[24]. Los que propagaban el rumor aseguraban que se refería a Nerón, y que quería decir que él sería el último de su linaje. Nerón en realidad había hecho matar a su madre, y sus antepasados del linaje de los Julios aseguraban que descendían del héroe troyano Eneas, que, según decía la leyenda, había huido a Italia después de la caída de Troya, y se había establecido en la ciudad de Lavinio.

Dión cuestionaba la veracidad de esta supuesta profecía antigua y se preguntaba si no se habría visto «inspirada por primera vez» por la situación presente[25]. Pero para muchos romanos aquello debió de tener un timbre de verdad. Mediante la profecía se sembraba una semilla y se arrojaban dudas sobre el futuro de Nerón y el futuro de la dinastía de los Césares. Para que ese rumor tomase algo de cuerpo, la fuente debía ser creíble. Varios años más tarde, uno de los Quindecimviri responsables de los Libros Sibilinos, Trasea Peto, sería sospechoso como enemigo de Nerón.

No importaba lo que hiciese Nerón a lo largo de los meses posteriores al fuego; no podía escapar de la acusación de que era un príncipe incendiario. «Todos los esfuerzos humanos, los lujosos regalos del emperador y la propiciación de los dioses no consiguieron desterrar la siniestra idea de que la conflagración era el resultado de una orden», afirma Tácito. «En consecuencia, para librarse de ese rumor, Nerón echó la culpa a una clase odiada por sus abominaciones.»[26] Esta «clase» la componían, según ha quedado claro ahora, los numerosos seguidores del culto de Isis en Roma. Nerón se había interesado por Isis, la madre diosa egipcia, hasta tal punto que introdujo unas fiestas isíacas en el calendario oficial religioso romano. Pero aunque conservaba la fascinación por todo lo que era egipcio, su actitud hacia Isis había cambiado abruptamente.

Es probable que el desdén de Nerón por Isis se hubiese visto estimulado por la muerte de su hija pequeña Augusta el año anterior. Sintiéndose abandonado por la diosa, se había vuelto despectivo hacia ella y su culto. Ahora encontraba en los seguidores de Isis, la mayoría de los cuales eran esclavos y libertos, unos chivos expiatorios fáciles para el gran incendio, aunque uno de los templos

del culto, en el Capitolio, hubiese quedado destruido por las llamas. La mayoría de los romanos detestaban y execraban la adoración del culto hacia los dioses en forma de animal, y hubiesen aplaudido la persecución de los miembros del culto. Al principio fueron arrestados unos pocos seguidores confesos del culto de Isis, que eran conocidos como «egipcios» por la población general. Los sacerdotes de Isis, con la cabeza afeitada, eran fáciles de detectar. Esos hombres fueron sometidos al potro y «siguiendo su información, se condenó a una inmensa multitud, no tanto por el crimen de quemar la ciudad como por odiar a la humanidad»[27].

Como no ciudadanos, esa «multitud» de culpables no tenían derecho a apelación ni a una ejecución limpia en forma de decapitación. La suya debía ser una muerte dolorosa y humillante. Para algunos fue una ejecución lenta, clavados o atados a una cruz. Otros entre los convictos se reservaron para la arena, el destino habitual para un esclavo convicto de un delito capital. Los mantenían entre rejas hasta el siguiente espectáculo. En tiempos normales, aquel acontecimiento habrían sido los *Ludi Romani*, los Juegos Romanos, también conocidos como los *Ludi Magni* o Grandes Juegos. Ocupando quince días a partir del 4 de septiembre, eran los juegos más largos del calendario. Los Grandes Juegos se celebraban tradicionalmente en el Circo Máximo, pero el lugar estaba fuera de servicio al haber quedado arrasado por el fuego, y sólo se encontraba en los primeros estadios de la reconstrucción.

Había otro circo que había quedado intacto en Roma, el Circo Flaminio, que se construyó en el lado sudoeste del Campo de Marte en 220 a. C. Aparte del Arco de Germánico de mármol, dedicado al abuelo de Nerón, que se erguía a la entrada, y un antiguo templo dedicado al dios del Sol, había pocas estructuras permanentes en el Circo Flaminio. Se erigían unas gradas de madera en torno a la pista de carreras cada noviembre para los *Ludi Plebii*, los Juegos Plebeyos, y luego se desmantelaban de nuevo. Esa falta de material incendiario sin duda explica por qué el Circo Flaminio escapó al gran incendio, aunque el cercano Teatro de Tauro sufrió graves daños. Sin embargo, por tradición sagrada, los Grandes Juegos debían celebrarse en el Circo Máximo. Sin Circo Máximo no había Grandes Juegos; como los *Ludi Victoriae Caesaris*, no se celebrarían aquel año.

A medida que se aproximaba noviembre con las ofrendas a Vulcano, Ceres y Juno ya realizadas, se presentó la primera oportunidad de ejecutar prisioneros en la arena. Los Juegos Plebeyos del 4 al 17 de noviembre se habían celebrado desde sus inicios en el Circo Flaminio, y como el lugar estaba intacto, se podía seguir adelante con la celebración. En su mayor parte, el programa de los Juegos Plebeyos se abría con actuaciones teatrales, y concluía con tres días de carreras atléticas y de caballos. No solían incluirse carreras de carros.

Había pasado casi medio año desde las últimas carreras de carros en Roma. Nerón las había echado mucho de menos, y también sus compatriotas romanos. De modo que el emperador anunció que patrocinaría un día de carreras en aquellos Juegos Plebeyos. La pista de carreras del Circo Flaminio era más pequeña que la del Circo Máximo, pero aun así permitía que compitieran cuatro equipos de dos caballos. Del mismo modo, la capacidad de asientos no igualaba al Circo Máximo, pero los miembros de la población que no tuvieran billete podían apostar a las carreras desde lejos. Quizá Nerón pensase que el anuncio de que al cabo de varios días los Azules, Verdes, Rojos y Blancos correrían de nuevo, cortesía del emperador, podía desviar la atención pública de los rumores maliciosos y colocarle a él a una luz favorable.

De modo que algunos miembros del culto de Isis murieron durante los Juegos Plebeyos. Apiñaron a muchos «egipcios» en la arena, donde les echaron jaurías de perros salvajes para que los despedazaran. «A sus muertes se añadieron bromas de todo tipo», observaba más tarde Tácito. Para cualquiera que conociera la adoración de Isis y la religión egipcia en general, aquellas bromas eran obvias. Anubis, el antiguo dios de la muerte egipcio, tenía cabeza de chacal, o perro, y esos «egipcios» condenados eran ejecutados por perros. Más doloroso aún resulta el hecho observado por Tácito de que los egipcios eran enviados a la muerte «cubiertos con pieles de animales»[28]. Tradicionalmente, los sacerdotes de Isis evitaban todo producto animal, vestían sólo ropa de lino y sandalias hechas de papiro. Cubrirlos con pieles de animales era un grosero insulto para las creencias de los seguidores de Isis.

A los egipcios elegidos para la crucifixión se los sujetó a unas cruces elevadas en alguno de los jardines imperiales, muy

probablemente los Jardines de Salustio. Construidos por uno de los ayudantes de Julio César, Salustio Crispo (el autor Salustio), esos jardines se encontraban en el lado más llano de las colinas Quirinal y Pinciana, en la Regio VI, cerca de la Puerta Salaria, y fueron propiedad imperial desde el reinado de Tiberio. Como los Jardines de Mecenas, habían escapado al gran incendio. Allí cada noche, durante varias noches, se quemó a varias víctimas de entre la multitud de egipcios, «para que sirvieran de iluminación nocturna»[29]. Como sabía Nerón, el fuego representaba un papel fundamental en la adoración de Isis, y la incineración de algunos de los prisioneros era otro insulto deliberado. Por motivos sacros y simbólicos, el 13 de noviembre quizá fuese el día fijado para empezar esas «iluminaciones», porque era el día de los festivales combinados de Juno, Minerva, Júpiter y Feronia, la diosa romana del fuego.

Nerón «exhibió un espectáculo en el circo» el día que empezaron las iluminaciones, explica Tácito[30]. Estaba claro que el joven emperador se sentía tentado de conducir un coche en las carreras del circo él mismo, porque aunque consiguió resistir esa tentación, entró en los jardines imperiales aquella noche conduciendo un carro y vestido con todo el atuendo propio del auriga: casco de cuero, chaleco de cuero bien ajustado, destinado a proteger las costillas, túnica verde botella, de la facción griega, su favorita, y protectores de cuero en brazos y piernas. Bajando de su carro en cuanto llegó a los jardines para ver el espectáculo, Nerón «se mezcló con la multitud vestido como un auriga», mientras el público se agolpaba para ver incinerar a los egipcios[31].

Esa carencia de dignidad imperial le salió mal al emperador vestido de auriga. En algunos lugares creció la simpatía por las víctimas de su persecución. «Incluso para los criminales que merecían un castigo extremo y ejemplar, surgió un sentimiento de compasión», comenta Tácito. «Porque no se les destruía, como se había querido hacer ver, para el bien público.» Ni siquiera el fuego consiguió eliminar la convicción de muchos romanos de que su propio emperador era quien había incendiado la ciudad. Al contrario, aquellos brutales castigos de los supuestos culpables no hicieron otra cosa que dañar más aún la reputación de Nerón. La percepción que se tuvo fue que las ejecuciones de los seguidores de

Isis habían servido únicamente «para satisfacer la crueldad de un hombre»[32].

Poco más de un mes después, el 15 de diciembre, Nerón celebró su vigésimo séptimo cumpleaños. En Roma y por todo el Imperio, la mayoría de los romanos lo celebraron con él, con plegarias y ofrendas por la buena salud de su emperador. A lo largo de aquel mes de diciembre «nunca fueron más intensos los relámpagos» en Roma, y se vio un cometa atravesar el cielo nocturno[33]. Para los romanos más supersticiosos, que veían presagios del futuro en los fenómenos naturales, se suponía que todo aquello «anunciaba la muerte de alguna persona de gran importancia», según Suetonio[34]. Al final, dice Tácito, fueron el presagio de «desgracias inminentes»[35].

XIV
LA CONSPIRACIÓN

Cuando empezó el año 65 d. C. Nerón, frustrado al ver que sus actos benévolos no habían conseguido acallar a sus críticos, y dolido por la virulencia que espoleaba los peores rumores y habladurías sobre él, abandonó todo intento de ganarse la buena voluntad pública y se convirtió en un recluso. Al parecer, decidió que a partir de entonces en lugar de continuar esforzándose por complacer a sus súbditos sólo se complacería a sí mismo. La única persona en la que confiaba era su esposa Popea Sabina, y durante aquel periodo se unieron mucho más aún. En primavera ella volvió a quedarse embarazada, dando causas a Nerón para ser optimista sobre la posibilidad de engendrar un heredero y desafiar la supuesta profecía sibilina de que sería el último de la estirpe Julia.

El emperador no se dejó ver en público el día de Año Nuevo, ni en ninguna otra ocasión, a medida que pasaba el invierno. Tenía una nueva pasión. En lugar de limitarse a reconstruir sus derruidos palacios del monte Palatino y el valle del Foro, había accedido a las sugerencias de Severo y Celer de aprovechar aquella oportunidad y construir el palacio más grande que ningún hombre hubiese visto jamás, para sustituir a la residencia que el fuego le había arrebatado. Los dos hombres, dice Tácito, «tenían el genio y la audacia de intentar por arte aquello que incluso la naturaleza había rechazado, y timar a un emperador y sacarle el dinero»[1]. Se convirtieron en directores del proyecto.

El nuevo palacio que diseñaron para Nerón, que recibiría el nombre de *Domus Aurea* o Casa Dorada, cubriría ochenta hectáreas de terreno. Como Tácito, Suetonio censuraba los gastos y el despilfarro que suponía el nuevo palacio de Nerón: «El vestíbulo era

tan grande que podía contener una enorme estatua de sí mismo de 36 metros de altura»[2]. Aquella estatua de Nerón, que acabaron llamando el Coloso, era varias veces más grande que el tamaño natural, y estaba colocada encima de una columna. Combinadas, estatua y columna sobresalían por encima del tejado del fantástico vestíbulo del nuevo palacio. El vestíbulo se encontraba a los pies de la colina Palatina, junto a la Casa de las Vestales, que al reconstruirla habían situado en un ángulo un poco distinto al edificio al que sustituía, para dar cabida al vestíbulo de la Casa Dorada en la puerta de al lado.

Desde aquel altísimo vestíbulo, una arcada con columnas, de tres pisos de altura y llamada la Millaria, corría durante kilómetro y medio desde el valle del Foro, a través de los distritos de las Carines y Subura, hasta el Esquilino. Muchas de las hectáreas del palacio estaban ocupadas por un «estanque enorme, como un mar», afirmaba Suetonio[3]. Llamada *stagnum Neronis*, o estanque de Nerón, esta extensión de agua se situaba en un lugar despejado del valle que, antes del fuego, estaba ocupado en su mayor parte por casas, incluyendo aquella en la cual se decía que el apóstol Pablo había vivido dos años durante su primera estancia en Roma.

Siete años después de ser creado, aquel estanque de Nerón sería desecado por un futuro emperador para dejar espacio a una nueva estructura: el Teatro de Caza de Vespasiano. Mucho después, el Teatro de Caza se acabaría conociendo como Coliseo. Muchos eruditos creen que tomó ese nombre no oficial de la estatua de Nerón, el Coloso, que sería erigida de nuevo en la Vía Sacra, fuera del anfiteatro, reemplazando la cabeza de Nerón algunos dicen que con la del emperador Tito, y otros que con una cabeza que representaría al dios Sol. Mientras tanto, el estanque de Nerón, según afirma Suetonio, «estaba rodeado de edificios hechos para que pareciesen ciudades, y un jardín diseñado que consistía en campos arados, viñedos, pastos y bosques, por donde vagaban todo tipo de animales domésticos y salvajes»[4].

No se ahorró ninguna extravagancia. Algunas partes de la Casa Dorada se doraron y se les incrustaron piedras preciosas y madreperla. El comedor principal del palacio era circular, y su techo podía girar. Los techos de todos los comedores estaban hechos con marfil decorado; se abrían al emitir una orden, los paneles se

corrían a un lado y permitían que cayese una lluvia de pétalos de flores sobre los comensales que estaban debajo, o que se esparciese una nube de perfume de unos rociadores ocultos. De los grifos de los baños de palacio manaba agua de mar y agua sulfurosa. El lujoso diseño de la Casa Dorada complacía a Nerón más allá de todo lo imaginable. Se dice que cuando ya estaba a punto de estar terminada, dijo: «Bueno. Ahora al menos puedo empezar a vivir como un ser humano»[5].

Para pagar la reconstrucción de la capital y la construcción de la Casa Dorada, estaba claro que no bastaría con todas las donaciones de las ciudades y pueblos de Italia, las provincias y los gobernantes de los estados aliados de Roma (algunas donaciones voluntarias, otras obligadas). Gran parte del oro que se había acumulado en los templos de Roma como ofrendas votivas de generales triunfantes y de ciudadanos individuales, y rescatado de las llamas el mes de julio anterior, se fundió entonces y se acuñó, para horror de los más tradicionales.

Para que le aconsejara otros métodos de conseguir fondos, Nerón hizo llamar a su secretario retirado, Séneca, que envió un mensaje como respuesta solicitando que se le permitiera permanecer en su retiro rural. Tácito pensaba que Séneca lo hacía para no tener que contribuir a la profanación de los templos, pero es muy probable que Séneca, que nunca mostró el menor asomo de devoción ni en sus actos ni en sus escritos, temiese que Nerón aceptara entonces su oferta previa de hacerle entrega de todas sus propiedades; es posible también que quizá Séneca, sencillamente, no quisiera contribuir con fondos para la reconstrucción.

Nerón no aceptó el no por respuesta y exigió de nuevo la presencia de Séneca. Aquella vez Séneca alegó que estaba mal de salud, diciendo que sufría de un problema nervioso y que le era imposible viajar o incluso salir del dormitorio. Tras esta segunda reclamación, Nerón dejó en paz a Séneca. En su búsqueda de fondos, el emperador pronto despachó una comisión compuesta por dos hombres, uno de ellos liberto, para que recorriesen las provincias de Acaya y Asia recogiendo oro votivo de los templos de allí y se apoderasen de las estatuas de oro y plata de los dioses para fundirlas y convertirlas en monedas. Al menos en una ciudad de Asia los habitantes locales intentaron resistirse a aquellos enviados:

el funcionario romano de mayor antigüedad de la región no quiso apoyar la misión del dúo imperial.

Mientras empezaba el año nuevo y Nerón se encontraba enfrascado en los planes para su nueva Casa Dorada, que seguía creciendo, con los diseñadores Severo y Celer, varios de los súbditos del emperador se embarcaron en una conspiración secreta que, si tenía éxito, procuraría que Nerón no disfrutase mucho tiempo de su extravagante nueva residencia. De hecho resultó que había más de una conspiración en marcha, y que antes de que pasara mucho tiempo, esos diversos designios para la desaparición de Nerón se fundirían en una sola conspiración para matarle.

«No es posible explicar fácilmente quién lo planeó en primer lugar», dijo Tácito varias décadas más tarde, «o quién inspiró con sus insinuaciones un plan en el que tantos tomaron parte»[6]. Pero entre los primeros en convertir la inquietud en una conspiración para acabar con el emperador estaban dos oficiales de la Guardia Pretoriana, Subrio Flavo, un tribuno que mandaba una Cohorte Pretoriana, y Sulpicio Asper, uno de los centuriones de Flavo. Al mismo tiempo, y separadamente, Lucano, el poeta, sobrino de Séneca y amigo íntimo del cliente de su padre, Marcial, empezó a conspirar con Plaucio Laterano, a quien Nerón había seleccionado para convertirlo en cónsul sufecto desde principios de julio.

Lucano aportó «un resentimiento muy intenso y agudo» a la conspiración, dice Tácito, porque «Nerón intentó menospreciar la fama de sus poemas»[7]. En cuanto a Laterano, el emperador le había restablecido su rango senatorial, a principios del reinado de Nerón, después de que el Senado hubiese condenado a Laterano por adulterio con la esposa de Claudio de infausta memoria, Mesalina. Laterano había sido sentenciado a muerte y sólo escapó con pérdida de rango por intercesión de su tío. Estaba claro que al aprobar su próximo nombramiento consular, Nerón consideraba a Laterano un hombre digno de los mayores honores. Tácito admitía que Nerón no había hecho ningún mal a Laterano personalmente, y que el único motivo al que se podía adscribir el deseo de Laterano de librarse de un emperador que le favorecía era «por amor al Estado».

Pronto, dos senadores se unieron a Lucano y a Laterano en la conspiración. Ninguno de los dos había demostrado antes demasiado interés por la política, y según Tácito, eran los últimos

hombres a quienes cualquiera les habría adjudicado el mérito de tramar una revolución. Ambos tenían motivos personales para querer ver muerto a Nerón. El «afeminado» Afranio Quintiano era muy conocido y desagradaba popularmente por su homosexualidad; Nerón le había satirizado por ello en uno de sus poemas publicados, y según dice Tácito, Quintiano estaba decidido a vengarse.

El colega criminal de Quintiano, Flavio Escevino, era más conocido como derrochador y bebedor, y se decía en general que llevaba una vida de «somnolienta languidez»[8]. Escevino, de hecho, tenía muchas deudas. Parece que sus ingresos estaban muy ligados a las rentas de edificios de apartamentos de la ciudad que quedaron destruidos en el gran incendio. Con su fuente habitual de ingresos drásticamente reducida, y sin cesar en cambio en su habitual estilo de vida hedonista, Escevino, nos cuenta Tácito, se veía presionado por sus acreedores para que les pagase, y no tenía fondos para satisfacer sus demandas.

Habían pasado seis meses desde el incendio. A pesar de los rumores y las habladurías que impugnaban a Nerón, igual que no se había identificado la fuente de los rumores, no se había acusado tampoco a nadie por conspirar contra Nerón desde la muerte de Torcuato Silano, la primavera anterior. En aquellos primeros días de 65 d. C.,
los cuatro conspiradores civiles, sin saber que dos oficiales pretorianos tenían similares pensamientos, sondeaban cuidadosamente a sus amigos y conocidos, vilipendiando «los crímenes del emperador» y recordando a sus oyentes los augurios de diciembre anterior de que «se aproximaba el fin del Imperio». Esos conspiradores estaban de acuerdo en que, más que asesinar a Nerón sin más, debían también seleccionar a «alguien para rescatar al Estado en peligro»[9]. Había que buscar un emperador sustituto. ¿Pero quién?

Décadas de crímenes y ejecuciones que se remontaban al envenenamiento del abuelo de Nerón, Germánico, en el año
19 d. C.,
habían acabado con todos los miembros vivos de la línea Julia de la familia César, aparte de Nerón. De modo que el sustituto de Nerón, ese «alguien» que debía salvar a Roma, tendría que ser el primer hombre en gobernar a los romanos desde Julio César, cien años

antes, que no tuviera la sangre de los Césares corriendo por sus venas. Esa idea resultaba tan sobrecogedora a ojos de los conspiradores que pensaron que sería necesario dar legitimidad al sucesor de Nerón a ojos del pueblo romano.

Para hacerlo, decidieron, casarían al candidato elegido al trono con el único miembro que también sobrevivía de la familia Julia, la hija del emperador Claudio, Antonia. A través de Antonia, de treinta y ocho años, viuda de aquel Sila ejecutado en
62 d. C.,
surgiría un heredero varón con la sangre de los Césares. Es concebible que de no haber estado viva Antonia, aquella conspiración no habría nacido nunca. En cuanto a la propia Antonia, no sabía nada de lo que se estaba tramando en su nombre.

El hombre a quien colocaron con discreción el manto de posible emperador fue Cayo Pisón. Ese amigo de Séneca que, como Séneca, había escapado de las acusaciones de un agente de Tigelino en el Senado dos años antes, era descendiente de la eminente familia Calpurnia, con un árbol familiar salpicado de cónsules, generales y gobernadores. El único borrón en el registro de la familia fue la condena en
20 d. C.
de Cneo Calpurnio Pisón por el asesinato de Germánico César. Cayo, el Pisón elegido para el trono de Nerón, era un hombre alto y guapo, orador elocuente, y se había ganado «una espléndida reputación entre el pueblo por su virtud». O su «apariencia de virtud», añadía rápidamente Tácito[10].

Pisón, abogado legal muy competente, había empleado a menudo su elocuencia en los tribunales defendiendo a ciudadanos romanos. Era generoso con sus amigos y derrochaba cortesía y buena voluntad incluso con los desconocidos. Por otra parte, según la opinión de Tácito, Pisón no tenía un carácter sólido; lo de la «moderación en el placer» era desconocido para él[11]. Entre aquellos que se veían atraídos por el vicio, Pisón tenía la reputación de tener una mente adaptable, rebajando su moral cuando le convenía, sobre todo, por ejemplo, cuando raptó a la bella esposa de un compañero senador. Aparecía también en escena como actor de vez en cuando, en tragedias griegas. También se le acusaba de pavonearse de su riqueza y a veces comer y beber en exceso. En

resumen, un Nerón. Pero un Nerón que no se rebajaba a cantar en concursos públicos, o conducir un carro, o «casarse» con un liberto. Por encima de todo, un Nerón al que los conspiradores podían controlar.

Pisón en realidad estaba en buenos términos con el emperador, y era así desde hacía algunos años. De tal modo que cuando la madre de Nerón estableció su residencia en la villa imperial costera de Antium, Pisón le ofreció al emperador el uso de su propia y suntuosa villa en Baiae, en la bahía de Nápoles, como lugar de vacaciones de la costa. Nerón no sólo aceptó el ofrecimiento de Pisón y usó la villa de Baiae para hacer escapadas desde la ciudad, sino que la convirtió en base de su segunda incursión en el crimen, el de su madre.

Nerón se había estrenado en el crimen en diciembre de 55 d. C., con el asesinato de su primo y hermano adoptivo Británico, hijo de Claudio. La culpa de aquel crimen se podía echar en parte a su madre. Agripina había reaccionado con despecho después de que Nerón despidiese a su favorito, Pallas, secretario de finanzas del Palatium con Claudio y al principio también con Nerón. Agripina amenazó con llevar a Británico a los pretorianos y declararle emperador en lugar de Nerón. Esa salida de tono selló el destino del joven Británico. Nerón se procuró un veneno de Locusta, una «bruja» condenada que languidecía en prisión por aquel entonces. Nerón hizo la promesa a Locusta de que recibiría su libertad si funcionaba el veneno.

Como se empleaba a esclavos como probadores de la comida de los miembros de la familia imperial para detectar el veneno, Nerón concibió una forma novedosa de librarse de su primo. En invierno, los romanos bebían vino caliente. A la hora de cenar, una noche, Nerón se aseguró de que el vino que servían a Británico estuviera demasiado caliente, necesitando añadir agua fría para refrescarlo. El vino fue probado por el probador de Británico, pero el agua fría añadida al vino, no. Poco después de beber aquel vino ya envenenado, Británico se quedó paralizado y luchando por respirar. Mientras unos ayudantes sacaban a Británico del comedor, Nerón aseguró a los otros miembros de la familia que estaban cenando que sin duda había vuelto la epilepsia que Británico sufría de niño (una

dolencia que compartía con otro miembro de la línea Julia, Julio César). Británico, rival de Nerón al trono, murió antes de que naciera el día. Y el criminal mantuvo su palabra con Locusta, la envenenadora: «Nerón recompensó a Locusta por sus servicios con el perdón y la libertad, y extensas propiedades», dice Suetonio[12].

Poco más de tres años después, la madre de Nerón le sacaba de quicio, incluso intentaba atraerle hacia su propio lecho para recuperar el control que había ejercido sobre él, antes de ascender al trono. Después de conseguir camuflar un asesinato, Nerón encontró el valor suficiente para planear otro. Las sirvientas de Agripina le eran muy leales, así que descartó la idea de emplear a una de ellas para administrarle veneno a su ama. Nerón se vio obligado a ser más creativo. En los juegos del circo, un día, tuvo una inspiración. Frente a él, un barco que formaba parte de un espectáculo se deshizo literalmente, en el momento que correspondía. Al preguntar cómo se había hecho semejante cosa, le dijeron al emperador que el barco fue construido de tal manera que se desmontase por completo al quitar un solo clavo. Y así se puso en funcionamiento la mente del joven emperador.

Desde la ciudad naval de Miseno, en la bahía de Nápoles, Nerón había convocado a Aniceto, almirante de la mayor flota de batalla de Roma, la flota tirrena. Aniceto, liberto y nativo del Ponto, fue el tutor de Nerón inmediatamente antes de que Séneca ocupase ese papel, de modo que se conocían bien el uno al otro. Después de que el emperador y el almirante hubiesen discutido si era factible construir un barco que flotase, pero que se deshiciera al quitar una simple clavija, Aniceto, conociendo el plan de Nerón de asesinar a su madre, se comprometió a construir un barco semejante para el mes de marzo siguiente, y proporcionar un capitán y una tripulación de su propia flota que realizase la asesina hazaña con Agripina a bordo.

Las relaciones entre Nerón y su madre se habían vuelto tan tensas que el emperador incluso retiró el cuerpo de guardia de las Cohortes Pretoriana y Germana de Agripina. Cuando ya se acercaba el mes de marzo de
59 d. C.,
Nerón escribió una carta conciliadora a su madre, invitándola a unirse a él en la bahía de Nápoles para el próximo Festival de

Minerva. Agripina poseía una propiedad en Bauli, en la bahía de Nápoles, donde podía alojarse; Nerón, mientras tanto, se alojaría en la villa de su amigo Cayo Pisón. Agripina, aunque suspicaz, aceptó la invitación. Un trirreme de la flota del Tirreno la recogió de la villa imperial de Antium y la llevó a lo largo de la costa, dejándola ante la puerta de la villa de Pisón el 19 de marzo.

Nerón saludó a su madre con besos y abrazos, y luego la escoltó en torno a la bahía hasta su propiedad. Allí, varado en la arena, se encontraba un barquito flamante y nuevo. Resplandecía por el oro y las piedras preciosas que llevaba, y el único camarote que tenía a popa estaba forrado de sedas. Aquél, le dijo Nerón a su madre, era su regalo especial para ella, para celebrar la renovación de sus cálidas relaciones. Nerón entonces la invitó a reunirse con él a la hora de cenar en la villa de Pisón, aquella noche, y partió. Durante la tarde, Agripina recibió el chivatazo de que había una conspiración para asesinarla en la que estaba implicado un barco. En aquel momento estaban preparando el barquito que le había regalado su hijo para que la llevara en torno a la bahía hasta la villa de Pisón. Como precaución, Agripina viajó a aquella cena por tierra, transportada en una litera.

Todos los presentes, entre los cuales se encontraban Séneca y el comandante del pretorio Burro, disfrutaron de la grandiosa cena en la villa de Pisón. Agripina, a quien su hijo sirvió vino repetidamente, empezó a creer que el deseo de Nerón de reconciliarse con ella era genuino. En torno a medianoche, después de la cena, Nerón acompañó a su madre al embarcadero, donde les esperaba el barquito nuevo, dirigido por un oficial de la flota del Tirreno, Volusio Próculo. Con sus miedos disipados por el vino y el afecto fingido, Agripina se despidió de Nerón y embarcó en el bote, acompañada de varios sirvientes. Bajo una noche estrellada, con los remos alzándose y bajando, el barco se deslizó en seguida por las plácidas aguas de la bahía.

Cuando el barquito se encontraba a mitad de camino de la villa de Bauli, Próculo, el capitán, dio una orden en voz baja. Se quitó una clavija y la popa del barco, donde Agripina estaba reclinada en un diván, se deshizo. Pero el barco no se hundió del todo. Varios miembros de la tripulación que estaban confabulados con Próculo intentaron hacer zozobrar el barco y los tripulantes que no sabían

nadar se les resistieron. La embarcación acabó por hundirse, pero Agripina consiguió nadar hasta la costa y la recogieron del agua unos pescadores. De vuelta a su propiedad de Bauli, Agripina envió a uno de sus libertos a la villa de Pisón para informar al emperador de que su barco se había hundido, pero que ella estaba a salvo y bien.

Aquella noticia hizo que a Nerón le entrase el pánico, y se volvió en busca de ayuda a Séneca y Burro. Burro dijo que el almirante de la flota, Aniceto, había prometido acabar con la vida de Agripina, de modo que le correspondía a él acabar la empresa. Llamaron a Aniceto y éste accedió a hacer lo que había que hacer. Dirigiendo un destacamento de marineros del trirreme que había transportado a Agripina desde Antium, Aniceto dio la vuelta a la bahía hasta la villa de Bauli. Las tropas se abrieron camino a la fuerza en la casa y Aniceto y sus oficiales sacaron las espadas y acabaron de una manera sangrienta con la vida de la madre del emperador, mientras ésta se encontraba recostada en un diván. En la villa de Pisón, Nerón, con la ayuda de Séneca, acababa de componer una carta al Senado asegurando que Agripina había sido ejecutada por conspirar contra él. Cayo Pisón fue uno de los muchos senadores que a continuación felicitaron a Nerón en el Senado por terminar con aquella «amenaza» maternal a su gobierno.

Éste era, pues, el Pisón a quien los conspiradores de
65 d. C.
planeaban poner en el trono en lugar de Nerón. Tácito estaba convencido de que Pisón no tenía ni el deseo ni la ambición de quedarse el trono para sí hasta que otros se dirigieron a él. El historiador tampoco creía que Pisón estuviese dispuesto a divorciarse de su bella esposa, Atria Gala, que arrebató a su anterior marido y a quien amaba muchísimo, para casarse con Antonia, la hija de Claudio. Tácito sólo podía excusar a Pisón sugiriendo que «el ansia de dominio inflama el corazón más que cualquier otra pasión»[13].

Tácito revelaba que él había obtenido el relato de la conspiración de Plinio el Joven, y que no sabía de dónde había sacado Plinio esa información. Es probable que el informante de Plinio fuese el buen amigo de su tío, Vespasiano, que, aunque estaba conectado con la conspiración, seguía estando tan cerca de

Nerón como para conocer los hechos adecuadamente.

El cuarteto revolucionario inicial pronto atrajo siete seguidores entre clientes, todos ellos miembros del orden ecuestre, y luego buscó partidarios entre los militares. Fue entonces cuando se enteraron de los sentimientos del tribuno Subrio y del centurión Sulpicio, y a través de ellos reclutaron para la conspiración a dos tribunos del pretorio más y a dos centuriones. En febrero, uno de los ecuestres se comunicó con Pisón y le informó de la conspiración, sus intenciones y sus miembros. Pisón no hizo nada para desbaratar los planes, pero tampoco parecía muy entusiasmado.

El hecho de que cuatro de los catorce tribunos de las Cohortes Pretorianas formaran parte de la conspiración debió de resultar impresionante para Pisón, pero no lo bastante para que durmiera tranquilo, porque la mayoría de los tribunos seguían siendo leales a Nerón. No había duda de que el éxito o el fracaso del golpe planeado se apoyaría en la implicación de los militares de la capital. Después de todo, fue el apoyo de los pretorianos el que llevó al poder tanto a Claudio como a Nerón. Pisón pronto se enteró de que Fenio Rufo, el eclipsado coprefecto de Tigelino, hombre de «vida y carácter estimables», simpatizaba con los revolucionarios[14].

No había duda alguna de que el prefecto Rufo se sentía intimidado por su colega Tigelino, que por «su brutalidad y desvergüenza era mucho más estimado por el emperador» que Rufo[15]. Más aún: Tigelino había insinuado más de una vez que si Rufo se interponía en su camino, le diría al emperador que Rufo en tiempos había tenido una aventura con Agripina y que lamentaba su muerte hasta el extremo de clamar venganza contra Nerón. Los últimos años, Rufo había permitido hacer a Tigelino hacer lo que quisiera, aunque desde el gran incendio, Tigelino se había mantenido discretamente a la espera, algo muy poco habitual en él, como si estuviera en la oposición de Nerón. Eso habría animado a los conspiradores.

A Rufo se le consideraba un hombre recto, y por tanto nadie tenía el valor de acudir directamente a él y pedirle que apoyase el asesinato del emperador, por temor a que se sintiera obligado a arrestarlos. Los conspiradores plantearon a Rufo preguntas que, aunque parecían casuales, estaban muy pensadas para calibrar cuál era la postura del hombre, con el resultado de que «los

conspiradores tuvieron la seguridad mediante sus repetidas expresiones de que el prefecto de las Cohortes Pretorianas se había puesto de su lado»[16]. Se comunicó todo esto a Pisón, y los conspiradores reemprendieron su debate ansiosamente en busca de un momento y un lugar para el fatal desenlace.

En una de esas discusiones furtivas, el tribuno pretoriano Subrio Flavo se ofreció de pronto a atacar a Nerón cuando estuviese cantando en escena, o prender fuego a su residencia una noche y luego atravesarle con la espada aprovechando el caos consiguiente. Pero al pensarlo mejor, Flavo llegó a la conclusión de que en ambos casos sería casi imposible escapar después del crimen, «ese enemigo de todas las grandes empresas», según Tácito. Aunque Flavo tuviese éxito, o bien en escena o en un palacio ardiendo, temía que la guardia de Nerón le atrapase casi con toda seguridad. Por falta de valor suicida, el tribuno retiró su oferta. De modo que los conspiradores, aún buscando una idea y una oportunidad para el crimen perfecto, en el cual nadie fuese aprehendido, dudaban de nuevo del acto, suspendidos como se hallaban «entre la esperanza y el temor».

Por aquel entonces una mujer había llegado a enterarse del complot. Epicaris era una liberta rica, y viuda, por lo que parece. No sabemos cómo se llegó a enterar de los planes, pero el caso es que decidió hacer un movimiento aunque, como Tácito señala sarcásticamente, nunca había albergado un solo pensamiento noble en su cabeza. Cansada de los retrasos que habían evitado que los conspiradores siguieran adelante con su plan, Epicaris conspiró por su cuenta.

Epicaris decidió que mientras pasaba el principio de la primavera en Campania, como era su costumbre, usaría sus contactos con la flota tirrena para introducir a algunos oficiales navales en la conspiración. Conocía al capitán de guerra Volusio Próculo, que estaba al mando del barco que se hundió durante el intento fallido de asesinar a la madre de Nerón y luego participó en su liquidación. Su amistad era lo bastante íntima para que Epicaris conociera el papel de Próculo en el asesinato de Agripina, y supiera también que el capitán en privado se quejaba de no haber sido adecuadamente recompensado por aquel episodio.

El almirante Aniceto, que mientras tanto había abandonado su

puesto y partido hacia Italia, se había ofrecido en
62 d. C.
como voluntario para ayudar a Nerón a desacreditar a su primera esposa, Octavia, asegurando que había tenido una aventura con ella. Con el testimonio de Aniceto, Octavia fue desterrada a la isla prisión de Pandataria, donde fue ejecutada al cabo de poco tiempo. El «castigo» de Aniceto fue el exilio a la isla de Cerdeña, donde vivía en una propiedad con todo lujo y a expensas del emperador. Al partir Aniceto, Próculo había esperado ocupar su puesto como almirante de la flota. Pero la promoción no había aparecido en el camino de Próculo, y de ahí la amargura que sentía.

A finales de marzo, Epicaris comió con el capitán descontento y habló de asesinar al emperador, esperando que Próculo atrajera también a otros oficiales de la flota. Próculo se mostró receptivo, y le dijo a Epicaris que estaba decidido a vengarse de Nerón y sólo buscaba la oportunidad adecuada. Dijo que no era el único que despreciaba a Nerón.

«En la flota se encontrará gran ayuda», dijo el capitán a Epicaris[17].

A finales del año anterior, Nerón había ordenado a la flota, que al parecer actuaba en el Mediterráneo oriental y se había alejado demasiado de su fondeadero, que volviese a la base de Miseno, como debía hacer durante el invierno, después de que se hubiese acabado la estación de navegación en octubre y el tiempo hubiese empeorado. Golpeados por un vendaval del sudoeste, mientras intentaban doblar el promontorio de Miseno, un cierto número de trirremes y otras pequeñas embarcaciones de guerra perdieron la batalla contra el viento y las olas. Acabaron naufragadas en la costa junto a la ciudad de Cumae, la moderna Cuma, al noroeste de Neápolis, en la bahía de Nápoles. Se dice que algunos oficiales de la flota culparon de la pérdida de amigos suyos en aquel desastre al emperador.

«Habrá numerosas oportunidades», siguió el capitán, «ya que Nerón se deleita en frecuentes salidas en barco desde Puteoli o Miseno.»

Pero ¿cuál sería su recompensa?, preguntó Próculo.

«Tú prepárate, Próculo», respondió Epicaris, «cumple tu parte y trae a los marinos más valientes de nuestro lado, y busca después

una recompensa adecuada»[18].

Animada por la reacción de Próculo, la viuda volvió a Roma a contarles a sus compañeros conspiradores la conversación y la posibilidad de matar a Nerón en el mar. Sólo unos días más tarde Epicaris fue arrestada por la Guardia Pretoriana. Próculo, seguro de una mayor recompensa por parte de Nerón que la prometida por Epicaris, la había delatado. Llevada al cuartel pretoriarno, enfrentaron a Epicaris con Próculo, que, frente a la tribuna de la Guardia Pretoriana, repitió todo lo que le había dicho la liberta. Afortunadamente para Epicaris, su acusador no tenía testigo alguno de aquella conversación. Ni tampoco le había dado Epicaris los nombres de ningún otro conspirador, de modo que no había nadie a quien arrestar e interrogar. Después de que Epicaris negase hasta la última palabra, se informó a Nerón de todo el asunto.

Sospechando que aunque no existieran pruebas de la acusación de Próculo podía haber alguna verdad en ella, el emperador ordenó que la viuda fuese detenida a la espera de órdenes posteriores.

XV
LA RESOLUCIÓN

La traición, interrogatorio y encarcelamiento de Epicaris provocó una oleada de pánico entre las filas de los conspiradores. Agradecidos por el valeroso silencio de Epicaris, sus compañeros conspiradores decidieron precipitar el asesinato, que planeaban llevar a cabo en la villa de Pisón en Baiae. Para que ocurriera tal cosa, Pisón no sólo tenía que ofrecer su villa al emperador para que pasase unas vacaciones primaverales, sabiendo que a Nerón le encantaba aquel lugar, sino que también debía animar a Nerón tanto a aprovechar la oferta de inmediato como a acudir a Baiae con un séquito mínimo, supuestamente para disfrutar de más paz y tranquilidad. Este último plan se vino abajo cuando los conspiradores se lo presentaron a Pisón.

«El rechazo que suscitaría un acto semejante», protestó Pisón, «mancharía con la sangre de un emperador, por muy malo que éste pudiera ser, la santidad de mi hospitalaria villa y las deidades que la presiden»[1].

Pisón proponía que el crimen tuviese lugar en Roma, para que se viese que los conspiradores actuaban por el bien del Estado. A sus ojos, el asesinato debía tener lugar «en esa odiosa mansión creada con el botín de los ciudadanos (el nuevo palacio que se estaba construyendo). O bien en público». A Pisón le ponía nervioso todo aquel asunto, por muy bien que fuese. No sólo el descubrimiento de la conspiración significaría la muerte cierta para él, sino que a Pisón le preocupaba que los muchos hombres que dirigían el Estado «compadeciesen a Nerón como víctima de un crimen», y una vez Nerón hubiese sido asesinado, buscaran un ocupante del trono que no fuese Pisón[2].

El mayor temor de Pisón era que aquellos senadores ofrecieran el trono a Lucio Silano, descendiente de una noble familia con

fuertes conexiones imperiales. Algunos conspiradores sugerían que se podía sondear al cónsul actual, Marco Julio Vestino Ático, para intentar que formara parte de la conspiración, porque él y Nerón se habían distanciado recientemente, después de que Vestino se casase con Estatilia Mesalina, la última amante de Nerón. A Pisón no le gustaba aquella idea, temiendo que el cónsul o bien pidiera el retorno de la República romana en cuanto Nerón estuviese fuera de su camino, o bien, en su calidad de cónsul, nombrase a un nuevo emperador de su propia elección. Pisón dijo a sus colegas que Vestino era «temerario y peligroso»[3]. Varios conspiradores, de hecho, estaban enzarzados en largas enemistades con el cónsul. De modo que, a instancias de Pisón, dejaron a Vestino fuera de la arena conspiratoria.

Al mismo tiempo, Pisón estaba ansioso por atraer hacia su bando a hombres que serían respetados por posibles rivales como Silano y Vestino y los intimidarían. Un hombre a quien Pisón quería implicar era su antiguo amigo Lucio Séneca, un hombre que Pisón sabía que temía a Nerón, y del cual éste desconfiaba. De modo que Pisón mandó un mensaje a Séneca, pidiéndole verle lo antes posible para discutir un asunto de gran importancia para ambos. Pero Séneca respondió negándose a entrevistarse con él.

De modo que Pisón envió a su cliente, Antonio Natalis, uno de los siete ecuestres que se habían unido a la conspiración, para que localizase a Séneca en uno de sus retiros campestres. El antiguo secretario jefe que encontró Natalis estaba escuálido, como resultado de la estricta dieta que seguía desde que descubrió el plan para intentar envenenarle. Natalis se quejó amargamente a Séneca de su negativa a hablar con Pisón.

«¿Por qué excluyes a Pisón de tu presencia», preguntó Natalis, «cuando sería mejor mantener la amistad con él mediante un trato regular?»[4]

Séneca no estuvo de acuerdo. A través de Natalis envió una nueva respuesta a Pisón, excusándose de cualquier contacto personal con su amigo y alegando que tenía mala salud y necesitaba descansar, la misma excusa que había usado para evitar reunirse con el emperador. Por una fuente u otra, Séneca se había enterado de la conspiración. Cuando Natalis volvió a insistir en nombre de Pisón, Séneca rechazó de nuevo la idea de ser visto en compañía de

Pisón.

«Las conversaciones y las entrevistas frecuentes entre nosotros no nos interesan a ninguno de los dos», dijo Séneca a Natalis. Séneca envió al decepcionado mediador de nuevo de vuelta, diciéndole que le desease lo mejor a Pisón en su nombre y añadió, crípticamente: «Mi propia vida depende de la seguridad de Pisón»[5].

Después de recibir este último mensaje de Séneca, que le llevó a consolarse con la creencia de que su amigo le apoyaba, Pisón volvió a establecer un lugar y un momento para la destrucción de Nerón. Desde que empezó el año nuevo el emperador apenas había abandonado su residencia o sus jardines, tan implicado se hallaba con las minucias de la planificación y autorizaciones para reconstruir la ciudad. Uno de los conspiradores, Tulio Senecio, un ecuestre, tenía una «especial intimidad con Nerón», y fingía todavía amistad con él, cosa que le permitía mantener a los otros conspiradores informados de los planes e intenciones de Nerón[6].

Algunos conspiradores habían esperado que el emperador se aventurase, llegada la primavera, a acudir a una competición de canto en Neápolis, como había hecho el año anterior, pero las noticias del hombre infiltrado, Senecio, eran que Nerón no había mencionado en absoluto semejante plan. Sólo un acontecimiento, que supieran los conspiradores, haría que Nerón apareciese en público con toda seguridad: las carreras de carros. El siguiente día de carreras según el calendario era en abril, durante la Cerealia, un festival dedicado a la diosa Ceres. El festival, que duraba siete días, desde el 12 al 19 de abril, tenía programado un día culminante de carreras de carros en el Circo Flaminio. Y según confirmaba Senecio, Nerón asistiría a esas carreras.

El acceso al emperador sería relativamente fácil en el Circo Flaminio, y los conspiradores acordaron que el cónsul designado, Plaucio Laterano, uno de los primeros miembros de la conspiración, se aproximase a Nerón en la tribuna del circo, el palco oficial. Laterano, un hombre alto e imponente, con muchas agallas, se arrojaría a las rodillas de Nerón, en postura de suplicante, al parecer para pedirle un favor. Laterano entonces cogería las piernas de Nerón y le arrastraría fuera de su silla, echándole al suelo. Los tribunos y centuriones pretorianos que formaban parte de la

conspiración correrían entonces a sujetar a los guardias de Nerón, mientras le asestaban el primer golpe mortal.

El honor de aquel primer golpe lo reclamaba el senador Flavio Escevino. Desde el nacimiento de la conspiración, Escevino llevaba secretamente entre sus ropajes una daga sagrada que había tomado del Templo de la Fortuna, en su ciudad natal etrusca de Ferentum, la moderna Ferento, en la Italia central. Ferentum era también la ciudad natal de Marco Otón, el gobernador de Lusitania a quien Nerón le había arrebatado a su mujer, Popea Sabina. Ningún autor clásico es capaz de atribuir un motivo para la participación de Escevino en la conspiración para matar a Nerón, pero es posible que fuese amigo íntimo y cliente de Otón, o más probablemente, el muy adeudado Escevino esperaba que Otón le recompensase con esplendidez por el crimen y le liberase de sus problemas financieros. Según el plan acordado por los conspiradores, en cuanto Escevino hubiese dado el primer golpe, los oficiales pretorianos y otros conspiradores harían lo mismo.

Ese plan fue tramado por Pisón, que lo aprobaba. Comprometiéndose a casarse con Antonia, hija de Claudio, y aceptar el trono cuando se lo ofrecieran, Pisón dijo que el día del asesinato iría al Templo de Ceres y esperaría allí a que Nerón estuviese muerto. El prefecto del pretorio Fenio Rufo podía convocar entonces a Pisón al cuartel de los pretorianos, enviando una escolta al mismo tiempo para que llevase a Antonia a aquel cuartel. Frente a la asamblea de Cohortes Pretorianas, Pisón se presentaría ante las tropas como nuevo emperador suyo y ellos lo aclamarían.

El Templo de Ceres se encontraba en la ladera de la colina Aventina. Como todas las demás estructuras de la colina, el templo había quedado muy dañado por el incendio del año anterior, igual que en el incendio del
31 d.
C. Como los templos de Roma tenían prioridad en el proceso de reconstrucción, y Ceres era una de las cuatro deidades que los Libros Sibilinos habían identificado como las que requerían mayor atención, el Templo de Ceres, que tenía casi seiscientos años de antigüedad, sería rápidamente restaurado, como parte del programa reconstructivo de Nerón.

Yendo al templo el día del asesinato, no era probable que Pisón despertara ningún interés ni sospecha especial por parte de nadie que le viera. Pero Pisón tenía otro motivo más para elegir aquel lugar precisamente para pasar el tiempo esperando la noticia del asesinato de su emperador. El Templo de Ceres era el cuartel general de los ediles plebeyos y también un santuario legal. Nadie que reclamase la protección de la diosa estando en el recinto del templo podía ser arrestado. Ésa era la póliza de seguros de Pisón, porque le asaltaban las dudas y temores por el desenlace de la conspiración. Si todo salía mal, al menos Pisón podía escapar al arresto y la ejecución pidiendo la protección del santuario.

Contaminada por ese temor al fracaso, la conspiración para asesinar a Nerón César seguía adelante.

* * *

Antes de amanecer, el día 18 de abril, Flavio Escevino, el conspirador que había solicitado el honor de asestar el primer golpe contra Nerón, hizo la ronda de sus patronos y luego acudió a ver a Antonio Natalis, el principal intermediario de la conspiración. Después de despachar a los criados, los dos pasaron largo rato discutiendo los pormenores del asesinato que iban a llevar a cabo al día siguiente. Sólo cuando estuvo convencido de que se habían aclarado todos los detalles Escevino se fue a casa a hacer sus propios preparativos finales.

Metódicamente, Escevino arregló todos sus asuntos. Sacó su testamento, lo leyó y se aseguró de que contenía todo lo que debía, y luego lo cerró y lo selló. Después de tender el testamento sellado a Milico, su liberto jefe, para que lo pusiera a buen recaudo, Escevino buscó bajo su túnica y sacó a la luz la daga envainada que llevaba semanas suspendida en torno al cuello. Por primera vez desde que la había cogido en el Templo de la Fortuna, Escevino sacó la antigua daga de su funda. Frunció el ceño, porque vio que la hoja estaba embotada por el óxido. Aquélla era la hoja que pretendía hundir en el corazón de Nerón en las carreras al día siguiente, y tenía que entrar en la carne del tirano con facilidad.

Tendiendo la daga a Milico, le dijo:

«Afila esta daga en una piedra de afilar hasta que quede bien

puntiaguda.»[7]

«Sí, amo», dijo Milico, y se hizo cargo de la daga.

Escevino ordenó que se preparase un extravagante banquete para aquella noche. Su personal observó que estaba «deprimido y sumido en profundas reflexiones», mientras proseguía su ritual de baño diario. Aquella noche, se sentó a tomar una grandiosa cena, como si fuese la última. Durante aquella cena llamó a sus esclavos favoritos y anunció que los manumitía, es decir, que les otorgaba la libertad. Dio dinero a otros. Éstos eran los actos de un hombre que estaba a punto de morir. Tras dejar asombrado a su personal, Escevino llevó una conversación aparentemente muy alegre con los miembros de la familia que estaban reclinados junto a él en torno a la mesa de la cena. Lo último que hizo antes de retirarse a dormir fue dar instrucciones a Milico de que preparase vendas para el día siguiente, como si esperase acabar herido.

Milico, jefe de los libertos de Escevino, estaba muy preocupado por todo aquello. Por la noche, cuando estaba en la cama con su mujer, Milico le habló de la extraña conducta y porte de su amo aquel día. Le enseñó el cuchilo del Templo de la Fortuna que se suponía que debía afilar. Como Milico, su mujer sospechó que Escevino estaba preparando algo. Ambos observaron que el día se consideraba muy poco propicio para sellar testamentos. Y sabían que su amo planeaba asistir a los juegos al día siguiente, aunque no era muy aficionado a las carreras de carros. Ambos sabían que su amo planeaba sentarse junto al emperador. Y estaba aquel cuchillo. La mujer de Milico sacó conclusiones.

Cuando la esposa de Milico compartió con él la sospecha de que Escevino estaba planeando matar al emperador, la primera reacción de él fue acallar su lengua, y servir y proteger a su amo, no importaba lo que hiciese. Su esposa le riñó, señalando que otras personas, tanto esclavos como libertos, aquel día habían visto lo mismo que Milico, y habían oído lo mismo que él. Le recordó a su marido que su silencio no tendría sentido si otros hablaban y advertían al emperador; de hecho, iría en contra de él. Pero si Milico era el primero que hablaba, la recompensa del emperador por su información sería suya y nada más que suya.

Al amanecer del día siguiente, 19 de abril, Milico y su esposa estaban ya ante las puertas de los Jardines Servilianos, donde se

sabía que residía el emperador mientras continuaban las obras de su gran palacio nuevo. Las altas puertas de madera de los jardines estaban cerradas, de modo que Milico las golpeó llamando a los porteros para que le dejasen entrar.

«¡Traigo noticias importantes y alarmantes!», chillaba[8].

Los porteros le ignoraron, de modo que Milico continuó golpeando las puertas y gritando el mismo mensaje con una desesperación creciente. Al final su insistencia dio frutos, las puertas se abrieron y los porteros le miraron con suspicacia de arriba abajo. Cuando Milico repitió de nuevo la misma declaración, les condujeron a él y a su mujer a la extensa villa entre los jardines, que daba al río. Los llevaron ante Epafrodito, secretario *a libellis*, o secretario de solicitudes, cuyo trabajo consistía en recibir y tratar las quejas de los súbditos de Nerón en el Palatium.

Ante el escritorio de Epafrodito llegaba de todo, desde solicitudes y recomendaciones para obtener la ciudadanía romana a apelaciones de ciudadanos convictos de algún delito, o peticiones al emperador por parte de enviados extranjeros. Con miles de solicitudes semejantes que tratar, no resulta extraño que los tres sacerdotes judíos que Yosef bar Matityahu había venido a liberar a Roma llevasen cuatro años esperando que se oyese su caso. Tácito no tenía nada bueno que decir de Epafrodito, pero Yosef, que llegó a conocer bien a Epafrodito, le describiría como «amante de todo tipo de saberes». Según la estimación de Yosef, Epafrodito mostraba «un maravilloso rigor y una naturaleza excelente», y por encima de todo era un hombre virtuoso[9].

Ahora, el docto Epafrodito escuchaba mientras Milico desgranaba su historia y hablaba del extraño comportamiento de su amo, del cuchillo y de los juegos circenses de aquel mismo día. En cuanto Epafrodito oyó hablar de la conducta sospechosa del amo de Milico, condujo al liberto y a su mujer hasta el mismísimo Nerón. Milico repitió su historia ante el emperador de veintisiete años, le advirtió del peligro en el que estaba seguro que se encontraba Nerón, y le tendió la daga del Templo de la Fortuna, que le habían ordenado que afilase. Cuando Nerón daba vueltas a la daga entre sus manos, Milico le instó a que llevase allí a Escevino para que respondiese de sus acusaciones contra él.

Antes de que pasara mucho rato, una partida de soldados

pretorianos armados, al mando de un centurión, pasó bruscamente junto a los porteros de Escevino, irrumpió en su casa y arrestó a Escevino. Rodeado por una guardia de hosco semblante, Escevino fue conducido por la ciudad (que ahora era una gigantesca obra de construcción) y atravesando el puente del río Tíber hasta los Jardines Servilianos, le llevaron ante el emperador. Para el horror de Escevino, Milico y su mujer estaban con Nerón. El emperador levantó la daga, que tenía una inscripción relativa a la diosa a quien estaba dedicada, y le pidió a Escevino que le explicara cómo se había hecho con ella.

«La daga ha sido contemplada desde hace largo tiempo por mis antepasados con sentimientos religiosos», replicó Escevino, que parecía furioso, y no temeroso. «La guardaba en mi cámara, y me la ha robado mi liberto con artimañas.» Y para recalcar su acusación, fulminó con la mirada a Milico[10].

Nerón entonces preguntó a Escevino por qué había firmado su testamento en un día desfavorable, y por qué había dado dinero y libertad a sus esclavos.

«A menudo he firmado mi testamento sin tener en cuenta la observancia de un día determinado», replicó Escevino. «Antes ya he dado regalos de dinero y libertad a algunos de mis esclavos. En esta ocasión, los he prodigado con más libertad porque como mis medios se han empobrecido y los acreedores me persiguen, desconfiaba de la validez de mi testamento.»[11]

¿Tenía problemas financieros Escevino, en realidad? Por lo que sabía el emperador, la mesa de Escevino siempre estaba cubierta de la mejor vajilla de plata, y su estilo de vida siempre había sido muy lujoso. Escevino se encogió de hombros y dijo que sin duda sus críticos más duros no aprobarían sus gastos en las circunstancias financieras en las que se encontraba actualmente.

La cuestión de la preparación de vendas no se podía esperar que obtuviera una respuesta fácil de Escevino. Pero en lugar de defenderse de la acusación con alguna excusa nimia, Escevino optó por la ofensiva. Aseguró que no se habían preparado vendas siguiendo sus órdenes. «¡Esta y todas las acusaciones de ese hombre son absurdas!» Añadió que si alguien se disponía a asesinar al César, ése era Milico. Volviéndose hacia el liberto, Escevino le denunció sin temor: «¡Infame y depravado monstruo!»[12].

Nerón miró al acusado, al acusador y a Epafrodito, sin saber qué hacer. Parecía que la acusación contra Escevino, que no se apoyaba en prueba o testimonio alguno que la corroborase, iba a quedar en nada. Cuando Nerón estaba a punto de despachar al hombre acusado, una salida que habría dado a Escevino la oportunidad de que a Milico le condenaran por hacer falsas acusaciones, habló la mujer de Milico. Hasta aquel momento había sujetado su lengua, pero entonces recordó a Milico que Antonio Natalis había tenido hacía poco una larga conversación con Escevino, haciendo que todos los sirvientes saliesen de la habitación. Y añadió que Escevino y Natalis eran ambos íntimos amigos de Cayo Pisón.

Nerón aguzó los oídos: «¿Pisón, dices?».

Nerón nunca había olvidado las acusaciones no probadas contra Pisón y su amigo Séneca, tres años antes. Nerón temía a Séneca mucho más que a Pisón; que Pisón estuviese implicado en aquel asunto podía sugerir que Séneca estaba implicado también, y que incluso puede que hubiese orquestado una conspiración contra el emperador. Nerón, con crecientes sospechas, ordenó que trajesen a Antonio Natalis para su interrogatorio, y luego le preguntó a Escevino de qué había tratado su furtiva conversación con Natalis.

La mañana todavía era joven cuando Natalis fue conducido a los Jardines Servilianos. Habían llevado a Escevino a otra sala cuando Natalis apareció ante Nerón. Le preguntaron a Natalis de qué había hablado con Escevino en su reunión secreta. La versión de Natalis de lo sucedido era completamente distinta de la que había dado Escevino sólo unos minutos antes. Nerón, sabiendo que al menos uno de los dos hombres mentía, ordenó que cargasen a los dos de cadenas y los interrogasen más tarde.

Pusieron unos grilletes en las muñecas de Escevino y Natalis, a los que llevaron al cuartel pretoriano, al otro lado de la ciudad. Por primera vez desde hacía casi un año entero, el prefecto del pretorio Tigelino ocupaba una vez más el centro de la escena. Marginado por Nerón desde el gran incendio, quizá porque la segunda fase del incendio surgió de la propiedad de Tigelino y Nerón después mantuvo al prefecto a cierta distancia, en un intento de disipar los rumores de que era responsable del fuego, Nerón llamó entonces a Tigelino para que hiciera lo que mejor sabía hacer y se ocupase de los traidores con su estilo inimitable.

Haciéndose cargo de los prisioneros Escevino y Natalis en los cuarteles, Tigelino les mostró su juguete favorito, el potro. La simple visión de aquel aparato de tortura bastó para abrir los labios de ambos hombres. Primero Natalis, bajo interrogatorio separado y promesa de inmunidad si daba los nombres de otros conspiradores, confesó los detalles de la conspiración y nombró a Pisón como jefe de todos, mencionando también sus reuniones con Séneca en nombre de Pisón. Esos nombres se le dieron a Escevino. Creyendo que Natalis lo había revelado todo, él confirmó los nombres, admitió su parte en la conspiración y luego procedió a nombrar a todos los demás conspiradores civiles. Sin embargo, ni él ni Natalis nombraron a ninguno de los tribunos ni centuriones de las Cohortes Pretorianas que formaban parte de la conspiración. Es probable que al hacerlo así ambos hombres esperasen que los oficiales pretorianos actuasen entonces, dirigiesen una rebelión de sus tropas contra Nerón y liberasen a los acusados.

La noticia del arresto de Escevino y Natalis corrió por la ciudad aquella mañana. Ya mientras Escevino y Natalis estaban siendo interrogados en los Jardines Servilianos, Cayo Pisón recibió la noticia de varios compañeros de conspiración, preocupados. La conspiración había quedado al descubierto, o lo sería pronto, Pisón lo sabía muy bien, porque ni Escevino ni Natalis tenían reputación de valientes precisamente, y se podía esperar que ambos lo revelasen todo mediante tortura u ofertas de recompensa. Los amigos de Pisón le instaron a que reuniera a sus partidarios y corriese al cuartel pretoriano, o subiese a los Rostra, en el Foro, y tomase la iniciativa.

«Comprueba los sentimientos de los soldados y del pueblo», dijo un conspirador. Creía que haciendo público el movimiento contra Nerón, Pisón atraería a muchos seguidores más. Nerón todavía tenía que llamar a sus guardias, dijo, y aún había tiempo de vencer al emperador antes de que se diese cuenta del alcance de la conspiración[13].

Otro de los amigos de Pisón creía que era demasiado tarde: las tropas estarían de camino para arrestarle en cualquier momento. Aconsejó a Pisón que se quitase la vida mientras todavía tenía oportunidad. «Justifica tu vida ante tus antepasados y tus descendientes», le instó[14].

Pisón, indeciso, sin saber qué camino tomar, salió a la calle a comprobar cuál era el humor de la gente. Aunque la noticia del arresto de Escevino y Natalis era ya del conocimiento común, no había sensación alguna de emoción o de pánico en las calles, ni se hablaba de unirse al movimiento contra Nerón, ni de que los militares marchasen contra el emperador. La vida diaria continuaba con toda normalidad. Y Pisón comprendió al momento que la conspiración estaba condenada al fracaso. Volviendo a su casa, cerró las puertas y ordenó a sus sirvientes que le trajesen vino, e hizo llamar a su secretario.

Mientras Pisón esperaba, dictó un nuevo testamento en el que alababa a Nerón y dejaba una parte de sus propiedades al emperador. Esto estaba destinado a asegurarse de que Nerón permitiera a la esposa de Pisón, Atria, conservar al menos su dote, como estipulaba la ley romana en caso de una muerte normal. De otro modo, el tesoro imperial podía confiscar todas las propiedades de Pisón, un resultado habitual cuando un hombre era convicto de traición.

En rápida sucesión, los destacamentos pretorianos irrumpieron en una casa y apartamento tras otro, en toda la ciudad. Se llevaban a los conspiradores citados para su interrogatorio, igual que a sus criados. La mayor parte de los arrestados confesarían su intervención en la conspiración más tarde o más temprano, pero tres de los acusados mantuvieron insistentemente su inocencia: Lucano, el joven poeta; Quintiano, el senador, y el antiguo amigo de Nerón, Senecio el ecuestre, el hombre «infiltrado» de los conspiradores. Su actitud cambió cuando se les ofreció inmunidad de las acusaciones si admitían su complicidad y cada uno dio el nombre de al menos un conspirador más. Los tres confesaron. Lucano nombró a su madre Atilla como conspiradora. Los otros dos delataron a sus mejores amigos. Lucano al parecer creía que si nombraba a su madre, Nerón no se rebajaría a arrestarla, como así sucedió. Lucano y los otros dos fueron liberados y se les permitió volver a casa.

Nerón recordó entonces, o se lo recordaron, a la liberta Epicaris, que todavía estaba en custodia, y ordenó que fuese interrogada por segunda vez, esta vez en el potro. Los hombres de Tigelino se emplearon con rapidez como torturadores. Epicaris fue colocada en

el potro boca abajo, con brazos y piernas bien estirados. Fue azotada. Le aplicaron hierros al rojo vivo a la piel. Pero ella negaba con insistencia las acusaciones de que estuviese implicada en aquella conspiración. De modo que la estiraron en el potro hasta que le dislocaron las piernas. Aun así rechazaba cualquier complicidad y se negó a implicar a nadie más. Al final del día la arrojaron a una celda entre horribles sufrimientos, pero sin haber cedido ante sus torturadores.

Un destacamento de pretorianos llegó ante las puertas cerradas de Cayo Pisón. Esas tropas eran hombres que procedían de lugares aislados del sur de Italia, que se acababan de unir a las Cohortes Pretorianas en el llamamiento a filas más reciente. Los hombres alistados más antiguos, que llevaban muchos años de servicio en los pretorianos, «realmente habían desarrollado una gran afición» por Nerón, según Tácito[15]. Pero a Nerón le preocupaba que aquellos hombres mayores se hubiesen aficionado también a Pisón, después de vivir tantos años en la capital. Los reclutas recientes, jóvenes de fuera de la capital, no conocían a Pisón. De modo que Nerón había dado instrucciones específicas de que se enviasen hombres nuevos a arrestar a Pisón.

El tribuno al mando del destacamento fue informado por la gente de Pisón de que su amo acababa de cortarse las arterias de los brazos y pronto estaría muerto. El oficial decidió permitir a Pisón la dignidad de una muerte autoinfligida; sus tropas permanecerían en la casa hasta que se confirmase que Pisón había muerto. El oficial entonces entró y vio el cadáver de Pisón, sacó la espada y cortó la cabeza del senador muerto. Aquella cabeza la llevarían a los Jardines Servilianos como prueba de la defunción de Pisón.

Nerón, «cada vez más alarmado», a medida que la conspiración se iba desplegando ante sus ojos y se añadían más y más nombres a la lista de los conspiradores, ordenó que el tamaño de su guardia se multiplicase, y que pusieran a la ciudad bajo control militar[16]. Llamaron a las armas a todas las cohortes de la Guardia Germana estacionadas en su cuartel al oeste del Tíber. También fueron convocadas las catorce Cohortes Pretorianas. Los destacamentos pretorianos marcharon hacia las torres de guardia y todas las puertas de la ciudad y las ocuparon, aumentando los pequeños destacamentos de la Cohorte de la Ciudad que estaban de servicio

en las puertas. Armados con una lista de sospechosos, los pretorianos detenían e interrogaban a todas las personas que abandonaban la capital. Otras cohortes salieron de la ciudad y se estacionaron a lo largo de las orillas del río Tíber para evitar que algún hombre acusado escapara por allí.

Algunos escuadrones de la caballería pretoriana galoparon desde la ciudad y bajaron por la Vía Ostiensis hasta la costa, y en Ostia se unieron a los hombres de la 17.ª Cohorte de la Guardia de la Ciudad, que estaba estacionada entonces en Ostia, para vigilar los muelles en busca de hombres reclamados por la justicia. Para buscar a los sospechosos que estaban fuera de la ciudad, muchos soldados de caballería fueron por las carreteras hasta las ciudades y pueblos de los alrededores, donde se les unieron otros hombres de las Cohortes Germanas, que en aquel tiempo estaban estacionados fuera de Roma. Según Tácito, Nerón confiaba en la tropas germanas mucho más que en los soldados ciudadanos romanos de las Cohortes Pretorianas, y añadió deliberadamente escuadrones de germanos a las unidades pretorianas, para asegurarse de que los pretorianos cumplían con su deber y no dejaban de perseguir a los miembros de la conspiración asesina[17].

Nerón tenía motivos históricos para hacerlo. Augusto había fundado las Cohortes Germanas con la convicción de que esas tropas extranjeras, que no ostentaban la ciudadanía romana, era muy improbable que se uniesen a ningún levantamiento contra el trono, y parece ser que tenía razón. Por el mismo motivo, Tiberio mezcló tropas de las Cohortes Germanas entre las tropas pretorianas enviadas a aplastar el motín de una legión en Dalmacia, al principio de su reinado.

Mientras las tropas de Nerón se iban diseminando por todas partes, Nerón asignó a un tribuno del pretorio, Gavio Silvano, la tarea de localizar e interrogar al antiguo secretario jefe, Lucio Séneca. En particular, Silvano tenía órdenes de exponer a Séneca las palabras del conspirador confeso Natalis, que insinuó que Séneca conocía la conspiración para asesinar a Nerón, y exigirle que dijera si la afirmación de Natalis era cierta. Silvano se fue a cumplir su misión. Como ocurría desde hacía muchos meses, Séneca estaba fuera de Roma. Pero sin que lo supiera Nerón, al menos había un tribuno del pretorio que conocía con toda precisión el paradero del

antiguo secretario jefe. O pasó gran parte del día antes de que Silvano obtuviese esa información por parte de su colega, o bien se quedó inmóvil durante horas antes de actuar, después de tener aquella información.

A diferencia de Séneca, el cónsul designado Plaucio Laterano estaba cerca, y no tuvo tiempo de huir antes de que los pretorianos fueran a por él. Varios conspiradores más, todos bien situados, habían dado el nombre de Laterano, y su destino estaba sellado. Su arresto tuvo lugar tan rápidamente que Laterano no tuvo tiempo de quitarse la vida ni de dar a sus hijos un abrazo de despedida. El tribuno Estacio Próximo estaba a cargo de las tropas que arrestaron a Laterano. El prisionero no dijo nada mientras se lo llevaban con cadenas en las muñecas, tobillos y cuello, y luego lo arrastraban hasta un lugar fuera de la ciudad usado habitualmente para ejecutar a los esclavos. Pero Laterano sabía que el tribuno Próximo era miembro de la conspiración también, y el prisionero quizá esperaba que en el último momento le salvara.

Pero Laterano no tuvo esa suerte. Al tribuno Próximo sólo le interesaba salvar su propia piel, y tenía mucha prisa por silenciar al conspirador de alto rango. Obligaron a Laterano a arrodillarse y luego le dijeron que estirase el cuello. Próximo sacó la espada y con un solo mandoble, asestado con las dos manos, cortó al cabeza al cónsul electo.

XVI
EL SUICIDIO DE SÉNECA

A primera hora de aquel mismo día, el 19 de abril, el día en que iba a tener lugar la carrera de carros como celebración del Festival de Ceres, Lucio Séneca y su mujer, Pompeya Paulina, viajaron desde su propiedad en el campo, en Campania, y llegaron a la villa de un amigo de Séneca, al parecer Novio Prisco, a seis kilómetros al sur de Roma. La partida, a la que se había unido el médico de Séneca, Estacio Anneo, se disponía a pasar la noche en la villa.

Aquella noche Séneca, su mujer, su médico y su anfitrión acababan de empezar a cenar cuando llegó una gran partida de soldados pretorianos que venían por la carretera de Roma y rodeó la casa. Llevaban una hora de marcha desde que abandonaron la capital. Los oficiales de mayor rango del destacamento iban a caballo. El oficial a cargo, el tribuno Gavio Silvano, desmontó y entró en la casa para plantearle al antiguo secretario jefe las preguntas del emperador. Encontró a Séneca, su mujer y dos amigos en el comedor, echados en unos divanes en torno a una mesa baja para comer. Séneca había perdido mucho peso desde que el tribuno le había visto por última vez. «Su cuerpo envejecido», dice Tácito, estaba «atenuado por una dieta frugal»[1]. De pie ante los comensales, Silvano hizo las preguntas correspondientes al antiguo secretario jefe.

«Sí, tribuno, me enviaron a Natalis», reconoció despreocupadamente el demacrado Séneca como respuesta, apoyándose en un codo, con su esposa reclinada junto a él, «y se quejó ante mí en nombre de Pisón porque yo me había negado a ver a Pisón»[2].

El tribuno preguntó por qué se había negado Séneca a ver a Pisón.

«Me excusé por mi mala salud y el deseo de descansar», replicó

Séneca. «No tenía motivo alguno para preferir el interés de ningún ciudadano particular a mi propio bienestar. No tengo aptitudes naturales para los halagos; nadie lo sabe mejor que Nerón, quien ha experimentado más a menudo mi franqueza que mi sumisión.»[3]

El tribuno se retiró. Dejando sus tropas en torno a la villa, Silvano volvió a la ciudad para informar al emperador. Encontró a Nerón en los Jardines Servilianos, donde se hallaba acompañado por su esposa Popea y el prefecto del pretorio, Tigelino. La emperatriz y el prefecto se habían convertido, en aquella grave situación, «en los consejeros de mayor confianza del emperador», dice Tácito[4].

En cuanto el tribuno hubo repetido las respuestas de Séneca a las preguntas que se le hacían, Nerón preguntó: «¿Pensaba Séneca en el suicidio?».

«No, César», replicó Silvano. «No vi señal alguna de temor, y no percibí tampoco tristeza en sus palabras, ni en su aspecto.»[5]

Nerón deliberó con Popea y Tigelino qué acción emprender entonces. Tácito y Suetonio se muestran categóricos al afirmar que Nerón quería ver muerto a Séneca, temiendo tanto su influencia como su habilidad. Tigelino quizá le recordase a Nerón que las últimas palabras de Séneca a Natalis le incriminaban: el comentario de que su seguridad dependía de la seguridad de Pisón. Eso, dijo quizá el consejero, probaba que Séneca conocía la conspiración para asesinarle y el plan de instalar a Pisón en el lugar de Nerón, una vez el emperador hubiese sido asesinado, pero Séneca no había intentado advertir al emperador de que su vida se hallaba en grave peligro por parte de Pisón. Aunque Séneca no hubiese sido un miembro activo de la conspiración, el hecho de no haberle descubierto la conspiración a Nerón constituía traición.

«Informa a Séneca de que se le ha sentenciado a muerte», dijo Nerón a Silvano[6].

«Sí, César.» El tribuno corrió de nuevo a cumplir la orden. Pero no volvió directamente a la villa fuera de la ciudad. Por el contrario, en el crepúsculo veraniego, Silvano acudió al segundo prefecto del pretorio, Fenio Rufo, cuya asociación con la conspiración era todavía un secreto bien guardado. El tribuno Silvano también formaba parte de la conspiración, habiéndose unido a ella durante la segunda oleada de reclutamientos, y conocía

la implicación de Rufo. Silvano informó a Rufo de las órdenes de Nerón concernientes a Séneca, y le preguntó qué debía hacer.

Rufo amonestó al tribuno por haber acudido a él y dio instrucciones a Silvano de seguir las órdenes del emperador sin más demora. Silvano se despidió y volvió a la villa del campo fuera de Roma donde había dejado a Séneca. Tácito dice de Rufo, Silvano y otros oficiales pretorianos implicados en la conspiración asesina: «Un aroma fatal a cobardía se desprendía de todos ellos»[7]. Registrando todos estos hechos varias décadas más tarde, Tácito basó su relato, según nos revela, en los escritos de Fabio Rústico, el historiador que fue tanto amigo como cliente de Séneca, y que al parecer tenía unos contactos especialmente buenos con las Cohortes Pretorianas.

El tribuno Silvano se hallaba muy turbado por el cariz de los acontecimientos. Acabaría por saberse que su compañero, el tribuno pretoriano Sabrio Flavo, uno de los inspiradores de la conspiración, no estaba muy contento con la elección que habían hecho los demás conspiradores de Cayo Pisón como sustituto de Nerón. Según la opinión marcial de Flavo, era tan vergonzoso convertir en emperador de Roma a un actor trágico como tener que aguantar en el trono a un intérprete de lira. Flavo tenía otro candidato para el trono: Séneca. El tribuno sentía que Séneca era «un hombre señalado por sus espléndidas virtudes por todos los hombres íntegros», y que haría mucho mejor papel que Nerón o Pisón[8]. Séneca tenía experiencia en aquel trabajo, después de todo, ya que había sido prácticamente emperador de hecho, gobernando en nombre de Nerón durante los primeros años del reinado del emperador niño. El plan de Flavo era unirse en un principio a los conspiradores civiles, hasta el momento en que Nerón fuese asesinado. Flavo y unos cuantos de sus centuriones, a los que ya habría metido en aquella trama secundaria, asesinarían entonces a Pisón y le entregarían el Imperio a Séneca, que subiría al trono como emperador.

Aunque ese giro del plan original lo había inspirado el tribuno Flavo, al parecer Séneca lo conocía perfectamente. Por eso había acudido a aquella casa que estaba cerca de Roma aquel día, para esperar la noticia de la muerte de Nerón y de la muerte de Pisón, y luego ser conducido al cuartel de los pretorianos y aclamado como

siguiente emperador de Roma. El tribuno Silvano también conocía este plan, pero con Nerón todavía vivo y el prefecto Rufo sin querer mostrar aún sus cartas, Silvano no tuvo el valor de poner él mismo en marcha el plan. Ni tampoco tuvo valor para enfrentarse a Séneca. Después de volver a galope a la villa, y tras llegar después de anochecer, el pusilánime tribuno dio instrucciones a uno de sus centuriones de que fuese a la villa e informase a Séneca de la sentencia de muerte que había dictado Nerón contra él.

Dentro de la villa, Séneca, su mujer y sus amigos esperaron unas horas tensas a que se entregase el veredicto del emperador, aunque es probable que Séneca hubiese adivinado que su tiempo había concluido y sólo viviese con la esperanza de que los oficiales pretorianos implicados en la conspiración se manifestaran, pusieran en movimiento el plan y completaran el derrocamiento de Nerón. El centurión que ahora entregaba la sentencia de muerte a Séneca no estaba implicado en la conspiración y era leal a Nerón, y por lo que respecta al mensajero, el viejo que tenía ante él era un traidor convicto. Mientras el centurión hablaba, apoyaba la mano en el pomo de su espada envainada, para poner de relieve tanto su autoridad capital como su misión.

«¿Me permitirás que me traigan unas tablillas [de cera] para redactar mi testamento?», le pidió Séneca.

«No», replicó con brusquedad el centurión.

Con un suspiro, Séneca se volvió hacia su mujer y sus amigos. «Como me prohíben recompensaros, os lego la única posesión, la más noble de todas, sin embargo, que soy capaz de daros: el ejemplo de mi vida.»[9]

Séneca se había hecho famoso como filósofo, sobre todo con sus escritos durante su exilio en Córcega. Muchos de sus dichos han llegado hasta el día de hoy. Sin embargo, Séneca no siempre había sido capaz de vivir con arreglo a las altas exigencias establecidas por su propia filosofía. Lejos de vivir una vida sencilla, había amasado grandes riquezas, vivido con mucho lujo y cargado exorbitantes tasas de intereses al dinero que había prestado. Se decía que al reclamar sumariamente sus enormes préstamos a las tribus británicas en
59-60
d. C., contribuyó a un resentimiento en Britania que condujo a la

sangrienta rebelión de Boudica. Fue convicto de cometer adulterio con una hija de Germánico César, Julia, y se le acusó de ser amante de otra, la madre de Nerón, Agripina la Menor. También se puede pensar que quizá Séneca se viera implicado en el asesinato de Germánico, para ganarse el favor de Sejano, el poderoso y ambicioso prefecto del pretorio de Tiberio. Y no existe duda alguna de que Séneca estuvo de acuerdo con Nerón en la fase final del asesinato de la joven madre del emperador, y que orquestó el posterior encubrimiento. Intachable y virtuosa no había sido su vida, precisamente.

El ejemplo de la vida de Séneca, pues, estaba lejos de resultar digno de emulación. Sin embargo, Séneca había llegado a creerse su propia publicidad, que se propagó durante los años que estuvo en el poder, y creía ser un hombre de espléndidas virtudes. Como muchos pecadores, sentía que él no era el ofensor sino el ofendido, la víctima. Parece que creía de verdad que acababa su vida como mártir de la tiranía, aunque durante muchos años fue cómplice del tirano.

«Si lo recordáis [el ejemplo de su vida] después de que me haya ido, seréis conocidos por vuestro valor moral y vuestra constante amistad», añadió, grandilocuente[10].

La esposa de Séneca y sus amigos lloraban. Paulina era mucho más joven que su marido, quizá la mitad de su edad. La primera esposa de Séneca y un hijo pequeño, su único hijo, murieron cuando él estaba en el exilio. Paulina, hija de un antiguo cónsul que fue uno de los tres hombres a los que Nerón confió la dirección de las rentas públicas, había sido una esposa leal y amorosa para Séneca. No mucho antes de aquello, Séneca escribió a un amigo: «Ella siempre me está exhortando a que cuide mi salud, y en realidad, al darme cuenta de que todo su ser depende del mío, estoy empezando, debido a la preocupación por ella, a sentir alguna preocupación por mí mismo»[11].

Ahora, mientras las lágrimas fluían a su alrededor, Séneca instó a sus amigos a secarse los ojos y enfrentarse a lo que venía con «varonil resolución». Y luego se recriminó a sí mismo por haber dejado que las cosas llegaran a aquel extremo. «¿Dónde están tus máximas filosóficas, Séneca, o la preparación de tantos años de estudio contra los males futuros? ¿Quién no conocía la crueldad de

Nerón? Después de matar a su madre y a su hermano, lo único que le quedaba era destruir a su guardián y tutor.»[12]

El centurión, que miraba y escuchaba todo aquello, daba golpecitos en su espada, impaciente. Tenía órdenes del tribuno de permitir que Séneca se quitase la vida él mismo, pero su paciencia tenía un límite. Cuando Séneca abrazó a la sollozante Paulina, «él le rogó y le imploró que se ahorrase la carga de una pena perpetua». Por el contrario, dijo, ella debía consolarse con recuerdos de la vida virtuosa que habían pasado juntos[13].

Estaba claro que Séneca se proponía suicidarse, a pesar de que recientemente había escrito a un amigo: «Un hombre bueno debe vivir tanto como pueda, no tanto como quiera. El hombre que no valora a su mujer o a un amigo lo suficiente para seguir con vida un poco más, que persiste en morir, a pesar de ellos, es un carácter plenamente autocompasivo»[14]. Pero la situación en la que ahora se encontraba hacía que la muerte por propia mano resultase una perspectiva mucho más atrayente. Pocos romanos declinaban la oportunidad de quitarse ellos la vida antes de someterse al ejecutor, cuando habían sido condenados a muerte. Más que el temor al dolor de la decapitación, esos hombres adoptaban la opción del suicidio porque así su destino seguía en sus propias manos hasta el final, mientras que con la ejecución como prisionero, su destino lo entregaban a otro. Por eso los romanos consideraban el suicidio no como un delito ni mucho menos, sino como un acto honorable.

Cuando menos se lo esperaban, la mujer de Séneca dijo: «Yo también he decidido morir». Miró al asombrado oficial pretoriano. «Córtame la cabeza, centurión.»

El centurión respondió que no tenía órdenes respecto a su ejecución y no podía obedecerla.

Séneca dijo orgulloso a su mujer: «Paulina, te he mostrado algunas formas de suavizar la vida. Prefieres la gloria de morir. No te reprocharé esa afirmación tan noble. Compartiremos la fortaleza de un final tan valeroso, pero la forma de tu muerte será la más famosa»[15].

Mientras esperaban el veredicto de Nerón, Séneca había preparado una daga. Ahora, mientras el centurión, Prisco y Estacio miraban, estos dos últimos y todos los sirvientes que estaban presentes con el rostro lleno de horror, Séneca y su mujer se

sentaron en el diván con el brazo izquierdo de él y el derecho de ella juntos, y Séneca cortó el brazo de él y el de ella «con el mismo tajo», seccionando las arterias de ambos. La sangre de Paulina brotó limpiamente de su herida, pero la de Séneca salió más despacio. Viendo que el centurión fruncía el ceño, impaciente, Séneca cogió el cuchillo una vez más, se inclinó y se cortó las venas de piernas y rodillas. Séneca temía que su lenta muerte estropease la decisión de su esposa de morir con él… porque él quería que Paulina compartiese su destino, como dramática afirmación que encontrase un lugar en las páginas de la historia. De modo que se despidió de su mujer y luego hizo que sus sirvientes se la llevasen a otra habitación, y así él y ella morirían separados.

El centurión salió entonces e informó a su tribuno de que Paulina había buscado «la gloria de compartir la muerte de su marido», y que tanto ella como Séneca se habían abierto las venas. El tribuno Silvano montó entonces en su caballo y se dirigió hacia la capital[16].

«No tengo nada contra Pompeya Paulina», dijo el emperador, cuando Silvano le informó en los Jardines Servilianos. «Le prohíbo que muera.»[17]

De modo que Silvano galopó de nuevo hacia la villa, donde dio instrucciones a su centurión de que restañase la hemorragia de Paulina. El centurión condujo a varios de sus hombres al interior de la casa y encontró a Paulina yaciendo en otra habitación, viva pero débil, rodeada de sus temerosos criados. El centurión ordenó a los criados de Paulina que le vendasen el brazo de inmediato, cosa que hicieron. Algunos informarían más tarde que Paulina ya estaba inconsciente por aquel entonces, y que no se enteró de que le habían salvado la vida. Según Tácito, había quien afirmaba que Paulina todavía estaba consciente cuando las tropas llegaron hasta ella, y en cuanto supo que Nerón no quería castigarla, «cedió al atractivo de la vida» y no hizo intento alguno de resistirse o de hacerse más daño[18]. En cualquier caso, a Séneca se le negó la dramática imagen que había contemplado de Paulina y él unidos en la muerte. Paulina se recuperó.

En una habitación cercana, sin darse cuenta de que le habían robado su doble sacrificio, Séneca pasó el tiempo dictando a sus dos secretarios, mientras iba desangrándose lentamente hasta la muerte.

No redactó un nuevo testamento, como se había propuesto antes; el testamento de Séneca, que se publicaría más tarde, lo escribió cuando todavía estaba en el poder, un tiempo antes de su retiro en 62 d.
C. Por el contrario, pensando que su fin estaba cercano, Séneca pensó en la posteridad y en su reputación, y dictó un relato de su propio fin, dictando sus últimas palabras a su mujer y sus amigos para la edificación del público en general. A partir de este relato, publicado después de la muerte de Séneca por sus amigos, según dice Tácito, el historiador pudo describir las últimas horas de Séneca con vivos detalles y citas literales.

Ya bien entrada la noche Séneca se agarraba aún a la vida, aunque había decidido separarse de ella. Su salida prolongada le obligó a rogar a su físico, Estacio, amigo desde hacía muchos años, cuyas habilidades médicas estimaba mucho, que le preparase un veneno. Porque en cualquier momento el centurión podía entrar allí con la espada desenvainada y hacerse cargo del asunto con sus propias manos. Tácito escribe que Séneca le pidió la droga «que había preparado para él hacía un tiempo», sin explicar cómo había obtenido Séneca previamente el veneno ni para qué objetivo era.

Aquel veneno letal era, según Tácito, «la misma droga que extinguía la vida de aquellos condenados por una sentencia pública del pueblo de Atenas»[19]. La «sentencia pública» se puede referir al sistema de jurado practicado por los atenienses, y la droga en cuestión era la cicuta. Estacio corrió a su equipaje y abrió su baúl médico. Los físicos en tiempos de Roma llevaban siempre consigo diversas drogas. Administradas en pequeñas cantidades, drogas que podían ser mortales se usaban para tratar diferentes padecimientos.

Estacio mezcló el veneno, un polvo compuesto a base de las hojas molidas de la planta tóxica de la cicuta cuando estaba en flor, con agua y vino, y esto fue lo que le llevó a Séneca, que se lo bebió al momento. Hay dos tipos de cicuta: la de agua y la venenosa. La primera, común en todas las zonas templadas de Europa, produce vómitos y diarrea, entre otros síntomas. La cicuta venenosa, nativa del norte de África, produce debilidad muscular, parálisis de las extremidades y ceguera, seguida de dificultades respiratorias y fallo cardíaco. Séneca no vomitó ni tuvo diarrea, sino que se quejó de sentir los miembros muy fríos, indicando que era cicuta venenosa lo

que había tomado. Pero a pesar del veneno, Séneca seguía sin morir.

Su anfitrión, Prisco, ordenó a su personal que calentase diversos baños en la casa de baños de la finca, y en cuanto le indicaron que los fuegos habían hecho su labor, el ensangrentado Séneca fue conducido a la casa de baños y lo depositaron en una bañera caliente. Mientras sus palabras resonaban a su alrededor, salpicó algo de agua a los esclavos más cercanos y recitó las palabras que se suelen murmurar durante un sacrificio religioso: «Ofrezco este líquido como libación a Júpiter el Salvador»[20].

El baño tibio no aportaba gran diferencia al flujo de su sangre, de modo que llevaron a Séneca al baño caliente. El vapor llenaba la sala cuando introdujeron a Séneca en el agua. Los esclavos y amigos de Séneca se retiraron. Séneca murió asfixiado en aquella sala llena de vapor. Un poco más tarde, cuando el agua se enfrió y sacaron el cuerpo de Séneca, el centurión apareció, sacó su espada y le cortó la cabeza. Mientras enviaban la cabeza a Roma como prueba para Nerón de que el hombre que le había guiado durante más de la mitad de su vida había muerto, el cadáver fue colocado en una pira en el jardín de la villa. En su testamento, Séneca, que nunca había sido religioso, especificó que se le quemara sin rito religioso alguno. De ese modo, Lucio Anneo Séneca se fue de este mundo, tardía víctima de la conspiración para matar a Nerón, aunque no sería la última.

XVII
LA PURGA

Cuando salió el sol salió por encima del cuartel de los pretorianos el 20 de abril, al día siguiente del descubrimiento de la conspiración para asesinar al emperador en Roma, los inquisidores de la prisionera Epicaris se dispusieron a reemprender su interrogatorio de la mujer. Después de su improductiva tortura del día anterior, Epicaris había pasado una noche atroz en el suelo de una celda. Ahora, los guardias volvían a por ella. Como le habían dislocado las piernas en el potro y no podía andar, la ataron a una silla corriente y así la arrastraron desde la celda, a lo largo de un pasillo, hacia la cámara de tortura.

Por la noche Epicaris había conseguido desgarrar una fuerte cinta de la pechera de su vestido, y cuando los guardias vinieron a por ella, llevaba la cinta enrollada y oculta en una mano. Cuando sus despreocupados carceleros la arrastraban sentada en la silla, Epicaris consiguió atar la cinta en el respaldo arqueado de la silla, formando así un lazo. Allí metió el cuello. Luego, tirando del lazo con todas sus fuerzas, sofocó el aliento que entraba en su cuerpo. Se decía que sólo cuando los guardias hubieron depositado a Epicaris en la cámara de torturas se descubrió que la prisionera no era más que un cadáver. Tácito, cosa rara, alaba a la liberta por su valor: no dio el nombre de uno solo de los conspiradores para salvarse, «protegiendo a desconocidos y a personas a las que apenas conocía»[1]. Mientras tanto hombres libres, incluidos ecuestres y senadores, estaban revelando nombres en abundancia, sin haberse enfrentado siquiera a los torturadores.

Ante las puertas de los Jardines Servilianos, al oeste del río Tíber, en la Regio XIV, largas filas de hombres acusados y sus criados, todos encadenados, esperaban el interrogatorio. A algunos los arrestaron en la ciudad; a otros les siguieron la pista hasta

escondites en el campo y los trajeron para interrogarlos. Séneca había muerto, y también Pisón y Laterano. Pero quedaban muchos conspiradores más y sus simpatizantes. Y no eran los menos los oficiales de las Cohortes Pretorianas que formaban parte de la conspiración; ni uno solo de ellos había quedado expuesto aún, ni tampoco había dado un solo paso para ayudar a los acusados.

En los jardines, Nerón, con un enorme guardaespaldas de las Cohortes Germanas llamado Casio a su lado, iba acompañado por los prefectos del pretorio Tigelino y Fenio Rufo. Junto a Rufo se encontraba el tribuno militar y comandante de la Cohorte Pretoriana Subrio Flavo, que, sin saberlo el emperador, era conspirador, y cuyas tropas formaban parte de la guardia de los prisioneros. Ambos hombres iban armados. Los conspiradores estaban convencidos de que aquellos dos (el prefecto Rufo y el tribuno Flavo) acudirían a rescatarlos en cuanto los cabecillas hubiesen lanzado el golpe, pero hasta aquel momento ni el prefecto ni el tribuno habían hecho movimiento alguno.

Los secretarios del Palatium escribían sobre cera y en taquigrafía, anotando cada confesión, cada acusación, cada atisbo de deslealtad de unos hombres desesperados por desviar la culpa hacia otros. Tigelino estaba ahora en su elemento, con toda ferocidad. A medida que cada hombre nombrado por los conspiradores confesos era conducido ante él y negaba su complicidad en la conspiración, el prefecto le acusaba: se vio a ese hombre entrando en un banquete o en un espectáculo con uno de los conspiradores conocidos; ese otro se sabía que había tenido una reunión inesperada con un conspirador, o incluso ese otro hombre fue visto sonriendo a un conspirador.

Mientras tenían lugar aquellos interrogatorios, el prefecto Rufo torcía el gesto ante sus cómplices, que no se atrevían a nombrarle como uno de ellos, e incluso les amenazaba, si no hablaban cuando les preguntaba. Era una situación extremadamente peligrosa para Rufo. El tribuno Flavo, de pie junto a Rufo y desconcertado por los actos de su superior, pensaba que Rufo sólo quería ganar tiempo. El tribuno miró a los ojos al prefecto y se movió como si fuese a sacar la espada y matar a Nerón allí mismo, en aquel preciso momento, mientras tuviera aún la oportunidad. Sólo estaba a unos pocos metros de distancia. Rufo, sacudiendo la cabeza, cogió

discretamente el brazo de Flavo mientras la mano del centurión descansaba en el pomo de su espada, enfundada en su costado izquierdo, y le detuvo. Si el tribuno hubiese seguido adelante con su propósito de asesinar a Nerón en aquel momento, la historia romana habría dado un giro muy distinto.

Mientras tanto, estaba claro que el prefecto Rufo esperaba que ninguno de los sospechosos mencionase su nombre. Fue una esperanza inútil. Llevaron allí a Escevino para que se enfrentase a los hombres acusados. Quizá éste esperaba que Rufo y los otros seis oficiales pretorianos que eran cómplices en la conspiración se alzasen en armas para ayudarle, y por eso no los había nombrado aún. Pero Escevino, viendo a Rufo hacerse el duro mientras a él mismo lo intimidaba Tigelino, que le exigía más información y más nombres, sonrió, miró directamente a Rufo y dijo: «Nadie sabe más que él»[2].

Todos los ojos se volvieron al prefecto Rufo, que palideció.

«Muéstrale a Nerón César lo agradecido que estás de que sea un buen príncipe, Rufo», añadió Escevino, sarcástico[3].

Rufo estaba aterrorizado, era evidente, y sólo pudo responder titubeando y de una manera muy poco convincente que él era un súbdito leal de Nerón. Había varios hombres acusados en la sala en aquel momento, entre ellos Cervario Próculo, uno de los siete ecuestres que habían abrazado la conspiración desde sus primeros días. Próculo sabía que Rufo estaba implicado, y se puso furioso al ver que el prefecto intentaba representar el papel de uno de sus jueces. Apoyado por Escevino, Próculo señaló también con el dedo al prefecto. Otros de la fila de prisioneros les imitaron también. Rufo estaba condenado.

«¡Cogedle!», ordenó Nerón[4].

Durante un momento, sólo un parpadeo, hubo una duda entre las filas de los pretorianos de Rufo. Pero luego Casio, el enorme guardaespaldas germano del emperador, se adelantó y cogió a Rufo. Mientras encadenaban al prefecto, Rufo miraba con arrepentimiento pero en silencio al tribuno Flavo. Aquélla fue la última oportunidad que tuvo Flavo de cambiar el curso de la historia, pero le faltó el valor para actuar. Como un rayo podía haber desenvainado su espada, cortar la garganta de Casio para liberar a Rufo y luego, casi con el mismo impulso, abatir a Nerón. Pero se podría decir que la

mayoría de los tribunos de la Guardia Pretoriana eran hombres de palabras, no de acción. A diferencia de los soldados que servían en las legiones de las fronteras del emperador, los pretorianos no habían visto acción real desde que dos de sus cohortes lucharon bajo las órdenes del abuelo de Nerón, Germánico, que dirigió a un ejército romano y derrotó a las tribus germánicas en lo más profundo de Alemania, cincuenta años antes.

Además Pisón, el hombre a quien se había señalado en un principio para sustituir a Nerón, estaba muerto, y también aquél a quien habría elegido Flavo como emperador, Séneca. Flavo no tenía la imaginación suficiente para concebir una tercera alternativa. O quizá, sin líder alternativo que esperase entre bastidores, Flavo se mostrase más astuto de lo que parece a nuestros ojos modernos por su acción, o su falta de acción. Quizá el centurión viese que sin una alternativa obvia a Nerón en aquel momento, la única opción posible, a la muerte de Nerón, era el caos… como el que se abatió sobre Roma a la muerte de Julio César tras los idus de marzo, un siglo antes. Si ése era el caso, entonces Flavo resultaba notablemente perspicaz, porque ése fue en realidad el destino de Roma en cuanto se eliminó finalmente a Nerón, al cabo de unos cuantos años. Pero los actos de Flavo indican que en realidad no era más que un cobarde.

Tras el arresto de Rufo, el destino del tribuno Flavo y de todos los oficiales pretorianos implicados en la conspiración quedó sellado. Viendo que los pretorianos habían sido incapaces de mantener su parte del trato conspirativo, el amargado Escevino, cuyas acciones descuidadas fueron el catalizador para el descubrimiento de la conspiración, señaló también al tribuno como compañero de conspiración. Próculo el ecuestre le respaldó. El tribuno Flavo fue arrestado también por sus propios hombres y desarmado.

«Soy inocente, César», protestaba el tribuno. «No se me puede comparar con mis acusadores. ¿Cómo podéis pensar que yo, un soldado, me iba a mezclar con traidores como ésos?»[5]

Pero Escevino y Próculo declararon que Flavo había sido el más ardiente de los conspiradores, y uno de los primeros. Cuando Tigelino le presionó y Escevino y Próculo ofrecieron su testimonio de las reuniones que Flavo había mantenido con ellos y con el

prefecto Rufo, Flavo acabó por admitir su culpa.

«Pero ¿por qué?», preguntó Nerón, asombrado de que un tribuno pretoriano pudiese traicionar a su emperador y su juramento de fidelidad. Nerón, a pesar de todos sus defectos, creía que uno debía mantener su palabra cuando pronunciaba un juramento sagrado. «¿Qué ha podido llevarte a olvidar tu juramento de fidelidad conmigo?»[6]

«¡Yo te odiaba!», replicó Flavo, exaltado al final por la sinceridad.

«¿Me odiabas?», exclamó Nerón, incrédulo.

«Sí. Y sin embargo, ningún soldado te podría haber sido más leal, mientras merecías ser amado. Empecé a odiarte cuando te convertiste en asesino de tu madre y tu mujer, en auriga, en actor y en incendiario.»[7]

Los ojos de Nerón relampagueaban de ira. Ésos eran todos los «crímenes» de los que le habían acusado sus peores críticos desde el gran incendio, unos crímenes que se remontaban a años atrás. Era probable que Flavo fuese uno de los que estaban detrás de los incesantes rumores que echaban la culpa del fuego a Nerón. También era posible que aquel tribuno hubiese enviado hombres por toda la ciudad incendiada, la primera noche del fuego, para desanimar a los bomberos, que hubiese arrojado ramas ardiendo a algunos edificios y hubiese asegurado que actuaban con la autoridad de determinado individuo. Es posible que Flavo incluso hubiese prendido el segundo fuego en la propiedad de Tigelino, para que el despreciado Tigelino recibiera la culpa y fuese eliminado de su puesto como superior de Flavo.

Nerón se volvió hacia Veyano Níger, tribuno de otra de las Cohortes Pretorianas, y le ordenó que se llevase a Flavo y que se encargase personalmente de él de inmediato. Flavo, encadenado y despojado de sus armas, su cara armadura, su casco y el manto blanco de tribuno, quedó sólo con la túnica blanca bordeada de púrpura. Fue llevado a empujones desde los Jardines Servilianos por un gran contingente de hombres de la cohorte de Níger hasta un campo a las afueras de los jardines amurallados. Mientra Flavo les observaba, varios de los hombres de Níger excavaron un agujero para su cuerpo. Cuando hubieron acabado de cavar y salían ya del agujero, Flavo meneó la cabeza. «Es poco hondo, y demasiado

estrecho», declaró, burlón. Miró a los soldados que le rodeaban. «Y todo esto no está de acuerdo con el reglamento militar.»[8]

Con las manos encadenadas a la espalda, le obligaron a caer de rodillas ante su tumba. Su compañero tribuno sacó la espada y se colocó ante él.

«Presenta tu cuello, Flavo», dijo Níger, con la voz temblorosa, atemorizado por lo que debía hacer.

«Ruego que tu golpe sea firme, Níger», dijo Flavo[9].

Níger preparó su arma y luego bajó la espada. Pero sólo penetró en el cuello de Flavo a medias. Mientras brotaba la sangre, Níger, lleno de pánico, levantó la espada y asestó otro golpe. Esta vez la cabeza del prisionero cayó al suelo y su cuerpo se derrumbó. Cuando Níger volvió junto a Nerón con la cabeza cortada sujeta por el rubio pelo, como muestra de que se había cumplido lo ordenado, alguien en el séquito de Nerón observó que Flavo tenía un cuello muy grueso.

«Sí», dijo Níger, riendo ya. «Costó un golpe y medio acabar de cortarlo.»[10]

Sulpicio Ásper, un centurión de la cohorte de Flavo que había iniciado la conspiración en compañía de Flavo aquel mismo año, también fue identificado por Escevino y Próculo, que ahora cantaban como pajarillos y ya no protegían a ninguno de los pretorianos implicados en la conspiración. Cuando llevaron a Ásper ante su emperador, Nerón todavía estaba conmocionado al pensar que hombres que habían pronunciado el sagrado juramento de servirle y protegerle habían planeado asesinarle. También le preguntó a Ásper: «¿Por qué querías matarme, cuando habías jurado servirme?».

«No podía haberte hecho un mejor servicio que acabar con tu infame carrera», respondió Ásper.

«Que sufra la pena prescrita», dijo entonces Nerón, con repugnancia[11].

Se llevaron a Ásper y, como a Flavo, lo decapitaron al instante. El prefecto Fenio Rufo, su superior, hombre de mayor rango, tuvo un poco más de tiempo para hacer testamento, y luego perdió la cabeza también. Rufo, lleno de autocompasión, afirmaba en su testamento que lamentaba desesperadamente su locura al haberse dejado implicar por los conspiradores. Cuando se lo llevaban para

ejecutarlo, prorrumpió en lágrimas y murió quejándose de su desgracia. Algunos convictos también dieron información contra otros cuatro centuriones pretorianos. Todos fueron eliminados de inmediato; todos recibieron la espada con valor y serenidad de soldados.

Dos tribunos pretorianos más fueron acusados también de complicidad con la conspiración. Uno de ellos, Gavio Silvano, fue exonerado por falta de pruebas. Pero la acusación tenía una base objetiva, y al parecer, sintiéndose deshonrado frente a sus colegas militares, Silvano se quitó la vida poco después. El siguiente tribuno pretoriano que fue acusado fue Estacio Próximo. Cuando le llevaron ante Nerón, Próximo confesó abiertamente estar implicado con algunos conspiradores, aunque no hizo mención alguna del plan de reemplazar a Pisón por Séneca. Para sorpresa de Próximo, como había obedecido las órdenes de Nerón y supervisado la muerte de Séneca, el emperador le concedió el perdón pleno, que aceptó agradecido. Pero Próximo estaba consumido por la culpa y también acabó por suicidarse más adelante.

Los conspiradores declararon que sabían que tres tribunos pretorianos más odiaban a Nerón, aunque no había prueba alguna de que hubiesen estado envueltos en la conspiración. Para asegurarse, Nerón les privó a los tres de sus tribunados y los apartó de su servicio. Una vez el ejército ya purgado de asesinos y desleales, Nerón se dedicó a completar la expurgación de los conspiradores civiles.

Cuatro hombres en particular resultaron muy diligentes prosiguiendo líneas de investigación a favor del emperador. Se propusieron identificar a los hombres que, si no se encontraban innegablemente aliados con los conspiradores convictos, al menos eran sospechosos de falta de lealtad al emperador. Uno de esos investigadores era, por supuesto, Tigelino. No sólo había vuelto a recuperar el favor del emperador, sino que ahora se había librado de su rival, Fenio Rufo, debido a la propia estupidez de Rufo. Otro que buscó a los culpables fue Ninfidio, prefecto de los vigiles. Hijo de Ninfidia, una liberta costurera que fue amante de libertos del personal del emperador Calígula, Ninfidio aseguraba ser hijo del mismísimo Calígula.

Los otros dos investigadores eran hombres distintos por

completo de Tigelino y Ninfidio, muy despreciados. Era casi como si Nerón se confiase a ellos para contrarrestar los excesos de la primera pareja. Uno de ellos era Petronio Turpiliano, general anciano, hábil y renombrado, que había dimitido como cónsul del año en
61 d. C.
para tomar posesión como gobernador de Britania, en los días caóticos que siguieron al aplastamiento de la rebelión de Boudica. Turpiliano se ganó una buena reputación por su administración inteligente y conciliadora, que permitió que la provincia recuperase el equilibrio tras el enorme derramamiento de sangre.

El cuarto hombre activo en favor del emperador era el antiguo pretor designado de treinta y cinco años Marco Coceyo Nerva. Era hijo de un antiguo cónsul que se había suicidado durante el reinado de Tiberio dejándose morir de hambre, poco después de que naciera Nerva. Hombre bueno y sabio según todas las crónicas, Nerva, que pronto ocuparía el cargo de juez de alto rango en Roma, estaba emparentado lejanamente con Nerón por matrimonio. Veintinueve años más tarde Nerva se convertiría en el duodécimo emperador de Roma.

A través de esos cuatro hombres, a Nerón se le presentó una lista con una docena de sospechosos que, según se creía, simpatizaban con los conspiradores convictos y con la conspiración. En el primer lugar de la lista se encontraba el amigo de Séneca Novio Prisco, en cuya villa había muerto Séneca. Otro de la lista era Rufio Crispino, primer marido de la emperatriz Popea. Sin prueba alguna concreta contra ellos, los doce sospechosos fueron exiliados de Roma siguiendo las órdenes de Nerón. Algunos simplemente fueron desterrados de Italia, pudiendo vivir donde ellos eligieran, y en cambio a otros se los mandó a islas concretas. Algunos se llevaron a su esposa con ellos.

Uno de los hombres que Nerón esperaba que quedase atrapado en la red conspiratoria era Vestino, el cónsul sedente. Cuando Nerón era más joven, Vestino fue uno de sus compañeros de correrías nocturnas, en una época en que Nerón, de incógnito, se peleaba con desconocidos en la calle. Vestino, que era un hombre ingenioso, fue un buen compañero para aquellas hazañas, pero su ingenio tenía un punto sarcástico, y aunque Nerón no lo demostró

entonces, el emperador siempre recordó las pullas de Vestino, porque muchas de sus bromas eran verdades exageradas. Para Nerón esto se veía agravado por el hecho de que Vestino se había casado hacía poco tiempo con la última amante de Nerón, Estatilia Mesalina.

Nerón sentía con toda seguridad que Vestino le odiaba profundamente, y considerando a Vestino un hombre impetuoso, estaba convencido de que el cónsul se habría implicado con los conspiradores. Sin embargo ningún conspirador dijo una sola palabra contra Vestino, y todas las pesquisas de los investigadores de Nerón no consiguieron ni una sola prueba que incriminase al cónsul. Llegó el fin de otro día y todavía nadie había dicho nada negativo de Vestino. Se informó a Nerón de que durante aquel día Vestino había llevado a cabo sus deberes consulares como de costumbre, y que por la noche había dado la bienvenida a numerosos invitados para cenar. Nerón, temiendo tener que esperar más por si Vestino estaba a punto de actuar contra él, decidió proceder a su arresto, a pesar de la falta de pruebas contra él, para «anticiparse a los planes del cónsul»[12].

La casa de la ciudad de Vestino era una mansión palaciega en el monte Palatino, sede de los palacios de los emperadores. Como los antiguos palacios del Palatino, la casa de Vestino, una estructura «que se alzaba por encima del Foro», según palabras de Tácito, fue rápidamente restaurada después del gran incendio[13]. En su mansión, Vestino contaba con una servidumbre de centenares de esclavos varones, elegidos por su amo por su juventud y bello aspecto. Si Vestino armaba a aquellos hombres, podía resistirse con efectividad al arresto o, peor aún, ir a la ofensiva. De modo que Nerón ordenó que toda una Cohorte Pretoriana hiciera el arresto. En la oscuridad, mil soldados pretorianos, dirigidos por el tribuno Gerellano, de toda confianza, marcharon desde el cuartel, cruzaron la ciudad, subieron a la Palatina y rodearon la casa, cerrando las habitaciones de los criados.

Un pelotón dirigido por un centurión irrumpió en la casa mientras el cónsul y sus invitados estaban reclinados, desprevenidos por completo, en torno a la mesa, cenando. El centurión anunció que su tribuno esperaba fuera y le pidió al cónsul que le acompañase. Vestino sabía exactamente lo que quería decir aquello.

Se puso en pie al instante, dio órdenes a sus sirvientes y pidió a su físico, que era uno de sus convidados a la cena, que se uniera a él, y el cónsul se retiró a otra habitación y cerró las puertas herméticamente. El físico abrió las venas de los brazos de Vestino. Se preparó un baño caliente siguiendo las órdenes del amo, y en cuanto éste estuvo dispuesto, los sirvientes llevaron a Vestino y lo introdujeron en él, y su sangre coloreó de rojo el agua del baño. El cónsul no pronunció ni una sola palabra, ya que estaba resignado a su destino.

De vuelta en el comedor, los pretorianos habían rodeado a los comensales, que recibieron instrucciones de permanecer donde estaban. Esperaron allí durante horas, casi temiendo enfrentarse a un final fatal para su banquete. Las noticias de la situación en casa de Vestino se transmitían regularmente a través del Tíber al emperador, que todavía residía en los Jardines Servilianos. Incluso después de que le informasen de que Vestino había expirado, Nerón dejó a los hombres que se hallaban en el comedor en suspenso. Según Tácito, se rió al pensar en su terror. Más tarde, por la noche, llegó al fin la orden de que las tropas se retirasen. Nerón ya tenía la cabeza de Vestino, y eso era lo único que deseaba. A los traumatizados comensales se les permitió volver a sus casas.

Nerón todavía consideraba que había cuatro hombres que suponían una amenaza continua. El primero era el joven poeta Lucano. A partir del testimonio de otros conspiradores, quedó claro que Lucano había sido uno de los instigadores de la conspiración contra la vida del emperador. Lo que es más: Lucano era sobrino de Séneca, y eso solo ya le aseguraba simpatía y seguidores entre los admiradores de Séneca. A Lucano se le había prometido inmunidad si nombraba a otro conspirador, y como para sacarle la lengua a Nerón, nombró a Atilla, su propia madre.

La oferta de inmunidad a Lucano no había procedido de los propios labios de Nerón, sino de Tigelino. Apoyándose en este tecnicismo y enfurecido por el descaro de poeta, Nerón le mandó el mensaje de que había sido condenado a muerte. Llamando a sus amigos a su alrededor, Lucano se abrió las venas. Diciendo que notaba un escalofrío que le subía desde las manos y los pies mientras perdía sangre, se echó y se puso a recitar sus poemas sobre un soldado herido que moría de una muerte similar. Y así fue como

murió el poeta Lucano. Su madre no fue nunca arrestada ni interrogada.

Senecio, el «hombre infiltrado» que había traicionado la amistad de Nerón, así como su confianza, fue el siguiente en recibir una visita de los pretorianos. A él también se le permitió quitarse la vida. Quintiano fue el siguiente, y siguió el ejemplo de los otros, y lo mismo también hizo finalmente Escevino, el hombre que había reclamado el derecho a hundir la daga de la Fortuna en el corazón del emperador. La mujer de Escevino, Cedicia, fue exiliada de Italia siguiendo órdenes de Nerón. Nerón hizo que la famosa daga recibiera la inscripción «A Júpiter el Vengador», y la consagró en un templo de la capital.

Después de la oleada de arrestos y castigos, Nerón convocó a la Guardia Pretoriana para que se reuniera en su cuartel. Tras agradecerles sus leales servicios, distribuyó una recompensa de dos mil sestercios a cada hombre, y ordenó que el grano que previamente las tropas podían comprar a precio de mercado ahora se les proporcionase gratis. A continuación, el emperador convocó una sesión del Senado.

En un discurso pronunciado ante los atestados bancos del Senado, Nerón leyó la confesión de los hombres condenados, que también fue publicada por el Palatium en una proclama. Por su papel a la hora de desenmascarar la conspiración, Nerón otorgaba condecoraciones triunfales a tres hombres. Estos honores eran el manto escarlata, la túnica con palmas de oro, la corona de hojas de laurel, la rama de laurel, y estatuas en el Foro que se solían dedicar a un general que celebraba un triunfo o una victoria importante sobre enemigos extranjeros. Los receptores fueron el prefecto del pretorio Tigelino, el general Turpiliano y el pretor designado Nerva. Tanto se habían distinguido Nerva y Tigelino a su servicio, según Nerón, que también hizo que se modelaran y se colocaran unos bustos suyos en su Casa Dorada.

El alto y adusto Ninfidio, hijo de una liberta, fue doblemente recompensado. Recibió las condecoraciones de un cónsul: la insignia consular, la toga bordeada de púrpura y doce lictores. Y más importante aún: se le confirió el puesto de prefecto de las Cohortes Pretorianas que había quedado vacante a la muerte de Fenio Rufo, convirtiéndose así en colega de poder de Tigelino.

Varios de los nombrados anteriormente a aquel puesto, incluido Rufo, ostentaban también el cargo de prefecto de los vigiles, en el momento de su promoción.

Todavía había enemigos de Nerón que negaban que hubiese existido nunca una conspiración para asesinarle, hombres que aseguraban que Nerón había usado aquello como excusa para destruir a hombres inocentes por puros celos o miedo. Tácito, aunque no era demasiado partidario del joven emperador, decía que aquellos que «se tomaron grandes molestias para averiguar la verdad» en aquel entonces «probaron concluyentemente» que tal conspiración existió de verdad, y que empezó y maduró antes de ser descubierta y aplastada. La existencia de la conspiración y la complicidad de algunas personas en ella también fueron admitidas, dice Tácito, por hombres exiliados por Nerón y que más tarde volvieron a Roma. Al parecer, unos años más tarde, Tácito habló con unos cuantos de estos hombres[14].

Todos los participantes en aquella sesión del Senado «se humillaron con sus alabanzas» a Nerón, dice Tácito, sobre todo aquellos que lloraban a parientes y amigos víctimas de la purga, los que más se esforzaban por probar su lealtad al emperador[15]. Junio Galio, que se sintió aterrorizado ante las forzosas muertes de su hermano Séneca y de su sobrino Lucano, suplicó personalmente a Nerón por su vida. Durante días, Galio y otros se postraron a los pies del emperador, le llenaron las manos de besos y juraron que no habían tomado parte alguna en la conspiración y que no sabían nada de todo aquello.

Nerón pareció contentarse con callar o ignorar cualquier prueba que implicase a Galio, dice Tácito, pero luego el senador Salieno Clemente cayó a sus pies y denunció a Galio, llamándole enemigo y traidor. Pero Clemente fue acallado a gritos por centenares de compañeros senadores, porque era bien sabido que Clemente tenía rencillas personales con Galio. Además, los otros senadores querían que la sangrienta herida causada por la conspiración desenmascarada se curase lo antes posible, para que no cayeran más hombres importantes víctimas de ella.

El Senado decretó que se hicieran unas ofrendas y acciones de gracias a los dioses por haber preservado la vida de Nerón. Se rindieron honores especiales al dios Sol, porque el templo del Sol

formaba parte del Circo Flaminio, donde se suponía que Nerón iba a ser asesinado. El Senado decretó también que se dedicase un templo a la Seguridad en Ferento, la ciudad de la cual Escevino había sacado la infausta daga. Un senador, Cerialis Anicio, incluso propuso que se construyese un templo a expensas públicas y se dedicase al «divino Nerón», como si el emperador fuese un dios viviente. No se erigiría nunca un templo semejante.

Nerón también recompensó al informante que había descubierto la conspiración y le había salvado la vida. Milico, liberto del jefe conspirador Escevino, fue colmado de regalos del emperador y se le permitió añadir a su nombre la palabra griega que significaba «salvador». Y al parecer, como Nerón había dado su palabra de que Natalis y Próculo, los primeros en identificar a oficiales pretorianos entre los conspiradores, recibirían la inmunidad por identificar a tantos conspiradores, ambos hombres quedaron libres.

«Roma todo aquel tiempo estuvo repleta de funerales, y el Capitolio de víctimas sacrificiales», decía Tácito[16]. Por toda la ciudad reconstruida se engalanaban las casas con laureles funerarios. Pero aquella temporada de muerte, procedente de la frustrada conspiración para matar al emperador, todavía tenía que seguir su curso.

XVIII
EL NUEVO ESCENARIO

Aquella primavera de
65 d. C.
la Conjura de Pisón, como vino a llamarse, había sido aplastada hacía poco cuando se acercaban los Juegos Neronianos. También llamados Juegos Quinquenales, era una competición instituida por Nerón que se celebraba cada cinco años y se había celebrado por última vez en
60 d. C.,
e incluía versos, canciones, gimnasia y carreras de caballos y de carros.

Quedó claro a los miembros del Senado que por primera vez Nerón se proponía aparecer en los escenarios de Roma para competir en sus propios juegos. Aunque habían acumulado alabanzas hacia él por destruir la conjura contra su propia vida, muchos senadores temían la perspectiva de que su emperador subiera a los escenarios en Roma, porque lo consideraban vergonzoso. Por lo que respectaba a ellos, una cosa era competir en concursos rurales o incluso provinciales, pero aparecer en escena en la capital sería un escándalo.

Era una de las grandes contradicciones de la sociedad romana que las clases superiores acudiesen en masa al teatro para ver y aplaudir a actores y cantantes, y sin embargo muchos nobles esnobs considerasen despreciable la profesión del teatro. Hasta tiempos muy recientes, entrado ya el siglo XX, el teatro era considerado una profesión bastante vergonzosa por las clases superiores. Sólo hoy en día las recompensas del cine han hecho a muchos actores ricos y su profesión aceptable, incluso deseable. Para que «se pudiese correr un velo sobre la vergonzosa exposición al escenario», el Senado ofreció a Nerón por anticipado el premio al canto y la elocuencia,

para evitar que subiera a escena. Pero Nerón respondió «respetuosamente» que él podía ganar la corona de laurel por sus propios méritos y que eso quería hacer[1].

El día designado, el emperador se unió a los demás competidores y subieron al escenario en el enorme Teatro de Pompeya, en el Campo de Marte. El Teatro de Pompeyo, primer teatro permanente de piedra de Roma, y durante siglos el mayor teatro del mundo romano, había escapado a los estragos del gran incendio. Abierto en 55 a. C., el teatro lo pagó Pompeyo el Grande, el que fue en tiempos yerno y aliado de Julio César, y posteriormente adversario suyo en la guerra civil que llevó a César al poder. El pórtico del teatro también fue el malhadado lugar donde se reunió el Senado en los idus de marzo de 44 a. C., cuando más de sesenta senadores conjurados ejecutaron el plan que condujo al asesinato de Julio César. Irónicamente, el dictador murió a los pies de una estatua de Pompeyo. Esa estatua ya no se encontraba en el teatro; Augusto, el sobrino nieto de César, la había quitado y colocado en otro lugar del Campo de Marte.

Nerón, nervioso como siempre y anunciado por Cluvio Rufo como de costumbre, recitó uno de sus propios poemas ante la vasta audiencia. Su actuación fue recibida con entusiasmo por el público general, sorprendido. Los jueces eran senadores cuyos nombres se habían echado a suertes, mientras que el editor de los juegos y presidente de los juegos era el senador Aulo Vitelio, otro futuro emperador. Aquellos jueces recompensaron a Nerón con la corona de ganador, para gran deleite de la gente corriente que componía la multitud.

«¡Que todos tus logros sean de propiedad pública, César!», gritó alguien entre el público[2].

Muchos otros añadieron también sus ánimos, porque era bien sabido que Nerón también cantaba y tocaba la lira. Para complacerles, Nerón apuntó su nombre también en el concurso de canto. El Teatro de Pompeyo estaba lleno, la tarde siguiente, mientras los intérpretes de lira y cantantes se preparaban para competir entre bastidores. Nerón se había unido a los demás concursantes, mientras el público clamaba para que apareciese él. Pero los nervios de Nerón le jugaron una mala pasada. Dando la excusa de que no se atrevía a competir sin invitación expresa de los

jueces, empezó a retirarse.

Al verlo Vitelio, editor de los juegos, corrió tras él. Vitelio estaba tremendamente obeso por un exceso de buena vida y cojeaba de resultas de un accidente de carro en el reinado de Calígula. Aquel emperador desafió a Vitelio y a otros senadores a una carrera, durante la cual el carro de Vitelio volcó. A Nerón le gustaba Vitelio porque ese hombre tan gordo disfrutaba de las cosas buenas de la vida, y era gran aficionado a las carreras de carros, aunque apoyaba a los Azules. Vitelio también era adicto a los dados, que contribuían a sus crecientes deudas. El propio Nerón se decía que había apostado cuarenta mil sestercios a cada uno de los puntos de un dado en una sola tirada.

El cojo Vitelio adelantó al emperador que se retiraba. «Por el bien del público, César», dijo Vitelio, según Suetonio, «te ruego que reconsideres tu decisión»[3].

Persuadido por Vitelio, Nerón volvió, recuperó el valor, cogió su lira de nuevo y volvió a su lugar entre los concursantes. Delante, el público del extenso teatro, que ascendía a decenas de miles de personas, esperaba emocionado el popular concurso de canto. Aparte de la nobleza, que ocupaba las primeras filas del teatro semicircular, el público lo formaban soldados de permiso, residentes de la ciudad, visitantes de ciudades de Italia y hombres de negocios y enviados de las provincias y estados aliados[4]. Al propagarse con rapidez la noticia de que competiría el emperador, hubo tal embotellamiento en los estrechos accesos al teatro que se rumoreaba que dos miembros del orden ecuestre acabaron muertos a pisotones.

Entre los muchos espectadores presentes se encontraba Vespasiano, que había conseguido evitar cualquier implicación o mancha en la Conjura de Pisón. Sabía que sería peligroso ausentarse de la actuación de Nerón, y que había hombres entre la multitud, informadores probablemente pagados por Tigelino, que «se atareaban en secreto escrutando nombres y caras, y observando el deleite o el disgusto de los miembros del público». Abandonar el teatro antes de que acabase el concurso era considerado como un insulto a Nerón, cuyos juegos se celebraban. De modo que para no atraer una atención no deseada, los hombres más importantes permanecían en sus asientos durante todas las sesiones de día y de

noche. Se decía que incluso algunos hombres habían muerto de ataques al corazón en sus asientos[5].

Como la sesión se prolongaba hasta muy tarde por la noche, Vespasiano se adormiló. Un liberto llamado Febo vio al senador que daba cabezadas, se acercó a Vespasiano y le despertó rudamente, acusándole de descortesía con el emperador. Esto habría sido comunicado a Nerón, pero los amigos de Vespasiano y su hermano, el prefecto de la ciudad, hablaron en favor de él, y no se informó de nada.

Cuando llegó el turno de Nerón éste salió a escena, equipado con su lira y con el traje adecuado. Actuó muy bien otra vez. Acabó su actuación echando una rodilla a tierra y con un gesto amplio de la mano. El público aplaudió calurosamente de nuevo. Nerón esperó, nervioso, el veredicto del jurado. Desde luego, fue declarado ganador de nuevo. Una vez más la entusiasta gente de la ciudad que asistía como público «hizo resonar todo el lugar» con «aplausos muy calurosos», que duraron algún tiempo. Esta recepción a la actuación ganadora de Nerón fue tan contraria a la costumbre habitual de corteses aplausos que, según cuenta Tácito, a los visitantes de fuera de la ciudad les dolían las manos por los prolongados aplausos. Pero cuando dejaban de aplaudir antes de que los demás lo dejaran también, esos forasteros se encontraban con que recibían fuertes golpes por parte de los soldados que tenían cerca, que les obligaban a seguir aplaudiendo[6].

Bien recibido por la gente corriente de Roma, Nerón ya ponía la mira en ganar los concursos de Grecia. Pero tras sus victorias, inmediatamente después de los juegos, la tragedia golpeó el Palatium. La mujer de Nerón, Popea, que estaba embarazada, murió junto con el hijo nonato de Nerón. Sus críticos le echaron la culpa a él de esas muertes. Según Tácito, «Popea murió por culpa de un estallido de cólera casual de su marido, que le dio una patada»[7]. Dión Casio daba crédito a la posibilidad de que la muerte de Popea se pudiera deber a un accidente: «O bien accidental o bien deliberadamente, él la golpeó con el pie»[8]. Suetonio explica que Popea estaba enferma por aquel entonces, y que no pudo asistir a los juegos, y que despertó la ira de Nerón «porque se quejó de que llegaba tarde a casa de las carreras»[9].

Tácito añadía que otros diversos autores aseguraban que Nerón

envenenó a Popea, pero que él no creía semejante cosa: «porque el emperador quería hijos y estaba muy enamorado de su mujer»[10]. Suetonio estaba de acuerdo, y decía que Nerón «adoraba a su esposa»[11]. De hecho, dice Dión, Nerón «la echaba tanto de menos tras su muerte que al oír que había una mujer que se parecía a ella, al principio mandó a buscarla y la guardó con él»[12]. Nerón, todavía fascinado por todas las cosas egipcias, ordenó que su esposa no fuese quemada, según la costumbre romana para los muertos, sino que la embalsamasen a la manera egipcia.

Nerón celebró un funeral público para su amada esposa, y en simpatía con su emperador, el pueblo corriente de Roma salió a presentarle sus respetos. Desde los Rostra, en el atestado Foro, Nerón personalmente dirigió la oración funeraria de Popea, elogiando su belleza y otros dones. Luego hizo que su cuerpo embalsamado descansara en la tumba de la familia Julia. El Senado, en su siguiente sesión, decretó honores divinos para Popea, como si fuese una diosa.

Mientras tanto el destino de Antonia, la hija de Claudio, que iba a casarse con el rebelde Pisón para dar legitimidad a sus aspiraciones al trono, nunca fue revelado por Tácito. Suetonio, sin embargo, unía el destino de Antonia a la muerte de Popea. Decía que Antonia fue ejecutada por Nerón «acusada de intento de rebelión» cuando «se negó a ocupar el lugar de la difunta Popea», como esposa del emperador[13]. Ningún otro autor clásico comenta el destino de Antonia, pero no se vuelve a mencionar nunca más en el reinado posterior de Nerón.

La muerte de Popea fue «una aflicción pública», asegura Tácito, pero una satisfacción para los enemigos de ella y de Nerón[14]. Justo antes de que muriera Popea o quizá justo después, Nerón accedió a su recomendación de desestimar las acusaciones legales contra los tres sacerdotes judíos de Judea que llevaban tanto tiempo esperando un juicio. Yosef, el rabino que tan asiduamente trabajó para conseguir ese fin, pudo volver entonces a Jerusalén con sus tres colegas. Yosef o Josefo, como se llamó después, atribuiría todo el mérito de la liberación de los tres hombres a la intercesión de Popea. Parece ser que la partida del grupo judío fue en otoño, cuando la estación de navegación ya había acabado por aquel año, así que el grupo viajó a Judea por tierra, porque Yosef no llegó a

Jerusalén hasta el principio de la primavera del año siguiente.

Nerón, amargado por la pérdida de su esposa y su hijo, había prohibido al importante senador Cayo Casio Longino asistir al funeral de Popea. Casio era descendiente del hombre del mismo nombre, Casio, el famoso «Liberador» que junto con Marco Bruto habían tramado el asesinato de Julio César y combatido con Octavio y el bisabuelo de Nerón, Marco Antonio. Antiguo cónsul y gobernador de Siria durante el reinado de Claudio, el actual Casio era considerado también el mejor defensor legal de su época. Sus discursos ante el Senado eran legendarios, y ningún senador salía jamás a la palestra para discutir sus opiniones a menos que supiera que tenía el apoyo de otros. Mientras se desarrollaba el asunto de Pisón, Casio había permanecido extrañamente callado. Pero ahora algo de lo que dijo o hizo, quizá con relación a Popea, ofendió a Nerón e hizo que el emperador de repente odiase y temiese a aquel hombre.

«Nerón, que siempre había sido tímido, y ahora estaba más asustado que nunca por la recién descubierta conspiración [de Pisón]», dice Tácito, «temía un ataque repentino»[15]. Sin venir a cuento, Nerón envió un discurso al Senado en el cual pedía que Casio y su joven amigo Junio Torcuato Silano fuesen expulsados de Roma. Silano, también senador, era el imprudente sobrino del Silano que se vio obligado a suicidarse ante Tigelino el año anterior, cuando Nerón estaba en Beneventum viendo el espectáculo de gladiadores de Vatinio.

Nerón no acusaba a Casio de ningún delito específico, pero mencionó que había llegado a sus oídos que Casio reverenciaba especialmente un busto de su antepasado Casio el Liberador entre la colección de bustos de antepasados que decoraban su casa, un busto que tenía la inscripción: «Al líder del partido». Según la carta de Nerón, Casio se proponía emular a su antepasado, prendiendo la chispa de la revolución al sembrar la semilla de la guerra civil contra la casa de los Césares. En ese plan, decía Nerón, Casio estaba asociado con Silano, con el cual estaba relacionado por matrimonio.

Mientras el temeroso Senado debatía qué hacer con todo aquello, Nerón escribió a los cónsules que condenasen a Silano, diciendo que era culpable del mismo delito que su tío: el de disponerse a tomar el control del Palatium. Silano, dice Tácito, de

hecho estaba aterrorizado por el suicidio forzado de su tío y, desde que ocurrió, se había mostrado extraordinariamente precavido y no hacía nada que pudiera ser considerado sospechoso[16]. Sus compañeros senadores eran muy conscientes de aquello, y el Senado no se apresuró a juzgar ni a Silano ni al muy respetado Casio.

Justo cuando la campaña del emperador contra Casio y Silano parecía que no iba a ninguna parte, los agentes de Nerón encontraron a unos informadores que juraban que la esposa de Casio, Lépida, se había acostado con el joven Silano, su sobrino. A Lépida se la acusaba también de estar implicada en «una horrenda ceremonia religiosa», que quizá se refiriese al culto de Isis, que entonces se consideraba bestial y no se veía con buenos ojos[17]. Dos senadores y un miembro del orden ecuestre fueron involucrados por los informadores en el segundo delito junto con Lépida, pero los tres hombres fueron absueltos por Nerón, al apelar a él directamente. Casio y Silano no tuvieron tanta suerte.

El Senado consideró las acusaciones anteriores y las nuevas, y se sentenció a exilio tanto a Casio como a Silano, mientras que la decisión sobre el destino de Lépida se dejó en manos de Nerón. Casio fue enviado a la isla-provincia de Cerdeña, donde se le dejó vivir el resto de sus días en relativa comodidad. No se emprendió acción alguna contra su esposa, Lépida, que al parecer acompañó a Casio a Cerdeña. Silano, informado de que se le exiliaba a la isla griega de Naxos, en el grupo de las Cícladas, fue transportado desde Roma río abajo hasta el puerto de Ostia, donde él y su familia esperaban que se les introdujese en un barco que les llevaría al Egeo. Por el contrario, la escolta pretoriana les llevó por tierra a la villa itálica de Barium, en el distrito de Abulia, la actual Bari.

Allí en Barium vivió tranquilamente Silano hasta que, algo más tarde, un centurión a cargo de un destacamento pretoriano llamó a su puerta. Nunca se reveló quién envió aquellas tropas a Barium. Se había sentenciado a muerte a Silano, dijo el centurión, y si no se quitaba él mismo la vida, se la arrebataría el propio centurión. Silano, joven, en forma y de constitución muy fuerte, explotó de ira.

«¡Aunque hubiese decidido en mi corazón quitarme la vida», exclamó Silano, disponiéndose a resistirse, aunque iba desarmado, «no dejaría que un vulgar asesino se llevase la gloria de arrebatármela!»[18]

«¡Cogedle!», aulló el centurión.

Mientras los soldados pretorianos avanzaban hacia Silano con sus espadas todavía envainadas, el acusado arrojaba hacia ellos potentes golpes. Boxear con las manos envueltas en cintas era una de las formas de «gimnasia» practicada en diversos *ludi*, incluyendo los Juegos Neronianos. Muchos jóvenes nobles romanos eran expertos boxeadores, que se entrenaban y combatían en el gimnasio. El propio Nerón se sabía que boxeaba y luchaba. Silano al parecer era muy adepto a ese arte. Sus golpes tumbaron a varios soldados hasta que al final, abrumado por el número, fue arrojado al suelo. Mientras sujetaban a Silano en el suelo, el centurión sacó la espada. Luego, colocándose de pie encima del prisionero, el centurión hundió la espada en su pecho y en su corazón. Pronto la cabeza de Silano estaba de camino a Roma.

Un liberto de Lucio Antiscio Veto de nombre Fortunato, que significa «afortunado», se adelantó y acusó entonces a su amo. Aquél era el Veto que resultaba ser suegro del difunto Rubelio Plauto, el primo de Agripina la Menor ejecutado siguiendo órdenes de Tigelino mientras vivía en un exilio autoimpuesto en Asia. Nerón nunca había emprendido acción alguna contra Veto por advertir a Plauto de su destino inminente, pero según Tácito, odiaba a Veto y se acordaba de la ejecución de Plauto cada vez que veía al suegro del hombre.

Otro hombre, Claudio Demiano, a quien Veto había hecho prisionero siendo gobernador de Asia, también ofreció pruebas contra Veto y a cambio fue liberado de la prisión siguiendo órdenes de Nerón. Mientras tanto, otros libertos del personal de Veto declararon a favor de su amo, y acusaron a su vez a Fortunato diciendo que había malversado dinero de Veto y sólo se había apresurado a acusar a Veto para cubrir así su propio delito. Cuando Veto pidió audiencia al Palatium con el emperador para defenderse personalmente de las acusaciones, le negaron la audiencia.

Era el mes de mayo, y con el verano que llegaría pronto, Veto cogió a su hija Polucia y su suegra Sextia y se retiró de Roma a su propiedad de la costa de Formie, la moderna Formia, a mitad de camino entre Roma y Neápolis, en la costa occidental de Italia. Nerón, que también se había ausentado de Roma para la estación y se alojaba en Neápolis, mandó tropas a Formie para que vigilasen

en secreto a Veto y sus visitantes. Formie era probablemente una de las ciudades de fuera de Roma, como Preneste, en donde se estacionaban unidades de las Cohortes Germanas cuando no estaban de servicio en la capital, y era probable que hubiera auxiliares germanos espiando a Veto en aquel momento.

La hija de Veto, Polucia, viuda de Plauto, estaba furiosa ante las acusaciones que se le habían hecho a su padre. Desde que vio a los ejecutores de Plauto partir con su cabeza, Polucia estaba deshecha por el dolor y llevaba una dieta que la conducía casi a la inanición. Nerón actuaba galantemente con las mujeres acusadas de delitos, de modo que la pálida y esbelta Polucia fue enviada por su padre a Neápolis para que suplicase a Nerón que diese a Veto la oportunidad de defenderse él mismo en persona. En cuanto Polucia llegó a Neápolis, el personal de Nerón le impidió que se acercase al emperador. De modo que día tras día ella permanecía a las puertas de la casa donde Nerón se alojaba, y le llamaba en voz alta.

«¡César, escucha a un hombre inocente!», gritaba. «No entregues a alguien que ha sido tu colega en el consulado por la acusación de un liberto.»[19]

Como sus ruegos no eran respondidos, Polucia se puso furiosa y chilló reproches y amenazas al emperador. También éstas fueron ignoradas. Polucia, exhausta emocional y físicamente, volvió a su alojamiento y envió un mensaje a su padre diciendo que no había tenido éxito, y que había abandonado y toda esperanza, y le aconsejaba que cediese a lo inevitable. Veto mientras tanto había recibido noticias por parte de senadores amigos suyos de Roma, donde el Senado se hallaba reunido en sesión y debatiendo las acusaciones que había contra él. Esos amigos aconsejaban con firmeza a Veto que tomase un camino de salida honorable y volviese a redactar su testamento, dejando la mayor parte de sus propiedades al emperador, para que al menos les quedase algo a sus nietos.

El desafiante Veto declaró: «No estoy dispuesto a deshonrar toda una vida adherida a la libertad con un acto final de servilismo»[20].

Veto mandó a buscar a Polucia. En cuanto ella se le unió en Formie, en los últimos días de mayo, Veto llamó a sus esclavos y distribuyó todo su dinero en efectivo entre ellos, y luego les dijo a todos los hombres y mujeres a su servicio que se llevasen todos los

bienes de la casa que pudiesen cargar. Veto, su hija y la abuela de ésta se quedaron sólo con los divanes en los cuales se reclinaba cada uno de ellos. Veto había decidido suicidarse, y Polucia y la anciana Sextia también quisieron unirse a él. Veto sacó una daga y él, Polucia y Sextia se abrieron las venas de los brazos. Cada uno se había puesto sólo una túnica, y entonces corrieron todos a los baños de la villa, donde les habían preparado un baño caliente. Se metieron en el agua y esperaron a que viniera la muerte a reclamarlos. La anciana Sextia fue la primera en morir. Luego le siguió Veto. La última en perecer fue Polucia.

A principios de junio, el Senado se reunió y acusó a los tres de traición. Fueron encontrados culpables, y a pesar del hecho de que Veto, Polucia y Sextia ya estaban muertos y sus cuerpos habían sido quemados, el Senado los sentenció a ejecución «a la manera antigua» (estrangulación con un dogal y después arrojar sus cuerpos al río Tíber). Nerón impuso oficialmente su veto imperial a la sentencia, para que sus restos se dejaran en paz. En aquella misma sesión del Senado, un ecuestre que había tenido relación con Veto fue acusado de ser íntimo amigo del ejecutado prefecto del pretorio Fenio Rufo y sentenciado al exilio.

Se aprobó una moción final: los nombres de los meses de abril, mayo y junio se cambiaron por decreto del Senado para que incorporasen los nombres de Nerón. Había precedentes de aquello, con el mes de Quintilis cambiado por Julius o julio, en honor de Julio César, el siglo anterior, y el mes de Sextilis nombrado de nuevo como Augustus o agosto, en honor del emperador Augusto. Los nombres de Nerón, anteriores a su adopción por su tío Claudio en
50 d. C.,
eran Lucio Domicio Ahenobarbo. Al tomar el trono se cambió el nombre por Nerón Claudio César Augusto Germánico, honrando así a diversos antepasados emperadores. Aparte de Julio César, éstos fueron el tatarabuelo de Nerón, Augusto, su bisabuelo Tiberio (que también era un Nerón), su abuelo Germánico y su tío y padre adoptivo Claudio.

Ahora el nombre de abril, el mes en el cual se frustró la Conjura de Pisón, se convirtió en Neroneus. El mes de mayo, en el cual murió Veto, se convirtió en Claudius. Y como tanto el último Silano

en ser ejecutado como su tío, condenado con anterioridad, eran miembros de la familia de los Junius, el nombre del mes de Junius o junio se declaró poco propicio y se rebautizó como Germanicus.

* * *

En contraste con la tumultuosa primera mitad de 65 d. C., la segunda mitad del año fue tranquila y sin perturbaciones. No se planteó acusación alguna, ni se desenterró ninguna conjura, ni se hicieron arrestos, ni se dictaron sentencias de muerte. Llorando amargamente la muerte de Popea y temiendo más conspiraciones contra él, Nerón era una vez más un recluso, pospuesta ahora la esperada partida a Grecia para participar en los concursos. Aquel mismo año, la ciudad de Lugdunum, la Lyon de hoy en día, capital de la provincia de la Galia Lugdunensis, sufrió graves daños en un incendio. Sólo unas décadas antes la había arrasado un terremoto. Después del gran incendio, Lugdunum había enviado a Roma un donativo de cuatro millones de sestercios. Ahora Nerón les devolvió el cumplido y les envió cuatro millones de sestercios como contribución al fondo para la catástrofe de Lugdunum.

También aquel mismo año estalló la peste en Roma. «Las casas estaban llenas de formas sin vida y las calles de funerales», dice Tácito[21]. Esclavos y libres se veían afectados por la enfermedad de igual manera, y cayeron víctimas de la peste unos cuantos ecuestres y senadores. Aquel mismo año, Campania fue devastada por un huracán que destruyó casas y cosechas, y llegó tan al norte que alcanzó los alrededores de Roma. Ambas calamidades se consideraron enviadas por los cielos como castigo, y hubo algunos en Roma que culparon incluso de aquellos desastres a Nerón.

XIX
LOS INFORMADORES

El año nuevo, 66 d. C., tenía apenas un mes de vida cuando un nuevo informador preocupó a Nerón al hablarle de una traición en su misma puerta. Cuatro años antes, Lucio Antiscio Sosiano, un pretor muy testarudo (los pretores eran los jueces de mayor rango de Roma), fue condenado por leer unos versos calumniosos que había escrito sobre el emperador en una gran cena, en casa de su amigo Mario Ostorio Escápula, hijo del antiguo gobernador de Britania Publio Ostorio Escápula.

El Senado estaba a favor de sentenciar a Sosiano a muerte, pero el sincero antiguo cónsul y renombrado filósofo estoico Publio Trasea Peto propuso una sentencia de exilio, diciendo que quería que Sosiano fuese un ejemplo viviente de la clemencia oficial. Los cónsules dejaron la sentencia en manos de Nerón, que lejos de mostrarse susceptible o querer suprimir todas las críticas, escribió a su vez diciendo que aunque Sosiano había pronunciado «insultos escandalosos contra el soberano» sin provocación alguna, él no pensaba interponerse en el camino de la indulgencia[1].

«Resulta extraño lo tolerante que era Nerón a los insultos que todo el mundo le dedicaba, en forma de bromas o de sátiras», dice Suetonio. «Nunca intentaba averiguar quiénes eran los autores, y cuando un informador entregó al Senado una breve lista de sus nombres, dio instrucciones de que aquello se tratara con ligereza.»[2] Siguiendo el indulgente ejemplo de Nerón, el Senado apoyó la moción de Trasea, dejando a un lado la sentencia de muerte y enviando a Sosiano al exilio.

En los últimos tiempos, el desterrado Sosiano había oído de sus contactos en Roma que a los informadores se les pagó muy bien el año anterior por exponer las amenazas contra el emperador. Desde su lugar en el exilio, al otro lado del mar, aquel hombre que en

tiempos satirizó a Nerón ahora le escribía para decirle que «comunicaría importantes noticias que contribuirían a su seguridad [la de Nerón] si podía obtener una breve tregua para su exilio»[3]. El Palatium envió varios barcos de guerra liburnios para que recogieran a Sosiano y le trajesen a Italia. Ligeros y rápidos, los buques liburnios se fiaban más del poder de los remos que del viento, de modo que los barcos enviados a buscar a Sosiano pudieron hacerlo aun con los vientos inclementes que impedían la navegación de los barcos de carga que iban a vela en aquella época del año.

Antes de que pasara mucho tiempo Sosiano era conducido ante Nerón en la Casa Dorada, que todavía estaba en construcción. Mientras Nerón le escuchaba atentamente, Sosiano informó al emperador de que había sabido que un liberto griego de nombre Pamenes, exiliado en el mismo lugar que Sosiano por practicar la astrología en Roma, estaba en comunicación regular con hombres importantes de Roma que habían usado sus servicios con anterioridad. Entre esos hombres, decía Sosiano, se encontraba el acaudalado antiguo cónsul Publio Anteyo.

Tal y como Sosiano esperaba, Nerón aguzó el oído ante la mención de Anteyo, antiguo favorito de su madre Agripina. Anteyo enviaba dinero regularmente al astrólogo exiliado, dijo Sosiano. El acusador también había conseguido robar una carta de Anteyo a Pamenes. Y lo que es más, también había birlado las notas del astrólogo sobre el horóscopo de Anteyo, que incluían un pronóstico de la futura carrera de éste.

Sosiano también había descubierto las predicciones secretas del astrólogo para la vida y carrera del amigo de Sosiano, Mario Ostorio Escápula. Fue en casa de Escápula donde Sosiano leyó sus sátiras injuriosas para el emperador. Escápula testificó posteriormente a favor de Sosiano durante su juicio ante el Senado, asegurando que no había oído ninguna sátira, pero no sirvió de nada. A pesar del apoyo que le prestó Escápula, Sosiano, el oportunista informador, no iba a permitir que una amistad o cualquier deuda de honor se interpusieran en el camino de un fin permanente para su exilio.

Nerón leyó ansiosamente el horóscopo de los dos hombres y se lo tendió a Sosiano, que dio a entender que ambos documentos se habían preparado a petición de Anteyo y Escápula. El zodíaco era

importante para los romanos. Cada legión, por ejemplo, además del emblema de su unidad, llevaba el signo estrellado representativo del momento de la fundación de aquella legión o «nacimiento», con frecuencia la cabra marina de Capricornio. Pero la práctica de la astrología, predecir el futuro usando las estrellas, fue algo prohibido por un emperador tras otro, y sus practicantes tachados de charlatanes. A pesar de ello, la interpretación del zodíaco era muy atractiva para los ambiciosos romanos que estaban dispuestos a desafiar el edicto para ver si estaban destinados a grandes cosas. Anteyo y Escápula habían estado curioseando en sus destinos y el de Nerón, dijo Sosiano, que acusó a aquellos dos de «intentar apoderarse del Imperio»[4]. Nerón envió toda aquella información al Senado para su consideración.

Tigelino conocía a Anteyo, y cuando la cosa llegó por primera vez al Senado, aconsejó a Anteyo que sin más dilación preparase y sellase su testamento. Anteyo había pensado que la acusación era tan banal y ridícula, viniendo como venía de un hombre convicto de difamar al emperador, que ignoró el consejo de Tigelino. Pero Anteyo pronto averiguó que se le trataba como a un hombre culpable, aunque el tema aún se estaba debatiendo en la cámara. Sólo entonces se dio cuenta de lo sabio que era preparar su testamento. En cuanto lo hizo, se convirtió en un paria tal que nadie a quien se acercó estuvo dispuesto a poner su nombre en el documento como testigo. Al final, Tigelino en persona actuó como testigo del testamento. El conmocionado Anteyo, dándose cuenta de que la sentencia de muerte era inminente, intentó suicidarse tomando veneno. Como Séneca, Anteyo comprobó que el veneno que había tomado tenía una acción demasiado lenta. Emulando a muchos antes y después de él, al final recurrió a abrirse las venas y murió por su propia mano.

Ostorio Escápula, por otra parte, al parecer creía que el Senado no le condenaría. Mientras servía como prefecto de auxiliares en Britania, en el invierno de
47-48
d. C., cuando su padre era gobernador allí, Escápula había ganado la Corona Cívica por salvar la vida de un ciudadano romano en combate. La Corona Cívica era la distinción de valor más prestigiosa con la que se podía recompensar a un oficial romano, la precursora

de la Medalla de Honor de Estados Unidos de hoy en día o la Cruz Victoria en Reino Unido y los países de la Commonwealth. La Corona Cívica se concedía muy pocas veces, y era muy preciada. Julio César la ganó cuando era un oficial joven. Los receptores eran tratados como grandes personalidades por los romanos durante todo el resto de su vida. Gracias a la fuerza de esa Corona Cívica, Escápula sentía que estaba a salvo de la sentencia de muerte. Pero de todos modos, para mantener una actitud discreta y no invitar a futuras críticas, abandonó Roma y se retiró a una remota propiedad en el campo en Liguria, una región costera en el noroeste de Italia que hoy en día es fronteriza con Francia.

Escápula había juzgado mal. Antes de que pasara mucho tiempo, un destacamento de soldados pretorianos iba por la carretera hacia su villa. El centurión que estaba a cargo ordenó que se cerraran todas las puertas para evitar su huida. Luego se enfrentó a Escápula y le informó de que tenía órdenes de volver a Roma con su cabeza, de una manera u otra. Escápula era famoso por su valor y por sus habilidades con diversas armas. Hombre de anchos hombros y físico poderoso como su padre, tenía una temible reputación como soldado. Pero Escápula no luchó. Para evitar la indignidad de una decapitación estando todavía vivo, se retiró a su cámara y se cortó las venas. Pero la sangre fluía con demasiada lentitud, y temiendo la espada del centurión, el luchador condecorado llamó a uno de sus esclavos y le tendió una daga. Haciendo que el hombre sujetase con firmeza la daga mientras estaba de pie frente a él, Escápula cogió las manos del esclavo, colocó el cuchillo frente a su propia garganta y luego empujó hacia adentro, clavándose la hoja. Así murió Escápula, el héroe condecorado romano.

En los últimos días del invierno, tanto la noticia de esas dos muertes como los informes de la recompensa de Sosiano en forma de perdón desataron una oleada de informadores. Muchos de los informadores iban en busca de recompensa acusando a un cierto número de hombres importantes de tener vínculos con la Conjura de Pisón del año anterior. En el primer lugar de la lista se encontraba el amigo íntimo de Nerón, Cayo Petronio, famoso árbitro del buen gusto del emperador. Uno de los esclavos de Petronio acusó a su amo de haber sido íntimo amigo de Escevino, el hombre a través del cual se destapó la Conjura de Pisón, queriendo

decir con ello que Petronio estaba enterado de la conjura. Según Tácito, a aquel esclavo le pagó generosamente Tigelino, el prefecto del pretorio, para que se inventara esa acusación. Tigelino llevaba mucho tiempo celoso de Petronio y de su influencia ante el emperador. Según pensaba Tácito, Tigelino «le veía como un rival, e incluso superior a él en la ciencia del placer»[5].

Nerón estaba de camino, dirigiéndose hacia la Campania para pasar un tiempo en Neápolis, que le gustaba por su herencia griega y por ser la sede de su primera victoria en escena, cuando Tigelino se sacó de la manga a aquel esclavo que le contó una historia inventada al emperador. La cabalgata imperial, de la cual Petronio era miembro habitual, había llegado a la ciudad costera de Cumae de camino a Neápolis cuando Nerón recibió aquella información. Cuando la cabalgata se preparaba para seguir adelante, las tropas pretorianas llegaron a los cuarteles de Petronio, y cuando la partida imperial salió de Cumae, Petronio quedó atrás, bajo vigilancia.

El *arbiter* había visto ya a muchos otros hombres perecer a su alrededor, de modo que sabía perfectamente lo que debía hacer. Al menos Nerón no precipitó su final. Los amigos de Petronio permanecieron con él mientras se abría las venas. Luego se las ligó otra vez y pidió la cena. Mientras Petronio y sus amigos cenaban, les animó a recitar poemas ligeros y versos pícaros. Convocó a los esclavos que le acompañaban, recompensó a los buenos con generosos dones y castigó a los malos ordenando que los azotasen.

Al dictar su testamento Petronio no sólo no dejó ni una sola parte de su fortuna a Nerón ni a Tigelino, sino que incluyó un relato muy detallado de las juergas nocturnas que él y Nerón habían disfrutado cuando el emperador era más joven, citando a los muchos compañeros sexuales de Nerón, tanto mujeres como varones, en aquel periodo. Después de añadir su sello al testamento, Petronio lo despachó al propio Nerón, y luego destruyó su anillo de sello para que aquel sello no se pudiese usar para cambiar su testamento o falsificar otros documentos en su nombre, documentos que pudieran incriminar a otros. Más tarde, Petronio se desligó las heridas de los brazos y dejó que la sangre fluyese una vez más, y luego apoyó la cabeza como si fuera a pasar la noche, como de costumbre. Petronio Arbiter murió mientras dormía, desangrado.

Cuando Nerón leyó el testamento de Petronio se puso furioso

ante las revelaciones que había hecho su antiguo amigo. Y se quedó perplejo al ver que Petronio conocía la identidad de sus compañeros sexuales, porque Petronio no siempre estaba en compañía de Nerón. Pero hubo una persona que sí estuvo con él; era la esposa de un senador, una mujer llamada Silia. Ella había compartido casi todas las noches de adolescencia del emperador en la ciudad, y estaba muy unida a Petronio. Convencido de que Silia se lo había revelado todo a Petronio en algún momento, Nerón ordenó que la enviasen al exilio por revelar secretos imperiales.

Ahora que Tigelino se había librado de su rival Petronio, el prefecto completó su éxito fabricando una acusación contra Minucio Thermo, antiguo pretor. Uno de los libertos de Thermo había tenido la audacia (y la estupidez, para Tigelino) de presentar acusaciones criminales contra el prefecto del pretorio. Tigelino castigó entonces tanto al liberto como a su amo, matando dos pájaros de un tiro. Puso al liberto en el potro con la excusa de que sospechaba de la traición de Thermo, y Tigelino obligó al hombre a presentar cargos contra Thermo. La temeridad inicial del liberto le costó un dolor considerable, y a Thermo le costó la vida.

Los informadores llegaban ahora a montones, ofreciendo acusaciones de traición del anciano senador Cerialis Anicio y también de Rufio Crispino. Este último había sido prefecto de las Cohortes Pretorianas durante el reinado de Claudio, y se le recompensó por su servicio con honores consulares aunque sólo era miembro del orden ecuestre. Crispino fue exiliado a Cerdeña en
65 d. C.
por su conexión con los miembros de la Conjura de Pisón, y con la sospecha de que quizá estuviese implicado en la conspiración, pero esta última acusación le colocaba en el centro de la conjura. Informado de que ahora le habían sentenciado a muerte, Crispino adoptó la acostumbrada salida «noble».

Mela, padre del poeta Lucano y hermano de Séneca y Galio, fue la siguiente víctima de los informadores, acusado por uno de los amigos más íntimos de su difunto hijo, Fabio Romano, de estar implicado en la Conjura de Pisón con Lucano. Resultó que después de la muerte de Lucano, su avaro padre había reclamado dinero que se debía al joven. Romano era uno de los deudores de Lucano. Como Romano no le pagó, Mela recurrió a una acción legal. Esta

acusación de traición era la venganza de Romano y probablemente su forma de evitar pagar.

Como prueba de su acusación, Romano incluso falsificó una carta que dijo que Lucano había escrito a su padre sobre la conspiración. Nerón, que no estaba convencido de la autenticidad de la carta, se la envió a Mela y le exigió una explicación. Mela, creyendo que dijese lo que dijese su destino estaba sentenciado, redactó en seguida un nuevo testamento. Dejaba una gran parte de sus inmensas propiedades a Tigelino y al yerno de éste, Cosuciano Capitón, para asegurarse de que el resto fuese a parar a los miembros de su familia. También decía con amargura que consideraba injusto verse obligado a terminar con su vida mientras otros dos acusados, Crispino y Cerialis, hombres a quienes Mela sabía que Nerón despreciaba, todavía seguían con vida. Parece que Mela no sabía que Crispino ya había muerto. Mela entonces se cortó las venas y murió. Cerialis, un hombre que desagradaba a sus compañeros senadores y de quien desconfiaban, ya desde que expuso una conspiración contra la vida del emperador Calígula muchos años antes, le siguió muy pronto.

El yerno de Tigelino, Capitón, vio entonces la oportunidad de saldar viejas cuentas y apareció ante el Senado y acusó a Publio Trasea Peto, el adusto y serio estoico que había sido durante muchos años uno de los miembros más influyentes de la cámara. Ya al principio del reinado de Nerón, Trasea había impugnado a Capitón en el Senado por extorsión mientras servía en Cilicia. Trasea había conseguido que condenasen a Capitón, después de lo cual el estoico hizo que le eliminaran del orden senatorial como castigo. Varios años más tarde, Capitón fue restaurado en el Senado a través de la influencia de Tigelino, pero Capitón nunca había olvidado que Trasea fue responsable de su condena.

Capitón sabía que a Trasea nunca le había gustado Nerón, y que el sentimiento era mutuo. Trasea salió del Senado cuando se debatían las acusaciones de traición de Nerón contra Agripina la Menor en
59 d. C.,
después del asesinato de Agripina en Baiae, negándose a participar en su condena. Trasea tampoco había patrocinado nunca los Juegos Juveniles, una pasión muy antigua de Nerón, y algo que se esperaba

de los antiguos cónsules. Trasea había empujado al Senado a reducir la sentencia del difamador de Nerón, Sosiano. Además, el senador no había asistido a la sesión de la cámara que decretó honores divinos para la emperatriz Popea, y ni siquiera asistió a su funeral. Aunque era uno de los quince sacerdotes, los Quindecimviri, en épocas recientes Trasea no había asistido el 1 de enero a la recitación del juramento de fidelidad y plegarias públicas para el emperador en el Capitolio, y nunca había ofrecido un sacrificio público por la seguridad del emperador, como tenían costumbre de hacer otros sacerdotes.

Los sentimientos de Trasea hacia el emperador no podían estar más claros, igual que no se podía culpar a Nerón por sentir disgusto por ese hombre, que le faltaba al respeto de una manera tan obvia y tan pública, y a quien muchos otros senadores tenían como líder. Capitón, por tanto, sembraba en tierra abonada en el Palatium al empezar su campaña contra Trasea, redactando una carta para el emperador en la que se acusaba a aquel hombre.

En 66 d. C., Trasea llevaba tres años sin aparecer en el Senado. Durante todo ese tiempo se había mantenido lejos de la atención pública y de todos los asuntos políticos, preocupándose sólo de sus asuntos personales y los de sus clientes. Trasea, que ya no iba al teatro, ni asistía a los juegos, ni oficiaba en los templos, había ido recibiendo visitas en sus famosos y bellos jardines, en Roma. Después de consignar los numerosos ejemplos de la conducta descaradamente insultante de Trasea hacia el emperador, Capitón consiguió volver en su contra la reciente ausencia de la vida pública de Trasea. Capitón señaló que aunque Trasea no había ocupado su lugar en la cámara para votar contra los traidores convictos Veto y Silano, en tiempos pasados fue muy puntilloso a la hora de votar incluso la más corriente de las proposiciones.

El yerno de Tigelino comparó el cisma entre Trasea y el emperador con un estado de guerra. Capitón le dijo a Nerón: «Él es el único hombre que no se preocupa por tu seguridad ni honra tus logros». Acusó a Trasea de ser el líder y consejero de un grupo que quería cambiar el sistema de gobierno de Roma. «Ellos hacen ostentación de libertad», decía Capitón, «para derribar el Imperio. Si lo destruyen, atacarán la libertad misma». Capitón instaba al emperador a que no escribiera al Senado para expresar sus

opiniones sobre Trasea, sino que dejase que la cámara debatiera su conducta y fijara su destino[6].

Al mismo tiempo, en el Senado estaba a punto de emprenderse otra persecución contra otro hombre importante. En esta ocasión era contra el antiguo cónsul Barea Sorano. Como gobernador de Asia en
64 d. C.,
Sorano se había hecho impopular aquel año en el Palatium al no castigar a unos vecinos que se habían resistido a los comisionados del emperador enviados para llevarse estatuas de oro y plata y valiosos cuadros de los templos de las ciudades de Pérgamo, para el fondo de ayuda al gran incendio. Sorano, que al parecer era nativo de Asia, fue acusado de apoyar secretamente a Rubelio Plauto cuando Plauto vivía en un exilio autoimpuesto en la provincia, y de haberse visto implicado en intrigas destinadas a seducir a las gentes de Asia para que se rebelasen en apoyo de Plauto y contra Nerón.

Mientras Nerón meditaba en el contenido de la carta de Capitón en Neápolis, le llegaron noticias de que el rey Tirídates I de Armenia y su séquito habían entrado en Italia desde el nordeste. Durante casi nueve meses, Tirídates y su partida, que incluía a numerosos miembros de la familia real parta, fueron avanzando por tierra desde Armenia. La escolta personal del rey incluía a tres mil soldados de la caballería parta, ya que el ejército parto estaba formado sobre todo por tropas montadas, tanto arqueros a caballo como *catafractos* pesadamente acorazados. Iban acompañados de numerosas tropas montadas romanas, entre ellas la caballería mazice de Mauritania, en el noroeste de África. Tirídates estaba ahora en el último tramo de su viaje a Roma, para tomar parte en la ceremonia planeada durante la cual juraría fidelidad a Nerón, y éste oficialmente conferiría el reino de Armenia a Tirídates. Llevaban mucho tiempo haciéndose preparativos para ese acontecimiento.

Nerón entonces dio instrucciones de que fuese enviado un carruaje de dos caballos y una guardia de caballería pretoriana para transportar a Neápolis al rey y a su mujer, que venía desde Armenia a caballo. Y para asegurarse de que todos los detalles de la bienvenida oficial al rey se acababan llevando a cabo, Nerón también estableció una fecha en abril para la reunión del Senado que discutiría los destinos de Trasea y Sorano. La vista de las

acusaciones contra aquellos dos coincidiría con la llegada del rey Tirídates a Roma.

XX
LA CORONACIÓN DE UN REY

Por la carretera del distrito de Piceno, al este de Italia, llegó la enorme cabalgata del rey Tirídates I de Armenia con su escolta romana. «Su progreso todo el camino desde el [río] Éufrates era como una procesión triunfal», dice Dión Casio, comparando la cabalgata real con el desfile que seguía a un general romano cuando celebraba un triunfo por las calles de Roma. A lo largo de su ruta desde Partia, la inmensa caravana de caballos, carros y gente a pie recibió la bienvenida de cada ciudad romana a medida que pasaba por ella. Había llamativos ornamentos, guirnaldas de flores engalanando edificios oficiales, y multitudes «que gritaban muchos cumplidos» al rey que pasaba[1].

Tirídates, nacido parto, era hermano de Pacoro, rey de Media, vecino septentrional de Partia. Y más importante aún: Tirídates era también hermano de Vologases, rey de Partia, ese imperio oriental que había sido el enemigo más implacable de Roma durante siglos. Una de las mayores derrotas de Roma la sufrió a manos de los partos, cuando pereció el triunviro Marco Craso en 53 a. C. y cuarenta mil de sus legionarios acabaron muertos o capturados en una batalla en Carras, en la Turquía actual. Era algo inaudito que un príncipe parto viajase a Roma para inclinarse ante el emperador de Roma, pero ahí estaba Tirídates, embarcado en semejante ejercicio.

El mérito se debía al general romano Córbulo y a la fuerza de las armas romanas, que habían humillado dos veces a las fuerzas partas desde
62 d.
C. La misma presencia de Córbulo en el este amenazaba la invasión romana de Partia, y estaba claro que los partos temían tal posibilidad. Sin embargo, mientras los partos consideraban a

Córbulo un gran general, su respeto lo reservaban sobre todo para el hombre que lo había nombrado y que le envió al este, su soberano, el señor Nerón César.

Tirídates llegó a Neápolis con su esposa, que a lo largo de todo el viaje había llevado un casco dorado con un visor que le cubría el rostro en lugar de velo, «para no desafiar las tradiciones de su país dejando ver su cara», dice Dión[2]. Recibieron al rey los libertos de palacio, que, notando que llevaba una daga al cinto, le informaron de que no podría llevarla cuando se reuniese con el emperador, ya que ningún hombre armado, aparte de sus guardaespaldas, tenía permitido acercarse a Nerón. Como Tirídates se negó a quitarse la daga, se llegó a un compromiso: el rey hizo que remacharan su funda con la daga dentro, y así podía llevarla, pero no sacarla.

Llegó el día del encuentro entre el emperador y el rey. Tirídates era un hombre de mediana edad, alto y esbelto, con bigote y barba frondosa. Llevaba una túnica suelta de manga larga, pantalones, sandalias y un turbante. Un manto muy rico, sujeto en el hombro derecho, colgaba a su espalda, tocando casi el suelo. Un cinturón rodeaba su cintura, y colgando en la cadera izquierda llevaba la daga, con la funda remachada, tal y como se había acordado. Para caminar se apoyaba en un báculo alto. Nerón, vestido con las galas de un general romano triunfante, estaba sentado en su silla curul de marfil y oro, e hizo señas a Tirídates de que se adelantase. Entre una avenida de guardias pretorianos armados y en posición de firmes, el rey se acercó. A sólo unos metros de Nerón, se detuvo. Dejando a un lado el báculo, cayó de rodillas. Cruzó los brazos por delante del pecho, se inclinó mucho y rindió obediencia al emperador de Roma. «Nerón le admiró por ese acto», dijo Dión[3].

Se había preparado un entretenimiento para el rey y los miembros de mayor rango de su partida, que incluía también a sus hijos y varios sobrinos. Al ser el mes de marzo, la ciudad portuaria de Puteoli, a cierta distancia en la bahía de Nápoles, celebraba su *munus* anual en honor al dios de la guerra, Marte. La partida de Nerón y la del rey juntas se trasladaron a Puteoli, que estaba en el camino de Roma, y se detuvieron allí a disfrutar del *munus* de Puteoli. El editor de los juegos de Puteoli era Patrobio, liberto de Nerón, y fue «una celebración muy brillante y costosa»[4].

El *munus* de Patrobio en Puteoli era un desfile de distintas

personas y «placeres». Un día de los juegos, por ejemplo, además de las habituales luchas de gladiadores, sólo se envió a etíopes de piel oscura (hombres, mujeres y niños) a la arena, para que se enfrentaran a las bestias salvajes. Se habían montado dos tribunas en los estrados del anfiteatro de Puteoli para la visita del rey: una para Nerón y su séquito imperial y otra, al otro lado de la arena, para Tirídates y su partida. Para hacer los honores del editor de los juegos, Tirídates disparó a los animales desde su tribuna, usando el arco parto tradicional.

Los partos eran famosos por sus habilidades como arqueros. Sus arqueros a caballo habían perfeccionado una técnica llamada el tiro parto en la cual un jinete se volvía y disparaba por encima de la grupa de su montura con una precisión apabullante mientras se alejaba de sus oponentes, justo cuando éstos pensaban que se estaba retirando. Algunos aseguran que ése es el origen del término que se usa en inglés hoy en día: *a parting shot* (las últimas palabras antes de despedirse). A todos los nobles partos se les enseñaba a cabalgar y a disparar desde temprana edad, y resultó que Tirídates había sido un excelente alumno, y que se le daba muy bien el arco. «Resulta difícil creerlo», decía Dión Casio, pero se decía que Tirídates había «atravesado y matado a dos toros con una sola flecha» allí mismo en la arena de Puteoli[5].

Después de los juegos de Puteoli, la enorme cabalgata conjunta continuó por la Vía Apia, con no menos de mil vehículos en el tren. En torno al propio Nerón cabalgaba la caballería mazice, con sus escoltas llenos de brazaletes y medallones que tintineaban. Se había mandado a decir a Roma que la cabalgata se acercaba a la capital, y «toda Roma corrió a dar la bienvenida al emperador y ver al rey»[6]. Entre la multitud se encontraban todos aquellos miembros del Senado que no viajaban en el séquito de Nerón, con una sola excepción: Trasea Peto, el senador dirigente bajo amenaza de proceso judicial en la siguiente sesión del Senado, porque, según órdenes de Nerón, tenía prohibido salir de la ciudad.

La procesión subió por la Vía Apia, pasando ante las tumbas de los nobles romanos, y entró en Roma por la Puerta Capena. Moviéndose a lo largo de las calles de la ciudad con una multitud entusiasta a los lados, mantenida a raya por las tropas de los pretorianos, de la ciudad y las Cohortes Germanas, que vitoreaban

al emperador mientras pasaba, Nerón sonreía y saludaba con la mano, haciéndose cargo de aquel recibimiento, mientras el rey a su vez captaba todo el esplendor de aquella ciudad que se hallaba en el centro del mundo. Siguieron de camino hacia la Casa Dorada, el vasto palacio nuevo de Nerón, casi terminado ya.

En los veinte meses transcurridos desde el gran incendio, el palacio y sus asombrosos jardines se alzaban ahora donde antes hubo ruinas ennegrecidas. El Circo Máximo se había reconstruido por completo de madera, a expensas de numerosos bosques en provincias distantes, mientras dos tercios de la ciudad de Roma fueron totalmente reconstruidos de piedra. Los templos y edificios públicos fueron restaurados también. Nuevas calles mucho más anchas reemplazaron las anteriores madrigueras de conejos que caracterizaban a la antigua Roma. En las zonas residenciales aparecieron columnatas y plazas públicas equipadas con balsas de agua. Era una nueva ciudad, más hermosa que la antigua, observa Tácito[7]. Todavía había numerosos trabajadores, tanto esclavos como libres, ocupados en tareas de construcción y restauración, que continuarían durante un tiempo más, pero la mayoría de los trabajos ya se habían llevado a cabo. A ojos de los orientales, la nueva Roma debió de resultar arrebatadora.

Numerosos edificios estaban decorados con guirnaldas, para dar la bienvenida al emperador y al rey, sí, pero también como preparativo para la Megalesia, el festival anual de siete días dedicados a la Magna Mater o Gran Madre, la diosa Cibeles. A partir del 4 de abril, a sólo unos días de distancia, el festival de aquel año exhibiría la grandeza de Roma para el beneficio del rey Tirídates y su partida.

Aquella noche las lámparas de aceite brillaron por toda la ciudad, iluminando el mármol brillante, el oro y las piedras preciosas que adornaban los templos y palacios. Equipos enteros de esclavos trabajaron toda la noche, completando unas tribunas temporales de madera erigida a lo largo de dos lados del Foro Romano. Sin embargo, escribe Suetonio, el día fijado por el edicto de Nerón para la ceremonia en la cual Tirídates juraría lealtad a Nerón, es decir, el día anterior al inicio del festival de la Megalesia, amaneció nublado y gris. Los augurios no eran buenos. La ceremonia se pospuso un día.

El cielo aquella noche estaba claro, y presagiaba un día excelente a la mañana siguiente. Mucho antes de amanecer, inmensas multitudes inundaron el Foro y sus alrededores. Los más afortunados tenían invitaciones; los espectadores estaban dispuestos según su rango, desde los ecuestres delante hasta los libertos detrás. Ataviados de blanco y llevando cada uno una rama de laurel, símbolo de la victoria, ocuparon los asientos del Foro. La gente corriente se había subido a los tejados de todo alrededor para ver la ceremonia. Los espectadores estaban tan apretados en los tejados, decía Dión, «que todas las tejas de los edificios de la vecindad estaban ocultas por completo a la vista»[8].

Al salir el sol, se vio a miles de pretorianos rodeando el Foro, ante las tribunas; los soldados iban «plenamente armados», con escudos y jabalinas, formando ordenadas filas. Las tropas iban equipadas con «brillantes armaduras», dice Dión, «con sus armas y estandartes deslumbrantes como relámpagos» ya que los relámpagos eran el motivo que llevaban las Cohortes Pretorianas en sus escudos[9]. Los portaestandartes de cada cohorte y cada manípulo (subunidad militar romana equivalente a una compañía de hoy en día) se reunieron en la tribuna de los Rostra, elevada en el extremo norte del Foro.

Sus estandartes variaban desde la estatuilla dorada de la Victoria de los pretorianos hasta la mano de plata levantada de cada manípulo pretoriano. También estaban representadas las figuras de animales de los estandartes de las Cohortes Germanas. Un pequeño bosque de casi un centenar de estandartes se exhibía en los Rostra en manos de sus orgullosos portaestandartes, y los portaestandartes pretorianos vestían capas de piel de león con la cabeza del león colocada encima de los cascos.

Cuando asomó el sol en el claro cielo matinal, sonaron las trompetas. La gente que estaba en las tribunas se puso de pie y esperó, en silencio expectante. Desde el vestíbulo de la Casa Dorada, salió Nerón. De nuevo llevaba el atuendo de un triunfante: túnica, manto y corona mural. Iba acompañado por los cónsules del año, uno de los cuales era Suetonio Paulino, que, como gobernador de Britania, había aplastado la rebelión de Boudica seis años antes. A continuación iban los prefectos, incluyendo los pretorianos, Tigelino y Ninfidio, y el de la ciudad, Flavio Sabino. Luego iban

todos los magistrados del año, los pretores y los cuestores, seguidos por todos los comisionados, incluido el nuevo comisionado del agua, Fonteyo Agripa, que era cónsul en los tiempos del asesinato de Agripina la Menor, en
59 d.
C. Cientos de senadores iban detrás, con las notables excepciones de los acusados Trasea y Sorano.

Trasea había escrito a Nerón pidiéndole que le dijera qué acusaciones había contra él, y asegurando que podría explicarse si le informaban de los supuestos delitos de los cuales se le acusaba y se le daba una oportunidad de refutar las acusaciones. «Nerón recibió aquella nota de buen grado», esperando que Trasea se hubiese incriminado a sí mismo en ella o incluso que hubiese confesado quizá su crimen. Pero el emperador se sintió muy decepcionado al ver que la petición de audiencia de Trasea, pensada con todo cuidado, no contenía ninguna incriminación ni confesión. Temiendo tanto la furia como «la desafiante independencia» de Trasea (según la opinión de Tácito), Nerón se negó a conceder al senador la audiencia que solicitaba. Dejaría que fuese el Senado quien decidiese el asunto[10].

Atravesando el Foro pasó el joven gobernante del mundo romano, el hombre más poderoso de toda la tierra, que luego subió la curvada escalinata de la parte posterior de los Rostra y tomó asiento en una silla ceremonial. Flanqueándole se encontraban sus oficiales superiores, con los estandartes militares y sus portadores formando un fastuoso telón de fondo. Los senadores se apiñaban detrás de los Rostra. Se dio la señal entonces para que hiciera su aparición el rey Tirídates. De la Casa Dorada, donde él y su partida se alojaban, salieron Tirídates, su mujer y sus hijos y sobrinos, entraron en el Foro y caminaron entre las silenciosas filas de pretorianos, con los ojos de todos los espectadores siguiendo cada uno de sus pasos.

Tirídates y los miembros de su familia se detuvieron frente a los Rostra. Aquéllos eran los mismos Rostra desde los cuales Marco Antonio había pronunciado su famoso discurso el día del funeral de Julio César. Para la ceremonia de aquel día se había colocado una rampa provisional frente a los Rostra. A una señal de Tirídates, él y su mujer, sus hijos y sus sobrinos cayeron de rodillas y repitieron la

misma fórmula de obediencia que Tirídates había observado en su primera reunión con el emperador romano, cruzando los brazos e inclinándose mucho hacia delante.

Un enorme rugido de aprobación surgió de la multitud que los rodeaba. Se vio que Tirídates miraba temeroso a la multitud en torno, que ahora bullía de comentarios. Era como si el rey temiese de repente el destino de tantos líderes enemigos que habían sido conducidos por las calles de Roma en años anteriores, en el triunfo de un general conquistador u otro: la ejecución con el dogal. Tal destino era contrario al tratado que había acordado Tirídates con el general de Nerón, Córbulo, el tratado que había terminado la guerra de Armenia y garantizaba a Tirídates el trono de Armenia a cambio de su juramento de fidelidad a Nerón.

A Tirídates le habían dicho que el yerno de Córbulo, Anio Viniciano, fue enviado por el general a Roma para que preparase su ceremonia. Tirídates sabía que a Nerón le gustaba Viniciano, y que aprobaba el nombramiento del joven como *legatus legionis* antes de llegar a la edad senatorial, un raro honor. Ese nombramiento había permitido a Viniciano unirse al ejército de su suegro y tomar el mando de la 5.ª Legión Macedónica durante la última campaña de Córbulo en Armenia, contra Tirídates y sus tropas partas y armenias. Pero ahora Tirídates estaba literalmente en la guarida del león, y su destino en manos de Nerón.

El tribuno de guardia de las Cohortes Pretorianas, el *narrator* del día, pidió silencio. La audiencia calló, obediente. Nerón hizo señas al rey. Tirídates se puso de pie y, él solo, subió por la rampa a los Rostra, donde se postró de nuevo, esta vez a los pies de Nerón. Nerón le tendió la mano «y le hizo ponerse de pie, y le besó»[11].

Tirídates entonces dirigió un discurso a Nerón en su lengua nativa, que fue traducido en voz alta al latín por un antiguo pretor. «Señor, soy el descendiente de Arsaces, hermano de los reyes Vologases y Pacoro, y esclavo tuyo. He venido a ti, mi dios, para adorarte como adoro a Mitra. El destino que hiles para mí será el mío, porque tú eres mi Fortuna y mi Destino.»[12]

Nerón respondió, e hizo traducir sus palabras para el beneficio de Tirídates: «Has hecho bien en venir en persona, para que al reunirte conmigo cara a cara, puedas disfrutar de mi gracia. Porque lo que ni tu padre te dejó, ni tus hermanos te dieron y preservaron

para ti, eso te lo concedo yo. Te nombro rey de Armenia, y tanto tú como ellos», y agitó la mano hacia la multitud, «debéis comprender que tengo el poder de quitar reinos y de entregarlos»[13].

Y una vez dicho esto, mientras Tirídates inclinaba la cabeza, Nerón quitó el turbante de la cabeza del rey y lo sustituyó por una corona que le tendía un ayudante. La multitud prorrumpió en vítores y aplausos. Para muchos romanos corrientes, aquél fue el mejor momento de Nerón.

Era el primer día del festival de la Megalesia. Al amanecer de aquella mañana, los sacerdotes de la Magna Mater habían ofrecido hierbas a la diosa en su templo, y se habían azotado hasta sangrar. Ahora llevaban una estatua de Cibeles por las calles de la ciudad, acompañada de tañedores de panderetas y címbalos. La estatua fue colocada en el Teatro de Pompeyo, y en cuanto Nerón y el rey hubieron abandonado el Foro, la gente dejó sus lugares de observación y corrió por la ciudad y salió por las puertas del norte hacia el Campo de Marte, para encontrar asientos en el teatro.

Por decreto imperial especial, las actuaciones teatrales de aquel día honraban al emperador y su coronación del rey, y para ese acontecimiento el escenario del teatro, que ya era impresionante, se había dorado todo entero, así como gran parte del interior del teatro. Todos los muebles y accesorios de la tribuna imperial brillaban también por el oro. Por encima de las cabezas de aquellos que estaban en el palco imperial colgaba un toldo para el sol de tela púrpura bordada de oro, con la figura de Nerón conduciendo un carro y estrellas doradas que brillaban a su alrededor. La gente que asistió al teatro aquel día, deslumbrada, se referiría siempre a aquella jornada como «el día de oro»[14].

Un poco más tarde, primero Nerón y luego Tirídates llegaron al teatro. Al llegar a la tribuna, Tirídates de nuevo se postró a los pies de Nerón. Luego, a una señal del emperador, ocupó el asiento que estaba inmediatamente a la derecha del emperador. Juntos contemplaron las actuaciones del día, mimo, tragedia y música, y de vez en cuando conversaban entre ellos. En un momento dado surgió el nombre de Córbulo, general conquistador de Nerón. «Señor, tienes a un buen esclavo en Córbulo», observó Tirídates[15].

Aquella noche, Nerón y Tirídates se sentaron juntos en un banquete oficial muy caro al que asistieron los ciudadanos más

importantes de Roma. Después del banquete, para el entretenimiento del rey, Nerón cogió la lira y cantó. Y después, al parecer en su circo privado del Vaticano, Nerón demostró su experiencia en la conducción de carros a Tirídates, vestido con la túnica de los Verdes y el traje completo de auriga circense. Según Dión, a Tirídates le disgustó privadamente que el emperador cantase y condujese carros, y se dice que comentó que el único fallo que veía en el general de Nerón, Córbulo, era que soportase a un jefe como Nerón[16].

Pero aunque parece que ésos eran los auténticos sentimientos de Tirídates, al parecer no llegaron a oídos de su hermano, Vologases, el rey parto. Como demostrarían los acontecimientos posteriores, el respeto que sentía Vologases por Nerón, e incluso la reverencia que le inspiraba, no disminuirían a lo largo de los años siguientes. Nerón invitó varias veces a Vologases a acudir a Roma. Vologases, sin duda sospechando que acabaría atrapado en tierra itálica, se excusó diciendo que, a diferencia de Nerón, él no poseía una potente flota de buques de guerra con la cual atravesar el océano. El rey parto sugería que ambos gobernantes dejasen sus respectivas capitales y se reunieran a mitad de camino, en Asia Menor. Pero eso no le interesaba a Nerón.

El entretenimiento que presenció Tirídates durante los juegos de la Megalesia incluían el *pancratium*, una competición de origen griego antiguo y que formaba parte de los Juegos Olímpicos, que combinaba boxeo y lucha. Los competidores iban desnudos. Después de untarse el cuerpo con aceite, como parte de su observancia religiosa, se arrojaban arena sobre la piel desnuda y aceitada, para permitir a sus oponentes que hiciesen presa en ellos, literalmente. No se prohibía ninguna presa. Se podía usar el puño cerrado, aunque las manos no llevaban correas, como en los combates de boxeo, y por lo tanto eran menos letales. También se podían usar los pies. El movimiento ofensivo decisivo era la llave de cuello, y si el hombre que estaba sujeto en ella no se rendía, podía morir estrangulado, y de hecho lo hacía. Si estaba inmovilizado o gravemente herido, un competidor podía rendirse levantando un solo dedo.

Se consideraba legítimo que un competidor golpease a un oponente caído. Tirídates, al ver aquello, quedó horrorizado.

Exclamó: «No es justo que un hombre que ha caído sea golpeado»[17].

Esto divirtió enormemente a sus anfitriones. Así eran los romanos. En la vida, como en el *pancratium*, el adversario caído es una presa legal. Muchos de los implicados en las conjuras contra Nerón a lo largo de los dos años anteriores habían averiguado que las cosas eran así. Trasea y Sorano estaban a punto de aprender la misma lección. El festival de la Megalesia acababa con un día de carreras de carros en el reconstruido Circo Máximo, con Nerón y Tirídates entre los espectadores emocionados.

Nerón disfrutaba presumiendo ante su nuevo vasallo real, y se mostraba bien dispuesto a concederle un favor a Tirídates. Durante la primera campaña de Córbulo en Armenia, sus legiones habían arrasado la capital armenia, Artaxata, en el nordeste del país. Córbulo tomó la ciudad sin luchar, pero decidiendo que era demasiado remota para defenderla con éxito, ordenó evacuar a toda la población de la ciudad al sudoeste, y luego hizo que sus tropas destruyesen la metrópoli ribereña piedra por piedra. Tirídates pidió permiso entonces a Nerón para reconstruir la ciudad, endulzando su petición con la promesa de que daría a la capital restaurada de Armenia el nombre de Neronia, en honor de Nerón. No resulta sorprendente que Nerón accediese a la petición. La ciudad sería reconstruida y recibiría el nombre de Neronia.

Más aún: Nerón también ofreció a Tirídates los servicios de un cierto número de artesanos que habían trabajado en la reconstrucción de Roma, después del gran incendio. Picapedreros, carpinteros, artistas que pintaban los frescos de las paredes… Esos artesanos no eran esclavos, sino libertos que recibían su paga y que habían acudido a Roma específicamente para trabajar en la restauración de la ciudad. Aunque Nerón fue generoso en su ofrecimiento de artesanos, retuvo a aquellos que se necesitaban para el trabajo que quedaba en Roma. Tirídates no sólo aceptó a los hombres ofrecidos por Nerón, sino que también envió secretamente a sus agentes por los campamentos de los artesanos de Roma y reclutó más, ofreciéndoles una paga mayor de la que estaban recibiendo por parte de Nerón. Pero Tirídates acabó burlado. Cuando aquellos artesanos llegaron a Capadocia de camino hacia Armenia con Tirídates, el general Córbulo sólo permitió que

entraran en el país los hombres autorizados por Nerón para trabajar en Armenia.

Nerón también proporcionó a Tirídates transporte por mar para parte del viaje de regreso del rey. Cuando dejó Roma, a unos días de la conclusión de la Megalesia, Tirídates viajó por la Vía Apia hasta Brundisium, donde él y su partida embarcarían en unos buques de la flota adriática de Roma, y luego cruzarían el estrecho de Otranto hasta Dyrrhachium, la moderna Durres, en Albania. Desde allí, el séquito de Tirídates continuaría por tierra a lo largo de la Vía Egnacia, a través de Macedonia. Tras cruzar los Dardanelos, Tirídates progresaría a través de las grandes ciudades de Asia Menor, que servirían, según dice Dión Casio, para «aumentar su asombro ante la fortaleza y belleza del Imperio romano»[18].

En cuanto acabó el festival de la Megalesia, antes incluso de que Tirídates partiese de Roma a mediados de abril, los lictores del cónsul ya estaban por las calles de la ciudad transmitiendo un mensaje por el cual se convocaba a los miembros del Senado a una sesión al día siguiente. En el primer lugar de la agenda de los senadores se encontraban las acusaciones contra Trasea y Sorano. Después de ese llamamiento, los amigos de Trasea, preocupados, corrieron a su residencia a ofrecer consejos contradictorios. Algunos le instaron a que apareciese en la cámara y se defendiese, aunque la opinión general era que Nerón estaba decidido a conseguir un veredicto de culpabilidad.

«Al menos la posteridad distinguiría entre el recuerdo de una muerte honorable y la cobardía de aquellos que perecieron en silencio», decían los pesimistas[19].

Otros de los amigos de Trasea le recomendaban que se quedase en casa, para mantener su orgullo y evitar los insultos y las bromas que sus acusadores le arrojarían. Incluso se sugirió que algunas personas podían recurrir a la violencia contra Trasea, o a favor de él, si aparecía, y le rogaron que ahorrase al Senado un espectáculo semejante. Esos hombres temían que si estallaba la violencia se echase la culpa a Trasea, y que Nerón castigase también a su mujer y su familia.

Uno de los clientes de Trasea, un joven tribuno entusiasta pero impetuoso de los plebeyos, de nombre Rústico Aruleno, se ofreció a

emitir una protesta oficial contra cualquier sentencia impuesta a Trasea por el Senado. Trasea tuvo la sensación de que aquello sería inútil, convencido como estaba de que la mayoría de los senadores se alinearían con lo que creían que quería Nerón, y condenarían a su compañero senador. La protesta de Aruleno, de eso estaba convencido Trasea, resultaría inútil y quizá fatal para el joven tribuno.

«Mis días se acercan a su fin», dijo Trasea, con tristeza, «y no debo abandonar un plan de vida (estoicismo) en el cual he perseverado durante tantos años». Los seguidores de la filosofía estoica creían en la aceptación tranquila de su destino, fuera éste el que fuese. «Estás al principio de tu carrera pública, y tu futuro es incierto», le dijo Trasea al joven tribuno. «Antes de actuar en una crisis como ésta, considera con mucho cuidado el camino de la vida política que tienes por delante.»[20]

Trasea dio las gracias a todos sus amigos por sus consejos, pero al final, dijo, se reservaría para su propio juicio la cuestión de si le convenía o no ir al Senado el día de su juicio.

XXI
EL JUICIO DE TRASEA Y SORANO

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, la mayor parte de los senadores de Roma se habían dirigido desde sus hogares en la ciudad a la Curia, la sede del Senado, como respuesta a la convocatoria del cónsul. En el Foro encontraron a un grupo de ciudadanos corrientes que les bloqueaban el paso. Esos hombres hoscos iban armados con espadas envainadas, que no ocultaban, a pesar de que la ley prohibía llevar armas dentro de la ciudad a cualquiera que no fuese militar, y aun así, había restricciones acerca de lo que podían llevar las tropas dentro de los muros de la ciudad. Los hombres armados se apartaron para dejar pasar a los senadores, pero siguieron su paso con expresiones amenazadoras. Nadie sabía quién les había enviado, pero el hecho de que no se vieran molestados por las autoridades sugería que estaban allí para intimidar a los senadores, animados por alguien relacionado con el Palatium.

Entonces, junto a la Curia, en el Foro del César, los senadores que llegaban vieron enjambres de tropas pretorianas armadas. Dos mil hombres de las Cohortes Pretorianas se hallaban repartidos en diversos cuerpos a través de las columnatas y patios del Templo de Venus Genetrix. Ese templo fue erigido por Julio César como respuesta al voto que éste había hecho a su deidad patrona, la diosa Venus, justo antes de la batalla de Farsalia. Juró que si se le concedía la victoria sobre Pompeyo el Grande, construiría aquel templo. La ironía es que Venus era también la deidad patrona de Pompeyo… Dentro del templo, además de una estatua de la diosa misma, había también estatuas de César y de su amante Cleopatra, reina de Egipto.

Obviamente enviados por los prefectos del pretorio Tigelino y Ninfidio, los pretorianos observaban a los senadores con aire

amenazador y con las manos apoyadas en la empuñadura de sus espadas. Era otro mensaje silencioso para los senadores: que aquel día debían cumplir la voluntad del emperador. Cuando amaneció, dentro de la cámara del Senado el cónsul presidente, sentado en su silla curul, miró a su alrededor, hacia los bancos de madera atestados de gente frente a él, y observó que Trasea estaba ausente, al no haber respondido a la convocatoria. De hecho, Trasea había decidido no tomar parte en la sesión del Senado con determinación estoica, relajándose en sus jardines mientras esperaba enterarse por otros del resultado del debate sobre su destino. El cónsul llamó al orden a la cámara, y luego, cuando reinó el silencio, hizo una seña al cuestor del emperador.

El cuestor se puso en pie y leyó un discurso escrito por Nerón y dirigido a los miembros del Senado. Nerón condenaba a unos senadores a los que no nombraba por descuidar sus deberes y constituir un mal ejemplo para sus inferiores, y luego seguía: «¿Cómo nos va a sorprender que no vengan hombres de las provincias remotas cuando muchos, después de obtener el consulado o algún cargo sagrado, deciden dedicar todos los pensamientos a la belleza de sus jardines?»[1]. No podía haber duda alguna de a quién se refería el emperador.

La conclusión del discurso imperial dio pie para llamar a Cosuciano Capitón. El yerno de Tigelino se levantó y pronunció un discurso en el cual, como se esperaba, vilipendió a Trasea. Cuando acabó, el cónsul llamó a otro senador, Marcelo Eprio, que usó su «punzante elocuencia», según palabras de Tácito, para denunciar también a Trasea. Estaba claro que aquel discurso se veía respaldado por el Palatium. «Nosotros, los senadores, hemos sido demasiado indulgentes en el pasado permitiendo que Trasea se burlase impunemente de él [el emperador]», dijo Marcelo[2].

Marcelo, con el «aire feroz y amenazador que solía tener», sembró el temor en toda la cámara implicando inesperadamente a tres miembros más del Senado en los «crímenes» de Trasea: al yerno de Trasea, Cayo Helvidio Prisco y dos más, Agripino, cuyo padre había exiliado Tiberio, y Montano, un poeta culpable de crear «versos abominables», según su acusador[3]. Cuando Prisco servía como tribuno de la plebe, varios años antes, se ganó la reputación de realizar buenas obras, mostrando una atención particular hacia

las necesidades de los pobres. Pero ahora a Prisco se le acusaba de asociación traicionera con su suegro, enemigo convicto del emperador. Tácito explicaba la relación entre Prisco y Trasea como una alianza inocente, pero Prisco, como Trasea, era un estoico, y como Trasea también, podía ser a veces de una sinceridad brutal.

Trasea era objeto de la mayor condena de Marcelo, porque su culpa, si se probaba, bastaba para destruir a los otros. «Trasea adoptó cada vez más abiertamente el papel de traidor y enemigo», declaró Marcelo, «con furia creciente». Se preguntaba por qué Trasea no había ocupado su lugar en el Senado, por qué no se había dejado ver en el teatro, y no había cumplido sus obligaciones como sacerdote a lo largo de los tres últimos años. La cámara del Senado, el teatro y los templos fueron como un desierto para Trasea, dijo. Trasea, aseguraba Marcelo, lamentaba la prosperidad de su país, «y nos amenazaba constantemente con el exilio». ¿Qué era lo que tanto contrariaba a Trasea?, se preguntaba. «¿Será la paz mundial, o las victorias conseguidas sin pérdidas para nuestros ejércitos, lo que tanto le exaspera?»[4]

Después de sugerir con amargura que Trasea «separase su vida» del país que al parecer ya no amaba, el acusador Marcelo tomó asiento[5]. El cónsul llamó entonces al ecuestre Ostorio Sabino, acusador de Barea Sorano, segundo hombre procesado siguiendo órdenes de Nerón, para que lo trajeran a la cámara. Los lictores del cónsul escoltaron a Ostorio, y el cónsul le dio permiso para hablar. Ostorio dijo a la cámara que Sorano, que se hallaba presente, fue íntimo amigo del antiguo condenado como traidor Rubelio Plauto, y que Sorano, cuando fue gobernador de Asia, fomentó movimientos sediciosos en los diversos estados que formaban la provincia.

Aquéllas eran acusaciones ya antiguas, que los senadores habían oído antes, pero el acusador añadió ahora algo nuevo: que la hija de Sorano, Servilia, había gastado hacía poco grandes sumas de dinero obtenido por la venta de sus regalos de boda y joyería, con el fin de contratar a astrólogos para que le dieran horóscopos de su padre y de Nerón. Esa nueva afirmación creó una oleada de comentarios en toda la cámara. El cónsul despachó a sus lictores para que fueran a buscar a Servilia y la trajeran al Senado para que respondiese a aquella acusación.

Servilia, que tenía veinte años, llegó escoltada a la cámara y se

enfrentó a los senadores reunidos. El año anterior su marido, Anio Polio, miembro de una familia distinguida y hombre considerablemente mayor que Servilia, fue enviado al exilio. Polio era el mejor amigo de Senecio, el «hombre infiltrado» en la Conjura de Pisón. Cuando se le pidió que nombrase a un solo compañero conspirador, Senecio nombró a Polio, que por tanto fue desterrado, dejando a su esposa desesperada en Roma. El anciano Sorano se puso de pie frente a su hija ante el tribunal de los cónsules, y Servilia no pudo mirar a su padre a los ojos.

«¿Has vendido tus regalos de boda o has despojado tu cuello de ornamentos para conseguir dinero y poder realizar ritos mágicos?», preguntó Ostorio, el acusador[6].

En lugar de contestar, la joven se arrojó al suelo de mármol y se echó a llorar con desesperación. Porque Servilia era culpable de contratar a astrólogos, y se daba cuenta de que al hacerlo, había aumentado el peligro para su padre. El Senado esperó pacientemente a que se compusiera y contestara a la acusación.

Cuando cesó el flujo de lágrimas, Servilia subió los escalones del altar que se encontraba en la cámara y en el cual se hallaba un busto de Nerón. Agarrándose al altar, Servilia exclamó: «No he invocado a ningún dios impío, ni he hecho encantamientos, ni he pedido otra cosa en mis desconsoladas plegarias que tú, César…», miró el rostro de mármol del emperador, «y vosotros, senadores, preservéis de todo mal a este que es el mejor de los padres. Mis joyas, mis ropas y todas las señales de mi rango las entregué, y habría entregado mi propia sangre, si se me hubiese exigido»[7].

Servilia miró los rostros de los senadores, en la cámara, algunos apiadados, otros más solemnes, otros condenatorios. «Esos hombres tenían que haber previsto esto», siguió, refiriéndose a los astrólogos y a su desesperación. «Yo no les conocía, ni sabía cuáles eran las artes que practicaban. No se hizo mención alguna por mi parte al emperador, excepto como una de las divinidades. Pero mi desgraciado padre no sabe nada de todo esto. Y si eso es un crimen, entonces yo sola soy culpable»[8].

Servilia iba a decir algo más, pero su padre, intentando librarla de toda culpa, la interrumpió. «Mi hija no vino conmigo a Asia», declaró. «Era demasiado joven para conocer a Plauto. Ni tampoco estaba implicada en las acusaciones contra Polio, su marido.»

Volviéndose hacia sus colegas senadores, les suplicó: «Tratad separadamente el caso de una que sólo es culpable de excesiva lealtad a su padre. En cuanto a mí mismo, sufriré mi destino, sea el que sea»[9].

Mientras Sorano hablaba, Servilia corrió hacia él, y éste la estrechó entre sus paternales brazos, pero los lictores consulares que estaban cerca intervinieron y los separaron. El cónsul llamó a los testigos de la acusación y de la defensa para que hablasen. Se levantó Publio Egnacio Celer, uno de los arquitectos de la reconstrucción de Roma y la construcción de la Casa Dorada. Celer administraba propiedades imperiales en Asia en tiempos de los supuestos crímenes de Sorano, y también era cliente de éste.

Estoico confeso y hablando con la elocuencia lenta, pausada y virtuosa de un filósofo, Celer insistió en la acusación de que Sorano había provocado la rebelión en la provincia, influido por su amistad con Plauto. Tácito, asegurando más tarde que habían pagado a Celer para traicionar a su patrón, decía que Celer era «traicionero y astuto», un hombre «envuelto por completo en falsedades y manchado con todas las infamias»[10]. Otro provinciano, Casio Asclepiódoto de Nicea, considerado el hombre más rico de Bitinia, estaba en Roma para defender a Sorano; se levantó ante toda la cámara y habló del buen carácter de Sorano.

Nadie más habló en favor de Sorano o de Trasea, aunque ambos tenían muchos amigos entre las filas de los senadores. Vespasiano, por ejemplo, era amigo de ambos hombres, aunque no le gustaba nada el yerno de Trasea, Prisco. Ningún otro hombre distinguido estuvo dispuesto a seguir el ejemplo de Asclepiódoto y hablar en favor del acusado. Para aquellos que ponían su propia preservación por encima de todo los demás, parecía un acto suicida y sin sentido. El niceo, voz solitaria en favor del atribulado Sorano, pagaría muy cara su lealtad y su valor. El Senado lo despacharía a la vez que a Sorano, y le impondría una dura sentencia, despojándole de sus grandes riquezas y enviándole al exilio empobrecido.

Aquella misma tarde el cuestor del cónsul, un joven de veintitantos años, llegó a las puertas del jardín de Trasea. Le había enviado el cónsul para transmitirle un mensaje a Trasea. Escoltado a los jardines, el cuestor encontró a Trasea rodeado por una multitud de hombres y mujeres distinguidos, incluyendo la mujer de

Trasea, Arria. La multitud escuchaba atentamente mientras Trasea conversaba con Demetrio, un notable profesor de griego de la escuela de filosofía cínica. Los cínicos llevaban una vida austera, como los monjes en tiempos posteriores, pero también eran muy francos y creían que había que ser anticonvencional y desafiar las normas sociales del momento. Cuando el cuestor llegó hasta el grupo, encontró a Trasea especulando en voz alta con Demetrio sobre la naturaleza del alma y la separación de cuerpo y espíritu.

Como Trasea no detenía su discurso, el cuestor habló con uno de los amigos de Trasea, Domicio Ceciliano, y le transmitió el mensaje del cónsul. El Senado, decía el mensajero, había encontrado a Trasea, a Sorano y a la hija de Sorano, Servilia, culpables de delitos gravísimos. Pero los senadores habían votado para permitir a los tres que eligiesen cómo querían morir. A Helvidio y Agripino se les había ordenado que abandonasen Italia. Montano, el poeta, se salvó con un castigo similar cuando su padre se levantó en el Senado y propuso que el joven fuese castigado impidiéndole entrar en la vida política, cosa a la que accedió la cámara. Los acusadores del caso de Trasea, Capitón y Marcelo, recibieron cada uno 5 millones de sestercios del Senado por su trabajo, mientras que Ostorio, el acusador de Sorano, fue recompensado con 1,2 millones de sestercios y las condecoraciones de cuestor.

Domicio se acercó a Trasea y le interrumpió, anunciando las condenas y sentencias a todos los presentes. Muchos de los que estaban con Trasea, hombres y mujeres, se echaron a llorar al oír la noticia. Otros se quejaron amargamente ante la injusticia que representaba todo aquello. La esposa de Trasea, Arria, declaró de inmediato que deseaba morir con él, quitándose la vida de la misma manera que su propia madre había hecho unos cuantos años antes.

«No, conserva la vida», instó Trasea a su mujer, «y no le quites a nuestra hija su único apoyo». Volviéndose a sus amigos, dijo: «Marchaos en seguida, y no os pongáis en peligro viéndoos implicados en el destino de un hombre que está condenado»[11].

El cuestor tenía órdenes de entregar el veredicto a Trasea en persona, y luego volver junto al cónsul con la respuesta de Trasea a su sentencia. Si Trasea no se hacía cargo de la situación con sus propias manos, el cónsul pondría el destino del condenado en manos del prefecto del pretorio. Mientras la mayoría de los

compañeros de Trasea se retiraban, el cuestor se encontró con el propio Trasea en un jardín con columnas. El cuestor leyó el mensaje al cónsul en voz alta. Trasea parecía extrañamente eufórico, y luego explicó que estaba contento porque se había salvado la vida de su yerno.

Después de separarse de su mujer, Trasea se hizo acompañar por su yerno Prisco y por Demetrio el Cínico y se retiró a una habitación. Allí cogió una daga y se abrió las venas de ambos brazos. Al fluir la sangre con libertad, ésta salpicó el suelo. Luego llamó al cuestor para que pudiera informar de que había visto al hombre condenado seguir el camino noble.

«Vertemos una libación a Júpiter el Libertador», dijo Trasea al cuestor, indicando la sangre que goteaba. «Mira bien, joven, y que los dioses ignoren este presagio. Has nacido en unos tiempos en los que es sabio fortalecer el espíritu con ejemplos de valor.»[12]

XXII
EL NUEVO ALEJANDRO

Trasea y Sorano habían muerto ya, y el rey Tirídates se había vuelto a Oriente. Nerón se sentía en la cima del mundo. En un momento dado durante la visita de Tirídates a Roma, alguien (probablemente el propio rey) al parecer comparó a Nerón con Alejandro Magno. Ahora, Nerón estaba convencido de que en realidad podía convertirse en el nuevo Alejandro Magno.

Como Alejandro, Nerón había eliminado a los posibles rivales y líderes de disensiones desde dentro de su propio campo. Ahora, Nerón emularía a Alejandro de otras maneras. Según se dice, Alejandro había enviado una expedición al sur desde Egipto, hacia el lugar que los romanos llamaban Etiopía, para buscar las fuentes del río Nilo. Nerón decidió que haría lo mismo y emitió órdenes para que se preparase una fuerza expedicionaria para una operación de ese tipo al año siguiente o al otro como máximo. Nerón se proponía encabezar personalmente aquella expedición.

Además de ordenar a la legión 15.ª Apollinaris que se trasladara a Egipto desde Siria para unirse a las dos legiones ya estacionadas allí (la 3.ª Cirenaica y la 22.ª Deyotariana) el Palatium subvendría en parte a las necesidades de mano de obra de la operación etíope reformando una antigua legión. Era una recreación de la Legión 18.ª, una de las tres legiones exterminadas en el bosque de Teutoburgo por las tribus germanas dirigidas por Arminio en
9 d.
C. Ni Augusto ni sus sucesores habían restablecido ninguna de las tres legiones aniquiladas, la 17, la 18 y la 19, porque se consideraba de mal agüero hacer tal cosa. En consecuencia, es un misterio por qué Nerón decidió refundar la Legión 18.ª. Para hacer más difícil aún la refundación de la legión, la mitad de sus cohortes se reclutaron en Europa y la mitad en Libia, junto a Egipto.

Para proporcionar más tropas para la expedición etíope, el Palatium también convocó a los reservistas *evocati* en Europa. Con esos reservistas como tropas de guarnición en Egipto, las dos legiones que habían permanecido estacionadas en Egipto podían marchar hacia el sur con Nerón en su fuerza de cuatro legiones. Para la operación etíope Nerón pensaba establecer su cuartel general en Alejandría, en el palacio de los antiguos soberanos egipcios. El primer ocupante de aquel palacio fue el general de Alejandro, Ptolomeo, fundador de la dinastía macedonia que llevaba siglos gobernando Egipto. Los últimos ocupantes fueron Cleopatra y el tatara-tatarabuelo de Nerón, Marco Antonio. El palacio era grandioso, pero no lo bastante para Nerón, que dio instrucciones al prefecto de Egipto de erigir una lujosísima casa de baños nueva a tiempo para su llegada. Más tarde, como al prefecto se le ocurrió probar los baños recién construidos, Nerón, sulfurado, le destituyó.

Por supuesto, Nerón iría acompañado de la mayoría de las Cohortes Pretorianas durante la expedición etíope. Así apartaría de la mente de los pretorianos la pérdida de la mitad de sus tribunos después de la Conjura de Pisón, les daría la oportunidad de algo de acción y, lo más importante de todo, de botín. Al concebir aquella operación, Nerón había seguido la pauta de su tío Claudio. Después de sofocar una rebelión entre las legiones en Dalmacia el
41 d. C.,
Claudio, que como Nerón no tenía experiencia militar alguna, emprendió en
43 d. C.
la invasión de Britania. Esa acción agresiva, que añadió la provincia de Britania al Imperio, fue concebida astutamente por Claudio para probar ante su ejército descontento que también podía ser un líder militar triunfante y darles nuevas ocasiones de sangre y botín.

Nerón no se detuvo en el plan etíope, porque quería probar sus credenciales militares ante el ejército y cimentar su lealtad. Alejandro Magno también había conquistado a los persas, precursores de los partos, y derrotó a los agresivos getes al norte del Danubio. Julio César, justo antes de morir, estaba planeando una operación similar, que le habría llevado a través de las Puertas Caspias, en torno al mar Caspio y al corazón de los getes, a la

cabeza de cien mil tropas. Nerón decidió que él emularía a Alejandro y que se apoderaría de lo que había dejado César. Se dieron órdenes de movimiento a las legiones de todo el Imperio, que debían disponerse a trasladarse a las nuevas bases para la operación de las Puertas Caspias. La legión 14.ª Gemina, considerada la mejor legión del ejército romano desde que derrotó al ejército rebelde de Boudica, por ejemplo, dejaría la base que tenía en Britania desde hacía mucho tiempo y se situaría en Carnuntum, en Panonia, en el Danubio, preparándose para la ofensiva de los getes.

Para la operación de las Puertas Caspias también Nerón ordenó la formación de una nueva legión. Aquella unidad, la primera legión romana nueva por completo creada en un siglo, sería también la primera legión reclutada en Italia, al sur del río Po, desde los tiempos de Julio César. Ambos aspectos se veían reflejados por el título de la unidad, Legio I Italica, literalmente, la primera legión itálica. Fue Augusto quien inició la práctica del reclutamiento para las legiones en las provincias, incluyendo la Galia Cisalpina (norte de Italia). Sólo las Cohortes Pretorianas seleccionaban a sus reclutas entre itálicos al sur del Po. Nerón cambió esto con su última norma.

Aquel verano de 66 d. C., los *conquisitores*, oficiales de reclutamiento, recorrerían afanosamente el sur de Italia consultando con los magistrados locales mientras elaboraban listas de posibles reclutas, de una media de edad de veinte años, para llenar las filas de la legión 1.ª Itálica de Nerón. Al mismo tiempo se dieron órdenes de la manufactura de armas y equipo para 5245 hombres. Según el decreto de Nerón, cada hombre reclutado en la 1.ª Itálica mediría un mínimo de seis pies romanos de altura (más o menos metro setenta y cinco según las medidas de hoy). Esa altura era elevada para la norma de la época, ya que la media de los legionarios era de algo más de metro sesenta, según las medidas actuales. Además, según el decreto de Nerón, las tropas de aquella nueva legión 1.ª Itálica irían equipados como lanceros. Según la antigua moda griega, llevarían unas lanzas de cuatro metros de largo, y en acción emplearían formaciones de batalla y tácticas de las antiguas falanges griegas, de siglos anteriores. Nerón apodó a aquella nueva unidad «la Falange de Alejandro Magno».

En el ejército de Alejandro la caballería hacía casi todo el trabajo duro en combate, apoyada por arqueros, honderos y lanceros. Los nueve mil hombres de la falange de Alejandro eran sus tropas de infantería de élite, como la Guardia Imperial de Napoleón Bonaparte en épocas más recientes. Mantenida en reserva, la falange se arrojaba a la batalla en un momento crítico cuando se requería, llevándoselo todo por delante con la punta de sus lanzas. Nerón intentaba que su falange sirviera para un objetivo similar, erizada de lanzas y actuando como un puercoespín gigantesco. En cuanto fueran reclutados los hombres de la 1.ª Itálica serían enviados a la base naval del Adriático en Rávena, en la provincia de la Galia Cisalpina, para someterse a un entrenamiento y estar listos para el servicio al año siguiente.

Hasta los centuriones transferidos de otras legiones a las posiciones de mando de la legión 1.ª Itálica tendrían que aprender nuevas habilidades, porque el uso de la lanza larga era ajeno a los legionarios romanos, que estaban acostumbrados a arrojar jabalinas de un par de metros en las primeras etapas de la batalla, y luego sacar las espadas y acercarse para el combate cuerpo a cuerpo. Para que funcionase aquella falange erizada, la lanza larga no debía abandonar nunca las manos del soldado. Como el jabalí era el símbolo de su unidad, la legión 1.ª Itálica se pondría en servicio el invierno del
66-67
d. C., tomando el signo zodiacal de Capricornio como emblema de nacimiento.

Con los preparativos para las grandes operaciones militares de Nerón en marcha, se enviaron espías por adelantado a las regiones en las que iban a penetrar las dos expediciones. Según Dión Casio, Nerón esperaba que los bárbaros «se sometieran a él por voluntad propia» sin necesidad de combates, porque él era Nerón, emperador de Roma[1]. Ahora Nerón pensaba que podía permitirse dar rienda suelta a su vena artística; permanecería en Grecia todo el año que costase preparar el ejército para las operaciones de Etiopía y de las Puertas Caspias, y mientras tanto competiría en todos los concursos de poesía y canto y carreras de carros de los Juegos Panhelénicos, como soñaba desde hacía mucho tiempo. Todavía era primavera cuando partió hacia Grecia con un enorme séquito.

En Grecia se celebraban cuatro juegos importantes, y otros muchos más reducidos, a imitación de ellos. Los Juegos Olímpicos, que se celebraban cada cuatro años en Olimpia, son los más famosos hoy en día, pero los Juegos Píticos de Delfos eran igualmente famosos en los tiempos antiguos, si no más. Los Juegos Nemeos e Ístmicos, celebrados cada dos años, eran casi tan prestigiosos como los otros. Bajo el calendario normal de juegos griegos, tanto las competiciones Nemea como Ístmica se celebraban el primer y tercer año después de los Juegos Olímpicos, y los Juegos Píticos entre ambos, dos años antes y después de los Olímpicos.

Suetonio dice que para que conviniese a su calendario de viaje, Nerón hizo que alterasen el de los juegos. Parece ser que los Juegos Olímpicos debían celebrarse aquel año de
66 d. C.,
y como los Juegos Ístmicos se celebraban en el verano de
67 d. C.
y los Nemeos en el invierno de
67-68
d. C., Nerón quizá reprogramó los Juegos Píticos que se tendrían que haber celebrado en
68 d. C.,
adelantándolos a la primavera de
67 d.
C. Todos esos actos, excepto los Juegos Olímpicos, incluían siempre actuaciones artísticas, así como competiciones físicas y ecuestres; Nerón ordenó que se añadiera también un concurso de canto a los actos olímpicos.

Cuando el emperador partió hacia Grecia iba acompañado por muchos de sus funcionarios y senadores más importantes. Tigelino iba con él. Ninfidio se quedó a cargo de las Cohortes Pretorianas que permanecían en la capital. Vespasiano era miembro también de la partida imperial. Se llevó con él a su hijo Tito, que acababa de volver a Roma tras varios años de servicio militar en Britania. Uno de los muchos senadores del grupo era un galo de nombre Cayo Julio Víndex.

Para horror de la clase dirigente romana, el emperador dejó a cargo del gobierno de Roma al liberto Helio, que ocuparía el lugar de Nerón mientras éste se hallase ausente. Helio, heredado por

Nerón del personal de su predecesor, Claudio, y en quien confiaba por encima de todos los demás, fue nombrado cónsul superior. Nerón dotó a Helio de los mismos poderes que tenía él, «para que pudiera confiscar, desterrar o condenar a muerte a ciudadanos corrientes, ecuestres y senadores por un igual, incluso sin notificárselo a Nerón»[2].

Para los romanos de noble cuna, aquello era terrible. Pero para Nerón, que no deseaba arriesgarse a poner el poder supremo en manos de senadores a los que podía llegar a gustarles y luego negarse a devolverlo, era un paso puramente pragmático. Dión Casio se quejaría de Nerón y de Helio: «No soy capaz de decir cuál de ellos era el peor. En la mayoría de los aspectos se comportaban de una manera bastante similar. El único punto de diferencia era que el descendiente de Augusto emulaba a los tañedores de lira y a los trágicos, mientras que el liberto de Claudio emulaba a los Césares»[3].

«Se alejó navegando a toda prisa», dice Suetonio de la partida de Nerón hacia Acaya, «y en cuanto llegó a Casíope dio su primer recital de canto frente al altar de Júpiter Casio, después de lo cual hizo la ronda de los concursos». El puerto de Casíope era la principal ciudad del lado albanés de la isla de Corfú, y el Templo de Júpiter que había allí tenía varios siglos de antigüedad. «Tan cautivado estaba por el aplauso rítmico de la multitud de alejandrinos de una flota que acababa de atracar allí, que envió a buscar más a Alejandría.»[4]

Poniendo a varios jóvenes ecuestres a cargo de los que aplaudían, a los que apodó «los augústeos», Nerón reclutó a cinco mil jóvenes en total, a los que daba cuarenta mil sestercios por cada actuación. Los augústeos eran como un batallón gigantesco de animadores de Nerón. Con los trajes especiales que creó para ellos y su cabello abundante, «era fácil reconocerlos», dice Suetonio. Se dividían en tres grupos. Las Abejas emitían un zumbido bajo. Las Tejas aplaudían con las manos huecas. Los Ladrillos aplaudían con las manos planas. Esos augústeos aparecerían posteriormente donde quiera que aparecía Nerón[5].

Con la confianza por las nubes, Nerón se dispuso a participar en los juegos griegos. En todos ellos.

XXIII
LOS APÓSTOLES Y LA REBELIÓN JUDÍA

Mientras Nerón estaba todavía entreteniendo al rey Tirídates en Roma, a principios de la primavera de
66 d. C.,
Yosef bar Matityahu, el rabino judío, habiendo obtenido la liberación de los tres compañeros sacerdotes de Nerón, estaba de vuelta en Jerusalén. Fue justo después del festival anual de la Pascua. Yosef encontró Jerusalén muy revuelta.

«Había muchos que tenían enormes esperanzas en una rebelión contra los romanos», recordaba. «Ya se encontraban en posesión de Antonia, que era la ciudadela.»[1] Unas semanas antes, el procurador romano de Judea, Gesio Floro, había llegado a Jerusalén desde la capital romana de Judea, Cesárea, para estar presente para la Pascua, momento en que la población de Jerusalén se inflaba hasta más de un millón de personas debido a los peregrinos judíos que llegaban de todo el mundo antiguo. Josefo calculó el número de peregrinos un año en tres millones. Aunque Floro había llevado más tropas para aumentar la guarnición romana en Jerusalén durante la Pascua, los rebeldes zelotes crearon tal inestabilidad en la ciudad que Floro, temiendo por su propia vida, negoció lo que pensó que sería una solución para sus problemas.

A cambio de dejar una sola cohorte de tropas romanas en la ciudad y acceder a que esas tropas permanecieran en sus guarniciones y no se mezclaran con la gente, Floro recibió la garantía de los sacerdotes judíos del Gran Sanedrín de que no habría más disturbios. Floro y la mayoría de su infantería y caballería salieron pues de nuevo hacia Cesárea, en la costa mediterránea, dejando a 480 hombres, parece ser que de la legión 3.ª Gálica, en Jerusalén: 240 de esos legionarios estaban estacionados en el Palacio de Herodes, y el resto en la Fortaleza

Antonia, construida por Herodes el Grande y nombrada así en honor a su buen amigo Marco Antonio.

Al cabo de unos días los rebeldes, contra el consejo del Sanedrín, se alzaron en armas y atacaron la Fortaleza Antonia y el Palacio de Herodes. La Antonia era una vasta ciudadela, demasiado grande para que la defendieran solamente 240 soldados contra miles de atacantes. Al cabo de unos días los rebeldes invadieron la fortaleza y masacraron a todos los legionarios que estaban dentro. Fue justo en aquel momento cuando Josefo volvió a casa. «Por tanto, intenté poner fin a todos aquellos disturbios», afirma Josefo[2]. Habiendo pasado en Roma los últimos años, y después de ver los enormes recursos que podían emplear los romanos para reconstruir su ciudad sobre los escombros en sólo un año después del gran incendio, temía lo que pudieran hacer contra una nación rebelde judía.

Josefo asegura que les dijo a los rebeldes «que eran inferiores a los romanos no sólo en habilidades militares, sino también en buena suerte», y que sólo atraerían «los desastres más terribles a su país, a sus familias y a ellos mismos. Y dije todo esto exhortándoles de una manera muy vehemente, porque ya veía que el resultado de una guerra semejante sería muy desafortunado para nosotros. Pero no pude persuadirles. Porque la locura de unos hombres desesperados era demasiado fuerte para mí»[3].

El joven rabino se dio cuenta de que «repitiendo a menudo aquellas cosas, incurriría en su odio y sus sospechas, como si yo estuviera del lado de sus enemigos, y corría el riesgo de que me prendieran y me mataran»[4]. De modo que se unió a los sacerdotes que se atrincheraron en el Templo contra los rebeldes. Los zelotes, mientras tanto, concentraron todos sus esfuerzos en tomar el Palacio de Herodes. Los 240 legionarios que quedaban pronto se vieron reforzados por tropas enviadas por Herodes Agripa II, tetrarca de Trachonitis y Batanea, aliado romano. Pero después de intensos combates, las tropas de Agripa se pasaron al bando de los rebeldes.

Los legionarios, que se habían retirado a las torres del palacio, estaban ahora convencidos de que debían rendirse con la promesa de que en cuanto entregasen sus armas, se les permitiría irse. En cuanto las tropas romanas fueron desarmadas, los judíos rebeldes los asesinaron. Sólo permitieron vivir al centurión que estaba al

mando, después de que jurase convertirse al judaísmo. En aquel mismo momento otro grupo de zelotes se abría camino en la antigua fortaleza herodiana, en la parte más elevada del acantilado de la remota Masada, junto al Mar Muerto. Allí la cohorte romana de la guarnición fue aniquilada también.

Nada de lo que pudiera decir Josefo en aquel momento evitaría que la historia siguiera su curso. La rebelión judía había empezado, habían matado a un millar de legionarios romanos, y Roma quería venganza. Josefo fue uno de los tres sacerdotes judíos enviados a Galilea para coordinar la resistencia judía allí, no sólo para defenderse contra una respuesta militar romana, sino también para proteger a las comunidades judías contra represalias de los pueblos no judíos de Judea, que empezaron a matar a sus vecinos judíos al tener noticias del levantamiento en Jerusalén. Le gustase o no, Josefo, que tenía entonces treinta años, se había convertido en general del ejército rebelde judío. Él y sus colegas armarían y entrenarían a decenas de miles de partisanos judíos, sabiendo que más tarde o más temprano la máquina de guerra romana se pondría en marcha contra ellos.

* * *

En mayo, con Josefo en Galilea preparando sus fuerzas y compitiendo con los zelotes por el control de la zona, mientras esperaba que se lanzase una contraofensiva romana contra Siria en cualquier momento, Nerón estaba en Grecia asistiendo a los Juegos Olímpicos y a punto de competir en ellos. Según la leyenda cristiana, más o menos al mismo tiempo arrestaban a dos judíos en Roma. Esto debió de hacerse siguiendo las órdenes de Helio, el liberto que había quedado a cargo de Roma durante la ausencia de Nerón.

Uno de esos judíos era un no ciudadano llamado Simeón de Galilea, que sería conocido entre los cristianos como el apóstol Pedro. En tiempos próspero pescador de Cafarnaúm, en Galilea, Simeón, llamado Simón por los romanos, se había convertido en lugarteniente del predicador judío al que sus seguidores de habla griega llamaban Jesús de Nazaret, o el Cristo, o el Ungido. El otro judío era Pablo de Tarso, que había vuelto a Roma tal y como

prometió. Ningún historiador romano ni griego hace mención alguna de esos dos apóstoles cristianos, ni mucho menos describe el tiempo que pasaron en Roma. Todo lo que se conoce de Pedro y Pablo en Roma procede de la tradición cristiana, que se basa en escritos cristianos posteriores.

Según esa tradición, Pedro y Pablo se encontraban predicando en Roma y fueron arrestados y arrojados al Tuliano, o cárcel Tuliana, la prisión de la ciudad de Roma, que más tarde se conoció como prisión Mamertina. Esa tenebrosa cárcel subterránea se creó, siglos antes, como cisterna para almacenar el agua de lluvia. Convertida en prisión, tenía dos niveles. El nivel superior se usaba para la encarcelación de presos comunes. En el nivel inferior se guardaba a aquellos prisioneros convictos de un delito capital, que esperaban la ejecución. También en el nivel inferior encontraban la muerte los líderes enemigos de alto rango capturados en tiempo de guerra, estrangulados con un dogal después de haberlos conducido por las calles en el triunfo de un general romano. De esa forma fue ejecutado allí el líder galo Vercingetórix, después de haberse rendido a Julio César en 52 a. C. Al cabo de cinco años uno de los líderes más importantes de la rebelión de Judea sería ejecutado también en aquella cámara baja de la cárcel Tuliana.

Los delitos por los que se arrestó, juzgó y condenó a Pedro y Pablo nunca se han determinado. Pablo, en su segunda carta desde Roma a Timoteo, a quien dejó a cargo de la Iglesia cristiana en Éfeso, se quejaría amargamente desde la prisión de que cuando acudió a los tribunales para responder a las últimas acusaciones que se habían hecho contra él, «ningún hombre se puso de pie conmigo, sino que todos me abandonaron. Ruego a Dios que no se les tenga en cuenta». Pablo no hacía mención alguna a Pedro. «Sólo Lucas está conmigo.»[5] Pablo decía de uno de sus compañeros, Dimas, que estuvo con él cuando llegó a Roma por primera vez, seis años antes, y que le abandonó cuando Pablo fue arrestado aquella segunda vez; Dimas huyó a Tesalónica, en Macedonia. Otros dos compañeros abandonaron Roma también; Crescencio se fue a Galacia y Tito a Dalmacia.

Es probable que Pablo fuese arrestado por la acusación de un artesano local de extracción griega. «Alejandro el calderero me hizo mucho daño», dice Pablo. «Que el Señor le recompense según sus

obras.» Convocando a Timoteo a Roma para que le ayudase, Pablo le advirtió que tuviese cuidado con Alejandro, «porque se ha resistido mucho a nuestras palabras». Parece que hasta que declaró su ciudadanía romana, Pablo fue encontrado culpable y estaba a punto de ser enviado al circo para sufrir el destino de los convictos no ciudadanos, un encuentro con los animales salvajes, porque le dijo a Timoteo: «Me libré en la misma boca del león»[6].

Pablo no fue entregado a la comunidad bajo arresto domiciliario, como ocurrió la última vez que estuvo en Roma, sino que estuvo en la prisión, encadenado. Sin embargo podía recibir visitas, dictar cartas a ayudantes suyos y recibir objetos: le pidió a Timoteo que le llevase un manto que se había dejado en Troas. Se aproximaba el invierno y la temperatura ya empezaba a caer cuando escribió esta carta, muy probablemente en otoño: «Ten diligencia y ven antes del invierno», dijo a Timoteo[7].

Habiendo escapado a la muerte en la arena en uno de los diversos juegos anuales en el Circo Máximo en junio y julio, conservaban a Pablo en la prisión Tuliana mientras esperaban el juicio de su apelación al emperador. Los tres rabinos judíos cuya libertad había conseguido al fin Yosef bar Matityahu habían pasado seis años detenidos esperando juicio, antes de su liberación, y el propio Pablo pasó también dos años bajo arresto domiciliario la última vez que estuvo en Roma. Con Nerón entretenido en Grecia y sin planes de volver a Roma durante varios años, era de esperar que Pablo tuviese que esperar mucho tiempo.

Pedro, por otra parte, no era ciudadano romano. Si aceptamos que Pedro en realidad volvió a Roma y fue arrestado y ejecutado allí, que es una premisa básica de la Iglesia Católica Romana, entonces como no ciudadano convicto de un crimen capital no tenía derecho de apelación alguno, y o bien lo enviaron a la arena o bien lo crucificaron poco después de su condena. Según una de las tradiciones cristianas, ambos apóstoles fueron ejecutados con un año de diferencia uno de otro. Otra tradición dice que pasaron nueve meses entre su encarcelamiento y su ejecución. En el caso de Pedro, no ciudadano, una demora tan larga entre el arresto y la ejecución es muy poco probable. Esto sugiere que Pablo fue detenido primero, quizá antes de que Pedro volviese a Roma, y que Pedro probablemente no fue arrestado hasta unos meses después,

durante el invierno de
66-67
d. C.

A lo largo del verano y el otoño de
66 d. C.,
Pablo fue un prisionero cristiano solitario en el Tuliano de Roma, esperando su destino.

* * *

En Grecia, Nerón competía en los Juegos Olímpicos. La noticia de la rebelión de los judíos en Judea había llegado hasta él, pero no le preocupaba en absoluto. Igual que Suetonio Paulino, uno de los cónsules de aquel año, había aplastado la rebelión de Boudica en Britania usando sus propios recursos como gobernador de la provincia, del mismo modo el emperador esperaba que el gobernador de Siria, que tenía cuatro legiones a su disposición, se encargase del problema de Judea. Judea era una subprovincia de la provincia romana de Siria, y la autoridad del propretor, o gobernador imperial, de Siria, se extendía sobre Judea y su procurador. En
66 d. C.
aquel gobernador era Cestio Galo. En cuanto el procurador Floro en Cesárea hubo informado de la rebelión de Jerusalén a Galo, en Antioquía, la capital de Siria, la rebelión judía se convirtió en el problema de Galo. La respuesta que se esperaba sería enviar un ejército a Judea para aplastar la rebelión.

Nerón, mientras tanto, competía en el concurso de canto que insistió en que se añadiese al programa olímpico. «Nerón César gana este concurso», anunció el jefe del jurado, «y corona al pueblo romano, y el mundo habitado que es todo suyo»[8].

El emperador entonces compitió en las carreras de cuadrigas. Se cayó de su carro a mitad de la carrera y estuvo a punto de ser aplastado y morir, pero escapó sin graves heridas. A pesar de no haber conseguido acabar, los jueces declararon también a Nerón ganador de la carrera. Después de aceptar la corona de laurel del vencedor, Nerón entregó a los jueces griegos un donativo de un millón de sestercios. Emocionado por sus victorias olímpicas, Nerón

siguió adelante. «Compitió en todas las ciudades en las que se celebraba algún concurso», dice Dión Casio, «empleando siempre al ex cónsul Cluvio Rufo como heraldo suyo»[9]. Los únicos lugares de Acaya donde no compitió, por diversos motivos, fueron Atenas y Esparta.

Mientras tanto, Cestio Galo, gobernador de Siria, fue reuniendo a lo largo de muchos meses las fuerzas que se proponía emplear contra la rebelión judía. En su núcleo central se encontraba la legión 12.ª Fulminata, una unidad que pronto sufriría la baja de sus soldados licenciados tras veinte años de servicio y la entrada de nuevos reclutas. No era la legión ideal para aquella tarea, ni mucho menos. Después de casi dos décadas de servicio, las listas se habían visto diezmadas de hombres por las bajas en combate y por enfermedad. Unos años antes, Tácito había comentado mucho la «debilidad numérica» de aquella legión[10].

A la 12.ª, Galo añadió cuatro cohortes de otras tantas legiones, más auxiliares y caballería. Aliados regionales, incluyendo a Herodes Agripa II, respondieron a su llamamiento de tropas mediante lanceros, arqueros y caballería, de modo que la fuerza de Galo contaba en total con veintiocho mil hombres cuando alcanzó Ptolemais, en el sur de Siria, un poquito al norte de Cesárea, a finales del otoño. Después de liberar la ciudad de Séforis en Galilea, que había aguantado contra los rebeldes judíos, y destruir la ciudad judía de Jopa, el ejército de Galo avanzó hacia las colinas de Judea desde la llanura costera. Era octubre y era el momento de la fiesta judía de los Tabernáculos cuando la fuerza romana llegó ante Jerusalén, habiendo perdido a quinientos hombres ante unos partisanos que los hostigaban en los últimos días de marcha.

Acamparon en el campo del monte Escopo, por encima de Jerusalén, y Galo no hizo nada durante tres días, esperando que los rebeldes se rindieran. Como esto no sucedió, prendió fuego a la zona de Bezetha, en la ciudad, obligando a los judíos a retirarse a la ciudad antigua. Durante cinco días el ejército romano atacó los muros de la ciudad. Luego, para el asombro de los defensores, Galo hizo el equipaje y retiró a su ejército. Josefo aseguraba que el soborno tuvo una parte importante en aquella retirada romana. Día tras días, decenas de miles de partisanos judíos persiguieron a los romanos que se iban retirando, atacándoles a todo lo largo de la

columna.

Sólo dejando el equipaje pesado y a 400 voluntarios en la ciudad montañosa de Beth-horon en una misión suicida para entretener a los judíos pudo escapar Galo con la mayoría de sus hombres. Los judíos persiguieron a la vapuleada columna romana muy al oeste, hasta la ciudad de Antipatris. Cuando la destrozada fuerza romana volvió a Cesárea y contaron las pérdidas, vieron que habían perdido 5300 soldados de infantería y 380 tropas montadas. Las pérdidas judías, mientras tanto, eran menores. Y los rebeldes todavía tenían Jerusalén y la mayor parte de Judea, Galilea e Idumea.

Nerón estaba pasando el invierno en Grecia cuando llegó la pasmosa noticia de la derrota de Galo, en diciembre. Además de la pérdida numérica, Nerón se enteró de que varios oficiales superiores, incluido el comandante de la legión 6.ª Ferrata, habían muerto durante aquella chapucera operación. Los rebeldes también habían capturado la columna de los carros, e incluso mucho material de guerra, sobre todo artillería romana. Y lo peor de todo, a ojos de todos los romanos: el sagrado estandarte con el águila de oro de la legión 12.ª Fulminata había sido capturado por los rebeldes. Para una legión no había mayor desgracia. Cestio Galo también había muerto. Algunos decían que murió de causas naturales después de volver a Cesárea; otros decían que de vergüenza. Incluso se rumoreaba que se había suicidado.

Nerón se sintió muy conmocionado por esa derrota. Llamando a Tito Vespasiano, que estaba entre el gran séquito del emperador, Nerón le encomendó al tarea de aplastar la rebelión judía. Vespasiano se encaminó de inmediato por tierra a Siria, para hacerse cargo del mando. Al mismo tiempo, el hijo de Vespasiano, Tito, navegaba hacia Egipto con órdenes de dirigir a los legionarios y auxiliares con base en Alejandría a Judea, para unirse al nuevo ejército de Vespasiano en la contraofensiva.

Las noticias iniciales de la rebelión en Jerusalén habían provocado levantamientos similares entre otras comunidades judías de todo el mundo romano, sobre todo en Egipto, al cual un millón de judíos consideraban su hogar. En Alejandría y Antioquía, capital de Siria y hogar de cuarenta mil judíos, las tropas romanas aplastaron brutalmente los disturbios. Muchos judíos murieron en peleas callejeras; otros fueron encarcelados. Nerón, furioso por el

fracaso de Galo y la humillante derrota romana en Judea, parece que dictó órdenes de que todos los prisioneros judíos en custodia de los romanos en todo el Imperio fueran ejecutados sumariamente. Esto explicaría por qué los apóstoles Pablo y Pedro fueron ejecutados en seguida, en
67 d. C.

La tradición cristiana coloca la muerte de Pedro el 22 de febrero. Como no era ciudadano, fue crucificado. A su propia petición, cabeza abajo. Su lenta muerte en la cruz tuvo lugar en una carretera fuera de las murallas de la ciudad. Una tradición cristiana asegura que era en la carretera del valle Vaticano, otra que en la colina del Janículo. Después de la muerte de Pedro, según una leyenda cristiana, su cuerpo fue enterrado durante un tiempo en la tumba de un senador romano llamado Marcelo.

Según la tradición cristiana también, Pablo fue ejecutado varios meses después. Como era ciudadano romano fue decapitado con una espada. Pablo, que tenía entonces cincuenta y siete años y era calvo y barbudo, se dice que salió de Roma encadenado y se lo llevó un pelotón de pretorianos a cinco kilómetros de distancia por la Vía Apia, hasta el balneario natural de Aqua Salvia. En el Claro de las Tumbas fue obligado a ponerse de rodillas y el centurión al mando le cortó la cabeza. En el esquema romano, las muertes de Pedro y Pablo no figuran en ningún sitio. Nadie en el mundo romano se podía imaginar que al cabo de doscientos cincuenta años la Iglesia que habían fundado aquellos judíos se convertiría en la fe oficial de Roma.

* * *

Otras noticias perturbadoras habían llegado a oídos de Nerón por parte de Helio, su segundo en Roma. Anio Viniciano, el impetuoso yerno de Córbulo, estaba implicado en una nueva conspiración contra Nerón en Roma. Se decía que los conspiradores intentaban poner a Córbulo en el trono de Nerón. Los hermanos Escribonios, que lo hacían todo juntos, tanto en público como en privado (habían gobernado conjuntamente las dos provincias romanas de Germania, y aplastaron juntos los tumultos en el puerto de Puteoli), estaban también vinculados a aquella conspiración,

quizá como patrones de Viniciano. La respuesta de Nerón a las acusaciones de Helio fue astuta. Al principio del nuevo año envió cordiales invitaciones a Córbulo y a los hermanos Escribonios pidiéndoles que se uniesen a él en Corinto, en Acaya, donde competiría en los Juegos Ístmicos en primavera.

En cuanto se abrió la temporada de navegación de la primavera de
67 d. C.,
Córbulo navegó desde Siria a Acaya como respuesta a la invitación del emperador. Córbulo esperaba dirigir la operación que planeaba Nerón en las Puertas Caspias. Para dar a la última ofensiva de Judea todas las oportunidades de éxito, Nerón había autorizado a Vespasiano a coger unidades con base en Siria y Egipto, unidades que estaban destinadas a las expediciones de las Puertas Caspias y de Etiopía, y que por tanto se mantenían a la espera. Córbulo, sin saber que su yerno tenía problemas en Roma, acudió a Acaya sin duda esperando discutir el futuro de la operación de las Puertas Caspias con Nerón.

Nada más desembarcar en Céncreas, el puerto que servía a Corinto, Córbulo fue recibido por unas tropas pretorianas que le aconsejaron que se quitase la vida de inmediato, por el bien de su familia, o si no ellos lo harían en su lugar. Hasta aquel momento Nerón nunca había considerado a Córbulo como posible rival para su trono, a causa del origen humilde del general y su aparente lealtad incondicional. Entonces, aunque no había ni la menor prueba en su contra, Córbulo fue declarado culpable por asociación.

Córbulo, que según se dice maldijo porque no había caído en llevarse guardaespaldas a Acaya, estaba decidido a morir como un soldado. Sacando la espada, exclamó: «¡Tú te mereces esto!», una frase que se solía decir a los triunfantes cuando conseguían su triunfo[11]. Y hundió la espada en su corazón.

Cuando los hermanos Escribonios llegaron a Grecia, fueron obligados a quitarse la vida del mismo modo. Nerón, mientras tanto, competía en los Juegos Ístmicos, en Corinto, y se llevaba la corona del ganador, hecha de ramitas de pino, por versos, canciones y carreras de carros. Ahora también participaba en los concursos de heraldos, y se le concedió asimismo el premio por ellos. Desde sus éxitos iniciales en Olimpia, había empezado a actuar también en

tragedias griegas, incluso interpretando papeles femeninos, ya que al no aparecer mujeres en la escena romana, igual que ocurría posteriormente en tiempos de Shakespeare, los hombres interpretaban los papeles de mujer. En una obra Nerón interpretó el papel de mujer embarazada. En otra, representando a Hércules, se vistió con harapos y se puso unos grilletes tal y como requería el papel: un soldado de su guardia personal de las Cohortes Germanas, horrorizado al ver a su emperador encadenado, corrió a liberarlo.

Nerón también inició el Canal de Corinto, que conectaba los mares Egeo y Jónico, un proyecto imaginado por Julio César. Nerón personalmente dio el primer golpe de azadón. Después los presos empezaron a excavar el canal, que sería abandonado a la muerte de Nerón. Las obras del canal de Nerón se reemprenderían ya en tiempos modernos; se completó en 1893. Una vez Nerón hubo ganado la última competición en Corinto, se levantó ante la multitud del estadio y pronunció un discurso en el cual anunciaba que toda la provincia de Acaya, a partir de aquel día, quedaba libre de impuestos. Aquélla fue la recompensa de la provincia por aceptarle como actor.

En el verano de 67 d. C., Nerón se trasladó a Delfos para competir en los Juegos Píticos, que duraban tres meses. Desde el siglo VIII a. C., Delfos era famosa como sede del Oráculo de Delfos y del santuario de Apolo, en las laderas del monte Parnaso. Buscando una predicción personal, Nerón pasó por el rito habitual que entrañaba una visita al oráculo, que era una sacerdotisa conocida como la Pitia. El emperador subió por la Vía Sacra, que iba zigzagueando, con una oveja negra para sacrificarla en el patio del Templo de Apolo, que administraban dos sacerdotes de alto rango, un cargo honorífico que se concedía a los griegos más prominentes del momento. Aquel mismo siglo, el historiador Plutarco sería uno de aquellos sacerdotes.

Mientras Nerón subía por el camino, hizo una pausa en el tesoro del santuario para depositar un donativo de cuatrocientos mil sestercios de oro. Cada año, el santuario de Delfos atraía a incontables peregrinos en busca de profecías. Se esperaba que todos los peregrinos hiciesen un donativo, y cuanto mayor era el regalo, más probable era que encontrasen un lugar en la parte delantera de la que solía ser una larga cola. El emperador de Roma no tuvo que

hacer cola, por supuesto.

Nerón bajó por unos escalones muy desgastados y entró en una caverna situada bajo el Templo de Apolo. El papel de Pitia lo compartían en rotación tres sacerdotisas elegidas especialmente por sus dotes. Entre la primavera y el otoño de cada año, la Pitia que estaba de guardia se sentaba en un taburete de tres patas por encima de una fisura en las rocas de la cual salía «el vapor sagrado»; los científicos de hoy en día creen que eran unos gases levemente alucinógenos que se dan de forma natural. Como respuesta a la pregunta de los aspirantes, la Pitia entraba en un estado similar al trance y proporcionaba una respuesta críptica, al principio en verso rimado, pero en los últimos tiempos en prosa, que escribía un ayudante.

La pregunta que Nerón le planteó a la Pitia era secreta, pero según Dión Casio, el emperador quedó tan disgustado con la respuesta que abolió el oráculo, «después de matar a unas cuantas personas y arrojarlas a la fisura desde la que se alzaba el vapor sagrado»[12]. No se recoge en ninguna otra fuente este hecho, y el Oráculo de Delfos continuó emitiendo sus profecías hasta
393 d. C.,
cuando el emperador cristiano Teodosio ordenó que se cerraran todos los templos paganos del Imperio. Dión también asegura que Nerón, disgustado, hizo que el territorio de Cirra, la ciudad portuaria que servía y era controlada por Delfos, se les arrebatara y fuese «entregado a los soldados», a la escolta pretoriana de Nerón, al parecer[13].

El relato anterior de Suetonio no está de acuerdo con Dión; según el primero, Nerón quedó complacido con la predicción del Oráculo, que, aseguraba Suetonio, advertía al joven emperador de que tuviese cuidado del septuagésimo tercer año. Nerón, creyendo que se refería a su edad, pensó que los problemas todavía se encontraban a muchos años de distancia. El Oráculo, decía Suetonio, se refería en realidad al que fue al final sucesor de Nerón, Galba, que tenía setenta y tres años[14]. El único problema de esta historia es el hecho de que el 24 de diciembre de
67 d.
C. Galba acababa de cumplir los setenta.

Además de carreras pedestres y otras competiciones físicas que

se llevaban a cabo en el estadio del santuario de Apolo, los Juegos Píticos incluían concursos de cantantes, poetas y heraldos, en el teatro del santuario. También había carreras de caballos y de carros, celebradas en un hipódromo en la llanura de Crisa. Hoy en día incluso es posible sentarse en las gradas superiores del Teatro de Delfos, construido en la ladera de la montaña, y disfrutar de una vista espectacular de la llanura donde se celebraban las competiciones ecuestres. En Delfos, Nerón ganó la corona de laurel de la victoria una y otra vez.

Nerón vivía al fin esa vida artística a la que aspiraba. Mientras tanto, su imperio se desmoronaba a su alrededor.

XXIV
EL DECLIVE DE NERÓN

En la primavera de 67 d. C. ocuparon sus cargos los nuevos gobernadores provinciales nombrados por Nerón. Uno de los nombrados era Cluvio Rufo, que hasta aquel momento había presentado a Nerón en sus actuaciones teatrales en Grecia. Se convirtió en gobernador de la Bética, o Hispania Ulterior. Cayo Julio Víndex también dejó el séquito imperial en Grecia para convertirse en gobernador de la provicia de la Galia Lugdunense. Nacido en la Galia y descendiente de los antiguos reyes de Aquitania, Víndex, según Dión Casio, era ambicioso, astuto y apasionado[1]. Como otros muchos senadores romanos, no sólo había temblado ante las purgas de los últimos tres años, sino que también se había sentido horrorizado al saber que en Grecia Nerón había celebrado recientemente una ceremonia de «boda» con un joven castrado llamado Esporo, un muchacho guapo que se parecía a la difunta Popea Sabina, y que Tigelino fue quien entregó a la «novia».

A finales de 67 d. C., en Oriente, el ejército de Vespasiano había invadido una ciudad judía tras otra en Galilea, y el general y antiguo rabino Yosef formaba parte del puñado de prisioneros tomados en el brutal sitio de Jotopata. Pero Jerusalén todavía seguía en manos rebeldes. En Grecia, Nerón competía en diversos juegos, como llevaba más de un año haciendo. En la Galia, Víndex tomó una decisión. Convocando a una conferencia a los líderes galos, pronunció un discurso sobre Nerón, a quien llamó en tono despectivo Domicio Ahenobarbo, el nombre que tenía antes de convertirse en emperador.

Víndex les dijo a sus compatriotas con indignación: «A menudo le he oído cantar, hacer de heraldo y actuar en tragedias» (todo lo cual Nerón sólo había hecho durante su actual gira griega, cosa que

quería decir que Víndex le había acompañado durante esa gira). «¿Llamará alguien pues a esa persona César, y emperador, y Augusto? ¡Nunca!» Víndex sólo veía una solución: «Alzarse ahora mismo contra él en todas partes. Ayudaos vosotros y ayudad a los romanos. ¡Liberad al mundo entero!»[2].

Cuando los líderes galos se fueron para intentar convencer a su propio pueblo y reclutar y equipar un ejército galo, Víndex tomó el control de 1500 hombres de la 18.ª Cohorte de las Cohortes de la Ciudad de Roma, que se encontraban estacionados en su capital provincial, Lugdunum, custodiando la casa de la moneda imperial. Víndex convirtió aquella ceca, y de acuñar monedas que representaban a Nerón tocando la lira, las monedas pasaron a llevar imágenes de la Libertad y el lema: «Salvación de la humanidad». Al mismo tiempo escribió a los gobernadores de otras provincias romanas instándoles a que le apoyasen para derrocar a Nerón.

Varios gobernadores enviaron esas cartas a Roma para que las viese Nerón; uno de esos gobernadores fue Cluvio Rufo, en Hispania Ulterior. Helio, el leal sustituto de Nerón en el Palatium, escribió de inmediato al emperador para informarle del problema y para instarle a volver a Roma sin demora y hacerse cargo. Pero Nerón estaba demasiado absorto en el asunto de los concursos teatrales, y esperaba los Juegos Nemeos en el invierno. Ignoró las urgentes súplicas de Helio, y le escribió que pidiese al Senado que declarase proscrito a Víndex, como así lo hicieron, ordenó a Verginio Rufo que dirigiese el ejército de la Germania Superior contra él y puso un precio de diez millones de sestercios a la cabeza de Víndex.

Cuando Víndex se enteró de todo esto, respondió: «Al que me traiga la cabeza de Domicio (Nerón) le ofrezco la mía propia a cambio»[3].

Uno de los gobernadores que recibió una carta de Víndex era Lucio Servio Galba, de sesenta y nueve años, que durante los últimos ocho años había sido propretor de Hispania Tarraconensis, o Hispania Citerior, que tenía su centro en la ciudad de Tarraco, la moderna Tarragona, en el este de España. Al recibir la carta de Víndex, Galba le respondió ofreciéndole apoyo moral. Galba también habló contra Nerón en una gran reunión que se celebró en su provincia. Sus tropas le aclamaron como *imperator*, al estilo de los viejos tiempos, pero él se negó a aceptar tal honor. Controlando

una sola legión con base en su provincia (la 10.ª Gemina) más tres cohortes de auxiliares y dos escuadrones de caballería, Galba no acudió a la llamada de Víndex de que le prestaran apoyo militar. Mientras tanto Verginio Rufo, gobernador de la Germania Superior, respondiendo a órdenes de Nerón, ordenó la movilización de sus cuatro legiones, que estaban en el campamento de invierno, para avanzar hacia la Galia.

El 1 de enero, cuando se reunió una multitud en las puertas Capitolinas en Roma para pronunciar el acostumbrado juramento de lealtad a Nerón y ofrecer oraciones por su salud y seguridad, los sacerdotes declararon que se habían perdido las llaves del complejo capitolino, de modo que la ceremonia y las oraciones no podían seguir adelante. Helio, el segundo de Nerón, preocupado por aquella muestra de desafío por parte de los sacerdotes y por la noticia de que los galos estaban reuniendo un enorme ejército, desistió de escribir a Nerón. Por el contrario, Helio partió hacia Grecia en un buque de guerra ignorando el tiempo invernal, para enfrentarse al emperador en persona y contarle las amenazas que existían en casa y en el extranjero. Siete días más tarde, Helio llegó ante los cuarteles del asombrado Nerón y de nuevo abogó para que su señor volviese de inmediato a Roma.

«Sí, me lo has dejado bastante claro», respondió Nerón, irritado, según Suetonio. «Soy consciente de que quieres que vuelva a casa. Pero harás mucho mejor si me animas a quedarme hasta que haya probado que valgo lo suficiente para ser Nerón.»[4]

Helio insistió, dejando bien claro a Nerón que su trono estaba en peligro si no se le veía volver a la capital y hacerse cargo de todo personalmente. Aunque estaba disgustado por ello, Nerón accedió. Su personal y los miembros del séquito imperial empezaron los preparativos para un regreso a Italia por mar a bordo de los buques de guerra de la flota tirrena.

* * *

Nerón desembarcó en la costa occidental de Italia a principios de marzo de
68 d. C.,
y luego entró en Neápolis celebrando sus victorias teatrales griegas

como un general triunfante. Se había enviado de antemano la orden de que demoliesen una parte de las murallas de la ciudad, y Nerón entró en ella por el hueco, conduciendo un carro por las calles en las que se agolpaban neapolitanos que le vitoreaban y con un famoso tañedor de lira a su lado, y seguido por cientos de senadores cantando sus alabanzas. Así era como los vencedores de los Juegos Panhelénicos de los tiempos antiguos llegaban a sus casas, a sus ciudades griegas.

Nerón se quedó un tiempo en Neápolis, reacio a aventurarse más hacia el norte, a Roma, aunque según todos informes la situación en la Galia empeoraba. Escribió al Senado e instó a la cámara a que «les vengase a él y a Roma» por la insurrección de Víndex, asegurando que una infección de garganta le impedía acudir a la capital y dirigirse al Senado en persona[5].

* * *

Se reunió un ejército de mil galos tras el líder rebelde. «Al final», dice Plutarco, «Víndex, declarando la guerra abiertamente, escribió a Galba» de nuevo. Aquella vez, sabiendo que Verginio Rufo planeaba marchar hacia la Galia con sus legiones, Víndex sugirió que Galba «se hiciese cargo él mismo del gobierno», con el apoyo de los galos, y derrocase a Nerón[6].

Cuando poco después Rufo bajó del Rin con sus cuatro legiones y sus veinte mil auxiliares de apoyo, la ciudad gala de Vesontio, la moderna Besançon, en la Francia central, le cerró las puertas. Rufo rodeó la ciudad y la asedió. Al oír aquello, Víndex marchó con su ejército de galos para liberar Vesontio. Las fuerzas opuestas acamparon junto a la ciudad, mientras sus generales se dedicaban a negociar. Resultó que Rufo no era tan reacio a eliminar a Nerón. Después de que los dos llegaran a un acuerdo, al parecer, mediante el cual Víndex controlaría la Galia e Hispania y a Galba se le entregaría el resto del Imperio, Víndex se marchó con su ejército como si fuera a entrar en la ciudad.

Los legionarios de Rufo estaban deseando luchar y conseguir botines, y antes de que Rufo pudiera detenerlos atacaron a los hombres de Víndex, cogiéndoles enteramente por sorpresa. En la batalla que siguió, los cuarenta mil soldados profesionales de Rufo,

bien entrenados y bien equipados, aplastaron a los cien mil reclutas sin curtir de los galos, matando a veinte mil y con pérdidas mínimas por su parte. Víndex, atrapado dentro de Vesontio, se quitó la vida. Los hombres de Rufo nombraron *imperator* a su general, arrancaron las imágenes de Nerón de sus estandartes y las arrojaron al suelo, y ofrecieron el trono a Rufo. Pero éste declinó, y condujo a sus tropas de vuelta a sus bases del Rin.

Cuando Galba, en Hispania, se enteró de la derrota de Víndex y de la retirada de Rufo, se sintió «muy alarmado», y escribió a Rufo «instándole a que se uniese a él para la preservación del Imperio y la libertad de los romanos». Hasta la caballería unida a la legión 10.ª Gemina empezó a hablar de volver a su fidelidad a Nerón. Cogiendo con él a unos pocos amigos, Galba se retiró apresuradamente a la ciudad romana de Clunia, «lamentando su antigua irreflexión», asegura Plutarco[7]. Porque parecía que Galba se había quedado solo contra Nerón. Suetonio dice que la noticia de la muerte de Víndex puso tan nervioso a Galba que «casi le conduce a la desesperación y al suicidio»[8]. Galba esperaba ansioso que los acontecimientos siguieran su curso en todas partes.

* * *

La tercera semana de marzo, Nerón estaba todavía en Neápolis. Era la semana del festival de Minerva, el noveno aniversario del asesinato de su madre. Por la mañana llegó la noticia de que el ejército de Galo había derrotado a los galos de Víndex en Vesontio, y que Víndex se había suicidado. Nerón pareció alterarse poco por la noticia, y por la tarde asistió a una competición de lucha en el gimnasio de la ciudad. En un momento dado saltó de su tribuna y compitió con uno de los atletas.

Aquella noche llegó a Nerón un despacho mucho más serio mientras cenaba. En su mensaje, Helio informaba al emperador de que las tropas de Verginio Rufo habían ofrecido el trono a su general. Ni siquiera eso pareció molestar al emperador. Se limitó a amenazar con castigar a las tropas implicadas, y luego volvió a su comida. Durante ocho días, «al parecer intentando ignorar todo el asunto», en opinión de Suetonio, Nerón no emitió ni una sola orden en relación con la rebelión en occidente, y no hizo ningún anuncio

especial[9]. En Roma, el Senado, preocupado por la seguridad de la Casa de la Moneda estatal en Lugdunum, antigua capital de Víndex, ordenó a la nueva legión de Nerón, la 1.ª Itálica, que marchase desde Rávena a la Galia para asegurar la ciudad. El senador Rubrio Galo corrió a Rávena desde Roma para hacerse cargo de la unidad y de la caballería auxiliar de apoyo, y las condujo a ambas a través de los Alpes.

A principios de abril Nerón se había acercado un poco más a Roma, y residía en su villa de Antium. Seguían llegando despachos urgentes en rápida sucesión, hablando de que las tropas de Galba habían jurado lealtad a su gobernador y amenazaban con marchar hacia Roma. Nerón ordenó que requisaran las propiedades de Galba y las puso a la venta, e hizo que los libertos de Galba en Roma fueran arrestados. Llegaron también noticias de que en cuanto la legión 1.ª Itálica llegó a Lugdunum y se unió a los restos de la 18.ª Cohorte de las Cohortes de la Ciudad que Víndex había dejado allí, la gente de Ludgunum, muchos de ellos descendientes de veteranos de la legión, declararon su lealtad a Nerón. Pero fue la única ciudad de la Galia en hacerlo. Tras la derrota de Víndex en Vesontio, la mayoría de los galos estaban resentidos y seguían decididos a sacudirse el yugo romano.

Mientras tanto, aunque había vuelto a su base en Germania Superior, el ejército de Rufo estaba inquieto, y hubo disturbios en las cuatro legiones con base en la provincia de la Germania Inferior, donde los nativos normalmente se inclinaban hacia Nerón, pero el gobernador, Fonteyo Capitón, no. Apremiado por Helio para que actuase con decisión, Nerón envió a su leal general Petronio Turpiliano a la cabeza de una columna volante de la caballería pretoriana al sur de la Galia para que sofocase la agitación e impidiese cualquier intento de las tropas de Galba de entrar en Italia. Y al fin el emperador accedió a entrar en Roma. «Volvió corriendo a Roma aterrorizado», dice Suetonio[10].

Llegó a la capital sin ceremonia alguna y no se dirigió al Senado ni al pueblo. Desconfiando de todo el mundo, despidió a los cónsules de sus cargos y se nombró a sí mismo único cónsul. Una noche decidió informar a los senadores y ecuestres más destacados de lo que se proponía hacer y los convocó a todos a la Casa Dorada, todavía sin acabar[11]. Dijo que le pediría al Senado que reclutase a

todos los hombres hábiles de Roma para formar un ejército que dirigiría a la Galia y así acabaría con los disturbios.

Nerón ya había ordenado que se reclutase una nueva legión de leales marineros de la flota tirrena[12]. También había dado órdenes urgentes a Alejandría de que los legionarios y las milicias *evocati* trasladadas allí para la expedición etíope ahora abortada, volviesen a Roma urgentemente por mar para unirse a la marcha hacia la Galia. Aquélla era su estrategia para mantener su tambaleante régimen. «Después de una breve discusión sobre la situación en la Galia», dice Suetonio, «dedicó el resto de la sesión a probar un tipo de órgano de agua completamente nuevo».

«He descubierto una manera de que el órgano de agua produzca unos tonos mucho más fuertes y musicales», anunció Nerón. Siguió explicando las complejidades mecánicas de varios modelos. «Haré que los instalen en el teatro», añadió[13].

Los senadores y ecuestres dejaron la reunión meneando la cabeza: el emperador parecía haber perdido el contacto con la realidad. A lo largo de los días que siguieron, Nerón dedicó un santuario a su difunta esposa Popea Sabina, y celebró lujosos banquetes, en los cuales, según Suetonio, entretuvo a sus invitados con «canciones cómicas sobre los líderes de la rebelión», que había compuesto él mismo. Las canciones de Nerón eran ingeniosas y pegadizas. «Se volvieron muy populares a partir de entonces», dice Suetonio[14].

Saliendo de un banquete con los brazos en torno a los hombros de dos amigos íntimos, Nerón declaró: «Cuando llegue a la Galia, me pondré al momento delante del enemigo en combate y lloraré y lloraré. Eso ablandará sus corazones y así recuperaré su lealtad. Luego, al día siguiente, pasearé entre mis tropas felices cantando canciones de victoria… que realmente tendría que ponerme a componer ahora mismo»[15].

Cuando llegó el mes de junio, también llegaron noticias de que Petronio Turpiliano, el leal general de Nerón, que dirigía su fuerza de avance en la Galia, «había abrazado también la causa de Galba», y la caballería de Turpiliano se había pasado a Galba. Nerón estaba comiendo en aquel momento. Rompiendo el despacho, volcó la mesa de la comida, lleno de furia. Un par de vasos de cristal se rompieron en el suelo. Con la defección de Turpiliano, Nerón «no

tenía ya esperanza alguna en las armas»[16]. Un montón de planes le bullían en la cabeza. Uno de ellos consistía en vestirse de riguroso luto y subir a los Rostra para rogar el perdón de su pueblo por sus pecados; se encontró un discurso en ese sentido después, en el escritorio de Nerón en el Palatium. Pero huir a Egipto, la tierra de sus sueños, le parecía una opción mucho mejor.

Enviando a algunos de sus libertos de mayor confianza a Ostia para preparar una flotilla de barcos con los cuales huir a Alejandría, el emperador declaró: «Aunque nos alejen de nuestro imperio, este pequeño talento nos servirá de sustento allí»[17].

Se refería a su talento como artista. Al parecer, Nerón creía que podía vivir como ciudadano particular y cantante en Egipto. Como último recurso, ordenó a Locusta la hechicera que le preparase un veneno, que colocó en un pequeño cofre de oro. Sintiéndose inseguro en el enorme palacio que había surgido de las cenizas del gran incendio, salió de la Casa Dorada y corrió al otro lado del Tíber, a los Jardines Servilianos. Allí se estableció en su villa ribereña, mientras esperaba que llegase un barco de Ostia que le condujese a Egipto. Convocando a los tribunos de las Cohortes Pretorianas en los que podía confiar, les instó a que huyesen con él, llevándose también tropas para protegerle. Algunos respondieron con evasivas; otros se negaron directamente. Todos le volvían la espalda.

«¿Es tan terrible morir?», exclamó un funcionario, repitiendo un verso de Virgilio, mientras se alejaba[18].

Las cosas se dirigían a su fin con toda rapidez. Mientras Tigelino estaba en Grecia con Nerón, su coprefecto Ninfidio se había ganado la lealtad de los hombres de las Cohortes Pretorianas en Roma. Ahora Ninfidio pedía a Tigelino que rindiese su espada y que se fuera resignadamente al retiro. Sin encontrar apoyo entre los pretorianos, el antes poderoso Tigelino hizo lo que se le pedía y se esfumó. La fuente del recién adquirido poder de Ninfidio era financiera: en nombre de Galba, había prometido secretamente a cada hombre de las Cohortes Pretorianas y Germanas dos mil sestercios si le obedecían sólo a él, y juraban lealtad a Galba.

A última hora de la noche del 8 de junio, tras enterarse de esto y del plan de Nerón de huir a Egipto, la mayoría de los miembros del Senado entraron en los cuarteles pretorianos y convocaron una

reunión de las tropas. Entonces declararon a Nerón enemigo del Estado, anunciaron que elegían como emperador a Galba en su lugar, y ordenaron a las Cohortes Germanas que dejasen de proteger a Nerón. Dirigidos por Ninfidio, los pretorianos aclamaron como emperador a Galba. El prefecto del pretorio, que había llegado a su poderosa posición gracias a Nerón, dio instrucciones entonces de que se buscara al recién depuesto emperador, se le arrestara y se le encadenara, y luego fuera ejecutado.

XXV
CAE EL TELÓN

El único relato de la muerte de Nerón casi contemporáneo que nos ha llegado es el de Suetonio. Según Suetonio, así fue como cayó al final el telón sobre la vida de Nerón.

A medianoche, el joven emperador se despertó sobresaltado. Aunque no sabía lo que había ocurrido en el cuartel de los pretorianos, tenía la sensación de que algo andaba mal. Vestido con la misma túnica con la que había dormido y descalzo, salió de su dormitorio en la villa de los Jardines Servilianos. Fuera, descubrió que sus guardias de las Cohortes Germanas habían desaparecido. Los germanos se habían retirado a sus cuarteles, que estaban justo en el interior de las Murallas Servianas, al sur de los jardines, y asesinaron a su prefecto.

Nerón envió a unos criados a buscar a algunos amigos que se alojaban con él en los Jardines Servilianos. Al ver que llegaban muy pocos, fue con unos cuantos criados a las habitaciones de los demás pero encontró las puertas cerradas y atrancadas. Ni un alma contestó a sus llamadas. Volviendo a su habitación, vio que mientras estaba ausente los cuidadores de los jardines se habían introducido en ella y le habían robado la ropa de la cama y la cajita de oro que contenía el veneno de Locusta… ahora, el veneno era más valioso para Nerón que el propio cofre de oro.

Nerón llamó a gritos para que le trajeran a Espículo, el gladiador, o cualquier otro ejecutor con experiencia, para que acabara con su vida. Corrieron los mensajeros con el encargo. Pero Espículo estaba muerto, destrozado en el Foro por una multitud que, al saber que el Senado y los pretorianos habían apostado por Galba, andaba recorriendo las calles de Roma en busca de cualquiera vinculado con Nerón. Las estatuas de Nerón en el Foro fueron derribadas, y los trozos amontonados encima del cuerpo del

famoso gladiador. Nadie contestó al ruego del emperador de algún ejecutor.

«¿Cómo? ¿No me quedan amigos ni enemigos?», se desesperaba Nerón, antes de correr desde la villa a la orilla del río[1].

Los pocos amigos y criados que le quedaban corrieron detrás de él y le disuadieron de que se arrojase al río.

«Lo único que quiero es un lugar tranquilo donde esconderme y serenarme», dijo[2].

Al oír esto, el liberto Faón sugirió su propia villa, a unos seis kilómetros al norte de la ciudad, entre las vías Nomentana y Salariana. Nerón aceptó, aunque el camino a la villa de Faón pasaba a través de la ciudad y justo al lado de los cuarteles pretorianos. Encontraron cinco caballos. Nerón se envainó un par de dagas y luego, vestido con un manto raído y un sombrero de campesino, montó, disfrazándose más aún al colocarse un pañuelo ante la boca, fingiendo que no se encontraba bien. Cuatro hombres cabalgaron con él mientras salía por los jardines: Faón, el secretario de peticiones Epafrodito, el eunuco Esporo y un criado anónimo.

Probablemente cruzando el Tíber por el Pons Neronianus, un puente que recibía su nombre de Nerón, los cinco jinetes pasaron por las calles del Campo de Marte, que estaban repletas de gente. Mientras iban cabalgando, un temblor de tierra moderado agitó la ciudad, y los relámpagos iluminaron el cielo nocturno. No mucho después de pasar por la Puerta Nomentana, oyeron voces en el aire quieto de la cálida noche veraniega. Desde el muro norte de los cuarteles pretorianos a su derecha, los pretorianos de guardia gritaban lo que esperaban que Galba hiciera con Nerón en cuanto le pusiera las manos encima. En aquel momento había partidas pretorianas de ronda, buscando al emperador depuesto, tras haber encontrado la Casa Dorada desierta. Las tropas llegaron demasiado tarde a los Jardines Servilianos también: el pájaro imperial había volado.

Fuera de la ciudad, la Vía Nomentana estaba repleta de carros de campesinos que introducían sus productos en Roma. «Esa gente va persiguiendo al emperador», se oyó decir a un campesino al ver a los cinco jinetes que pasaban trotando junto a él.

«¿Qué noticias hay de Nerón en la ciudad?», les dijo otro a los jinetes[3].

Ninguno de ellos contestó. Siguieron cabalgando en la noche. En un momento dado encontraron un cadáver a la orilla de la carretera. El caballo de Nerón respingó ante el olor de la muerte y obligó a Nerón a quitarse el pañuelo de la boca y usar las dos manos para tranquilizar al animal. Un campesino que pasaba en aquel momento resultaba que era un soldado retirado de las Cohortes Pretorianas, y reconoció el rostro expuesto de su emperador.

«¡Ave, César!», gritó el antiguo soldado, poniéndose firme al momento[4].

Nerón corriendo se volvió a tapar con el pañuelo, y él y sus compañeros siguieron cabalgando. Llegaron a un callejón que conducía a la parte trasera de la villa de Faón y desmontaron y continuaron a pie. El callejón se convirtió en un camino a través de los arbustos y unos brezos que bordeaban un estanque con juncos. Nerón, que todavía iba descalzo, hizo que sus compañeros tendieran un manto para que él pisara encima, mientras cruzaban aquel terreno tan espinoso. Estaba claro que se hallaba muy afligido, y Faón sugirió que se escondiera un rato en un pozo de grava cercano.

«No, me niego a meterme bajo tierra antes de morir», replicó Nerón[5].

Alcanzaron el muro posterior de la villa, varios de los hombres hicieron un agujero en la pared, y Nerón fue al estanque cercano y cogió agua con las manos juntas. «Éste es el brebaje especial de Nerón», bromeó, mientras bebía[6].

Mientras esperaban a que se completara el agujero en la pared, se sentó, quitando espinos de su manto. Cuando el agujero fue lo bastante grande, los cinco se introdujeron por la valla y Faón les condujo hacia la casa. Nerón se sentó en un diván y Faón le trajo un poco de pan basto y un vaso de gua. Nerón rechazó el pan, pero agradeció el vaso.

«Todavía tenía sed», dijo, mientras se bebía el agua[7].

Faón entonces se despidió de Nerón, diciendo que volvía a la ciudad y que mantendría los ojos y los oídos abiertos para obtener toda la información que pudiera ayudarle. Después de la partida de Faón, Nerón se quedó sentado largo rato, como aturdido.

«César, insisto en que intentes escapar al degradante destino que

te amenaza», dijo al final uno de los tres compañeros que le quedaban, casi con toda seguridad Epafrodito. Los otros estuvieron de acuerdo.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Nerón mientras les daba instrucciones de que cavasen una tumba en el jardín para enterrar sus restos y que recogieran leña para una pira funeraria. «¿Muerto?», dijo, medio como para sí mismo, mientras los tres se ponían a trabajar. «¡Y tan gran artista!»[8]

Hacia el amanecer llegó un corredor desde la ciudad que traía una nota de Faón. Nerón cogió la nota de las manos del hombre, rompió el sello impaciente y leyó el contenido. Faón decía que el Senado había declarado a Nerón enemigo del Estado y que querían cogerle vivo para castigarle «al estilo antiguo». Nerón, habiendo dejado las ejecuciones siempre a otros, tuvo que preguntar qué significaba eso de «estilo antiguo».

«Los ejecutores desnudan a su víctima, le meten la cabeza en una horca de madera y luego le azotan hasta la muerte con unas varas», le informó el docto Epafrodito.

Aterrorizado por aquella perspectiva, Nerón sacó una de sus dagas, probó la punta con un dedo, la arrojó a un lado y repitió la acción con la segunda daga. «La hora fatal no ha llegado aún», declaró. Volviéndose hacia Esporo, le rogó que llorase por él cuando se hubiese ido. Luego imploró a todos sus compañeros que le dieran ejemplo siendo los primeros en suicidarse. Los tres pusieron reparos.

Él se quejó de su cobardía y luego murmuró: «Esto ciertamente no es ningún mérito para Nerón, ningún mérito». Iba y venía, diciendo: «¡Vamos, recobra la compostura!»[9].

Se oyó que llegaba una gran partida de jinetes por el camino que daba a la puerta principal de la villa. Atisbando por la puerta, los compañeros de Nerón vieron que era la caballería pretoriana. Quizá Faón hubiese informado a los pretorianos de dónde podían encontrar al objetivo de su búsqueda. Quizá hubiesen seguido al mensajero de Faón. Quizá el veterano pretoriano que reconoció a Nerón en la Vía Nomentana se lo hubiese dicho a alguien, cuando llegó a la ciudad. Quizá los pretorianos venían simplemente a registrar la villa del liberto de Nerón por sistema. Fuera cual fuese el motivo, las tropas estaban sólo a unos minutos.

Nerón cogió una de las dagas. «Ayúdame, Epafrodito», suplicó.

Mientras Nerón sujetaba el cuchillo contra su propia garganta con ambas manos, su secretario le cogió las manos. Nerón dio una última instrucción: «No dejes que se lleven mi cabeza». Luego, a la señal de Nerón, tanto el emperador como Epafrodito empujaron la daga hacia su garganta[10].

Un poco más tarde, un centurión pretoriano entró en la habitación. Encontrando a Nerón echado en un diván con la sangre brotando de su garganta, mientras los otros hombres se hallaban de pie en torno a él, el oficial corrió a su lado. Arrodillándose junto al hombre moribundo, usó el extremo de su manto rojo sangre para intentar restañar la hemorragia.

«¡Demasiado tarde!», jadeó Nerón, mirando al centurión con los ojos muy abiertos. «¿Es éste tu deber?», preguntó[11]. En otras palabras, ¿requería el deber del centurión que salvase la vida del emperador sólo para permitir que Nerón fuese sometido más tarde a una muerte horrible al «estilo antiguo»?

Según Suetonio, Nerón, de treinta años de edad, murió en los brazos del centurión, el noveno día de junio, en
68 d.
C. Siguiendo las órdenes del centurión, un pretoriano cabalgó de vuelta a la ciudad desde la villa de Faón con la noticia. Pero Dión Crisóstomo, un filósofo bitinio con base en Roma y que escribía más o menos al mismo tiempo que Suetonio, creía que la verdad en torno a la muerte de Nerón no se supo nunca[12]. Plutarco dijo más tarde que Icelo, un liberto empleado por Galba, fue encarcelado en los cuarteles pretorianos por órdenes del Senado hasta aquella misma noche. Todavía seguía allí, pero ya como hombre libre, cuando llegó el mensajero pretoriano desde la villa de Faón.

Icelo no creyó la historia del soldado. Al momento saltó a un caballo y galopó hasta la villa para ver por sí mismo si Nerón estaba allí realmente, y si estaba muerto de verdad. La casa estaba acordonada por pretorianos, pero Icelo, anunciando que era el liberto del nuevo emperador Galba, consiguió entrar. Encontró al centurión y a los tres últimos compañeros de Nerón custodiando su cuerpo. «Fui hasta el cuerpo y le vi allí echado, muerto», informó Icelo más tarde a Galba[13].

Cuando Icelo vio el cuerpo, el centurión estaba ante un gran

dilema. Las instrucciones de su oficial al mando requerían que, si encontraba muerto a Nerón, les llevase la cabeza a sus superiores. Pero Epafrodito, un hombre de considerable presencia, había argumentado en contra de profanar el cuerpo del difunto emperador. Como consecuencia, el centurión pidió al liberto del nuevo emperador que arbitrara en aquel caso. Icelo le aconsejó que no decapitase al último de los Césares. La cabeza del hombre muerto no se exhibiría públicamente para que todos la viesen, sino que sería incinerada a toda prisa, con el resto del cuerpo, en una pira funeraria.

Icelo volvió a toda prisa a la ciudad. Permaneció allí sólo el tiempo suficiente para hacer los preparativos del viaje y corrió a Hispania a informar a Galba de que Nerón había muerto y que por tanto él era emperador de Roma. Icelo hizo el viaje a Clunia, donde se había retirado Galba, en siete días. Era un tiempo récord, y hasta el anuncio oficial del Senado de la muerte de Nerón y la elevación al trono de Galba, que llegó varios días después, Galba no creyó a Icelo.

En Roma un senador, Maurisco, advirtió a la cámara de que «en breve tiempo, desearían que volviera Nerón de nuevo»[14]. Y cuánta razón tenía. Ante ellos se encontraban graves disturbios. Al cabo de siete meses, Galba sería asesinado por tropas romanas insatisfechas por su negativa a pagar las primas que Ninfidio les había prometido por desertar de Nerón. El breve sucesor de Galba sería Marco Otón, antiguo amigo de Nerón, que también acabaría muerto al cabo de otros tres meses, después de que su ejército fuese derrotado. El líder del ejército conquistador era Aulo Vitelio, el comandante de las legiones nombrado por Galba para el Rin inferior. Vitelio sucedió a Otón como emperador. Ése era el Vitelio que, como jefe de los jueces en los Juegos Neronianos en
65 d. C.,
había llamado a Nerón para que actuase en el Teatro de Pompeyo después de que sufriera pánico escénico. Vitelio, que incluso celebró ritos funerarios por Nerón cuando se convirtió en emperador, sería asesinado en diciembre de
69 d. C.
y acabaría sustituido por el adulador general Vespasiano, el primero de los emperadores Flavios.

En cuanto a Nerón, su cuerpo fue incinerado con toda rapidez y en privado, e intacto, llevando los ropajes bordados de oro que había usado en la ceremonia del 1 de enero en el Capitolio. Su amante siempre fiel Acte y sus nodrizas Ecloge y Alexandria llevaron sus cenizas y sus huesos en un cofre blanco de porfirio a la tumba de la familia de su padre, Domicio, en la colina Pinciana de Roma. Durante décadas sus admiradores colocaron flores en su tumba, cada primavera y cada verano. Aparecieron estatuas suyas en los Rostra misteriosamente, y aquellos que lamentaban su muerte harían circular por la ciudad edictos en su nombre, como si todavía estuviese vivo.

La leyenda del *Nero redivivus*, o Nerón vuelto a la vida, persistió hasta el siglo V. Esta leyenda aseguraba que Nerón no había muerto, o que había resucitado y que estaba reuniendo un gran ejército en Oriente, y que volvería a Roma para destruir a sus enemigos. Dión Crisóstomo, que vivió entre 40 y
120 d. C.,
y residió en Roma durante el reinado del tiránico Domiciano, dijo esto de Nerón: «Incluso ahora, todo el mundo desea que esté vivo aún, y la gran mayoría todavía cree que es así»[15].

El cuerpo que se quemó en la villa de Faón, ¿fue realmente el de un sosías de Nerón? ¿Conspiraron Icelo y Epafrodito para inventarse un cuento sobre el suicidio de Nerón, para permitirle a éste escapar y llevar una vida de anonimato, y que Galba subiese al trono? Tres veces a lo largo de las dos décadas que siguieron a la desaparición de Nerón, individuos que tocaban la lira y se parecían a Nerón aparecieron en Oriente asegurando ser él. El más famoso apareció en Partia durante el reinado de Domiciano. «Veinte años después [de la muerte de Nerón], cuando yo era joven», explica Suetonio, «un individuo misterioso aseguraba que él era Nerón. Y tan mágico era el sonido de su nombre a los oídos de los partos, que le apoyaron en todo lo que pudieron, y sólo le entregaron muy a regañadientes»[16]. En cuanto pasaban a manos de los romanos, todos los seudo-nerones eran ejecutados.

Helio, el liberto que permaneció fiel a Nerón hasta el final, fue ejecutado por Galba, junto con otros dos de los leales libertos de Nerón, incluido Patrobio. Incluso la hechicera Locusta fue asesinada. El general de Nerón Petronio Turpiliano estuvo entre los

muchos ejecutados por Galba. Su crimen fue ser leal a Nerón muchos años, y suscitar el respeto de los soldados. El prefecto del pretorio Ninfidio, que había tramado la defección de las tropas de Nerón en Roma, un acto que había concedido el trono a Galba, fue ejecutado de todos modos por Galba, por tener demasiado poder. Igual que Galba haría numerosos nombramientos cuestionables, dando puestos poderosos y bien pagados a exiliados, antiguos criminales y ancianos con pasados vergonzosos, incomprensiblemente protegió a Tigelino. Pero no sería más que un breve respiro: Tigelino acabó ejecutado durante el reinado de Otón.

Otón también devolvió sus cargos a muchos de los libertos de Nerón. Uno de los últimos, Epafrodito, que se suponía que había ayudado a Nerón a acabar con su vida, siguió sirviendo en el Palatium durante décadas. Fue secretario de peticiones de Domiciano, un puesto que ostentó durante muchos años, hasta unos pocos meses antes del asesinato del emperador, cuando el secretario cayó víctima de la paranoia de Domiciano y fue ejecutado.

Nerón siguió fascinando a los romanos durante las generaciones venideras. Plinio el Joven hablaba, a principios del siglo II, de la muerte de un amigo que «estaba preparando la historia de los diversos destinos de las personas que murieron o fueron desterradas por Nerón». Ese amigo de Plinio, Cayo Fanio, cuando murió había publicado ya tres volúmenes de su historia neroniana. «Estaba muy ansioso por completar la serie cuando vio que un público muy amplio leía ansiosamente sus primeros libros», dijo Plinio[17].

Esa fascinación por Nerón persiste hoy en día, sin duda debido a su carácter poco convencional y a las muchas figuras y acontecimientos históricos que aparecen en la historia de su vida. El interés también se puede atribuir al hecho de que, como escribió Suetonio, «con Nerón se extinguió el linaje de los Césares»[18]. Nerón no tuvo herederos. Aunque muchos emperadores futuros incluirían el término «César» en su nombre, Nerón fue el último de la dinastía de los Césares, una situación que muchos romanos lamentaban.

Y según protestaba Josefo, como no había descendientes que defendiesen la reputación de Nerón, ésta se convirtió en campo abierto para todos los autores que desearon tramar historias sensacionales sobre Nerón y su reinado, y por tanto aprovecharse de

sus invenciones. Más que execrar a Nerón, deberíamos compadecerle. Durante la mayor parte de su corta vida estuvo controlado y manipulado por otros: su madre Agripina, Séneca y Burro, Tigelino y Popea Sabina. Soñaba con ser artista y conducir carros. Al final realizó sus sueños, y éstos le llevaron a la caída, proporcionando a sus enemigos la munición que necesitaban para destruir su reputación y su apoyo.

¿Era Nerón el gobernante cruel y loco que aseguraban sus detractores? Ciertamente, no fue ningún santo. Si debemos creer a sus biógrafos (y todos se pueden considerar testigos hostiles), éstos le echan la culpa del asesinato de su madre y también de su hermano adoptivo Británico. Pero existen circunstancias atenuantes, como la enloquecida ambición de su madre, que podrían aducirse en ambos casos. Es posible también que la ambiciosa Popea estuviese detrás de la ejecución de la esposa de Nerón, Octavia.

No existe duda de que Nerón autorizó la ejecución de los hombres culpables de conspirar para matarle. Pero los gobernadores de diversos estados norteamericanos de hoy en día autorizan la ejecución de delincuentes. ¿Eso les hace necesariamente crueles? Si creemos que es así, entonces sí, Nerón era cruel también. ¿Quemó Nerón a los seguidores de Isis, después del gran incendio? Algunos historiadores creen que tal cosa nunca ocurrió. Si los quemó, entonces sí, fue cruel, pero no más que con la crucifixión, el método de ejecución aceptado para los no ciudadanos en tiempos romanos, aunque era un método que podía prolongar el sufrimiento de las víctimas durante días. Aquellos tiempos eran crueles.

¿Era un tirano? Si Nerón era un tirano, ¿cómo es que Nerva, que se puede considerar uno de los más sabios y justos emperadores que tuvo Roma, sirvió de buen grado y activamente a Nerón y dirigió la caza de aquellos que conspiraron contra él? Lejos de poseer un récord de tiranía y crueldad, Nerón ordenó que ningún hombre, ni gladiador ni criminal convicto, muriese en la arena. Tal y como señala Suetonio, Nerón era increíblemente tolerante con aquellos que le ridiculizaban, mientras que su paciencia con los años de insultos y de conducta altiva de Trasea resulta casi increíble. Y cuando Nerón decía que habría perdonado a Torcuato Silano si el senador no se hubiese quitado la vida, podemos creerle. En una ocasión, Nerón declaró que no se interpondría en el camino de la

clemencia de uno de sus críticos más acerbos. De hecho, Nerón solía dejar al Senado la última palabra en cuanto al destino de sus oponentes, igual que devolvió diversos poderes antiguos a la cámara.

Lejos de estar loco, Nerón era en muchos sentidos un visionario. Sus planes de enormes obras de ingeniería fueron atacados por Tácito, Suetonio y otros por ser fantásticos e imposibles, y sin embargo el canal de Corinto se realizaría, y seguiría el diseño de Nerón. Las estrictas regulaciones de edificación de Nerón y sus astutos incentivos para la restauración de Roma eran innovadores, los primeros de su tipo en la historia de Roma. Tácito tuvo que reconocer que mediante esas normas, Nerón creó una Roma mucho más hermosa y utilitaria, aunque el historiador intentó añadir la ridícula queja de que algunas personas percibían las nuevas calles de la ciudad, más amplias, como menos saludables.

La caída de Nerón y el mancillamiento de su nombre empezaron con el gran incendio. Los críticos y enemigos del emperador consiguieron volver esa calamidad contra él, culpándole del fuego. De la misma manera, posteriores escritores cristianos presentarían falsamente a Nerón como el primer emperador romano que persiguió a los cristianos, tras el incendio. Después de todo era un blanco fácil: joven, ingenuo, inseguro, bisexual, tímido, artista.

También se acusaba a Nerón de gastar dinero alocadamente, aunque redujo diversos impuestos, y el Imperio nunca fue más próspero que durante su reinado, hasta el incendio. El coste de reconstruir Roma y de construir su extravagante Casa Dorada impuso una carga financiera muy pesada en las provincias. Eso contribuyó al declive de la popularidad de Nerón en la Galia, y exacerbó el descontento judío en Jerusalén, causado por la codicia y la mala gestión de sucesivos procuradores de Judea. Sin duda aquella rebelión en Oriente y los esfuerzos que costó a las fuerzas romanas sofocarla inicialmente convencieron a Víndex de que su rebelión gala podía tener éxito.

Sin embargo, igual que el reinado de Nerón se inició en Roma, también fue en Roma donde concluyó. Los patricios de Roma despreciaban al joven Nerón por sus aspiraciones artísticas, igual que despreciaban a los provincianos y libertos a quienes empleaba Nerón en posiciones de poder. Hombres como Trasea miraban por

encima del hombro a Nerón mientras trabajaban en su contra entre bastidores. Como demostró la Conjura de Pisón, había suficientes descontentos entre las clases superiores y los oficiales militares para tramar entre todos dar el destino de Julio César al quinto emperador de Roma. Y aunque la conjura falló, plantó una semilla en la mente de otros hombres ambiciosos.

Resulta significativo que la Conjura de Pisón surgiese después del gran incendio. Sin el fuego, probablemente no habrían tenido el valor suficiente o el compromiso suficiente para tal conjura. Los persistentes rumores que recorrían la ciudad después del fuego, la campaña de propaganda dirigida contra Nerón, dieron a los conspiradores de Pisón las agallas suficientes para proceder. El rumor relativo a la lectura de los Libros Sibilinos se podía remontar con bastante realismo a Trasea. Y quizá él inspirase algunos de los otros rumores. Pero es improbable que fuese el único creador de rumores. Debió de haber otros, otros hombres que usaron el incendio para promover sus aspiraciones al trono.

¿Por qué Galba respetó a Tigelino? ¿No podría ser que Tigelino actuase entre bastidores a favor de Galba después del incendio, haciendo correr los rumores contra Nerón? ¿Fue el conocimiento del apoyo de Tigelino lo que dio a Galba el valor para lanzar su apuesta por el trono desde la lejana Hispania? Ciertamente, la temerosa retirada de Galba a Clunia llegó justo después de que Tigelino perdiese su poder en Roma.

Es posible que otro hombre de autoridad trabajase también contra Nerón entre bastidores, ya desde la época del gran incendio. No se puede negar que el prefecto del pretorio Ninfidio hizo posible e inevitable la caída de Nerón, desbancando a Tigelino y sobornando a los pretorianos y las Cohortes Germanas para que desertaran del emperador. Si Ninfidio era en realidad prefecto de las Cohortes Vigiles la noche que empezó el gran incendio, como se cree, quizá fuese «aquel que nos da autoridad», el hombre que envió a sus subordinados por la ciudad ya ardiendo para extender más aún el fuego. Y quizá fuera él quien prendió el segundo fuego en la propiedad de Tigelino, el hombre a quien más tarde obligó a retirarse para quedarse con todo el poder a la cabeza de los pretorianos.

Hubo antes un prefecto pretoriano que codició el trono para sí:

Sejano, el obsequioso subordinado de Tiberio. Para obtener una conexión con la familia imperial y mejorar sus aspiraciones al trono, Sejano se casó con la hermana de Claudio y Germánico. Ninfidio tenía una conexión similar, más fuerte incluso, una relación de sangre con los Césares, ya que aseguraba que era hijo de Claudio. No es descabellado imaginar al oportunista Ninfidio tirando de los hilos durante cuatro años de campaña para derrocar a Nerón, una campaña que empezó en el momento en que se inició el gran incendio. Y lo consiguió, derrocando a Nerón y poniendo a Galba en el trono, sin duda con planes de eliminarlo en cuanto el prefecto sintiera que él mismo podía conseguir la lealtad del ejército. Pero le salió el tiro por la culata: el hosco y suspicaz Galba vio la ambición de Ninfidio y comprendió cuál era su plan, terminando con conspiración y conspirador de un solo golpe.

Si no hubiese habido el gran incendio, Nerón se habría embarcado en sus operaciones de Etiopía y de las Puertas Caspias, y quizá se hubiese convertido en el nuevo Alejandro Magno. Aclamado por su ejército, su pueblo y los que escribían la historia, quizá habría vivido y reinado durante otros cincuenta o sesenta años, engendrando hijos con una nueva esposa y propagando así el linaje de los Julios.

Con la muerte de Nerón llegó el fin de una dinastía fundadora de la Roma imperial. Después de Nerón, habría a veces vínculos de sangre entre los emperadores, pero nunca se establecería una dinastía o una era como la de los Césares. El final de Nerón, al final de la dinastía de su familia, fue uno de los grandes puntos de inflexión de la historia. La era de Nerón concluyó con las llamas del 19 de julio de
64 d.
C. No hay duda alguna de que la historia romana, y la del mundo, habrían sido muy distintas de no haber sido por el gran incendio de Roma.

BIBLIOGRAFÍA

Abbott, F. F., y a. C. Johnson, *Municipal Administration in the Roman Empire*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1926.

Adkins, L., y R. Adkins, *Dictionary of Roman Religion*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.

Apiano, *Roman History*, traducido por H. White, Loeb, Londres, 1913. [*Historia romana*, introducción, traducción y notas de Antonio Sánchez Royo, Gredos, Madrid,
1980-1995,
3 vols.]

Augusto, *Res Gestae Divi Augusti*, traducido por F.
W. Shipley,
Harvard University Press, Cambridge, MA, 1924, [*Res Gestae Divi Augusti*, edición, traducción y comentario de Juan Manuel Cortés, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994.]

Boardman, J., J. Griffin, y O. Murray, *The Oxford History of the Classical World*, Oxford University Press, Oxford, 1986.

Bouchier, E. S., *Spain Under the Roman Empire*, Blackwell, Oxford, 1914. Boyne, W., con H. Stuart Jones, *A Manual of Roman Coins*, Ammon, Chicago, 1968.

Brogen, J., *Roman Gaul*, Bell, Londres, 1953. Buchan, J., *Augustus*,
Hodder & Stoughton,
Londres, 1937.

César, *Commentaries on the Wars*
Gallic & Civil
, traducido por W. A.
M'Devitte
y W.
S. Bohn,
Bell, Londres, 1890. [*Comentarios a la Guerra Civil*, edición de José Antonio Enríquez González, Alianza, Madrid, 2003;

Comentarios a la guerra de las Galias, edición de José Joaquín Caerols, Alianza, Madrid, 2002.]
Carcopino, J., *Daily Life in Ancient Rome*, Pelican, Londres, 1956. [*La vida cotidiana en Roma en el apogeo del imperio*, traducción de Mercedes Fernández Cuesta, Temas de Hoy, Madrid, 2001.]
Cave, W., *Lives of the Apostles*, Rickerby, Londres, 1836.
Chevalier, R., *Roman Roads*, traducido por N.
H. Field,
Batsford, Londres, 1976.
Cicerón, *Letters to Atticus*, traducido por O.
E. Winstedt,
Harvard University Press, Cambridge, MA, 1912. [*Cartas a Ático*, traducción de Miguel Rodríguez-Pantoja, Gredos, Madrid, 1996, 2 vols.]
— *The Letters to His Friends*, traducido por W. Glynn Williams, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1927. [*Cartas a los familiares*, traducción de José A. Beltrán y Ana-Isabel Magallón García, Gredos, Madrid, 2008, 2 vols.]
Croft, P., *Roman Mythology*, Octopus, Londres, 1974. Cunliffe, B., *The Celtic World*, Bodley Head, Londres, 1979.
— *Rome and Her Empire*, McGraw-Hill, Maidenhead, UK, 1978.
Dando-Collins, S., *Blood of the Caesars: How the Murder of Germanicus Led to the Fall of Rome*, Wiley, Hoboken, NJ, 2008.
— *Caesar's Legion: The Epic Saga of Julio Elite Tenth Legion and the Armies of Rome*
Caesar's
, Wiley, Nueva York, 2002.
— *Cleopatra's Kidnappers: How Sixth Legion Gave Egypt to Rome and Rome to Caesar*
Caesar's
, Wiley, Hoboken, NJ, 2006.
— *The Ides: Caesar's Murder and the War for Rome*, Wiley, Hoboken, NJ, 2010.
— *Mark Antony's Heroes: How the Third Gallica Legion Saved an Apostle and Created an Emperor*, Wiley, Hoboken, NJ, 2007.
— *Nero's Killing Machine: The True Story of Remarkable Fourteenth Legion*
Rome's

, Wiley, Hoboken, NJ, 2005.
De Boccard, E., *Études et Grecques*
d'épigraphie
d'Histoire
, vol. 1, París, 1938.
Delbruck, H., *History of the Art of War*, traducido por J. Walter Renfroe Jr., Bison, Lincoln, NE, 1990.
Dennis, G., *The Cities and Cemeteries of Etruria*, Murray, Londres, 1848. Depuy, R. E., y T.
N. Depuy,
The Encyclopedia of Military History, From 3500 BC to the Present, MBS, Londres, 1970.
Dión Casio, *Roman History*, traducido por E. Cary, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1914.
Dión Crisóstomo, *Discourses*, Loeb, Cambridge, MA, 1939. [*Discursos*, traducción de Gaspar Morocho Gayo y Gonzalo del Cerro Calderón, Gredos, Madrid, 1988, 3 vols.]
Emile, T., *Roman Life Under the Caesars*, Putnam, Nueva York, 1908.
Estrabón, *The Geography of Strabo*, traducido por H.
L. Jones,
Loeb, Cambridge, MA, 1924. [*Geografía*, edición de M.
J. Meana
Cubero, Gredos, Madrid, 2008.]
Filón de Alejandría, *The Works of Philo*, traducido por C.
D. Yonge,
Hendrickson, Peabody, MA, 1993. [*Obras completas*, traducción de José Pablo Martín, Trotta, Madrid,
2009-2010.
]
Forestier, A. *The Roman Soldier*,
A. & C.
Black, Londres, 1928.
Frank, T., ed., *An Economic Survey of Ancient Rome*, Pageant, New Jersey, 1959.
Frontino, S. J., *The Stratagems: The Aqueducts of Rome*, traducido por C.
E. Bennet,
Harvard University Press, Cambridge, MA, 1969. [*De aquaeductu*

urbis Romae, traducido por Tomás González Rolán, CSIC, Madrid, 1985.]
Fuller, J., *Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant*,
Eyre & Spottiswoode,
Londres, 1965.
Gardner, J. F. *Family and Familia in Roman Law and Life*, Oxford University Press, Oxford, 1998.
Goldsworthy, A., *The Complete Roman Army*,
Thames & Hudson,
Londres, 2003. [*El ejército romano*, traducción de Álvaro R. Arizaga, Akal, Madrid, 2005.]
— *Roman Warfare*, Cassell, Londres, 2000. Grant, M., *Gladiators*, Penguin, Harmondsworth, UK, 1967.
— *The Army of the Caesars*, Penguin, Harmondsworth, UK, 1974.
— *History of Rome*, Penguin, Harmondsworth, UK, 1978.
— *Julius Caesar*, Penguin, Harmondsworth, UK, 1969.
— *Roman History from Coins*,
Barnes & Noble,
Nueva York, 1995.
Haywood, R. M., *Ancient Greece and the Near East*, Vision, Londres, 1964.
— *Ancient Rome*, Vision, Londres, 1967.
Horacio, *Odes and Epodes*, Heinemann, Londres, 1964. [*Odas y épodos*, edición de Manuel Fernández-Galiano y Vicente Cristóbal, Cátedra, Madrid, 1990.]
Jones, A. H. M., *Augustus*, W. W. Norton, Nueva York, 1972.
Josefo, *The New Complete Works*, traducido por W. Whiston, 1737, reimpresión Kregel, Grand Rapids, MI, 1999. [*Antigüedades judías*, edición de José Vara Donado, Akal, Madrid, 1997, 2 vols.; *La guerra de los judíos*, edición de Jesús M.ª Nieto Ibáñez, Gredos, Madrid, 1997, 2 vols.; *Autobiografía. Contra Apión*, edición de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Gredos, Madrid, 2001.]
Keppie, L., *Colonisation and Veteran Settlement in Italy, B. C 47-14*
., BSR Londres, 1983.
— *The Making of the Roman Army: From Republic to Empire*,
Barnes & Noble,

Nueva York, 1984.
Lanciani, R., *Pagan and Christian Rome*, Houghton, Mifflin, Boston, 1892. Leach, J., *Pompey the Great*, Croom Helm, Nueva York, 1978.
Marcial, *Epigrams*, Routledge, Londres, 1926. [*Epigramas completos*, edición de Dulce Estefanía, Cátedra, Madrid, 1991.]
Mattingly, H., *Roman Coins from the Earliest Times to the Fall of the Western Empire*, Methuen, Londres, 1927.
Mommsen, T., *The Provinces of the Roman Empire*, editado por
T. R. S.
Broughton, University of Chicago, Chicago, 1968. [*El mundo de los Césares*, traducción de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1983.]
Parker, H. D. M., *The Roman Legions*,
Barnes & Noble,
Nueva York, 1958.
Plinio el Viejo, *Natural History*, traducido por H. Rackman, Loeb, Londres,
1938-1963.
[*Historia natural*, edición de Antonio Fontán, Ana M.ª Moure Casas e Ignacio García Arribas, Gredos, Madrid, 1995, 4 vols.]
Plinio el Joven, *Letters*, traducido por W. Melmoth, Loeb, Londres, 1915. [*Cartas*, traducción de Julián González Fernández, Gredos, Madrid, 2005.]
Plutarco, *The Lives of the Noble Grecians and Romans*, traducido por J. Dryden,
1683-1686,
reimpresión Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1952. [*Vidas paralelas*, edición de Aurelio Pérez Jiménez, Gredos, Madrid,
1985-2010,
8 vols.]
Polibio, *The Histories of Polybius*, traducido por P. Holly, 1606, reimpresión LEC, Nueva York, 1963. [*Historias*, edición de A. Díaz Tejera y Manuel Balasch Recort, Gredos, Madrid,
1981-1983,
3 vols.]
Robertson, D. S., *Greek and Roman Architecture*, Cambridge University Press, Cambridge, UK, 1943. [*Arquitectura griega y*

romana, traducción de Rafael Abad, Cátedra, Madrid, 1988.]
Rostovtzeff, M. I., *The Social and Economic History of the Roman Empire*,
Biblio & Tannen,
Nueva York, 1957. [*Historia social y económica del imperio romano*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, 2 vols.]
Scullard, H. H., *Festivals and Ceremonies of the Roman Republic*, Thames and Hudson, Londres, 1981.
Séneca, *Epistulae Morales*, Loeb, Oxford, 1917. [*Epístolas morales a Lucilio*, Gredos, Madrid,
1986-1989,
2 vols.]
Simkins, M., *Warriors of Rome*, Blandford, Londres, 1988.
Strauss, B., *The Sparticus War*,
Simon & Schuster,
Nueva York, 2009. [*La guerra de Espartaco*, traducción de Carlos Valdés, Edhasa, Barcelona, 2010.]
Syme, R., *History in Ovid*, Oxford University Press, Oxford, 1979.
Tácito, *The Agricola and the Germania*, traducido por H. Mattingly, Penguin, Londres, 1948. [*Agrícola; Germania; Diálogo de los Oradores*, edición de J.
M. Requejo,
Gredos, Madrid, 1981.]
— *The Annals and the Histories*, Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1952. [*Anales*, edición de Beatriz Antón Martínez, Akal, Madrid, 2009.]
Todd, M., *The Northern Barbarians, 1000 300*
BC-AD
, Blackwell, Nueva York, 1987.
Valerio Máximo, *Memorable Deeds and Sayings: One Thousand Tales from Ancient Rome*, traducido por H.
J. Walker,
Hackett, Indianápolis, 2004. [*Hechos y dichos memorables*, edición de Santiago López Moreda, M.ª Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez, Gredos, Madrid, 2003, 2 vols.]
Vegecio, *The Military Institutions of the Romans*, traducido por J. Clark, The Military Service Publishing Company, Harrisburg, 1944. [*Compendio de técnica militar*, Cátedra, Madrid, 2006.]

Veleyo Patérculo, *Compendium of Roman History*, traducido por F. W. Shipley,
Harvard University Press, Cambridge, MA, 1924. [*Historia romana*, traducción de María Asunción Sánchez Manzano, Gredos, Madrid, 2000.]
Vitruvio, *On Architecture*, traducido por F. Granger, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1934. [*Los diez libros de arquitectura*, edición de José Luis Oliver Domingo y Delfín Rodríguez Ruiz, Alianza, Madrid, 1997.]
Warry, J., *Warfare in the Classical World*, Salamander, Londres, 1989.
Watson, G. R., *The Roman Soldier*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1969.
White, K. D., *Greek and Roman Technology*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1983.
Wilkes, J. J., ed., *Documenting the Roman Army*, ICS, Londres, 2003.
Witt, R. E., *Isis in the Ancient World*, Johns Hopkins, Baltimore, 1997.

ILUSTRACIONES

1. Nerón, emperador con dieciséis años, tenía exceso de peso y empezaba a expresar sus tendencias artísticas cuando ocurrió el gran incendio de Roma, diez años después de ascender al trono. (Museo Capitolino)

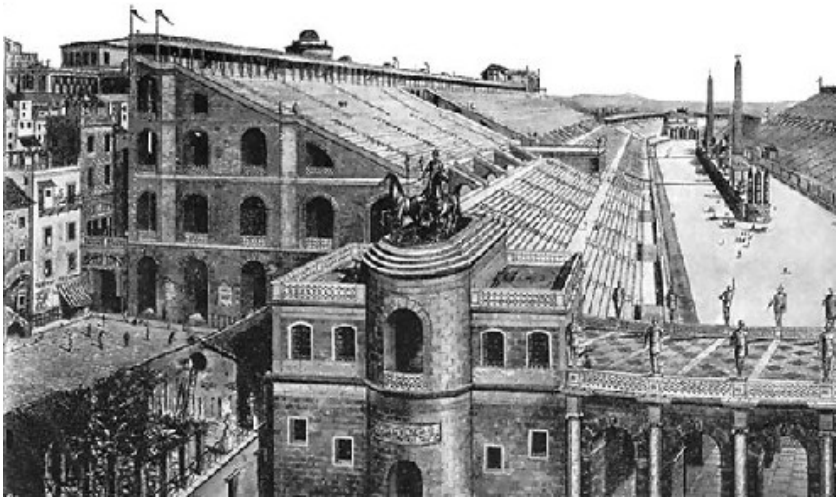
2. Agripina la Menor, la ambiciosísima madre de Nerón, se casó con el emperador Claudio y luego lo asesinó para colocar a Nerón en el trono, pero éste tramó su muerte. (Museo Arqueológico de Istria, Pula)

3. Popea Sabina, última esposa de Nerón, muy manipuladora, antigua esposa del amigo íntimo de Nerón, Marco Otón. (Museo Arqueológico de Olimpia, Grecia)

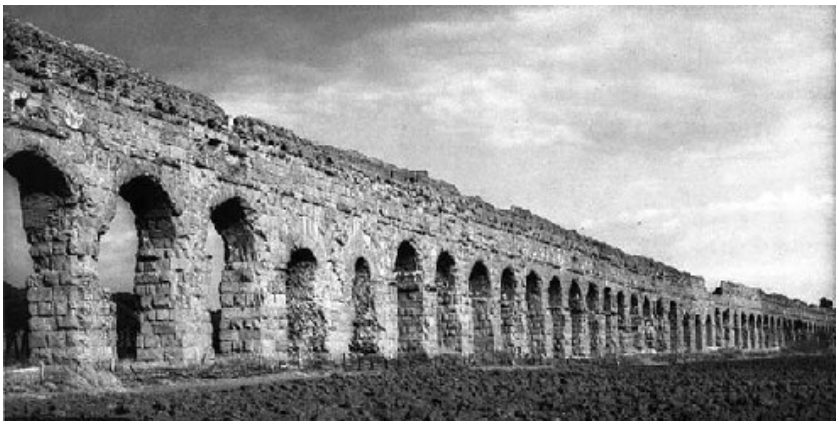
4. Lucio Séneca, inteligente tutor de Nerón y posterior secretario jefe suyo. Representado aquí en la cima de su poder, perdería mucho peso después de cambiar su dieta, tras enterarse de una conspiración para envenenarle. (Colección de Antigüedades, Altes Museum, Berlín)

5. Vitelio, que como juez principal del concurso de canto, llamó al joven Nerón para que actuase en el escenario después de que el emperador sufriese de pánico escénico. Amante de la vida lujosa, Vitelio gastó muchísimo durante su breve reinado como emperador. (Ny Carlsberg Glyptotek, Copenhague; fotografía de Wolfgang Sauber)

6. Una maqueta de Roma en el siglo IV. La ciudad había crecido a lo largo de las líneas diseñadas por Nerón después del gran incendio, que arrasó gran parte de la ciudad que se ve aquí. El Circo Máximo, abajo a la izquierda, donde empezó el fuego, seguía dominando Roma, mientras los palacios de la colina Palatina, inmediatamente a la derecha del circo, se alzaron sobre las cenizas del fuego. El Coliseo circular, el teatro de caza de Vespasiano, a la derecha, fue erigido en el lugar donde estaba el estanque de Nerón. (Museo de la Civilización Romana, Roma)



7. El Circo Máximo, donde más de
200 000
espectadores asistían a las carreras de carros, y donde el 19 de julio de
64 d. C.
se inició el gran incendio. (Dibujo de G. Gatteschi de *Roma*, Albert Kuhn, 1913)



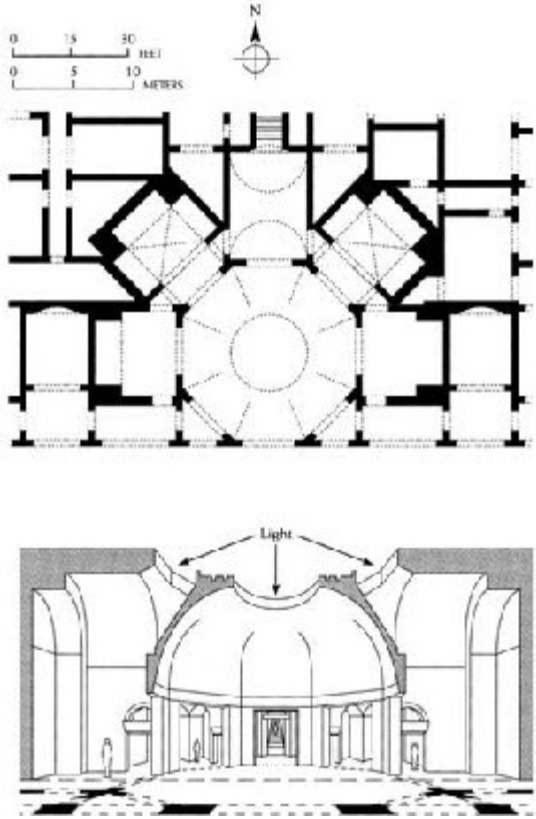
8. La Aqua Claudia, uno de los nueve acueductos que abastecían a Roma
en
64 d. C.,
todavía atraviesa la campiña italiana de camino hacia Roma.

9. Córbulo, el duro general de Nerón que reconquistó Armenia para Roma, acabó implicado por su yerno en una conspiración para asesinar al emperador. (Molde de yeso de un antiguo retrato en la Centrale Montemartini de los Museos Capitolinos, Roma, identificado como Cneo Domicio Córbulo)

10. Otón, buen amigo de Nerón durante largo tiempo, se volvió contra él después de que su esposa Popea Sabina manifestara la ambición de convertirse en emperatriz. Otón fue emperador brevemente en

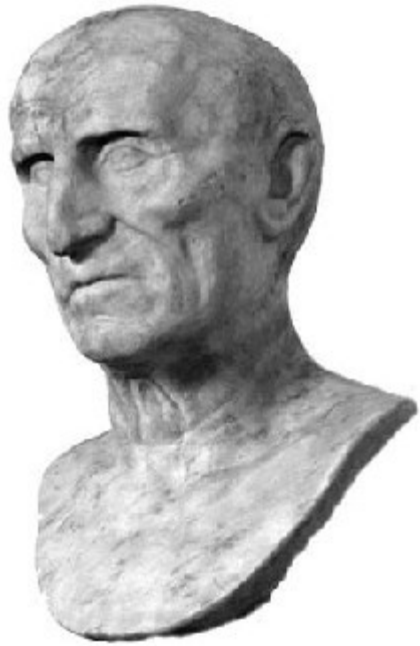
69 d. C.
(Museo Capitolino, Roma)

11. Nerva, que después sería muy respetado al ocupar el trono, fue uno de los cuatro investigadores especiales de Nerón que buscaron a los simpatizantes de la conspiración de Pisón en
65 d. C.
contra la vida del emperador. (Palazzo Massimo alle Terme, Museo Nacional de Roma, Roma)

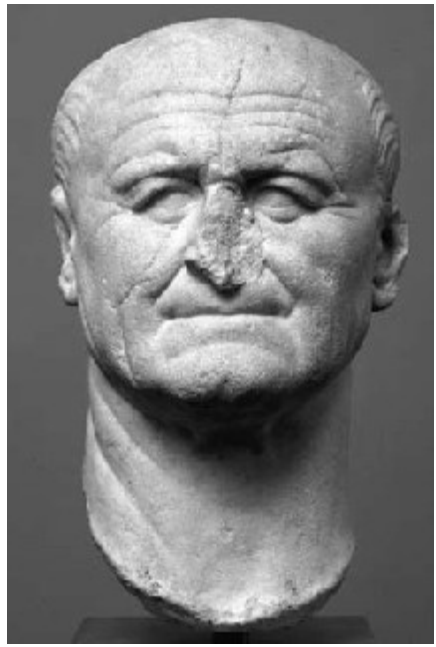


12. Planos de la Domus Aurea, que muestran una parte de la inmensa Casa Dorada de Nerón.

13. Domus Aurea. Ruinas actuales de parte del extravagante palacio de Nerón, la Casa Dorada, en Roma.



14. Galba era un hombre austero, de setenta años, cuando el Senado le declaró emperador tras deponer a Nerón. (Antiques Museum en el Palacio Real, Estocolmo; foto de Wolfgang Sauber)



15. Vespasiano, senador complaciente y hábil general con Nerón, condujo la contraofensiva romana de
67 d. C.
en Judea destinada a acabar con la revuelta judía. También fue emperador de Roma. (Ny Carlsberg Glyptotek, Copenhague)

16. Domiciano, el hijo menor del senador arruinado Vespasiano, era seguidor de las carreras de carros y tenía trece años en 64 d.
C. Viviría para ver convertidos en emperadores de Roma a su padre y hermano y a él mismo. (Museo Capitolino, Roma)

STEPHEN DANDO-COLLINS, historiador y novelista galardonado con varios premios, es autor de varias obras muy reconocidas sobre historia antigua, entre las que se destacan *Kidnappers Cleopatra's* (Los secuestradores de Cleopatra), *Killing Machine Nero's* (La máquina de matar de Nerón), *Mark Heroes Antony's* (Los héroes de Marco Antonio), *Legion Caesar's* (La legión de César) y, más recientemente, *Blood of the Caesars* (La sangre de los césares).

En España se han publicado dos de sus libros, *La maldición de los césares* y *El informe de Judea*, que con *Arde Roma*, son fruto de un profundo conocimiento y años de documentación histórica.

NOTAS

[*] Creencia extendida en el mundo anglosajón debido a una confusión en la traducción de una frase de Tácito, que decía: «Neron fiddled while Rome burned» («Nerón tocaba —un instrumento— mientras Roma ardía»). (*Fiddle* como sustantivo significa violín.) *(N. de la T.)* <<

[*] Una especie de *Operación Triunfo. (N. de la T.)* < <

[1] Dión Casio, *Historia romana* 62.12. <<

[2] *Ibid.*, 62.18. <<

[3] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.38. < <

[4] Josefo, *De la antigüedad de los judíos* 20.8.3. < <

[5] Tácito, *Anales* 13.20. < <

[6] Josefo, *De la antigüedad de los judíos* 20.8.3. < <

[7] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.16. < <

[8] *New Encyclopaedia Britannia*, 18.ª edición (Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1987), s.v. «Nero». < <

[9] Dión, *Historia romana* 62.14. < <

[10] Suetonio, *Vida de los doce césares* 12.10. < <

[11] Tácito, *Anales* 15.44. < <

[12] 2 Tim. 4:21. < <

[13] Hechos 28:15. < <

[14] Suetonio, *Vida de los doce césares* 3.36. < <

[15] Filo, *In Flaccum* 1. < <

[16] Suetonio, *Vida de los doce césares* 5.25. < <

[17] *Ibid.*, 12.1. < <

[1] Basado en Vegecio, «La organización de la legión», en *Instituciones militares de los romanos* 2. < <

[2] Tácito, *Anales* 15.46. < <

[3] *Ibid.*, 13.3. < <

[4] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.52. < <

[5] *Ibid.*, 6.20. < <

[6] Tácito, *Anales* 15.33. < <

[7] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.53. < <

[8] Tácito, *Anales* 15.33. < <

[1] Tácito, *Anales* 14.51. <<

[2] *Ibid.* <<

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.*, 14.57. <<

[5] *Ibid.*, 13.21. < <

[6] *Ibid.*, 14.22. < <

[7] *Ibid.* < <

[8] *Ibid.*, 14.57. <<

[9] *Ibid.* < <

[10] *Ibid.* < <

[11] *Ibid.*, 14.59. < <

[12] Séneca, *Cartas a Lucilio* 113. < <

[13] *Ibid.*, 104. < <

[14] Horacio, *Odas* 3.29.5-12. < <

[1] Marcial. <<

[2] Tácito, *Anales* 15.49. < <

[3] Plinio el Joven, *Cartas* 3.21. < <

[4] Séneca, *Cartas a Lucilio* 112. < <

[1] Séneca, *Cartas a Lucilio* 113. < <

[2] Tácito, *Anales* 14.65. < <

[3] *Ibid.*, 14.53. < <

[4] Séneca, *Cartas a Lucilio* 123. < <

[5] *Ibid.* < <

[6] *Ibid.* < <

[1] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.28. < <

[2] Tácito, *Agrícola* 6. < <

[3] *Ibid.* < <

[4] Suetonio, *Vida de los doce césares* 10.3. < <

[5] Plinio el Joven, *Cartas* 3.5. < <

[6] *Ibid.* < <

[1] Marcial, *Epigramas* 9.17.5-6. <<

[2] Frontino, *Acueductos* 2.87. < <

[3] *Ibid.* < <

[1] Tácito, *Anales* 15.33 < <

[2] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.20. < <

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.* < <

[5] Tácito, *Anales* 15.34. < <

[1] Tácito, *Anales* 15.34. < <

[2] Dión Casio, *Historia romana* 62.15. <<

[3] Tácito, *Anales* 15.34. < <

[4] Suetonio, *Vida de los doce césares* 5.21. < <

[5] Tácito, *Anales* 15.34. < <

[6] Dión, *Historia romana* 62.13. < <

[7] Tácito, *Anales* 15.35. < <

[8] *Ibid.* < <

[1] Josefo, *Vida* 3. < <

[2] Gal. 1:13. < <

[3] Rom. 15:24. < <

[4] Cave, *Vidas de los apóstoles* 1, 7. <<

[5] Hechos 28:31. <<

[6] Cave, *Vidas de los apóstoles* 1, 7. <<

[7] Dión Casio, *Historia romana* 61.7. < <

[8] Josefo, *Vida* 3. <<

[9] Plutarco, *Galba*. < <

[10] Tácito, *Anales* 13.45. < <

[11] Suetonio, *Vida de los doce césares* 8.3. < <

[12] Plutarco, *Otón*. < <

[13] Tácito, *Anales* 13.46. < <

[1] Tácito, *Anales* 15.36. < <

[2] *Ibid.* <<

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.* < <

[1] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.22. < <

[2] *Ibid.* <<

[1] No existe prueba alguna de que esos juegos estuviesen programados para
64 d.
C. Sin embargo Nerón, al ser miembro del linaje de los Julio-Claudios y también amante de las carreras de carros, seguro que planeó celebrar los juegos de César. < <

[2] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.23. < <

[3] Tácito, *Anales* 15.38. < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[6] Dión Casio, *Historia romana* 62.16. < <

[7] Tácito, *Anales* 15.38. < <

[8] Dión, *Historia romana* 62.16. < <

[9] Tácito, *Anales* 15.38. < <

[10] *Ibid.* < <

[11] *Ibid.* < <

[12] Séneca, *Cartas a Lucilio* 114. < <

[13] *Ibid.* < <

[14] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.38. < <

[15] Tácito, *Anales* 15.39. < <

[16] *Ibid.* <<

[17] *Ibid.*, 15.40. < <

[18] *Ibid*. lo describe como «propiedad emiliana de Tigelino». Esto podría referirse a dos edificios. El primero era la Basílica Emilia, en el Foro; el segundo, el complejo de los almacenes emilianos en los muelles, en la Regio XIII. La propiedad en cuestión es más probable que estuviese en la basílica. El fuego se extendió desde la propiedad Emilia hacia arriba al monte Capitolino y, desde éste, al Campo de Marte. Si el fuego se hubiese iniciado en el complejo de almacenes, habría tenido que pasar por encima de algunos distritos ya arrasados en el incendio inicial para extenderse al monte Capitolino, mientras que la basílica estaba justo a los pies del Capitolio. < <

[19] «Fighting Fire with Fire», «Decisions Under Fire» y «Knowing the Enemy», episodios de *Catalyst*,
ABC-TV,
Australia, 29 de octubre de 2009. < <

[20] Tácito, *Anales* 15.41. < <

[21] *Ibid.*, 15.40. < <

[22] *Ibid.* < <

[1] «The Great Fire of Rome», episodio 304, *Secrets of the Dead*, PBS, 27 de noviembre de 2002. < <

[2] Dión Casio, *Historia romana* 62.18. <<

[3] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.39. < <

[4] *Ibid.*, 6.38. < <

[5] Dión, *Historia romana* 62.16. < <

[6] Tácito, *Anales* 15.39. < <

[7] *Ibid.*, 15.40. < <

[8] *Ibid.*, 15.41. < <

[9] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.38. < <

[10] Dión, *Historia romana* 62.16. < <

[11] *Ibid.*, 62.18. < <

[12] *Ibid.* < <

[13] Tácito, *Anales* 15.4. < <

[14] *Ibid.* < <

[15] *Ibid.* < <

[16] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.16. < <

[17] *Ibid.* < <

[18] Tácito, *Anales* 15.43. < <

[19] *Ibid.* < <

[20] *Ibid.* <<

[21] *Ibid.* < <

[22] *Ibid.*, 15.44. < <

[23] *Ibid.* < <

[24] Dión, *Historia romana* 62.18. < <

[25] *Ibid.* < <

[26] Tácito, *Anales* 15.44. < <

[27] *Ibid.* < <

[28] *Ibid.* < <

[29] *Ibid.* < <

[30] *Ibid.* < <

[31] *Ibid.* < <

[32] *Ibid.* < <

[33] *Ibid.*, 15.47. < <

[34] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.36. < <

[35] Tácito, *Anales* 15.47. < <

[1] Tácito, *Anales* 15.42. <<

[2] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.31. < <

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[6] Tácito, *Anales* 15.49. < <

[7] *Ibid.* < <

[8] *Ibid.* < <

[9] *Ibid.*, 15.50. <<

[10] *Ibid.*, 15.49. < <

[11] *Ibid.*, 15.48. < <

[12] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.33. < <

[13] Tácito, *Anales* 15.53. < <

[14] *Ibid.*, 15.50. < <

[15] *Ibid.* < <

[16] *Ibid.* <<

[17] *Ibid.*, 15.51. < <

[18] *Ibid.* < <

[1] Tácito, *Anales* 15.52. < <

[2] *Ibid.* <<

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.*, 15.60. < <

[5] *Ibid.* < <

[6] *Ibid.*, 15.50. < <

[7] *Ibid.*, 15.54. <<

[8] *Ibid.*, 15.55. <<

[9] Josefo, *De la antigüedad de los judíos*, prólogo, 2. < <

[10] Tácito, *Anales* 15.55. < <

[11] *Ibid.* < <

[12] *Ibid.* < <

[13] *Ibid.*, 15.59. < <

[14] *Ibid.* < <

[15] *Ibid.* < <

[16] *Ibid.*, 15.57. < <

[17] *Ibid.*, 15.58. < <

[1] Tácito, *Anales* 15.63. < <

[2] *Ibid.*, 15.61. <<

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[6] *Ibid.* < <

[7] *Ibid.* < <

[8] *Ibid.*, 15.65. < <

[9] *Ibid.*, 15.62. < <

[10] *Ibid.* < <

[11] Séneca, *Cartas a Lucilio* 104. < <

[12] Tácito, *Anales* 15.62. < <

[13] *Ibid.*, 15.63. < <

[14] Séneca, *Cartas a Lucilio* 104. < <

[15] Tácito, *Anales* 15.63. < <

[16] *Ibid.*, 15.64. < <

[17] *Ibid.* < <

[18] *Ibid.* < <

[19] *Ibid.* < <

[20] *Ibid.* <<

[1] Tácito, *Anales* 15.57. < <

[2] *Ibid.*, 15.66. < <

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.*, 15.67. < <

[6] *Ibid.* < <

[7] *Ibid.* < <

[8] *Ibid.* < <

[9] *Ibid.* < <

[10] *Ibid.* < <

[11] *Ibid.*, 15.68. < <

[12] *Ibid.*, 15.69. < <

[13] *Ibid.* < <

[14] *Ibid.*, 15.71. < <

[15] *Ibid.* < <

[16] *Ibid.* <<

[1] Tácito, *Anales* 16.4. <<

[2] *Ibid.* <<

[3] Suetonio, *Vida de los doce césares* 9.4. < <

[4] Tácito, *Anales* 16.4. < <

[5] *Ibid.* < <

[6] *Ibid.*, 16.6. < <

[7] *Ibid.* < <

[8] Dión Casio, *Historia romana* 62.28. < <

[9] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.35. < <

[10] Tácito, *Anales* 16.6. < <

[11] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.35. < <

[12] Dión, *Historia romana* 62.28. < <

[13] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.35. < <

[14] Tácito, *Anales* 16.7. < <

[15] *Ibid.*, 16.15. < <

[16] *Ibid.*, 16.8. < <

[17] *Ibid.* < <

[18] *Ibid.*, 16.9. < <

[19] *Ibid.*, 16.10. < <

[20] *Ibid.*, 16.11. < <

[21] *Ibid.*, 16.13. < <

[1] Tácito, *Anales* 14.49. < <

[2] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.39. < <

[3] Tácito, *Anales* 16.14. < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.*, 16.18. < <

[6] *Ibid.*, 16.22. < <

[1] Dión Casio, *Historia romana* 63.1. < <

[2] *Ibid.*, 63.2. < <

[3] *Ibid.*, 63.3. < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[6] Tácito, *Anales* 16.24. < <

[7] *Ibid.*, 15.43. < <

[8] Dión, *Historia romana* 63.4. < <

[9] *Ibid.* < <

[10] Tácito, *Anales* 16.24. < <

[11] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.13. < <

[12] Dión, *Historia romana* 63.5. <<

[13] *Ibid.* < <

[14] *Ibid.*, 63.6. < <

[15] *Ibid.* < <

[16] *Ibid.* <<

[17] *Ibid.*, 63.7. < <

[18] *Ibid.* < <

[19] Tácito, *Anales* 16.26. < <

[20] *Ibid.* <<

[1] Tácito, *Anales* 16.22. < <

[2] *Ibid.*, 16.28. < <

[3] *Ibid.*, 16.29. < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[6] *Ibid.*, 16.31. < <

[7] *Ibid.* < <

[8] *Ibid.*, 16.32. <<

[9] *Ibid.* < <

[10] *Ibid.* < <

[11] *Ibid.*, 16.34. < <

[12] *Ibid.*, 16.35. < <

[1] Dión Casio, *Historia romana* 62.12. <<

[2] *Ibid.* <<

[3] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.20. < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[1] Josefo, *Vida* 5. < <

[2] *Ibid.*, 4. < <

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.*, 5. < <

[5] 2 Tim. 4:11. < <

[6] *Ibid.*, 4:14-17. < <

[7] *Ibid.*, 4:2. < <

[8] Dión Casio, *Historia romana* 62.14. < <

[9] *Ibid.* < <

[10] Tácito, *Anales* 15.10. < <

[11] Dión, *Historia romana* 62.17. < <

[12] *Ibid.*, 62.4. < <

[13] *Ibid.* < <

[14] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.40. < <

[1] Dión Casio, *Historia romana* 63.22. <<

[2] *Ibid.* <<

[3] *Ibid.*, 63.25. < <

[4] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.23. < <

[5] *Ibid.*, 6.41. < <

[6] Plutarco, *Galba*. < <

[7] *Ibid.* < <

[8] Suetonio, *Vida de los doce césares* 7.11. < <

[9] *Ibid.*, 6.40. < <

[10] *Ibid.*, 6.41. < <

[11] Uno de los sucesores de Nerón, Otón, reemprendió las obras de la Casa Dorada, pidiendo quinientos mil sestercios al Senado para el proyecto, pero al parecer nunca lo acabó. < <

[12] Ese reclutamiento formaría la base de la nueva legión 1.ª Adiutrix. < <

[13] Suetonio, *Vida de los doce césares* 7.41. < <

[14] *Ibid.*, 7.42. < <

[15] *Ibid.*, 7.43. < <

[16] Dión, *Historia romana* 63.27. < <

[17] *Ibid.* < <

[18] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.47. < <

[1] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.47. < <

[2] *Ibid.*, 6.48. < <

[3] *Ibid.* < <

[4] *Ibid.* < <

[5] *Ibid.* < <

[6] *Ibid.* < <

[7] *Ibid.* < <

[8] *Ibid.*, 6.49 <<

[9] *Ibid.* < <

[10] *Ibid.* < <

[11] *Ibid.* < <

[12] Dión Crisóstomo, *Discursos* 21.9-10. < <

[13] Plutarco, *Galba*. <<

[14] *Ibid.* < <

[15] Dión Crisóstomo, *Discursos* 21.10. < <

[16] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.57. < <

[17] Plinio el Joven, *Cartas* 5.5. < <

[18] Suetonio, *Vida de los doce césares* 6.1. < <